146

ALREVÉS

Corazón caníbal

MIGUEL CANE

narrativa latinoamericana

Miguel Cane (México, 1974) es narrador, dramaturgo e historiador cinematográfico. Autor de diversos libros como la novela Todas las fiestas de mañana (Dharma Books, México, 2019), la reunión de relatos Trampa para niebla (Gato Blanco, México, 2022) y el famoso e inclasificable Pequeño diccionario de cinema para mitómanos amateur (Impedimenta, España, 2013). Para teatro, realizó la versión al español de Dogville de Lars von Trier, estrenada en México. Ha escrito innumerables perfiles, reseñas y entrevistas; también dirige el podcast acerca de cine clásico Moviola. Residente en Gijón, Asturias, por casi una década, actualmente vive en Ciudad de México y Corazón caníbal es su primera novela inédita en quince años.
En Twitter: @AliasCane

Claudia Castañeda, joven mexicana en Estados Unidos, contrae matrimonio por impulso con James Blaisdel, un hombre encantador que al conocerla le cuenta que fue sospechoso de la misteriosa muerte de una mujer en Texas. Pese a la advertencia, para ella el amor es más fuerte que el miedo y así, tras la boda, acepta mudarse para vivir en el hogar familiar de James, el lejano rancho de Briar Rose, a escasos kilómetros de la frontera con su país, una de las más violentas del mundo.

Año y medio después, Claudia enfrenta con estupor la inexplicable pérdida de su marido y la creciente hostilidad de la elegante Nina Blaisdel, su suegra, que se niega a aceptar la desaparición de su hijo. Una ausencia que entreverá una hilera de siniestros secretos del pasado que terminarán saliendo a la luz para quedar, sin remedio, trágicamente expuestos a pleno sol. Así, Claudia descubre que los fantasmas no requieren de las tinieblas para manifestar su presencia, y también que la maldad implacable puede crecer en cualquier terreno, incluso en el del corazón.

Inspirada en un suceso real y fiel a la pauta del gótico moderno de Daphne du Maurier, Shirley Jackson o Joyce Carol Oates, esta inquietante trama de suspense revela cómo la naturaleza humana se torna siniestra conforme la noche avanza, dejándonos rodeados por sombras tenebrosas al amanecer e incapaces de distinguir si lo que se percibe como real lo es, o si tal vez aquellos que amamos son lo que aparentan.

[Aquí iría una frase de Elia Barceló que mandará después de leer el manuscrito]

Corazón caníbal

Corazón caníbal

MIGUEL CANE

ALREVÉS
BARCELONA-2023

Primera edición: mayo de 2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/València, 241, 4.º

08007 Barcelona

info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2023, Miguel Cane
© de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S. L.
© de la ilustración de la portada, 2023, Sara Morante ISBN: 978-84-19615-08-4
Código IBIC: FA
Producción del ePub: booqlab Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

para María, primera lectora, primera voz.

para Patricio, Beatriz, Elisa, Alexander y Adriana.

para Hanna, Tanya, Amaury, Rob, María Aura, Carmen B., Alonso, Sebastián, Claudia, Alfonso, David, Felipe, Eder/Einar, Martín, Fernanda, Luis Jorge, Eduardo Arciga Bernal & Antonio N. I.

por las manos de hada de Mercedes Castro
y Sara Morante.

a los Hijos de Rosemary, cada miércoles.

Memor eios,
Daphne du Maurier

I was screaming, into the canyon at the moment of my death,

the echo I created
outlasted my last breath.
My voice, it made an avalanche, and buried a man I never knew.
And when he died, his widowed bride met your daddy and they made you…

FIONA APPLE, Container

El pasado está aún muy cerca.
Aquello que tratamos de dejar atrás despertará.
Esa sensación de miedo, de inquietud furtiva; de lucha contra un pánico ciego e irracional, podría de modo inexplicable volverse algo viviente, y regresar a perseguirnos, como antes.

DAPHNE DU MAURIER,
Rebecca

NOTA BENE

La idea de esta novela se inspiró originalmente en un crimen ocurrido en California (no en Texas, hay que aclarar) a mediados de la década de 1960. Dicho caso ha inspirado diversas versiones en obras literarias, cinematográficas y de TV por décadas y permanece, hasta donde se sabe, sin resolver.

Otras imaginaciones se han acercado a buscar desenlace al enigma del esposo desaparecido y la titánica lucha de voluntades de las mujeres en su vida que, como kaijūs, se enfrentan a sus fantasmas.

Esta es mi aproximación de esta historia.

No obstante, es una novela y, aunque parcialmente se basa en algo previamente ocurrido y narrado, los personajes son imaginarios (excepto por Carmen Boullosa, anfitriona y autora magnífica, así en este relato como en la vida real), al igual que Briar Rose, River Heights o todo lugar y domicilio descrito, si bien la ciudad de Brownsville es completamente real y busqué que las descripciones de sus lugares fueran lo más preciso posible.

Si pueden, visiten Vermillion.

M. C.

Anoche soñé que volvía a Manderley.

Laura Baxter murmura esta oración otra vez, con fervor y ansiedad, mientras sus ojos intentan distinguir el panorama que se disuelve en la tormenta que la embiste.

Han pasado muchos años desde que la leyó por primera vez, en otro país, otro continente, prácticamente otra vida. Esa hilera de palabras es todavía su mantra, su talismán. Si acaso existe alguna otra frase inicial que sea más hermosa e inquietante en la ficción moderna, no la conoce.

Anoche soñé…

A lo largo del otoño, Laura se sorprendió diciéndola a veces sin abrir los labios y más ahora, que llega el final de un invierno gris y lluvioso. Sus sueños recientes son como este día de borrasca, disolviéndose como sombras que amenazan al amanecer, luego de una noche de vueltas en la cama, dejándola con una ominosa sensación de angustia. Otras, se despierta en penumbras y oye la respiración de John, que duerme a su lado, ajeno a los pensamientos en los corredores de su mente. Repite en voz muy baja la frase y permanece acostada, observando los rincones que sus sueños a veces iluminan y otras oscurecen.

Fue en un despertar así, una madrugada, que supo que tenía que irse.

La certeza le causó conmoción, mas no miedo. Lo pensó mientras se acercaba el alba y la hora de que John se levantara. Ella fingiría estar dormida, con la idea reverberándole por dentro: tenía que ser ese día.

Ahora ve el asiento a su lado mientras conduce, los limpiadores hacen un ruido rítmico, en inútil intento de despejar el parabrisas anegado. Además de los dos libros —Rebecca, su gastado y muy querido ejemplar de Penguin con un fotograma de Joan Fontaine como la pálida y temblorosa Mrs. de Winter en la cubierta, el mismo que la ha acompañado por varias escuelas, casas y países diferentes, y el lomo ecrú de su diario, lo último que tomó de ahí, regresándose a toda prisa a buscarlo; son lo único que no podía dejar atrás—, está su bolso abierto. En él los pasaportes, el comprobante del vuelo y las conexiones.

También ve el sobre: la letra J, enlazada a una B, en un garabato de tinta sepia. Sabe que él reconocerá lo que es cuando se lo entreguen y ella ya esté muy lejos de ahí.

La carta la escribió casi de repente, asombrada por la facilidad con que las palabras se eslabonaban una a otra para decir lo que su boca ya no podía, inclinada sobre el papel, en la mesa de la cocina esa mañana, después del desayuno:

Mi amor:

Me tengo que ir de aquí. Creo que no puedo pasar por otra de esas espantosas temporadas de niebla y penumbra. Siento esta angustia inexplicable en mis sueños, y ya no puedo concentrarme para evitarlo. La medicina no me ayuda, así que estoy haciendo lo que me parece mejor: irme de aquí, a donde debo estar. No pienses que soy ingrata, que no valoro lo que has hecho por mí. Desde el primer día, hasta esta mañana. Has sido el hombre más valiente que se puede ser. Sé que estoy causándote una terrible sorpresa; pero no puedo seguir afectando tu vida, como lo he hecho. Sin mí podrás quizá volver a lo que te hacía feliz. Y sé que lo harás. Te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido totalmente paciente conmigo. No me queda nada excepto la certeza de tu generosidad y del amor que me has tenido, pero no puedo seguir dañándote por más tiempo. Piensa en mí, que yo pensaré en ti.

L.

*

El cielo se desgaja en un trueno que cimbra el coche, seguido por relámpagos.

Debió quedarse en su casa, pero eso sería peor. Ya está en camino, este es el momento en el que aún no le falta valor; ya no puede retroceder. Aunque disminuye la velocidad, Laura no se desvía. Le cuesta trabajo ver claramente, pero a lo lejos distingue la forma de la casa vecina. Sabe que él la espera. Que la comprende y la ayudará. No falta mucho para que pueda cruzar el arroyo, y una vez que lo deje atrás será libre. Dejará la carta para que sea entregada y cuando llegue a su destino, piensa, podría mandar otra. No hay cura, pero quizá pueda sanar. Ahora mismo no lo sabe, solo tiene claro que, aunque lo quiera y sea su vida, tiene que dejarlo por su propio bien.

La llanta se hunde en el lodo momentos después. No puede avanzar. ¿Por qué ahora? Salió tan apresurada que no tiene ropa adecuada para intentar desatascarla ella misma. En la maleta lleva una caótica mezcla de prendas que sacó de cajones y del clóset al

azar. Empacó casi a ciegas, como ahora conducía en la tormenta, movida por la urgencia, sin orden. Ahora está varada, sin idea de cómo seguir, aunque segura de que no volverá atrás de ninguna manera.

De este dilema la sacan los golpes en la ventanilla, ve el rostro familiar que aparece bajo el paraguas y, pese al miedo que brota de pronto, también siente alivio.

*

—Hola —dice mientras abre la portezuela y baja un pie, con su bolso busca protegerse del aguacero—, necesito llegar a…

El primer golpe, en la cabeza, la toma desprevenida.

No puede evitar la caída del segundo sobre su cara, ni que el sobre resbale del bolso, que la mano que la golpeó lo recoja apretándolo con rabia. No, trata de decir. No, no, eso es para… Otro empellón la hace caer hacia donde el agua sube; oye el ruido del caudal que pierde control. Trata de explicarse, hay una razón para todo esto y, si puede decirla, aún puede irse, emprender el vuelo.

Salvarse.

Una patada, otra, ahora en la sien.

El dolor la traspasa. Va a gritar cuando el paraguas cae a un lado y la carta desaparece de su vista; siente los brazos que la empujan a rodar sobre el fango, hacia la corriente. Va a gritar cuando siente que su cuerpo ya no se sostiene, y el agua la sepulta.

Va a gritar cuando la escasa cordura que le resta deja su mente mientras la corriente del río la arrastra, vertiginosa. Laura flota como una Ofelia; da tumbos, rápido —Anoche soñé que volvía—; más rápido, más rápido en el agua fangosa —Manderley. Anoche—; así pierde un zapato, luego el otro, sus dedos sueltan el bolso; ya no puede controlar cómo se mueve —ía a Manderley. Anoche soñé q—; su cuerpo, su cabeza, todo va golpeándose en los bordes del arroyo crecido.

Solo los truenos cada vez más lejanos la oirán ahogarse.

PRIMERA PARTE

1

Claudia Blaisdel no recordaba sus sueños.

No lo hacía ni de niña, o en su no tan lejana adolescencia. Nada de pesadillas que la hicieran gritar o correr a la cama de sus padres, ni experiencias vívidas que no ocurrieron que la hicieran temblar al despertarse, con besos robados aún en los labios. Todo se evapora en ese momento antes de alzar los párpados con desorientación. Cada sueño: los inquietantes o alegres, los pesarosos. Los que suelen contarse en reuniones, sobremesas o sesiones de terapia. Hasta los que Isabel le relata por las mañanas mientras desayunan, diciéndole que está segura de que, en cualquier momento, aquello soñado se hará realidad. Al parpadear todo volvía, la realidad afirmándose compacta, mientras lo acontecido en la noche se disolvía como llanto en la piel.

No recordaba sus sueños, excepto uno, que había comenzado en diciembre, cuando volvió de la clínica. Su recurrencia al principio la desconcertó —esto no me pasa nunca— y al paso de los días se volvió un dolor vago en sus dientes o en su espalda; desaparece en el día, pero regresa de pronto, cada noche, como un insistente perseguidor.

Así es como vuelve al sueño; siente que, como el alarido estridente de un águila que cae, el sol de mediodía se desploma sobre su cabeza en tanto observa a los hombres del comisario que rastrean el estero en busca de lo que podría ser el cadáver de su marido.

Los ve moverse, como la primera vez que vinieron a Briar Rose; oye cómo el alguacil Rojo les grita órdenes, van y vienen, metiéndose por todos lados. Marabunta. Claudia está atenta a todo —como ese caluroso día del otoño pasado—, con Juan Martín el capataz, sin cruzar palabra. Ahora, en el sueño (aunque de tan lúcido no se daba cuenta de que era un sueño), emerge el cuerpo de un recién nacido. Ella se sacude con un escalofrío al verlo. Rojo toma el pequeño cadáver, lo examina y luego se lo lleva. Claudia intenta detenerlo, quiere ver y tocar al bebé —sabe que está muerto —, llamarlo para que vuelva, pero no tiene voz ni movimiento,

hasta oír a Isabel que llama a la puerta de su habitación.

*

—¿Señora? Las siete. Es lunes. Hoy es el día.

—Sí. Ya voy.

Claudia firmó personalmente el recurso para la audiencia en la corte del condado, mientras Matthew MacCloud, que por años había sido abogado de la familia de su marido, la observaba, satisfecho de que se hubiera decidido al fin. No iba a olvidarse de que el 31 de octubre de 2016 era la fecha en que declararían muerto a James.

—¿Tú ya estás lista, Isabel?

—Sí. Aunque no me gusta. Todos me van a estar viendo.

—Solo tienes que decir la verdad de lo que recuerdes, y ya es todo.

—Juan Martín dice que si miento después de jurar sobre la Biblia me meten en la cárcel.

—No fue en serio.

—Señora, I don't know.

Claudia vio cómo el ama de llaves se ruborizaba.

—Nadie te va a meter en la cárcel. Dame unos minutos y bajo.

A solas, Claudia sintió como si a ella, igual que al bebé muerto —Diego, Diego—, la hubieran sacado del agua turbia del estero. Claro que Isabel diría toda la verdad. Era demasiado cándida como para mentir; diría todo tal cual: que, después de cenar, James pasó por la cocina y le cantó feliz cumpleaños, diciéndole que a los treinta años ya era mayorcita, y luego de darle un abrazo y un regalo en cash, se fue por la puerta de atrás, porque tenía una reunión con alguien, mas no dijo quién.

Se fue, pero dejó su coche en el garaje.

Juan Martín le dijo que no era seguro tenerlo así, que era demasiada tentación para cualquiera, pero en un año y ocho días nadie había intentado robarse el BMW. Tal vez pensaran que el coche estaba embrujado. Tanto como —supo que se rumoraba, e incluso hasta en Brownsville— se suponía que estaban los malditos habitantes del rancho Briar Rose.

*

Cuando hicieron el largo viaje en carretera, recién casados, al describirle el rancho y sus rutinas, James le contó que octubre era el último mes realmente activo del año, y la barraca de pickers

estaba siempre a reventar. Cuando ya estaban instalados, de manera tácita —él no tuvo que pedírselo—, Claudia permanecía en la casa y no tenía contacto con los trabajadores; el propio Juan Martín la disuadió de intentar comunicarse con ellos en español, aun siendo mexicana.

—Mejor que no, señora. Usted entiende.

Ella desconocía cuántos eran, tampoco sabía de dónde venían.

«Habrán sido un par de mojados», dijo uno de los oficiales del condado durante la investigación, y eso despertó la cólera tanto del alguacil Rojo como de Juan Martín. La teoría más contemplada sobre lo ocurrido con James era que seguramente (¿probablemente?) un grupo de inmigrantes ilegales trataron de asaltarlo, después lo mataron y enterraron su cuerpo en alguna parte.

«Aquí no hay mojados», dijo tajante Juan Martín, y Luis Rojo despachó al oficial con un gesto. Después, se volvió y con voz grave le explicó a Claudia que el oficial era ignorante; aunque el término mojado se usara por mucho tiempo en Texas, donde la frontera era el Río Grande, hacía mucho que se le consideraba pasado de moda, además de ofensivo y discriminatorio.

Hacía meses que Claudia se había mudado de la habitación donde dormía con James a otra más pequeña, con sus paredes en blanco, a la espera de un color definitivo; la que sería recámara del bebé. Ahí, Claudia descubrió que los espacios pequeños eran menos solitarios y más fáciles de llenar. Esta daba al sur, con vistas al valle del río y, a veinte kilómetros, las luces de Brownsville; de noche la frontera se convertía en un racimo de estrellas esparcidas sobre el horizonte.

Oyó sonar el teléfono y luego la voz de Isabel, que momentos después subió.

—Señora, es Mrs. Nina. Que dice que es urgente.

—La llamo al rato.

—Dice que no le gusta esperar.

A la madre de James no le gusta esperar. Sin embargo, Nina Hawkins Blaisdel —siempre se presentaba intercalando su apellido de soltera; «es importante, es parte de mi legado», le dijo una vez, como si Claudia no entendiera acerca de cosas tan importantes como el linaje y la sangre— había esperado, como todos, el sonido del timbre, el teléfono, un auto que llegara o unos pasos; cualquier señal de vida de su hijo.

—Dile que yo la llamo. Por favor.

Desde la ventana también podían verse las hileras de sauces que años atrás se habían plantado para bordear el estero. Hacia el oriente, se veía el lecho del río y al poniente se extendían los campos ya cosechados, que esperaban la lluvia de otoño. Para Claudia, nacida y criada en la Ciudad de México, la lluvia podía provocar un embotellamiento en el Periférico, o era algo de lo que te refugiabas en el cine o en una cafetería; no era algo que la gente valuaba como oro. Un río era una cosa que solo había visto en fotos y documentales. El brazo del Río Grande, que veía desde la ventana de su cuarto, era un arroyo la mayor parte del año, aunque a veces se convertía en un torrente devastador capaz de llevarse cualquier cosa —un toro, un auto, una mujer— con la turbulencia de sus aguas, aunque el sentido común más elemental dictaba que si llovía mucho, la gente no salía de su casa. Ese era el límite con Garlands, la propiedad de John [y Laura] Baxter.

Cuando llegaron en auto al rancho, John fue el primer vecino que conoció —no es que hubiera muchos, estaban a siete kilómetros de River Heights y veinte de Brownsville; de hecho, Baxter era su único vecino real— y James le pidió, antes de presentarlos, que fuera amable, porque recientemente había muerto su esposa (a la que según tú me parezco, ¿no?). Claudia hizo lo posible, saludándolo siempre con afabilidad al coincidir e invitándolo a cenar cuando lo veía. Baxter ocasionalmente aceptaba, pero aún hoy, que eran nominalmente «amigos», había veces en que le resultaba tan inescrutable como cualquiera de los trabajadores errabundos.

*

Acompañada por música para distraerse, Claudia se duchó, lavó su cabello, lo secó y cepilló varias veces hasta alcanzar la suavidad que le gustaba, y empezó a vestirse muy despacio. Hacía una semana que tenía preparado su atuendo; Nina la llevó a Nordstrom, la tienda departamental más grande de McAllen, donde le escogió el conjunto: traje sastre en rosa pálido con falda unos centímetros sobre la rodilla, que favorecía su tez pálida y pelo oscuro; además, zapatos y bolso en color marfil. A lo único que Nina Blaisdel se opuso —lo dijo con firmeza a la vendedora— era que se probara cualquier cosa en negro.

—No estás de luto, Claudia.

En la tienda, evitó verse en el espejo de cuerpo completo, su única compañía en el probador.

*

Con los labios en color coral y pequeños pendientes de perla en los oídos, Claudia bajó directamente a la cocina. Isabel, redonda, cantarina (algo de Selena, a media voz), su cabello en una pila de tubos, preparaba hot cakes en una plancha, mientras en otra sartén freía tocino.

—Gracias, Isabel, solo quiero café.

—Mire qué buenos están.

Claudia echó un vistazo a la sartén. El aroma era dulce, reconfortante, casi proustiano de su niñez en una ciudad a la que no había vuelto en años. En otro momento, le habría ganado el antojo, pero aún no salía de la casa y ya le agobiaba lo que le esperaba en la corte.

—Sí, huele muy bien.

—Pero no quiere.

—No, hoy no.

—Le voy a decir a Felipe que venga acá, si no me lo voy a tener que comer todo yo. Oufac.

Esa era una expresión frecuente en Isabel y durante algún tiempo Claudia supuso que en jerga fronteriza indicaba disgusto, frustración, hasta que le preguntó a Juan Martín.

—Esa palabra no es en español, señora.

—Ya sé. Pero algo debe de querer decir. Isabel la usa todo el tiempo.

—Claro que quiere decir algo, señora. —Se hizo una pausa incómoda, en la que él la miró como preguntándole: «¿De veras no se ha dado cuenta?».

—Ah, es inglés. Oh, fuck.

Juan Martín lució avergonzado:

—Sí, señora.

Isabel era una de las múltiples primas de Juan Martín Jiménez, que llevaba más de treinta años trabajando en Briar Rose. El capataz tenía montones de parientes en el estado y en épocas de mucho trabajo algunos acudían en manada al valle; plantaban, cultivaban y regaban; podaban, recogían y fumigaban; seleccionaban, empacaban y enviaban. Cuando Claudia llegó a Texas, Isabel fue el primer rostro amable que la recibió y al tiempo habían desarrollado un tipo de relación alternante de madre e hija; Isabel la cuidaba y a veces era ella quien sentía la obligación de hacerlo por ella.

Llevaba puesto un vestido en un fucsia muy vivo que Claudia le había regalado y también medias, de las que vendían en huevos de plástico en Target. Le dijo que cuando se le acabara de rizar el pelo iba a peinarse para estar presentable ante la jueza.

—Dice la señora Nina que a la corte las mujeres van con medias y falda y los hombres de saco y corbata. ¿Juan Martín y el señor Baxter también?

—Sí, Isabel. También.

El teléfono sonó de nuevo y Claudia fue al estudio, antes territorio exclusivo de James y que durante mucho tiempo, como su auto, permaneció como lo dejó.

Antes le agobiaba entrar ahí; hasta la puerta cerrada le daba ansiedad. Ahora había cambiado. Tan pronto se fijó la fecha de la audiencia, Claudia empacó las cosas de James que ocupaban cada rincón y repisa del estudio. Claudia lloró tanto que Isabel no pudo evitar lo mismo y acabaron abrazadas, a lágrima viva, como plañideras en velorio. Después, con ojos hinchados, escribió «Goodwill» con marcador permanente en cada una de las cajas. Fue entonces, casi como si estuviera planeado, que llegó su suegra sin avisar, como a veces hacía, más aún desde la desaparición.

Claudia pensó que Nina se alteraría al ver las cajas, o que se opondría a su idea de deshacerse de ellas. En cambio, la mujer, ataviada en lino fresco de tonos pastel, se quitó las gafas oscuras revelando ojos muy azules (no se los había heredado a su hijo) y se ofreció a entregarlas personalmente a la tienda de Goodwill en Brownsville, indicándole a Juan Martín que las pusiera en el maletero de su Navigator. Media hora después estaba al volante y lista para irse, cuando se asomó a la ventanilla.

—¿Te digo algo, corazón? Hace tiempo que James quería limpiar el estudio. Seguro se alegrará de que le hayamos ahorrado el trabajo.

*

—¿Hola?

—¿Por qué no me has llamado, Claudia?

—No hay prisa. Aún es temprano.

—Ya sé. Estuve toda la noche mirando el reloj.

—Lamento que no haya podido dormir, Nina.

Podía verla como si estuvieran frente a frente; nunca había visitado su casa en Calle Jacaranda, mas no le parecía difícil

imaginarse el escenario, que aparecía como un diorama: un aposento digno de alguien que había vivido ambientada en capítulos de Dallas o Dinastía en los ochenta, solo que lo suyo no era un culebrón nocturno de la tele, era la vida real.

—No quise. Estuve intentando pensar las cosas y decidir si está bien dar este paso.

—Hay que hacerlo. Es lo que dijeron MacCloud y los otros abogados.

—No tengo por qué creer lo que dice esa gente.

—Matthew es un experto.

Nina resopló con fastidio apenas contenido.

—En asuntos legales será. Pero si se trata de James, la experta soy yo. Lo que vas a hacer hoy está muy mal. Tendrías que haberte negado a firmar esos papeles. Quizá todavía podemos echarnos para atrás. Llama a Matthew y dile que pida un aplazamiento porque necesitas más tiempo para pensarlo.

—En realidad tuve un año para pensarlo, Nina.

—Claudia, no sabes si en cualquier momento puede sonar el teléfono o pueden llamar a la puerta y ahí estará él. Quizá lo secuestraron y lo tienen encerrado en un cuarto en alguna parte de México, o quizá en otro estado, Mississippi o Louisiana…, quizá se golpeó la cabeza y tiene amnesia, ¡no recuerda nada! O quizá…

Claudia apartó el receptor de su oído.

—¿Claudia? Claudia. —Era lo más parecido a un grito que la mujer se permitía salvo, supuso, cuando estaba sola—. ¿Me oyes?

—La audiencia es hoy. No la puedo detener, y si pudiera, no lo haría.

—Pero quizá…

—No.

—Qué cruel, Claudia, qué cruel eres al destruir así las esperanzas de una madre.

—Peor sería que la animara a esperar algo que no va a ocurrir.

—¿Que no? Todos los días suceden milagros…

La madre de James siguió desgranando su rosario de posibilidades, mismas que había reiterado todo el año, y Claudia fingió que la escuchaba, aunque ya las había oído todas.

*

Cuando Nina se fue del rancho a vivir en Brownsville, dejándoles Briar Rose a Claudia y James, se llevó consigo algunos

cuadros, un antiguo comedor Chippendale, su piano Baby Grand, y un juego de té de porcelana Limoges que le dieron al casarse, así como una colección de huevos Fabergé que eran de su familia, dejándoles todo lo demás, como si le urgiera deshacerse de ello.

Claudia se asomó a la ventana y vio que los trabajadores salían al establo que se había acondicionado como comedor. Se amontonaban en las camionetas que irían repartiéndolos en los campos de cultivo. No tenían mucho en la vida, salvo el trabajo duro y el pago semanal, que en muchos casos (casi todos) mandaban casi entero a sus familias en México. A mediodía se sentarían en bancos de madera junto al estero y almorzarían a la sombra de los sauces. A las seis volverían a comer tortillas y frijoles y pollo en el comedor, y a las nueve y media, salvo en día de pago, todas las luces de la barraca estaban apagadas.

Claudia pensó en ellos, mientras Nina seguía su monólogo, que poco a poco iba bordeando en hostilidad retenida por los modales adquiridos durante su niñez aristocrática de southern belle en Charleston. Desde que Claudia dejó de oírla hasta que volvió a prestarle atención, la mujer parecía haberse reconciliado de algún modo con el hecho de que la audiencia sería a las diez de la mañana.

—Nos vemos en la corte. ¿Sabes dónde?

—La sala cinco de la corte del condado.

—¿Vas en tu coche?

—John me pidió que fuera con él.

—¿John? ¿Qué John? ¿Baxter? Pero ¿cómo…? ¿Tú aceptaste?

—Sí.

—Será mejor que lo llames ahora, Claudia, y digas que no. No querrás que desde hoy la gente empiece a hablar de ti y ese hombre.

—No tienen nada que decir, Nina.

—No seas ingenua, darling. Claro que es un juicio acerca de todos nosotros, ¿no te das cuenta? MacCloud intentó hacer todo con la mayor discreción posible, pero hubo que citar testigos y a mucha gente se le notificó la hora y lugar de la audiencia, así que lo que quieres hacer no es un secreto. Seguro habrá periódicos y hasta la televisión, otra vez. Buitres. No son más que buitres, Claudia. No debiste, insisto. Firmar papeles es una cosa, pero ir a la corte y tener que revivir en público aquello es otra. Pero eres tú la que tiene que decidir, ya que eres la esposa de James.

—Ya no soy la esposa de James, Nina. Soy su viuda.

2

Dos automóviles avanzaban lentamente por la autopista que iba de River Heights a Brownsville.

El primero era la pickup de doble cabina que guiaba Juan Martín Jiménez. El capataz, de cincuenta y dos años, tenía pocas canas en su cabello oscuro y abundante igual que su barba y a cierta distancia parecía más joven. Para esa ocasión se llevaba su traje azul, el que reservaba para bodas, quinceañeras y bautizos; tenía otro, negro, pero ese era solo para entierros o para cuando tenía que presentarse ante las autoridades de inmigración porque habían detenido a alguno de sus hombres por entrar ilegalmente al país, lo cual era una experiencia difícil para él. Y peor que se va a poner, pensó al pasar frente una cartelera monumental con el lema de campaña del anaranjado candidato republicano —Make America Great Again!—, al lado de la autopista. Ese tipo es el diablo. El traje intentaba darle un aire de formalidad, pero lo hacía sentir incómodo y resaltaba la desconfianza que le inspiraba este aparente cierre de todo el asunto. Si había que reconocer oficialmente la muerte de James Blaisdel, no habría que hacerlo en el tribunal sino en la iglesia, con plegarias por la salvación de su alma y un ataúd, aunque estuviera vacío, con esa muchacha de la capital como su viuda. Una mujer decente.

Junto a Juan Martín iba Isabel, peinada con un moño alto, con el vestido que la señora Claudia le había dado en Navidad. El tono no le sentaba, aunque solo él se atrevió a decírselo, antes de que subiera a la camioneta: «Pareces fruta. Una pitaya». Isabel se ofendió y no quiso hablarle durante el camino. En el asiento de atrás viajaba Felipe, su hijo menor; tenía catorce años, adolescente callado.

El muchacho pensaba si sus compañeros de la secundaria sabrían dónde estaba y qué tenía que hacer. Igual ya estaban chismeando alguna idiotez, como que era chivato de la Policía o de ICE. Esas eran las cosas que podían hundir a un tipo durante el resto de su vida. El viaje siguió en silencio; pasaron por los campos donde ya habían cortado la alfalfa.

De hecho, la participación de Felipe en todo esto empezó en un campo.

El sábado por la mañana, cuando Mr. Blaisdel llevaba ocho días desaparecido, salió a dar una vuelta con Pinta, la perra que vivía en la casa de los Jiménez, una cruza de beagle y algo más, que le había regalado su hermano Daniel. Acostumbraban pasear un rato los fines de semana: fue así como encontró el cuchillo; un destello lo hizo levantarlo de la tierra donde estaba caído. Vio cómo se abría, de pronto. Felipe sabía, de oírlo decir a los pickers, que les decían «switchblade» y podían ser peligrosos. Estaban prohibidos por la ley. Si uno practicaba mucho, le habían contado, podía llegar a poner la hoja en posición de ataque muy rápido. Entonces vio la costra oscura alrededor en la hoja; no era barro ni óxido. Era sangre. Entonces Felipe tiró el cuchillo al suelo, se limpió frenéticamente las manos en los pantalones y corrió, seguido por Pinta, a llamar a su padre.

*

Al sur, la ruta de River Heights entroncaba con la autopista que iba de Brownsville a Matamoros. Pronto, Juan Martín y la camioneta se perdieron en el tráfico, separándose del Toyota que John Baxter conducía por el carril de tránsito lento, sus manos aferradas al volante con fuerza.

Era alto, de más de cuarenta años y semblante jovial. Sus ojos castaños, profundos, expresivos, eran su rasgo más memorable cuando alguien lo conocía. A Nina le desagradó a primera vista y esto fue recíproco, aunque con Claudia era amable, si bien en ese momento parecía agobiado. Sabía que desde la muerte de su esposa había habladurías en torno suyo.

—¿Qué hora es?

Ella miró su teléfono.

—Las nueve y veinte.

John se apretó el tabique de la nariz con dos dedos.

—MacCloud dijo que hoy terminan. No creo. Aunque interrogue a todos los testigos, habrá un plazo mientras la jueza estudia la evidencia. Puede que tarde una semana en tomar su decisión, o quizá más. Aunque, por lo menos, tú ya podrás dormir tranquila, Claudia.

¿Sí? ¿De verdad lo crees?

Dormir. No volver a soñar, ni con mi esposo ni mi hijo.

No.

La autopista anunció la salida al centro de Brownsville y en el entronque el tráfico se alentaba.

John se puso en fila y siguió la señalización. Ella se revisó el maquillaje en el espejo de su polvera.

¿Quién es esta mujer? Solo había pasado un año y medio de su boda, y apenas podía reconocerse.

—Mejor me bajo antes de llegar a la corte y camino.

—¿Por qué?

—Nina dice que la gente…, ya sabes. Los chismes.

—¿Y esa estupidez a ti te importa?

—No. Pero a ella sí.

—Claudia…, cuando todo esto acabe no tendrás que preocuparte más por las opiniones que pueda tener alguien como Nina, o cualquiera. Será mañana o pasado; la semana próxima a más tardar, que todo habrá terminado y tú serás libre.

—¿Y qué es ser libre, John?

Él la miró por un segundo. Luego le sonrió.

—Poder tomar decisiones por ti misma sin dar cuentas a nadie. Controlar tu propia vida.

Cierto. Había sido un año sin poder o sin atreverse, o sin querer, tomar decisiones de ningún tipo; de eso se habían ocupado los demás. Hasta Isabel. Claudia lo pasó como si estuviera en una especie de trance; firmaba cheques para pagar las cuentas que Juan Martín decía debían pagarse, firmó los papeles que MacCloud le puso delante, respondió a las preguntas del alguacil Rojo, comió todo lo que cocinaba Isabel y usado la ropa comprada por Nina en Banana Republic o Macy's.

Ahora todo terminaría oficialmente, y las decisiones serían suyas.

Ya no habría trajes de diseñador y regaños pasivo-agresivos, ni caldito de pollo; Luis Rojo había dejado la Policía y, después de que la jueza diera su veredicto, no tendría que verlo más. También podría vender Briar Rose y entonces Juan Martín, con toda su parentela, Nina y, sobre todo, el espectro, que era lo único que le quedaba de James, se convertirían en un pasado al que no tendría que volver.

*

Isabel resolvió volver a hablarle a su primo cuando el silencio la

hastió.

—Vas muy rápido.

—El límite es noventa y es mejor llegar temprano.

—El señor Baxter es más sensato. Ya sabe que no va a sacar nada, así que ni prisa tiene.

—Cállate. A ver si alguien te oye y empieza a hablar.

Isabel sabía que tenía fama de chismosa en el pueblo, pero eso era una calumnia infame. Ella era una tumba. No le decía nada a nadie, más que nada porque en Briar Rose no había a quién contarle algo, salvo a quienes ya lo sabían; además, casi nunca iba a River Heights, de todos modos.

—¿Él y la señora Claudia? ¿A eso te refieres, Juan?

—¿A quién si no?

—Boo, ella jamás se casaría con él. Es muy viejo para ella. Además, she is a married lady. Después de hoy no faltarán hombres que vengan a buscarla, porque very rich lady now. Pero no se quedará con ninguno. Va a vender el rancho para irse otra vez a México, ya verás.

—¿Cómo sabes?

—Lo soñé. Y tú sabes que mis sueños, buenos o malos, siempre se cumplen.

—No es cierto.

—Who gives a fac.

—Yo. A mí me importa. Según tú, ¿qué va a pasar con nosotros?

—El nuevo patrón estará feliz con un capataz como tú y una hauskipin increíble como yo.

—¿El nuevo patrón también salió en el sueño?

—No, pero a lo mejor no me fijé. Esta noche a ver si sale.

—Si se parece al señor Baxter, despiértate rápido.

—Boo. Él no tiene con qué pagar el rancho.

—Pero puede casarse con ella.

—Fac. Ya te dije que no. La señora está harta de aquí y se va a ir lejos. En mi sueño la vi en una ciudad grande, con un vestido verde y una maleta en la mano.

El malhumor que Juan Martín había tenido toda la mañana se agravó.

—¡Pipe! ¿Me oyes? Despierta.

Los párpados de Felipe se levantaron. El movimiento del coche lo había arrullado.

—Estoy despierto, pá. ¿Qué quieres?

—No te duermas. Ponte atento.

—Sí, pá.

Felipe cerró los ojos. Su padre se estaba volviendo cada día más raro, más necio y enojón. Él, personalmente, esperaba tener la suerte del señor Jim y morirse antes de hacerse viejo como su padre.

*

En las escalinatas del tribunal, Claudia vio al abogado y a un grupo de personas que, supuso, eran de la prensa local; los mismos reporteros y camarógrafos que un año antes se arremolinaban afuera del rancho, bañándolas de flashes a ella y a su suegra. Flashes e insolencias.

Mientras se alejaba, oyó su voz, pronunciando cuidadosamente cada sílaba como si se dirigiera a un grupo de idiotas.

—… sí, la cosa es que en este caso no hay litigio. Los términos del testamento son claros y no se han recusado; su esposa solicitó esta audiencia al tribunal y su madre está de acuerdo. —MacCloud paró un segundo, atento a ver si llegaban a la plaza más camionetas de las estaciones de TV, y siguió—. En la audiencia de hoy queremos establecer el hecho de la muerte de James Blaisdel y demostrar de forma concluyente cómo, por qué, cuando y dónde se produjo, aunque debo aclarar que nadie ha sido acusado, ni tampoco nadie está sometido a proceso…

Claudia apuró el paso, con suerte de que nadie la reconociera al pasar. Mejor. En todo ese tiempo no había encontrado nada que decirles salvo lo que Matthew les había enseñado a decir a ella y a Nina antes: No comment.

*

En una banca al lado derecho de la sala, vio sentada, con la espalda muy recta, a Nina Blaisdel; cabeza erguida, ojos al frente. Llevaba un vestido de Anne Klein, de punto, en color gris plata, adquirido el mismo día que seleccionó su atuendo. En torno al cuello, una pañoleta Hermès, de las que parecía tener una dotación inagotable; su cabello rubio dorado, recogido con un broche antiguo, caía suavemente sobre sus hombros. Se ve tan joven, pensó Claudia. Pero en realidad, pese a su actitud y modales, en la actualidad, a los sesenta años, su suegra era joven. Solo pertenecía a otra generación dentro de la suya; criada con valores anquilosados, hoy tan cuestionables. No es raro que sienta su

mundo derrumbarse, y no le gusta. En sus manos, un anillo de diamantes —el de compromiso que el padre de James le dio antes de casarse, en 1981— y el simple aro dorado de su alianza matrimonial.

Claudia dejó la suya en un cajón en Briar Rose. Sería lo primero en que Nina se fijaría al verla, seguro, aunque no lo mencionara. Al acercarse, percibió el aroma a Chanel No. 5 que usaba siempre. Su semblante no delataba expresión, salvo una permanente sonrisa de Mona Lisa. Era el gesto que, como debutante del sur, había sido educada para mostrar en público. Su otro rostro, el verdadero, que había dejado ver por instantes cuando se le resbalaba la máscara, era inseguro, obcecado, a veces bañado en lágrimas y salpicado de maquillaje, furia y terror. Quería compadecerla, pero no lo lograba del todo.

*

De lejos, la mujer vio a su nuera y pensó que había acertado al elegir ese traje: el color blush la hacía ver inocente y dulce, como princesita de cuento. Viéndola de este modo, mientras se acercaba, pensó en lo incongruente que le parecía ver a Claudia en un sitio tan sórdido.

Tengo que ser más buena con esta pobre niña, tengo que esforzarme más. Si está aquí es por mi culpa.

Al principio, cuando la tormenta de mierda que provocó la muerte de Laura Baxter —aún apretaba los puños al recordarla, idiota, imbécil— llegó al paroxismo, Nina Blaisdel tuvo la ocurrencia de que si apartaba a James del rancho unos meses, el escándalo finalmente se desvanecería. Siempre pasaba así, en su experiencia. Cuando aún vivía en Charleston, uno de los chicos Perry, conocidos de su familia, tuvo un desliz con una camarera y ella dijo que fue violación; Eleanor Perry, la madre, lo había mandado a Montana y a la chica le dio cinco mil dólares y un boleto de autobús a Miami. Punto final. Al cabo de seis meses, el chico volvió y Eleanor siguió yendo a la iglesia como si nada. Pero estos eran otros tiempos y lo que hizo fue un error de cálculo de su parte; mandarlo a Manhattan tuvo peores consecuencias que si se hubiera quedado en Texas sin dar la cara unas semanas, pero Nina se percató de esto demasiado tarde. A fin de cuentas, la ausencia de su hijo en River Heights no sirvió más que para intensificar la maledicencia de la gente (si no la mató, seguro tuvo algo que ver), y

para agravarlo todo, al volver James trajo a esa chica como su esposa.

Aunque los recibió sonriente y con los brazos abiertos el día que llegaron a Texas con el auto cubierto de polvo, Nina se sintió traicionada. No era que le pareciera mal que su hijo se hubiese casado; de hecho, ella quería que alguna vez James se casara y la hiciera abuela, asegurara la herencia de las tierras. Pero no que lo hiciera tan joven y por impulso, además con una extraña —por muy bonita, elegante y bien educada que fuera—, originaria de México nada menos, y para colmo, en una ceremonia civil a la que ella no fue requerida.

—James, ¿por qué?

—¿Por qué no? Está loca por mí y no le importa mi pasado. ¿Qué te parece, mamá?

Nina no supo qué responderle, pero, de todos modos, saludó a la joven novia con un beso y le abrió las puertas de su casa, porque sin importar lo furiosa que estuviera, a ella la habían educado bien.

Claudia se inclinó hacia ella y rozaron levemente sus mejillas, murmurando saludos. Ella sintió que había un aire definitivo en el gesto, como si presintieran que era de las últimas veces que se veían.

—Ven y siéntate conmigo, darling.

La chica obedeció, sin mirarla.

*

Al fondo de la sala, sentado entre su padre e Isabel, Pipe Jiménez se sintió decepcionado de la atmósfera; la corte del condado no era lo que esperaba. Siempre imaginó que estaría llena de policías, como en la tele, pero en la sala no se había más que uno, que parecía estar muy aburrido, y pese al aire de indiferencia que exhibía ante sus amigos y a la pose soñolienta que asumía dentro del círculo familiar, el chico tenía una curiosidad muy despierta.

—Muévete, Isabel, quiero salir.

—¿Adónde?

—Al baño.

—Pues pásate.

—No puedo. Estás muy gorda.

—Fac you, culero —murmuró Isabel, levantándose, mientras él salía al pasillo.

Al lavarse las manos, pensó de nuevo en la sangre; en la

importancia que sintió cuando Luis Rojo fue a la casa, buscándolo para hablar expresamente con él. Le hubiera gustado que Daniel, su hermano, viera cómo respondía, cómo no perdía los papeles frente a ese policía. Ese día mantuvo el control y lo haría ahora en el estrado, cuando lo llamaran esta mañana (por lo que había sido excusado de ir a clases). Era, según todos, un gran momento para él. Ya no era un niño, oh, no, señor. ¿Ya soy mayor? Se miró al espejo alargado del lavabo de la corte: su padre lo había hecho ir a cortarse el pelo y su otro hermano, Pedro, lo ayudó a afeitarse antes de irse al campo —no que tuviera mucha barba o bigote. Solo un suspiro, una sombra. Tardaría algunos años todavía en crecerle. Shit— y se había puesto una corbata de las que Daniel dejó cuando se fue, y una camisa nueva. Ya soy mayor. Tenía que decir algo importante. Había ensayado mucho cómo hacerlo. No iba a ponerse nervioso.

Volvió justo a tiempo de oír cuando el secretario de la corte hizo el anuncio.

—El Tribunal Superior del Estado de Texas, en y por el condado de Cameron, está en sesión. Preside la honorable jueza Shirley Jackson.

*

Las audiencias de validación testamentaria eran procesos aburridos, pero esta prometía ser diferente. El secretario releyó parte de la presentación.

—En el asunto de las propiedades de James Franklin Blaisdel, Claudia Castañeda Blaisdel expone: ser esposa supérstite de James Blaisdel. Que la supradicha está informada y cree, y por tal información y creencia alega, que él murió en el mes de octubre de 2015.

»Los hechos sobre cuya base se presume la muerte son los siguientes: la noche del 23 de octubre de 2015, después de cenar con su esposa, James Franklin Blaisdel salió de la residencia principal del rancho Briar Rose. Cuando vio que James no había vuelto a las nueve y media, su esposa despertó al capataz del rancho y se organizó una búsqueda. Se han reunido pruebas que demuestran, más allá de toda duda razonable, que entre las ocho y media y las once y media de la noche del 23 de octubre de 2015, James Blaisdel encontró la muerte a manos de dos o más personas…

3

La jueza Jackson era una mujer robusta de mediana edad; su cabello cano (que fue alguna vez rubio) lo llevaba severamente recogido y desde joven usaba gruesas gafas de fondo de botella, lo que le causó un complejo de inferioridad (cultivado de modo persistente y eficaz por su madre) que le tomó años controlar, además de darle un aspecto extraño, completamente fuera de lugar con su entorno.

Antes de ser anunciada por el secretario, la mujer se tiró con impaciencia del cuello de la toga. Aunque hacía más de treinta años que ocupaba su banca, aún le causaba una vaga sensación de ansiedad el momento de entrar a sala, cuando la gente elevaba la vista hacia ella como si esperaran que esa indumentaria la invistiera de cualidades mágicas; como si se tratara de la capa de una bruja buena y misericordiosa, o una temible y vengativa.

En ocasiones, cuando durante alguna audiencia se encontraba con alguna mirada especialmente desesperada fija en ella, tenía ganas de interrumpir todo para explicar que la toga no era más que un trozo de tela negra que cubría un vestido talla extragrande y que ella no era más que una señora con cuatro hijos ahora adultos, dos nietos y un marido académico en la universidad que se acercaba a la jubilación y le miraba las piernas a sus alumnas (pero Stan siempre le había mirado las piernas a sus alumnas, aun antes de que se mudaran de Vermont al sur de Texas hacía décadas); que además de atender los casos de la corte, tenía que ocuparse de llevar todas las funciones de una casa y que, francamente, en ese momento preferiría estar en su cocina horneando un pan de banana o un coq au vin copiado del libro de Julia Child; en suma, que era alguien tan ordinaria como ellos y no podía obrar ningún tipo de hechicería para resolver sus terribles cuitas, por más falta que hiciera, o que ella misma lo deseara.

Echó una mirada por la sala y observó que el único espacio vacío era el del jurado. Este caso había atraído a más público mayor de lo que esperaba, por razones obvias. Entre los que a todas luces eran periodistas vio muy pocos visitantes que no tenían aparente interés

en el asunto; casi siempre los espectadores habituales iban porque les resultaba emocionante presenciar procesos por desfalco, divorcios, robo a mano armada y violaciones. Era, le habían confesado algunos a lo largo de los años, como ver L.A. Law o Boston Legal en vivo y en directo. Fascinante.

A Shirley Jackson eso le parecía una especie de vicio inexplicable, aunque el caso de hoy era distinto. No le resulta difícil distinguir a la gente con estrecha relación: por las fotos en el Herald y el Monitor, reconoce a la joven esposa de Blaisdel. Sintió pena por la muchacha; parecía completamente perdida en la audiencia, aunque entendía que esto indicaría un cambio drástico que había postergado mucho. A la madre ya la conocía de antes, socialmente. Nina Blaisdel era una figura importante en la Junior League y en el Club de Jardinería de la ciudad, la clase de mujer que, en sus años en la universidad de Syracuse, la había hecho sentir fea y anticuada, solo habían intercambiado saludos alguna vez, pero tenía la impresión de que por sus venas corría hielo; también vio a algunos rancheros que lucían incómodos y fuera de lugar con ropas de ciudad; al exalguacil Luis Rojo, con un sobrio traje oscuro y el bigote impecable. Al centro del escenario, a Matthew MacCloud, que se había encargado de instigar este vodevil.

—¿Listo, señor MacCloud?

—Sí, su señoría.

—Proceda, entonces.

*

—Este es un juicio para establecer la muerte de James Franklin Blaisdel. En apoyo de los alegatos contenidos en la presentación de Claudia Castañeda Blaisdel, me propongo exponer la evidencia. —MacCloud, cuarentón, de sonrisa confiable producto de ortodoncia, hizo una pausa, miró al estrado—. Su señoría, el cuerpo de James Blaisdel no ha sido encontrado. Para la ley texana, la muerte es una presunción irrefutable después de una ausencia de siete años. Antes de ese período se requiere la presentación de pruebas de las cuales pueda llegarse a la conclusión de que la muerte sea irrefutable. Lo que sigue es una cita del caso del estado de Texas contra M. R. Stein: «Cualquier prueba, hechos o circunstancias concernientes al pretendido difunto, referentes al carácter, larga ausencia sin comunicación con amigos o parientes, hábitos,

condición, afectos, vinculaciones, prosperidad y objetos de la vida que habitualmente controlan la conducta de una persona y son motivo de las acciones de dicha persona, y la falta de cualquier prueba que muestre el motivo o causa del abandono del hogar, la familia o los amigos, o la riqueza por parte del pretendido difunto, son prueba competente de la cual puede inferirse la muerte del ausente de quien no se tienen noticias, sea cual fuere la duración o brevedad de tal ausencia». —Una pausa para tomar aliento, sonreírle a los presentes. Es un showman—. Lo que nos proponemos demostrar, su señoría, es que James Blaisdel era un joven de veintinueve años, bien dotado mental y físicamente, que su matrimonio era feliz y era propietario de un próspero rancho de cultivos; que su relación con familia, amigos y vecinos era buena y que disfrutaba de la vida y tenía la vista puesta en el futuro. No se me ocurre mejor manera de presentarles un fiel retrato de James Franklin Blaisdel que reconstruir, en la forma más completa que me sea posible, su último día. Ruego a su señoría tenga paciencia conmigo si solicito a los testigos detalles que puedan parecer impertinentes y opiniones, suposiciones y conclusiones que serían inadmisibles como prueba en un caso de litigio.

»Este último día fue el viernes 23 de octubre de 2015. Comenzó en el rancho Briar Rose, donde James Blaisdel nació y vivió la mayor parte de su vida. El tiempo era caluroso, y el río estaba seco. Estaban recogiendo una cosecha tardía de tomates y calabazas y empacándolos para despacharlos a Brownsville. Ese día James se despertó, como de costumbre, antes de que amaneciera y empezó a prepararse para el día. Su señoría, con la venia, quisiera presentar a mi primer testigo, la señora Claudia Castañeda Blaisdel.

La sala de audiencias se estremeció, comentó, susurró, cambió de postura, para mirarla pasar, y de pronto todo volvió a sosegarse cuando Claudia se acercó al estrado.

—¿Jura usted…?

*

Claudia juró con voz clara, alzando la mano derecha. A MacCloud le costó, viéndola, reconocer en ella a la joven encinta y desesperada de un año atrás.

—¿Quiere darme su nombre para que conste, por favor?

—Claudia Castañeda Blaisdel.

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—Ciudad de México, 9 de junio, 1989.

—¿Ocupación?

Claudia vaciló un segundo.

¿Qué soy?

—Ama de casa.

—¿Dónde vive?

—River Heights, Texas.

—¿Rancho Briar Rose?

—Sí.

—¿Es usted propietaria de parte del rancho, señora Blaisdel?

—No. Se escrituró a nombre de mi marido cuando él cumplió veintiún años.

—¿Cómo se llevaron los asuntos del rancho al comienzo de la ausencia?

—No se hizo nada el primer mes. Se amontonaban las cuentas, los cheques no se podían cobrar, las compras estaban paralizadas. Fue entonces cuando busqué su ayuda.

—Señoría —dijo MacCloud, volviéndose hacia la jueza—, a principios del mes de noviembre de 2015, aconsejé a la señora Blaisdel solicitar al tribunal designarla albacea de la propiedad in absentia. La designación fue concedida, y desde entonces la señora Blaisdel informa periódicamente al tribunal, mediante mi oficina, de todo lo financiero relacionado con la propiedad.

—Su situación actual, señora Blaisdel, ¿es aún la de albacea de la propiedad? —preguntó Jackson.

—Sí, señoría.

—Prosiga, señor MacCloud.

—¿Fue en Briar Rose donde convivió usted por última vez con su marido la tarde noche del 23 de octubre?

—Sí.

—¿Tuvieron ustedes alguna conversación importante a lo largo del día?

—Nada en particular.

—En la reconstrucción del último día, es difícil decidir qué lo es y qué no. Díganos las cosas que recuerde, señora, desde que despertó.

—Pues… despertamos muy temprano. Todavía estaba oscuro afuera. James salió de ducharse y encendió la tele para ver CNN. Preguntó cómo me sentía, y dije que bien. Mientras se vestía hablamos del bebé, de sus planes del día, un libro que yo estaba leyendo.

—¿Hubo algo fuera de lo común en la forma en que se vistió esa mañana?

—Se puso pantalones y un saco sport en vez de ropa de trabajo, porque venía a la ciudad.

—¿A Brownsville?

—Sí.

—¿Quiere describirnos la ropa que se puso, señora Blaisdel?

—Dockers color caqui y saco azul oscuro. Camisa de algodón a cuadros.

—¿Y por qué venía a Brownsville?

—Por varias razones. Tenía cita con el dentista, después iba a almorzar con su madre en el restaurante Madeira, más tarde tenía una reunión en la Asociación de Agricultores. Le recordé que era cumpleaños de Isabel, nuestra ama de llaves, y había que comprarle un regalo.

—¿Hizo todas esas cosas?

—Sí, salvo lo del regalo, que se le olvidó.

—¿Sabe usted sobre qué iba a tratar la junta previa al almuerzo?

—En la asociación iban a hablar sobre los problemas de mano de obra eventual.

—¿Asistió?

—Sí. James tenía la idea de que el problema había que resolverlo en su origen, en la cosecha misma. Pensaba que si se podían regular las cosechas con medios químicos, con transgénicos, por ejemplo, tal vez podría ser un trabajo estable, de todo el año, que permitiera dar ocupación permanente al personal agrícola y terminar con la mano de obra temporal.

—Muy bien. ¿Qué hizo su marido esa mañana después de vestirse?

—Se despidió de mí y dijo que estaría de vuelta en casa para cenar alrededor de las siete y media.

—¿Cuándo y dónde se casaron usted y James Blaisdel?

—El 19 de abril de 2015, en el registro civil de Manhattan.

—¿Qué edad tenía entonces el señor Blaisdel?

—Veintinueve años.

—¿Y usted?

—Veinticinco.

—¿Cuál era su ocupación?

—Había terminado mis estudios de maestría en la New School.

—¿Maestría en qué?

—Literatura comparada.

McCloud volvió a deslumbrar al público. Esta es una chica culta. Con estudios. No es una trepa.

—¿Hacía mucho que se conocían usted y el señor Blaisdel?

—Tres semanas. Nos conocimos el sábado 28 de marzo.

Un murmullo general recorrió las bancas. Claudia vio cómo Nina fruncía los labios. Sí, fue muy poco tiempo, ella misma lo había pensado; pero en el fondo, y como se lo dijeron sus compañeras de piso cuando les contó todo de sopetón, el amor a primera vista existe más allá del cliché (por eso mismo es el lugar común, Claudia) y ella, más que nadie, debería saberlo, siendo fruto del mismo.

—Si estuvo usted dispuesta a casarse con él tan rápido, supongo que le habrá causado una impresión muy grande.

—Sí.

Una impresión muy grande.

*

Lo conoció en Broadway, en el preestreno de un musical basado en Doctor Zhivago, al que fue porque una de las amigas con quien compartía apartamento le regaló el boleto; llovía mucho y el metro tardó horrores. Llegó justo unos minutos antes de alzarse el telón, deslizándose en su asiento lo más silenciosamente que pudo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, se dio cuenta de que a su izquierda estaba un joven de grandes orejas y gafas de armazón de pasta, que a cada tanto se giraba discretamente para mirarla por encima del hombro. En el entreacto, él la siguió hasta el vestíbulo del teatro, mientras fue a la barra por una botella de agua (¡siete dólares! Ladrones). Aunque había crecido en ciudad de México y sabía que había hombres que podían abordarla de pronto en lugares públicos para decirle alguna barbaridad —no era ajena a haber insultado a alguno para defenderse de un piropo guarro—, mantuvo su distancia.

Viéndolo de reojo, le despertó curiosidad.

Tenía cabello oscuro, corto y bien peinado, barba recortada estilo hipster. Daba la impresión de haber entrado al teatro por error, quizá estaba ahí porque, como a ella, le habían regalado la entrada y quiso aprovecharla.

Al cabo de un minuto, él se le acercó.

—¿Por qué me miras así?

Se inclinó al frente para oírla. Era bastante más alto que ella.

—¿Cómo?

—Lo sigues haciendo.

—Perdón. Es que me recuerdas a alguien.

—Ah. ¿Alguien que conoces?

—Conocía.

—¿Ya no?

—No.

—¿Por qué?

—Ella murió. —Después de un momento, agregó—: Muchos creen que yo la maté. No es cierto, pero así es la gente.

Claudia lo miró. Era jovial, una sonrisa encantadora le iba creciendo en el rostro; mucha gente piensa que yo la maté. El cabello en la nuca se le puso de punta, presentimiento de pánico o peligro.

—No deberías decir eso a la gente. Espanta.

—Es la primera… la primera vez que lo digo. Quisiera…

Claudia ya había empezado a alejarse, mientras anunciaban la segunda llamada.

—Perdona, ¿te asusté? Lo siento. Fue una estupidez, pero es que desde que llegué a Nueva York no hablo con nadie y me pareciste tan amable como Laura.

Se llamaba Laura. Parecía amable y mucha gente piensa que la mató y tal vez sea cierto.

—Perdón por asustarte. ¿Me esperas un momento, por favor?

—No hablo con extraños. Déjame en paz.

—Pero…

—Mejor vete. O pido que te saquen del teatro.

—Está bien.

Durante el segundo acto, que duró más de hora y media, el asiento permaneció vacío. Tuvo ganas de ver si estaba en alguna fila cercana (el teatro estaba a media capacidad, mal augurio de temporada), pero se obligó a mantener los ojos en el escenario, tratar de concentrarse lo más posible en la música y el agridulce amorío de Yuri y Lara. Al volver las luces, aplaudió cuando los otros aplaudían, aunque pensaba en otra cosa, y al salir lo volvió a encontrar en el vestíbulo.

—Estuve pensando que cometí una estupidez y que no es raro que te haya asustado.

—No me asusté, me enojé.

—Perdón. Mi única excusa es ser honesto contigo desde el

principio.

—¿Qué principio? No hay ningún principio. Ahora, si me permi…

La tocó en el brazo. Ella no lo retiró.

—Me llamo James Blaisdel.

Lo miró a los ojos. Ya le gustaba.

—Yo, Claudia. Castañeda.

—¿Eres de aquí…?

Ella dijo no, y antes de que pudiera escabullirse entre la gente que caminaba hacia las luces de Times Square, ya estaban hablando; resultó una plática tan larga y fluida que siguieron por horas en un restaurante italiano en la calle 53. Le contó de la maestría que costeó con parte del dinero que le dejó su padre al morir hacía un par de años; que su madre había muerto antes, que tenía doble nacionalidad gracias a un bisabuelo que había llegado a México en los años treinta, supuestamente después de robar un banco, aunque esto era más que nada una leyenda. James rio varias veces durante la noche y su risa la hizo sentir estimulada, más que el vino que habían ordenado. La oía como si cualquier cosa que dijera —los títulos de las novelas que le gustaban, anécdotas de su niñez y su vida en la ciudad, como ver un jazzista en el metro y quedarse oyéndolo casi una hora— fuera lo más importante del mundo. Él habló poco de sí mismo, y después de cenar la acompañó en metro hasta el apartamento que compartía con tres mexicanas en Washington Heights. A la puerta del edificio le preguntó si querría desayunar con él al día siguiente. Claudia, sorprendida por la facilidad con que asentía, dijo que lo vería en Central Park a las diez.

*

Era el primer domingo de primavera del año y el parque debía de estar lleno de gente, pero Claudia solo recordaba a James acercándose con una bolsa de papel con dos bagels, dos cafés y los bolsillos rebosantes de pan duro para echárselo a los patos.

Mientras paseaban, fue su turno de hacer un recuento y le habló más a detalle de Texas, donde Claudia nunca había estado antes, ni de visita; le contó de la casa y el rancho en River Heights. Allí los patos vivían en un estero detrás de la casa grande, donde vivió de pequeño —«Tú y yo somos hijos únicos, ¿te das cuenta?»—. Le contó de su padre, Frank, que murió años atrás al caerse de un tractor,

cuando le dio un ataque al corazón; de la tierra, irrigada por un complejo sistema; del río que al llover enloquecía, y del calor húmedo en Texas, donde soñaba ser vaquero de niño. Le habló de Nina y su curioso refinamiento sureño y su manera de desenvolverse; también de los libros y música que le gustaban. De todo menos de la tal Laura, aunque estaba tan encantada que tampoco preguntó.

Cuando el día terminó —horas después del paseo y una excursión al Museo de Arte Moderno, donde ella le mostró los móviles de Calder, La noche estrellada y El mundo de Christina, para luego caminar y cenar en el East Village—, con un primer beso que fue más casto de lo que Claudia esperaba, acostumbrada a hombres más intrépidos, nuevamente a las puertas de su edificio, ella supo que su vida había dado un giro repentino y no volvería a ser la misma, aunque mientras subía en el ascensor a su piso luego de dejarlo ir, no conseguía explicarse por qué.

*

—… responder mi pregunta, por favor, señora Blaisdel.

—Perdón, no lo oí.

—¿Su marido era un hombre fuerte y alto?

—Medía un metro ochenta y cinco y pesaba cerca de ochenta kilos.

—¿Estaba sano?

—Sí. Se había hecho un chequeo hacía poco. Estaba perfectamente.

MacCloud consultó algunos papeles que tenía sobre la mesa, llevándose las manos a los labios fruncidos. Claudia pensó por un momento que habría sido un buen actor, especializado en interpretar a abogados sureños en series de televisión.

—Señora Blaisdel, ¿está usted consciente de lo que puede resultar de esta audiencia?

—Sí. En que declaren oficialmente muerto a James.

—¿Podría decir que tenían una buena relación el desaparecido y usted?

Cerró los ojos un momento, pero no vaciló al responder.

—Sí.

—¿Estaban esperando un hijo?

—Sí. Yo estaba embarazada de casi siete meses.

—¿Llegó a término el embarazo, señora Blaisdel?

—Sí.

—¿Cuándo dio a luz?

—El 11 de diciembre de 2015, en el hospital Solara de Brownsville.

—¿Fue un niño, o una niña?

Claudia se humedeció los labios.

Infeliz. Su voz le sonó bronca, terrosa, las palabras cayéndole de la boca como piedras al regazo.

—Mi hijo nació muerto.

*

Se hizo un silencio entre los murmullos de la sala.

Claudia vio a Nina mirar hacia otra parte y, por un momento, volvió el vértigo que había sentido en la ambulancia, con Isabel a su lado, y el aullido de la sirena. Recordó la mancha en el piso de la cocina, donde sintió la primera contracción —como si fuera un calambre— y se le rompió la fuente.

No, no, todavía no. No ha vuelto tu padre, no puedo hacer esto sola; es muy pronto.

Esa tarde, tratando de que fuera un momento «normal» previo a la temporada navideña, tomó las llaves de su auto por primera vez en semanas y con Isabel como acompañante fue de compras a Target en Brownsville. Alguien —¿MacCloud, o su ginecóloga?— le había aconsejado que lo mejor que podía hacer era seguir su vida cotidiana igual que siempre, aunque sentía que desde la madrugada del 24 de octubre había entrado a un limbo.

En la tienda, cada una tomó un carrito de plástico rojo e iniciaron un peregrinar departamento por departamento, examinando mercancías que realmente no necesitaban, sonaban versiones ambientales de villancicos por los altavoces. Al parar en el área de ropa, y notando el interés de Isabel en las prendas en un maniquí, insistió en regalarle un vestido, el mismo que llevaba ahora en la corte, algo estridente y que personalmente nunca usaría pero que a la otra había hecho muy feliz.

Su notoria alegría ante algo tan simple le resultó contagioso y entonces, dejándose llevar, Claudia adquirió ritmo en su paseo y por impulso echó al carrito un par de botes de helado Ben & Jerry (el favorito de James), a esto lo siguió con quesos y frutos secos, que le gustaban y no había comprado en meses; un juego de toallas nuevas, luces para decorar el exterior de la casa y, a modo de

remate, una enorme jirafa de peluche, que pensó en colocar a modo de tótem bueno junto a la cuna ordenada en septiembre, y que ahora alguien más (tal vez Juan Martín o su hijo Pedro) tendría que armar.

La distracción funcionó; de vuelta a River Heights, con la radio puesta en una estación de música pop en español, hablaron sobre los nombres que habían pensado ella y James para el bebé; la lista se había reducido considerablemente conforme se acercaba el plazo —según la doctora Hill, tenía fecha de 5 de enero, noche de Reyes— e Isabel celebró con entusiasmo cada opción: —Ay, sí, sí, Andrea si es niña es muy bonito. Diego también. ¿Cómo? ¿Así se llamaba su papá? Ooh, nice.

Recuerda esa tarde como el último momento en que fue optimista; de hecho, por momentos, Claudia no pensó en James. Al menos no como si estuviera ausente. Sintió que al llegar a casa aparecería en la puerta para recibirlas, ayudaría a descargar, sonriente, cálido.

Mientras desempacaban en la cocina, sintió el espasmo. Me faltan tres semanas. Es muy pronto. Llamó a Nina, que sonaba conciliadora.

—Los primeros partos siempre se adelantan, es normal.

—Pero me faltan…

—Deja de preocuparte y llama a la ambulancia. Te veo ahí.

El resto estaba fragmentado, a diferencia de la nitidez con que recordaba el día en que James desapareció. La doctora Hill estaba lista para recibirla al llegar y la llevaron a una habitación, donde el parto natural se volvió insoportable.

—Claudia, voy a tener que hacerte una cesárea; el canal es muy estrecho y no dilata lo suficiente. El pulso hasta ahora está estable, lo vamos a monitorear. Tengo que bloquearte. No sentirás dolor.

Apenas la inyectaron, perdió el conocimiento. No supo hasta después que, cuando lo sacaron, Diego James Blaisdel, de tres kilos doscientos gramos y cuarenta y ocho centímetros, nació con el cordón umbilical atorado en torno a su cuello.

Muerto.

Cuando la doctora Hill lo dijo con un «lo siento tanto», Claudia supo que su marido también lo estaba.

*

Pasaron seis días hasta que la dieron de alta del hospital y

volvió a Briar Rose.

Los trabajadores se habían ido, las cosechas ya habían sido recogidas y vendidas, el rancho cerrado por la temporada. El viaje de vuelta fue más tranquilo, en contraste: no hubo sirenas y volvió en el asiento de copiloto en la Navigator de Nina Blaisdel, que hablaba con voz suave y sosegada, sin dar indicación alguna de que la pérdida del bebé fuera para ella más dolorosa que para Claudia.

Ella tal vez tendría otras oportunidades de ser madre.

La ginecóloga (Nina después dijo que era demasiado joven e inexperta) parecía genuinamente apenada al decirlo en la sala de recuperación; «pero no quiere decir que no puedas, más adelante…».

En cambio, para su suegra, ese era el final de la línea. Cuando entraron a la casa y la acompañó a recostarse, Nina leyó de un folleto del hospital todo lo que era recomendable, recitándolo como una lección escolar: debes dormir mucho y tomar aire fresco, hacer ejercicio moderado, buscar que te ayude en casa alguien que sea más responsable que Isabel, comer muchas proteínas…

—… ¿me oyes, Claudia, darling?

—Sí, Nina. Escucho.

—Pensé, sabes, que, visto lo visto, quizá sea mejor este año no celebrar Navidad. Yo iré con mi prima Melanie a Charleston, y aunque eres bienvenida a estar con nosotras, no querrás pasarla con un par de viejas. Tal vez prefieras, no sé, buscar el sol, mejor clima. ¿No tienes familiares en México? ¿Quieres que los llame?

—Por favor, no se preocupe por mí. De verdad.

—Me mortifica que te quedes sola en Briar Rose. Isabel no es de fiar, deberías saberlo.

—No es para tanto. Es muy buena.

—Bien intencionada, sí, pero no se puede contar con ella, porque es demasiado simple. Juan Martín, ¿cómo saber si se puede confiar en él en caso de una emergencia? En los últimos treinta años aprendió inglés y sabe manejar el rancho muy bien, no voy a negarlo, mejoró sus modales, pero sigue siendo tan burdo como cuando cruzó la frontera… ¿Quizá pueda llamar a tus padres?

—Mis padres murieron hace mucho, Nina. ¿No lo sabía? Estoy sola. Está bien.

—Todo es una tragedia en esta casa. ¡Dios!

*

MacCloud se reclinó en la barandilla del recinto de los jurados.

—Señora Blaisdel, usted dijo que antes de salir de casa por la mañana del 23 de octubre su marido le dijo que volvería a las siete y media para cenar. ¿Volvió a esa hora?

—Sí. Era puntual.

James llenaba todo con su presencia al entrar a cualquier habitación. Así lo podía ver en ese momento; cómo se detuvo en la puerta para ser descubierto por ella luego de oír sus pasos, que precedían al saludo hecho desde la entrada de la casa. Ella estaba en la isla de la cocina con Isabel, que preparaba pastel de carne —le asombraba su destreza con las manos para mezclar los ingredientes: carne molida, huevo crudo, pan, leche, condimentos, todo al tiempo que le hablaba y reía—, en tanto ella rebanaba tomates y cebolla para hacer ensalada mixta.

La última cena.

Se detuvo para no reír (una risa amarga, avergonzada, como si la soltara en un sepelio y tuviera que dismularla disfrazándola de llanto); la recuerda perfectamente, momento a momento, mientras describe a MacCloud cada detalle, como se lo había pedido; así devolver a James a la vida en cada gesto y mirada, aunque realmente la conversación esa noche —«Hoy pasan The Knick, mañana podemos levantarnos tarde»— fue banal, ordinaria, como cualquier otra plática en la noche, porque no sabían que sería la última que estarían juntos en la mesa de madera pulida, ella mirándolo de perfil, sentada a su derecha, oyéndolo hablar de lo bien que le había ido en la reunión en Brownsville, y del denso almuerzo con Nina en Madeira, el restaurante caro que ella prefería frecuentar.

Ese era el tema que, desde su llegada, Claudia había evitado tocar con James. No le incumbía (o se había convencido de que no le incumbía, en todo caso) su relación con Nina; ya bastante tenía con el trato cordial pero forzado que le demostraba; en esos meses, Claudia notó que James sentía la tensión bajo la exquisita postura de su madre en las ocasiones que los visitaba o ellos coincidían con ella, ya fuera en Brownsville o en Valerio's, el único restaurante pasable para ella en el diminuto y apacible centro de River Heights, pero se había cuidado de no contribuir a eso, ni mencionarlo.

Quizá al nacer el bebé ella cambiaría, o no, pero ese era un problema de Nina y no de ellos.

—Y al terminar de comer, el señor Blaisdel se levantó y dijo que tenía una… ¿junta? ¿Cita?

—Una junta.

—¿Le dijo con quién?

—No. Yo tampoco pregunté. No era raro que tuviera alguna reunión con clientes o proveedores después de la cena. A veces en River Heights, a veces aquí en Brownsville. Eran sus asuntos y no me involucraba en ello.

—¿Qué hizo usted después de que él saliera de casa?

—Era viernes, y pasaban The Knick a las diez. Dijo que volvería para que la viéramos, así que fui a la recámara, para esperarlo.

—¿Subió usted entonces al segundo piso de la residencia, señora?

—Sí. Después de recoger la cocina, con Isabel Zapata, nuestra ama de llaves.

—¿Y desde ahí no se escuchaban ruidos exteriores?

—No. La habitación da al oriente. No se oye mucho.

—Dígame, a medida que pasaba el tiempo y su marido no volvía, ¿empezó a preocuparse?

—Cuando terminó el programa, pensé que había tardado mucho. Marqué a su móvil y saltó el buzón. Mandé un whatsapp y no lo recibió, no aparecieron las flechas azules, ¿sabe cómo? Entonces fui a asomarme al garaje para ver si se había llevado el coche. Desde la cocina encendí las luces de fuera. Isabel estaba en su cuarto, que está junto a la cocina, y oí su televisor. El coche estaba ahí, con la llave puesta.

—¿Qué hizo usted entonces, señora?

—Volví a la casa y llamé a Juan Martín Jiménez, que vive al otro lado del estero.

—¿Contestó inmediatamente?

—No. Él se acuesta a las nueve y eran casi las once, dejé que el teléfono sonara hasta despertarlo. Cuando contestó le dije que James no había vuelto y me dijo que me quedara en la casa mientras él y Pedro salían a buscarlo con la pickup. Pedro es su hijo mayor.

—¿Hizo lo que le dijo el señor Jiménez?

—Esperé en la cocina, con Isabel. Desde ahí podía ver las luces de la camioneta mientras recorría los caminos que atraviesan el rancho.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la cocina, señora?

—Unos cuarenta y cinco minutos, hasta que fue cuarto para las doce.

—¿Qué pasó después?

—Juan Martín volvió. Me dijo que era mejor llamar al 911.

*

Eso fue porque encontraron la sangre derramada.

Lo supo cuando Rojo la llevó aparte a la despensa, la sentó en un banco de aluminio junto al congelador que zumbaba, atonal, y mirándola de frente le habló con cuidado, en español, con mucho acento, pero en español al fin y al cabo. Claudia no supo si era cortesía o para que no lo entendieran los demás, pero daba igual, pensó, porque en el rancho nadie se daba cuenta cuándo empezaba a hablar en inglés y cuándo a pensar en español, y viceversa.

Sangre.

Tanta sangre.

La palabra fue la que le dio una sensación de realidad a lo que había ocurrido en las horas anteriores, cuando habían llegado las patrullas a revisar la propiedad y más específicamente, guiados por Juan Martín, a ver el hallazgo en el comedor. Sangre. «¿Entiende, señora Blaisdel? Esto cambia las cosas.» La posibilidad de homicidio. Homicidio. Un ave al vuelo que se derriba de pronto, en un tiro lejano. «Ahora el comedor es una escena del crimen, señora.»

Crimen.

—¿Usted cree que es sangre de James? —recordaría más tarde que lo dijo en inglés, sin darse cuenta, sin saber cómo podía hablarle; le preguntó si no era posible que fuera sangre ajena, es una posibilidad, ¿no?… No recordaba más de lo que dijo el alguacil.

Sin mirar a nadie, como sonámbula, volvió al estudio y se encerró ahí, procurando aislarse del ruido y tanta gente que había de repente metida en la casa.

Por primera vez tomó conciencia, físicamente, del bebé que llevaba en las entrañas, como si hubiera cambiado, y fuera ahora tan hermoso, pesado e inerte como uno de los huevos Fabergé que Nina Hawkins había traído consigo, en un estuche de seda, como parte de su ajuar al casarse con Franklin Blaisdel, muchos años mayor que ella, viudo sin hijos, pero con abundante capital y tierras fértiles; «¿Hermosos, no crees?», le dijo, mostrándoselos, acomodados en un pequeño armario de ébano que también se había llevado al mudarse; sus dedos acariciando las superficies cuajadas de joyas. «Son auténticos. La bisabuela Hawkins los compró en París a un ruso blanco que huía de la…», nunca la había oído usar ese tono de voz antes, tan cercano a la adoración, ni siquiera al referirse a James.

Aun con ese eco en su cabeza, Claudia marcó el teléfono de la

casa en Calle Jacaranda y Nina, que se rehusaba a tener celular, atendió al tercer timbrazo. La oyó molesta; seguro dormía y le molestaba ser despertada por un número equivocado.

—¿Nina?

—¿Claudia? ¿Qué pasa? ¿Por qué estás despierta a esta hora? En tu estado…

—Creo que le pasó algo a James.

—… ías dormir mucho y bie… ¿Cómo? ¿Qué dijiste?

—La Policía está aquí, buscándolo. Salió y no ha vuelto, no se llevó el coche y en el establo hay sangre, mucha sangre.

—Bien, no te asustes, no es la primera vez que hay sangre en el mess hall. Han habido docenas de pleitos. Es común que se peleen entre ellos, y todos llevan cuchillo. ¿Me oyes, Claudia?

—Sí.

—Lo que pasó probablemente es esto: mientras James andaba por ahí, oyó que había alguna pelea y entró a ver qué pasaba. Y si alguno de los hombres estaba herido debe de haberlo llevado en el coche al médico de River Heights.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no salió con el coche. Ya le dije. Lo dejó aquí.

Hubo otra larga pausa.

—Voy para allá. No te alteres. Debe de haber una explicación lógica y James se va a reír cuando sepa que la Policía lo anda buscando. ¿Necesitas algo para dormir?

—No, Nina. Estoy bien.

—No importa. Te llevo un calm…

—No. No quiero. Lo que quiero es que James regrese. Nada más.

Qué ingenua, su suegra. ¿Cómo iba a consolar a la madre de un huevo Fabergé?

*

MacCloud hizo otra pregunta y le pidió que la repitiera.

—¿Conocía bien usted a su esposo, señora Blaisdel?

Tan bien como se puede conocer a un esposo.

Se pausó un segundo; eso se lo había formulado también Sofía, otra de las amigas con quien vivía en Washington Heights, la noche que las sentó a ella, Paula y Mina a la mesa que hacía las veces de escritorio y comedor para todas, a decirles que James le había dicho que quería casarse con ella, de repente, a la salida del Angelika, sin

anillo, solo con el entusiasmo de un niño que no quiere dejar que el momento se disipe (como él, cruzando la puerta, sin darle del todo la espalda, sonriéndole sobre el hombro. Qué hermosa se ve la gente cuando sale por última vez de una habitación) y tomándola de la cintura, como hacía el héroe acorralado con la mujer que amaba, en la película que acababan de ver.

—Pero ¿tú de veras conoces a este tipo? ¿Como para casarte con él? —Sofía trabajaba para la delegación en las Naciones Unidas. Era escéptica natural y veía con suspicacia desde los empaques de fruta en la bodega dominicana de la esquina, hasta los recibos de servicios o las palomas en la calle. Claudia sabía que su sospecha manifestaba un agudo sentido de protección hacia el grupo, y en forma particular hacia ella, por ser la menor.

Paula, con un mechón de canas (es natural, pero siempre todo el mundo pregunta dónde me lo hice, así que yo ya no les explico nada) y la mayor de las cuatro, representante de un laboratorio de big pharma aunque para nada aparentaba ser una científica, descartó la pregunta con un gesto: Claudia les había contado la historia del cortejo relámpago de sus padres y ella (la única que había sido casada antes) la encontró particularmente romántica.

—¿Cómo supiste que querías casarte, Paula?

—Bueno, no supe supe. Solo pensé que lo quería hacer porque era lo que se sentía en ese momento, y los años que estuvimos juntos fueron años muy buenos, luego ya no. No le guardo rencor a mi ex. En todo caso puedo decirte que somos dos personas que quisieron casarse y luego vino lo demás, por razones que no vienen al caso. Igual, casarme fue lo mejor que en su momento me pasó y divorciarme fue la mejor cosa que hice.

Mina, que seguía en edad a Claudia, personal del consulado y quien le dio el boleto para Doctor Zhivago, sirvió vasos de vodka (lo que tenían en el congelador) y propuso un brindis, cerrando el debate.

—Peque, tú no nos hagas caso. Si te hace feliz, cásate.

Y eso fue todo.

Ahora la respuesta para MacCloud se detenía en su lengua, contemplándolo nuevamente. ¿Lo conocía? ¿Eso qué quería decir? Ella podría reconocer la sonrisa de James en cualquier parte si la viera: luminosa, de alto voltaje. Los ojos. Las grandes orejas. Sus manos igualmente de gran tamaño; manos que levantarían tierra en un puño, o que la cubrirían toda en una sola, única caricia.

Claudia sabía que James estaba enamorado de ella; lo demostró

cada día que estuvieron juntos, hasta desvanecerse. ¿Ella lo amaba también, un año después? Ahora, en la corte, siente la pregunta en espera de respuesta. Imaginó en un parpadear que James —la camisa a cuadros, sin corbata, los anteojos siempre presentes— estaba sentado entre esos rostros, mezcla de familiares y desconocidos.

Su respiración la delató, y su corazón se despertó.

¿Que contestación se oiría decir? ¿Cuánto aguantarías ya sin mí?

—Sí. Lo conocí bien. Por eso sé que está muerto.

—¿Cómo dice?

Vio los ojos de la jueza volviéndose hacia ella y entonces clavó los suyos en el semblante adusto y pálido, para no tener que ver el brote de furia que aparecería en los de Nina al oírla hablar.

—Si mi… si James estuviera todavía con vida, nada le habría impedido volver conmigo, con nuestro hijo, su casa. Por eso sé que alguien mató a mi marido.

4

El siguiente testigo se acercó al estrado con paso lento, ojos al suelo, más como si estuviera en terreno agreste y tuviera que evitar piedras y grietas. Se sentía muy consciente de su atuendo y de las miradas puestas en él, desde la de la jueza hasta la de la muchacha que había regresado a su asiento junto a Mrs. Blaisdel, apagada después de declarar. Casi sentía pena por ella ahora, pero no era el momento de demostrarlo. Puso su mano sobre la Biblia y juró. Luego, el abogado gringo le preguntó su nombre.

—Juan Martín Jiménez García.

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—Tacámbaro, Michoacán, México. Nací el 30 de julio de 1964.

—¿Dirección actual?

—Rancho Briar Rose, señor.

—¿Está usted empleado allí?

—Sí, señor. Desde 1983.

—¿En qué condición?

—Empecé como peón, pero hoy soy el capataz.

—¿Quiere decir que es usted la persona responsable del funcionamiento adecuado del rancho y sus operaciones, señor Jiménez?

Juan Martín asintió, no sin orgullo, eran años de mucho trabajo y con éxito, pero nadie parecía acordarse de que quien más duro se sobaba el lomo en ese rancho, de sol a sol, no era otro que él mismo.

—Sí, señor. El tribunal decidió que la señora Claudia, al ser alba… alba… albacea, estuviera a cargo de todo durante la ausencia del señor Blaisdel, y yo recibo órdenes de ella. Si no hay órdenes, me arreglo sin ellas lo mejor que puedo. —Su orgullo dio paso a un sonrojo que se extendió por sus mejillas y le invadió incluso el blanco de los ojos—. Así, verá, cuando el rancho da beneficios no reclamo nada, y cuando hay un robo o un… un asesinato… pues, la culpa no es mía.

—Señor Jiménez, nadie aquí le está echando la culpa, ni se le está enjuiciando.

—No, si nadie lo dice. Pero yo no soy tonto, señor. Yo lo huelo a

kilómetros de distancia, así que me parece mejor aclararlo desde ahora. Yo contrato a la gente que trabaja en Briar Rose, lo hago de buena fe, y si luego resulta que los nombres y direcciones son falsos, verdad, y los papeles también, no es cosa mía. No soy policía ni de la migra. ¿Cómo puedo decir si los papeles son falsos o no?

—Tenga la bondad de calmarse, señor Jiménez.

—No es fácil calmarse cuando a uno le echan la culpa de algo que no hizo.

—Pues inténtelo. Hace dos semanas, cuando hablamos de que usted comparecería aquí como testigo, le expliqué que esto es un procedimiento para establecer el hecho de que hubo una muerte y no para hacer a nadie responsable de ella.

—Sí pues, me lo explicó. Pero…

—Entonces hagamos eso, ¿quiere?

—Bueno. Sí. Además yo ya juré que iba a decir la verdad y nada más que la verdad.

—Lo hizo.

—Para que luego no digan que soy un mentiroso.

—Nadie aquí lo piensa, señor Jiménez.

—¿Nadie? Júrelo.

El gringo imbécil esbozó una sonrisita medio mamona, de las que a veces pone la gente que se cree mejor que uno y se porta condescendiente; una que decía «miren, my friends, lo que tengo que aguantar para exponer mi caso, este frijolero ignorante». Pero frijolero nunca. Ignorante, menos. Juan Martín había estudiado hasta la secundaria y había aprendido mucho con el paso por los campos. Hasta inglés. Pero eso no lo sabía este gringo con su corbata padrotona y zapatos boleados. Juan Martín decidió que iba a seguirle el juego. Porque prefería que lo dejaran bajarse más rápido de ahí.

—¿Podemos proseguir? Gracias. Dígame, ¿cuándo llegó por primera vez al rancho de la familia Blaisdel, señor Jiménez?

—Ya le dije antes. Estoy ahí desde agosto de 1983.

—¿De dónde venía usted?

—Había trabajado en otros ranchos del estado. Yo venía de mi pueblo.

—Comprendo. ¿Podría darnos más detalles, por favor?

Juan Martín sintió otra vez el aguijoneo en su pecho y espalda.

—¿Para qué quiere saber eso, señor?

Shirley Jackson dobló sus gruesos brazos sobre su tribuna y se inclinó hacia él.

—Responda, señor García.

—Soy Jiménez, ma'am.

—Señor Jiménez. Tiene que responder todo. Está en la corte.

Intimidado por la voz de la jueza, que parecía demasiado dulce como para pertenecer a alguien que tenía todo el tipo de ser una bruja, Juan Martín bajó la vista a sus nudillos —«Sí, ma'am»— y luego a MacCloud, en un tono menos contrito.

—Tacámbaro, donde nací yo, es un pueblo pequeño, al centro del estado de Michoacán. Mis padres eran agricultores y yo tenía muchos hermanos. Por eso a los diecinueve años me vine con mi esposa. Tengo parientes en Laredo, y ellos me dijeron que acá había más oportunidad de trabajar.

—¿Tenían usted y su cónyuge papeles que les permitieran cruzar la frontera?

Juan Martín hizo una pausa larga, como si en sus nudillos hubiera algo que le impidiera alzar la mirada. Desde arriba, la jueza suspiró.

—Continúe.

—No, señor. Pero ahora sí. Pago impuestos y tengo papeles. Hasta voto.

—Al no tener papeles, entonces, ¿tuvo alguna dificultad para encontrar empleo?

—No. En esa época era más fácil que ahora, verdad, y los agricultores de acá y de Arizona necesitaban ayuda, así que no podían permitirse el lujo de preocuparse por algo como las… las… leyes de migración… —Hizo otra pausa y miró a la jueza. Ella le devolvió un mohín casi imperceptible. Estaba pisando fuego—. Éramos muchos los mexicanos que atravesábamos la frontera para buscar trabajo en Texas y Nuevo México y Arizona y California y hasta en Nueva York o Chicago…

—Gracias, señor Jiménez —dijo la jueza—. Por favor, apéguese a los hechos.

—Sí, señoría.

MacCloud le habló desde la galería del jurado.

—Hay muchos que aún lo hacen, ¿no es así?

—Sí, señor.

—De hecho, y supongo que usted está al tanto de esto, en México existe un jugoso negocio clandestino que consiste en proporcionar transporte y documentos falsos a esa gente, un negocio que lleva años, y es muy beneficioso para los polleros, como les dicen, ¿no es verdad?

Juan Martín sintió cómo el sudor empezaba a aparecer en su frente y en las axilas de su camisa buena, recién planchada por Isabel esa mañana. ¿Qué carajos hago aquí?

—Cuentan, pero yo no sé nada de eso.

—Este asunto lo veremos más a fondo un poco más adelante —anunció MacCloud—. Ahora dígame, en el verano de 1983, ¿quién lo contrató para trabajar en el rancho Briar Rose?

—El señor Frank Blaisdel himself me contrató para trabajar la tierra, y a Mercedes, mi mujer, para hacerse cargo de la casa.

—¿Desde entonces trabajaron ahí de modo ininterrumpido?

—Sí, señor.

—De modo que usted conocía a James Blaisdel desde mucho tiempo atrás.

—Desde que nació, en 1986.

—¿Era una relación muy estrecha?

—Sí. —En el rostro de Juan Martín se dibujó un gesto de ternura que no pudo reprimir—. Desde que aprendió a caminar me seguía como si fuera un pollito, verdad. Lo veía más de lo que veía a mis propios hijos, sabe, y entonces él me llamaba «tío» y a Mercedes, «tía». Yo le enseñé a montar y a manejar. A conocer la tierra que iba a ser suya, pues.

Por un momento, el James Blaisdel de cinco años apareció en su campo de visión: el sombrero vaquero y las botas; Jaime, le decían entonces. Lo recordó, tomado de su mano mientras caminaban por los huertos y los limoneros. El niño tenía cabello corto, casi negro de tan oscuro, y curiosidad en los ojos castaños. Era tan parecido a…

—¿Esa relación tan estrecha entre ustedes se mantuvo durante toda su vida?

El niño se desvaneció bajo la luz del juzgado.

—No. Él tenía catorce años al morir su papá. Las cosas cambiaron. Supongo que para todos, verdad, pero especialmente para el muchacho. Su madre lo mandó a una escuela militar de Carolina del Sur, de donde es ella, porque dijo que Jaim… que el señor James necesitaba influencia masculina… yo supongo, verdad, que se refería a la influencia de hombres blancos. —Juan Martín echó una rápida mirada hacia Nina Blaisdel, para ver si se atrevía a desmentirlo, pero la mujer parecía ciega, sorda y muda; un mueble. Su mirada fija en algún punto indefinido de la bandera estatal detrás de la jueza—. Ahí estuvo interno hasta que acabó el high school y, cuando volvió a Briar Rose, para estudiar en la UT, ya no era el mismo. No me hacía preguntas sobre cómo crecía la

fruta, ni se aparecía por mi casa a la hora de la comida. Su madre dijo que teníamos que decirle «señor James». Era nuestro patrón y mis hijos y yo sus empleados, y así fue hasta que des… murió.

—¿Había algún tipo de animadversión entre usted y el señor Blaisdel?

—¿Qué es eso?

—¿Se llevaban mal?

—No, no. Simplemente cada quien tenía su lugar, señor. Sí, a veces, pero muy de vez en cuando, verdad, discutíamos por cosas de trabajo, pero nunca nada personal. A veces yo tenía que recibir órdenes que no me gustaban, y el señor Blaisdel tenía que aceptar consejos de alguien con más experiencia aunque no le gustara tampoco.

En ese momento, desde la galería Juan Martín vio a Nina volverse a él por fin, durante un segundo, mientras se anudaba la pañoleta al cuello. Pues sí. A veces había que enseñarle al muchacho. No lo sabía todo.

La señora joven, sentada junto a ella, asintió muy despacio, como si estuviera dándole la razón. Era demasiado duro con Claudia; la verdad, ella era mejor persona de lo que él creyó cuando llegó a Briar Rose con James, casados de la nada.

—¿Diría usted que entre ustedes había respeto mutuo?

—No, señor. Interés común, sí.

Juan Martín hizo una pausa, mirando a la audienca, y volvió a Claudia. La esposa de James era una mexicana blanca. De clase alta. Alguien así nunca se habría casado con alguien como… Respiró hondo y fijó sus ojos en la cara del gringo; sus dientes blanqueados, su pelo gomoso.

—Como inmigrante, yo estoy acostumbrado a que me discriminen, digan cosas, que me pidan prueba de residencia cada vez cuando pago en la tienda. Ya llevo muchos años en Estados Unidos y aprendí a vivir con eso, no me importa. —Se miró las manos. Si Mercedes hubiera estado ahí, tal vez lo alentaría con una de esas miradas con las que había aprendido a comunicarse con él —. Mis hijos nacieron y crecieron aquí y hablan más inglés que español. Así son las cosas. Me aguanto. Pero ¿cómo explicarles que su amigo Jaime, con el que habían jugado toda su vida, ya no los quería? ¿Que además no sabía por qué, porque no le hicimos nada? Muchas veces pensé preguntárselo a su madre, pero no lo hice. Cuando ya no lo volvimos a ver, me dio miedo pensar que no me esforcé lo suficiente para descubrir o entender por qué había

cambiado así con nosotros; a lo mejor, si lo hubiera hecho, verdad, habría podido hablarlo con él como en los viejos tiempos.

*

MacCloud se sorprendió al ver la transformación en la voz y el semblante de Juan Martín; era un tono lúgubre, herido. Entonces vio que ese hombre había querido sinceramente al niño que James fue, pero también había un rencor que quizá ni él mismo entendía. Juan Martín reculó. Era como si muy dentro esperara que James volviera, aunque fuera solo un momento, para explicarle por qué todo había cambiado; como una fruta cuyo gusto se amarga de repente.

Juan Martín sacó un pañuelo que Isabel había planchado junto con la camisa —«No sabes si lo vas a necesitar, tú», le dijo, mentras se lo metía en el bolsillo— y lo usó para secarse el sudor que apareció en su frente. Un silencio se extendió por la sala de audiencias, como si cada uno de los presentes se esforzara por oír el rumor del tiempo que pasa, el arrastre de los minutos y las horas, el rápido latir de los años que se disuelven y ya no regresan de la muerte.

—La mañana del 23 de octubre de 2015, ¿vio usted a James Blaisdel?

—Sí, señor. Muy temprano. Mi hijo Felipe y yo estábamos desayunando en mi cocina, cuando vino a la puerta de atrás y me dijo que saliera. Iba al pueblo y luego vendría aquí. Hablamos del trabajo del día. Él como mi patrón y yo como su empleado. No le gustaba que tuviéramos trabajadores de paso, pero no hay de otra en la temporada grande.

—¿Volvió usted a verlo después?

Juan Martín se frotó la boca con el dorso de la mano. Las malditas lágrimas. Pero no. Ya no. Buscó su voz y dejó que saliera, más pausada y seca que antes.

—No.

—¿Quiere repetirlo, por favor, señor Jiménez? No le escucho —pidió la jueza.

Juan Martín carraspeó. Su voz salió más chillona de lo que hubiera querido.

—No, señora… señoría. No lo volví a ver. —Desde muy atrás, Isabel lo miraba, sonándose la nariz con un clínex; en donde estaban las Blaisdel, Nina permanecía como estatua y Claudia

tenía la mirada fija en él, en su rostro. ¿Por qué me mira así?—. Esa fue la última vez que lo vi. Antes nos dijimos un par de cosas y esas últimas cosas fueron… feas. La verdad… la verdad me pesa que fuera así.

—Me lo imagino. ¿Qué le dijo?

—Que cualquiera tenía derecho a trabajar honradamente y que su origen no importaba. Él estaba molesto porque decía que los trabajadores lo exponían a sanciones y yo dije que siempre habíamos estado abiertos a dar trabajo a todo el mundo, que su padre así lo hacía y que no entendía por qué cambiar, y dijo que las cosas cambiarían con el nuevo año, que habría nuevas maneras de cultivar y que no estaríamos expuestos a que viniera cualquier gente a perjudicar el rancho.

—Muy bien, señor Jiménez. No tengo intención de que en el curso de esta audiencia estudiemos el complicado asunto de la mano de obra temporal. Sin embargo, debemos establecer ciertos hechos que afectan al caso, teniendo en cuenta que usted, en su condición de capataz, es responsable de la planta de trabajo. Por una parte, usted representa a los agricultores, cuyo negocio consiste en obtener beneficio de la venta de las cosechas. Por otro lado, usted sabe bien que el sistema (o la falta de sistema, como se vea) actual estimula a los mexicanos a violar las leyes y, al mismo tiempo, hace que los mismos mexicanos sean explotados por los agricultores. ¿Describí correctamente su situación, señor?

—Sí.

—De acuerdo. Prosigamos… En septiembre de 2015, ¿quién trabajaba en el rancho?

—En septiembre estaban mis dos hijos mayores, Pedro y Daniel, mi prima Isabel Zapata, que hace tiempo es ama de llaves de los Blaisdel, y mi hijo menor, Felipe, que trabaja en el rancho algunas horas al día los veranos. Empleamos a media docena de border-crossers, que son ciudadanos mexicanos con permisos de trabajo que les autorizan a atravesar la frontera todos los días para trabajar en los ranchos más próximos.

—Esto es en el mes de septiembre.

—Eso mismo, sí. Y en octubre, que es más ocupado.

—¿En ese momento trabajaban con mano de obra temporal?

—No. Era imposible conseguirla. Es temporada alta y muchos se van por mejor paga más al norte y otros están trabajando con los grandes agricultores. El Briar Rose es un negocio familiar más bien pequeño, que abastece el comercio local.

—¿Qué pasó a fines de ese mes con respecto al negocio?

—Muchas cosas. Soy viudo hace años ya. Solo vivo con mis hijos. Pedro, el mayor, me ayuda en el rancho. Mi otro hijo, Daniel, se fue al norte, y Felipe, el más chico, no puede ayudar mucho, va a clases aquí en Brownsville; es Honor Roll Student, y trabaja medio día los sábados. A los border-crossers de siempre les robaron su transporte en Reynosa y como no tenían cómo llegar no vinieron a trabajar. A fin de mes el único que trabajaba conmigo era Pedro. Eran jornadas de dieciséis horas, hasta que llegó una camioneta con hombres.

—¿Se refiere a los que después contrató para la cosecha?

—Los contraté cuando llegaron al rancho. Nos hacían falta. Después fui por Isabel y le dije que tendría que cocinar para una cuadrilla. Eran ocho o diez. Ella estuvo de acuerdo en echarme la mano.

—¿Todos los que llegaron eran foráneos?

—Sí, señor.

—Por lo que usted sabía, ¿no había entre ellos ilegales?

—No. Eran viseros, mexicanos registrados como trabajadores de campo. Antes había muchos más, pero con los años son menos. Casi todos son de la zona fronteriza.

—¿Los hombres le presentaron sus visas?

—Sí.

—¿Qué hizo entonces?

—Les dije que estaban contratados y anoté los nombres y direcciones en mi registro, que le entregué después al alguacil Rojo. Luego, mi hijo Pedro les enseñó dónde iban a comer, dormir y poner sus cosas.

—¿Llevaban muchas cosas?

—Esa gente viaja con poco, verdad, y vive con poco, también.

—¿Examinó usted los visados que le presentaron?

—Les di un vistazo. No soy policía; no puedo mirar un visado y decir si es auténtico o no. Si no contrataba a esos hombres, se habrían ido a la granja del señor Baxter, al otro lado del río, o a otros, más al este, o hasta San Antonio, o Houston. Todos en el valle estaban desesperados por conseguir ayuda, porque era el momento más duro de la cosecha y había escasez.

—¿Había un jefe en la cuadrilla?

—No sé si era el jefe, pero el que habló conmigo fue el que trajo la camioneta. Sí, una ya vieja.

—¿Muy vieja?

—Sí. Una Windstar. Sería del 2000, o por ahí. Pasaba aceite.

—¿No comprobó la matrícula?

—Pues no.

—¿Por qué?

Juan Martín miró a MacCloud con impaciencia; gringo pendejo.

—No se me ocurrió. ¿Para qué? Si usted fuera en coche al rancho y pidiera trabajo como cosechador de tomates, no comprobaría la matrícula de su automóvil.

—¿Me daría trabajo, señor Jiménez? —dijo MacCloud, con socarronería. Algunos en la sala empezaron a reírse en voz baja.

—A lo mejor. Pero no creo que alguien como usted durara mucho. —La respuesta de Juan Martín sacó una carcajada de los espectadores; la jueza Jackson pidió orden—. Verá, es que usted es muy alto, y a los hombres altos les resulta pesado un trabajo en que hay que agacharse todo el día, ¿comprende?

—¿Qué día era cuando llegó esa cuadrilla al rancho?

—El 5 de octubre, un lunes.

—El 23 de octubre, cuando desapareció James Blaisdel, llevaban casi tres semanas en el rancho; ¿no es así? ¿Llegó usted a conocer personalmente a alguno de ellos?

—El Briar Rose no es un salón de fiestas, señor.

—Pero lo mismo es posible que alguno le haya hablado de su mujer y su familia, o algo así, ¿no lo cree, señor Jiménez?

—A lo mejor sí. Pero no sucedió. Se les pagaba en efectivo y tenían tantas ganas de hablar conmigo como yo de oírlos.

—¿Cuándo se les pagaba, señor Jiménez?

—Una vez por semana, como a todas las cuadrillas.

—¿Qué día de la semana?

—Los viernes. Muy temprano el señor Blaisdel traía el dinero del banco de River Heights y yo se los entregaba en el comedor.

—Y el 23 de octubre fue día de pago en el rancho.

—Como todos los viernes.

—Los días de pago, ¿qué hacían una vez terminado el trabajo?

—No sé. No es asunto mío.

—Bueno, ¿qué es lo que hacen los trabajadores por lo general?

—No sé… Van a River Heights a mandar dinero por Western Union. O a tomar algo en los bares. O al cine. Ya le dije, no me meto. Algunos se emborrachan y se pelean, o buscan… eh… —iba a decir «putas», pero se contuvo, viendo a Claudia, que no le quitaba el ojo de encima; suplió la palabra con un ademán—, pero por lo regular, son bastante tranquilos. No quieren llamar la atención de la Policía ni de la migra.

—Pero usted dijo que a veces se emborrachan y pelean. ¿Qué tipo de peleas?

—Generalmente con cuchillo. Todos tienen uno, al menos. Lo necesitan para trabajar. Es una herramienta, no nada más un arma.

—Muy bien, señor Jiménez. El 23 de octubre de 2015, ¿la cuadrilla que trabajaba con usted salió del rancho después de terminar el trabajo y de cobrar?

—Sí, señor.

—¿En la Windstar?

—Sí.

—¿Regresaron esa noche?

—Cuando estaba acostándome, poco después de las nueve, los oí estacionarse junto a la barraca de los trabajadores.

—¿Cómo sabe que era la Windstar?

—Porque los frenos tenían un chirrido. Además, ¿quién más iba a estacionarse ahí?

—Pero las nueve es muy temprano para terminar una farra en la ciudad, ¿no?

—Al día siguiente tenían que trabajar, verdad, y eso significa estar en el campo antes de las siete. En un rancho el horario es así.

—Y a la mañana siguiente, antes de las siete, ¿los hombres estaban en el campo, señor Jiménez?

—No.

—¿Por qué no?

Juan Martín vio que ahora el sudor estaba en sus palmas. No importaba, pensó. Si se daban cuenta de que mentía, daba igual. Esto no es un juicio, verdad.

—Pues porque no estaban en la barraca. Se fueron sin dejar rastro en la noche.

5

A las doce del día, la jueza Jackson anunció receso para almorzar. El alguacil abrió las puertas y la gente salió lentamente al corredor; Juan Martín, que aún sudaba y se sentía inquieto, fue seguido por su familia. Pensó que había sido un idiota por admitir más de lo necesario en el interrogatorio y ponerse en evidencia.

—Pues a mí me parece que estuviste muy bien —dijo Isabel—, no te pusiste nervioso.

—Nadie te preguntó. No te metas donde no te llaman.

—Me meto porque soy tu prima. Mi madre y tu madre…

—Cállate, Isabel.

—Creo que habló muy bien —insistió—. ¿No crees, Pipe?

Felipe se hizo el tonto, fingiendo repentina sordera, como si no perteneciera a esa familia. Le daba vergüenza pensar que lo viera con ellos alguien de su escuela.

*

Las Blaisdel permanecieron sentadas en su sitio; lo dicho por Juan Martín se cernía pesadamente sobre ambas, hasta que Nina rompió el silencio, poniéndose de pie, mientras buscaba sus gafas de sol en el bolso.

—Te dije que no se puede confiar en Juan Martín. ¿Viste lo que está tratando de hacer?

—No. ¿Qué cosa?

—Nos está echando la culpa. —Salieron juntas, sus pasos haciendo eco en las lozas de mármol—. Trata de que parezca que, sea lo que fuere lo que le pasó a James, él se lo merecía. Todo ese cuento de los prejuicios no es cierto. Claudia, lo sabes muy bien. Si mi hijo fuera racista, no se habría casado contigo.

Ahí está. Claudia se tocó el cabello, fingiendo distracción. Si no lo dice, revienta.

—Fue un error dejar que MacCloud lo interrogara. Solo dijo mentiras.

—¿Quiere comer algo…?

—Voy con MacCloud a Madeira. Hablaremos en privado. A ver

cómo es que arregla lo de ese hombre.

—Lo que dijo Juan Martín consta en acta. Ni MacCloud ni nadie lo puede cambiar.

—Algo podrá hacer. Ahora, vete a dar una vuelta. Come algo. Te hará bien.

Claudia empezó a alejarse, cuando Nina la llamó.

Se volvió a mirar por encima de su hombro, sorprendida de verla correr hacia ella.

—¡Claudia! —Nina se apresuró para alcanzarla, hablarle en un murmullo al oído—. Si ves a John Baxter, no te le acerques. Que no los vean juntos, ¿me entiendes?

Claudia se apartó lo más cortésmente que pudo, y vio cómo su suegra regresaba para encontrarse con el abogado. Después salió hacia la escalinata. Había una cafetería cerca; podría comer ahí. En la plaza frente a la corte, vio a Juan Martín con su familia, sentados en una de las bancas de cemento. Al verla acercarse, Juan Martín se levantó y, a un gesto suyo, Felipe hizo lo mismo.

Claudia observó al muchacho, pensando cuánto había crecido desde que lo vio por última vez. Felipe debía de tener catorce años. A esa edad, James solía andar detrás de Juan Martín por todas partes, llamándolo tío. ¿Por qué nadie se lo había contado, ni el mismo James? Tal vez todo eso solo existió en la imaginación de Juan Martín.

—Hola, Pipe —saludó Claudia.

—Buenas tardes, señora.

—Has crecido mucho.

—Sí, señora.

—No te he visto desde que empezó la escuela. ¿Te gusta este año?

—Sí, señora.

Esto no era más que una mentira cortés, como supuso que serían todas las respuestas de Felipe a cualquier pregunta suya. Los años de diferencia entre ellos podrían haber sido mil, aunque parecía ayer cuando la gente le decía a Claudia cuánto había crecido y le preguntaban si le gustaba la escuela. Se despidió y siguió andando. En la plaza había pequeños grupos de hombres y mujeres; en algunas partes se veía humo de cigarrillos. Una muchacha con el cabello teñido de rubio, que llevaba un bebé en carreola, se le acercó cuando estaba por llegar a la esquina.

—¡Señora Claudia!

Se detuvo antes de cruzar; mucha gente sabía su nombre por los

periódicos, aunque no la conociera. Tal vez este era el caso. La chica le sonrió, hablaba en perfecto español.

—No se acuerda de mí, ¿verdad?

—Perdón, no.

—Es por el pelo. Claro, y el baby.

Claudia estrechó la mano que le extendía y miró al bebé en la canastilla.

—Soy Catalina, pero me dicen Cathy. Cuando usted llegó con el señor James, yo vivía en el rancho. Cathy, ¿se acuerda?

—Cathy —repitió Claudia—. Cathy.

—La misma.

—Pero ¿no te fuiste para casarte?

—Me casé pero me fue mal, así que lo dejé. ¿Cómo está? ¿Va a comer? ¿La acompaño?

*

En la primavera de 2015, cuando Claudia estaba recién casada, todo en Briar Rose era nuevo para ella; así recordó a la chica de quizá unos veinte años, que salía todos los días a esperar la llegada del cartero, su melena negra usualmente en cola de caballo. «Buenos días, Cathy.» «Buenos días, señora Claudia.» Isabel le contó que eran primas en segundo o tercer grado, que la muchacha había trabajado un tiempo en Garlands y ahora estaba temporalmente en el rancho. Añadió, no sin admiración, que Cathy era muy estilosa y solía plancharse el pelo en la cocina porque había leído en People que el pelo liso era la última moda entre las famosas de Hollywood.

—Eso fue antes de llegar usted, señora. Luego Cathy fue a un salón en River Heights y se hizo alaciado permanente como la Kim Kardashian. Su novio pagó. Tiene un novio con dinero, ¿sabe?

Otras veces, al caer la tarde, Cathy se sentaba bajo los sauces y ahí la encontraba, leyendo.

—¿Por qué estás aquí sola, Cathy?

—Es que en casa de Juan Martín hacen mucho ruido, señora. No me dejan pensar —Claudia se sentó a su lado. Era bonita, de ojos grandes y curiosos— ni leer. Todos hablan al mismo tiempo y siempre tienen puesta la tele. El año pasado, cuando trabajé con los señores Baxter, era más tranquilo. A Mrs. Baxter le gustaba leer y me daba libros. Mire, este es mi favorito. —Le mostró la portada de un ejemplar en bolsillo de Cumbres borrascosas.

Claudia sonrió. Ah, ergo Cathy.

—No sabía que te gustara leer. A mí también.

—Ya sé. Veo cuando le llegan cajas de Amazon. A Mrs. Baxter también le traían libros.

Laura Baxter.

Se la imaginó en una habitación con libreros de suelo a techo, de pie ante una ventana, quizá con vistas a Briar Rose. Solitaria de pie en la ventana, vuelve su cabeza mientras entro a la habitación; puedo ver en sus ojos que me ha estado esperando, se vuelve hacia mí con la mano extendida.

—Bueno. Mejor entra antes de que los moscos te coman. Buenas noches.

—Que descanse, señora Claudia.

*

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó mientras entraban a la cafetería.

—Fue cosa de Rojo. ¿Se acuerda de él? Me mandó buscar.

—Quieres decir que te mandó un citatorio.

—Algo así.

Tomaron un gabinete apartado de la puerta; ambas ordenaron lo mismo; hamburguesas con queso, papas a la francesa y coca-colas.

—Pero… ¿por qué te citaron?

—Ya le dije, Rojo me mandó buscar.

—Él no tiene nada que ver con esto. Ya ni siquiera es policía del condado, Cathy.

—Pregunte en River Heights, y le dirán que todavía se porta como el alguacil. Es odioso. Y los Jiménez, aunque son mis parientes, tampoco me quieren. La única con la que me llevo es Isabel. Me dijo que Daniel se fue del rancho. Que solo queda Pedro.

—Sí.

La camarera trajo las hamburguesas. Cathy troceó la suya con el tenedor, quitándole pan, tomate y cebolla; el bebé dormitaba en la carreola.

—Fue con él que me acosté. Daniel. Es guapo. Nadie sabe dónde fue. Mejor. Motherfucker.

A Claudia la impactó el desprecio con que se refirió al hijo de Juan Martín. A ese solo lo recordaba vagamente. Pedro, el mayor, al que veía con más frecuencia, era siempre respetuoso y esquivo, nunca la miraba a los ojos. El otro, Daniel, cuando se lo llegó a

encontrar el verano pasado, era callado y extremadamente cortés, como si su padre les hubiera indicado exactamente cómo debían comportarse en su presencia, igual que Felipe, al que veía cuando regresaba de la escuela y pasaba a comer con Isabel, porque en su casa no había nadie por la tarde.

Parecían muy correctos, aunque había oído —por boca de la misma Isabel— que, cuando no estaban en el rancho los fines de semana, los Jiménez (al menos Daniel, puntualizó Isabel) eran bastante más lanzados con las muchachas de River Heights y hasta Matamoros.

—Traigo al bebé porque se suponía que mi má iba a venir por él; me prometió cuidarlo. Pero no contesta el teléfono ni el wasap. Ya debería estar acostumbrada. No es de fiar.

—Si puedo ayudarte, dímelo.

—No se apure, gracias, señora. Ya aparecerá. Tal vez se metió en alguna iglesia y se puso a rezar. Es muy rezandera mi má, pero eso nunca sirve para nada, al menos a mí.

—¿Por qué no?

—Porque estoy maldita.

Claudia la miró bañar con catsup su carne. Su expresión ambivalente.

—Nadie cree en esas cosas.

—No, claro, pero es igual, estoy maldita. Espero que mi hijo no se contagie. Bastante va a tener con todo lo malo que pasa aquí. Como lo del señor Blaisdel.

—Mi esposo no murió por eso, Cathy.

—Si no fuera por mí, todavía estaría vivo. Y ella, pobrecita, también.

—¿De quién hablas?

—De Mrs. Baxter. Ella se ahogó por mi culpa. Por eso digo que estoy maldita.

*

MacCloud tenía reserva en Madeira, el restaurante preferido por Nina Blaisdel en la ciudad —por caro, básicamente, no necesariamente por ser el mejor; él prefería una buena tira de costillas—; los llevaron a un rincón discreto. Al llegar, sin ver la carta, ella ordenó ensalada de mariscos y agua Perrier; MacCloud estuvo tentando a pedir un escocés en las rocas —pensó que lo iba a necesitar antes de terminar—, pero pidió lo mismo. Presintió que

los platos volverían a la cocina casi intactos.

Mientras esperaban la orden, por encima de la superficie de caoba de la mesa, observó a su ahora oponente; recién llegada a Texas, cuando él era niño, ella era una joven muy hermosa. Le parecía tan guapa como una modelo de videoclip y aún recordaba verla de lejos en las fiestas que ofrecían sus padres. Todavía le parecía atractiva, de no ser por el fruncido ahora permanente en sus labios.

—No sé cómo permitiste que Juan Martín dijera esas cosas. ¿Cómo se atrevió? Ingrato.

—Nina, él juró que diría la verdad y nada más que eso.

—Sabes que miente, Matthew. Tu padre no permitiría semejante perjurio, con tanto cinismo.

—Okey, Juan Martín habló con más libertad de la que preví, pero no es nada irreparable.

—Para ti no, claro, porque obviamente no te afecta. Pero ¿sabes cómo quedo yo, Matthew?

Él vio cómo retorcía los anillos en su mano; el esfuerzo por no perder la compostura le costaba demasiado.

—Todo ese cuento sobre prejuicios, racismo, fue muy vulgar. Muy desagradable.

—Perdóname, Nina, pero un asesinato siempre es un asunto vulgar, sí, y ninguna ley exime a la madre de la víctima de verse expuesta a…

Nina interrumpió sin dejar de mirarlo.

—Me rehuso a creer que se trate de un asesinato. Estoy segura de que mi hijo vive. Tú y esa chica están cometiendo un error.

Trajeron las ensaladas.

MacCloud esperó a que tomara el tenedor, pero lo único que hizo fue sostenerle la mirada. Ah, pensó. Treinta dólares por cabeza tirados a la basura.

—Cada quien tiene derecho a sus opiniones. Pero por lo que se refiere a la audiencia de hoy, tu hijo está muerto, Nina, lo siento mucho, pero es la única conclusión.

—Pudiste evitar que Juan Martín enlodara su nombre. ¿Te digo algo, Matthew? He estado pensando, y creo que aunque ese tipo que tienen los republicanos de candidato es un cirquero, un impresentable, espero que gane la presidencia y ponga un muro realmente efectivo para que se acaben los problemas. Si mi hijo desapareció, fue por culpa de esos hombres malos que llegan quién sabe de dónde. ¿Y oíste lo que dijo ese idiota? ¡No les revisaba nada!

¡Metió criminales al rancho! ¡Asesinos! No soporto al candidato, pero si alguien va a ponerles un hasta aquí es él. Y tú, dejando que Juan Martín nos traicione en público.

Nina le había soltado todo eso sin alzar la voz, con un tono terso, mas él notó que había algo más en los ojos, en el gesto, que parecía ser más elocuente que un grito bien dado.

—Lo dejé hablar igual que pienso hacerlo con los otros testigos. La jueza Jackson no es tonta y le llamaría muchísimo la atención que tratara de presentar a James como alguien sin ningún defecto o sin enemigos. A los jóvenes perfectos no los asesinan, porque ni siquiera llegan a nacer. Y al presentar los antecedentes de un asesinato, importan mucho más los defectos de la víctima que sus virtudes y sus enemigos tienen más importancia que sus amigos. Si James no se llevaba bien con Juan Martín, si tenía problemas con los trabajadores o con sus vecinos…

—Los Baxter. —Nina se puso más pálida y su gesto se volvió feroz; MacCloud pensó en una máscara Kabuki—. Prométeme, Matthew, por tu madre, que no vas a volver a escarbar en eso… Laura está muerta. Muerta, muerta y bien muerta. Si su marido lo dejó por la paz, tú haz lo mismo, ¿me entiendes? A nadie le va a servir que lo menciones.

—¿Puedes asegurar que James no tuvo nada que ver con su muerte?

—Por supuesto. Fue bueno con ella. Solo quiso ayudarla. Laura era muy infeliz, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Tal vez porque John tenía más interés en la granja que en ella. Sabes que era inglesa, ¿verdad? En Garlands estaba sola todo el tiempo y a veces venía a conversar con James. Montaban a caballo. Se prestaban libros. Eran amigos, Matthew. Eso es lo que siempre digo. No hubo más que eso entre ellos. Ella tenía diez años más que él, estaba lejos de su país y él le tuvo compasión; ella era muy patética, si me lo preguntas. Tú lo sabes, tú y tu mujer la conocieron en mi casa, por Dios.

MacCloud pensó en la mujer esbelta, de cabello rojizo y ojos grises, durante la cena de Acción de Gracias en Briar Rose, en 2012 o 2013. Al volver a casa, Linda, su esposa, que había conversado más tiempo con ella, le contó de sus estudios en diseño teatral en Londres y que ella y John llegaron a Texas para ocuparse de la granja, provenientes de Nueva York. ¿No extrañaba el bullicio de esas ciudades? No, porque lo apoyaba en todo. Luego de un

momento, Linda añadió que francamente eso último no le sonaba del todo sincero, y que no se explicaba qué hacía alguien así en River Heights, donde no encajaba para nada.

—Estaba deprimida, eso era obvio, y James era su…, ¿cómo decírtelo? Salvavidas.

—¿Es lo que te dijo él, Nina?

—Matthew, ¡por favor! No hacía falta, era evidente. Varias veces a la semana, siempre por la tarde, Laura se arrastraba hasta mi casa como un caballo herido al que nadie se atrevía a sacrificar.

*

Era rara tanta lluvia en esa parte de Texas en febrero, y más que se formara una tormenta eléctrica. El cielo había empezado a nublarse antes de que Isabel sirviera el almuerzo; Nina pidió un menú sencillo y para la cena, pensó, ella y James podrían ir a la ciudad, quizá al cine después de cenar. Había pasado parte de la mañana al piano, practicando a Beethoven —la Claro de luna no debía ser un problema, aunque hacía años que no la tocaba—, y su hijo estaba inquieto. No salió al campo, estaba encerrado en su estudio, escuchando música, la misma canción una y otra vez. Al acercarse a la puerta, la reconoció; era una canción de Linda Ronstadt que le gustaba a Frank, pero a ella siempre le había dado una mala sensación. Long Long Time.

James solo salió del estudio para almorzar, cuando el cielo estaba amortajado de nubes negras, y comió en silencio.

—James. ¿Te pasa algo?

—No, mamá.

—¿Estás seguro?

James solo hizo un gesto, su mirada fija en las ventanas del comedor; a Nina le pareció como si quisiera poder ver más allá, hacia la entrada del rancho.

—¿Esperas algo? ¿FedEx? ¿Amazon?

—No.

Se levantó bruscamente, sin excusarse, y volvió a encerrarse en el estudio. Hasta Isabel notó su malhumor cuando recogió la mesa.

—¿Está malo el señor James? No comió casi nada.

—Ocúpate de tus cosas, Isabel.

*

Nina pensó en entrar sin llamar, y confrontarlo. Una cosa era

que estuviera de malas por algo, y otra, que se comportara sin modales con ella; pero se había encerrado por dentro. Ya no era un adolescente —de hecho, en su adolescencia casi nunca lo vio, excepto cuando iba a la academia Lowood a visitarlo, y en esas ocasiones, James se portaba muy formal, aunque cariñoso, y nunca le había hecho un reproche— y seguramente sabía por qué hacía las cosas.

Subió a su habitación y, en su tocador, buscó una cajetilla de Virginia Slims. Oficialmente había dejado de fumar al morir Frank —«Alguien tiene que mantenerse vivo para cuidar al chico», le dijo a Patsy MacCloud, la madre de Matthew; una de las pocas amigas que tenía en la Junior League de Brownsville. Patsy, mujer gentil y generosa, que nunca en su vida había fumado y se ufanaba de ello, dijo que era una decisión valiente y acertada; años más tarde, la pobrecita murió, completamente calva, después de una agresiva terapia contra un fulminante cáncer de pulmón—, pero ocasionalmente, si se sentía enojada, Nina recurría a una sesión clandestina con «sor Nicotina», como solía decirle en el colegio: «que calma los nervios y afila la mente».

Tomó uno de los cigarrillos, su encendedor y salió a sentarse al porche.

Si me ven fumar, qué más da. No me voy a esconder en mi propia casa.

Mientras fumaba, disfrutando cada golpe, aunque el tabaco ya empezaba a estar reseco, Nina vio cómo desde la entrada del rancho se acercaba una joven. Por un momento pensó que era Isabel, que habría ido por el correo, pero luego vio que era casi una niña, de cabello largo y rizado que se alzaba con el viento que había empezado a soplar con más fuerza. Debía de ser una de los muchos parientes de Juan Martín, que trabajaban por toda la zona. Eso, o venía a pedir trabajo, aunque era muy raro que lo hicieran mujeres.

—¡Buenas tardes! —exclamó la chica que se acercaba.

Nina pisó la colilla, ocultándola entre las duelas del porche, y se puso de pie, alisando su falda. La lluvia estaba cada vez más cerca. Fuera quien fuera, si se quedaba, tendría que refugiarse en Briar Rose hasta que amainase y ella había sido educada para ser una buena anfitriona.

—Buenas tardes. ¿Puedo ayudarla?

Antes de que la chica pudiera decir su nombre o cualquier otra cosa, James salió por la puerta principal y fue a su encuentro. Nina lo vio casi correr hacia ella, y luego hablarle en murmullos. No. No

es el tipo de persona con la que se involucraría. Él no. Luego de un minuto o dos, la chica se apartó de James, asintió, y echó a correr hacia el sendero que llevaba a la entrada del rancho. Él volvió a la casa, guardándose algo en el bolsillo.

—Cuánto misterio.

—No es nada, mamá.

Esta vez la besó en la mejilla.

—Fumaste.

—James. Soy adulta. No tienes que cuestionar lo que hago.

—Tienes razón. —Ahí estaba la sonrisa que la derretía, a la que no podía negarle absolutamente nada desde que la vio por primera vez—. Yo también soy adulto. Tampoco puedes cuestionarme. —La besó en la otra mejilla, antes de entrar—. Te quiero, mamá.

*

Cuando cayeron los primeros truenos, después de las cuatro de la tarde, Nina había recuperado por completo Claro de luna, y se había puesto con Debussy. No tenía mucho más que hacer ese día, salvo tocar. La hacía sentirse relajada, de algún modo en conexión con la casa en Charleston, y la presencia de su padre, James Drayton Hawkins, al que en ese mismo momento podía ver, alto y sonriente, orgulloso de ella, mientras aplaudía como en todos los recitales que había dado.

Siguió tocando, luego siguió con Chopin y Vivaldi; estuvo tan concentrada, por más de una hora o dos, que no se percató ni siquiera cuando se fue la luz, hasta que Isabel fue a buscarla, asustada por los muchos truenos de la tormenta.

—Está bien. Juan Martín puede encender la planta de emergencia.

—Señora, ¡pero es muy fuerte!

—No es el fin del mundo. Avísale a James que…

—No está el señor.

Isabel fue tras ella, cuando corrió hacia el estudio, trataba de explicarle que había salido hacía más de una hora, por la puerta de atrás, que ella creyó que ya sabía.

—¿Te dijo dónde iba?

—No, señora. Solo salió. No se llevó el coche. El río está muy crecido…

Antes de que pudiera contestarle, vio una silueta aparecer en el quicio de la puerta —así lo dijo al día siguiente al prestar

declaración al alguacil Rojo—; unos momentos después, entraron Juan Martín y James, empapados, con rostros cenicientos, inexpresivos.

—Mamá…

—¿Dónde estabas? ¿Cómo saliste con este clima, así nada más? Juan Martín, hay que encender la planta de emergencia enseguida. No podemos estar sin lu…

Recordó a James, el cabello pegándosele a la frente. Ese momento antes de que se fuera a Nueva York y volviera un extraño, antes de que se dejara crecer esa barba tan fea, que nunca le gustó. La última vez que le había parecido su hijo; la última que, pensaría mucho después, sentada ante Matthew MacCloud en ese restaurante, se había sentido feliz de verlo, justo antes de que todo cambiara para mal y tan rápido.

—Mamá, hay que llamar a la Policía. Pasó algo terrible.

El eco de la canción que había tocado todo el día como sentencia profética: … and I think it's gonna hurt me/for a long, long time.

*

La muerte de Laura Baxter fue un accidente.

Así lo reportaron los diarios y la televisión. Así lo designó la forense Melinda Warner en la corte del condado. Su auto se halló atascado a la orilla de la resaca que dividía las dos propiedades. Laura murió ahogada, mientras intentaba cruzar a pie el río durante la tormenta. La crecida repentina de las aguas la tomó desprevenida y la arrastró por una distancia considerable y tardaron horas en hallarla; irónicamente, era la clase de muerte que muchos indocumentados encontraban unos kilómetros al sur, en la frontera, año con año.

Había indicios claros de que la esposa de John Baxter padecía una aguda depresión, incluso había buscado —y abandonado casi enseguida— tratamiento psicológico en la ciudad. MacCloud recordó que alguien, durante la investigación, le había comentado que la idea del suicidio básicamente estaba descartada, porque en el auto encontraron su maleta, y en el bolso, hallado no lejos de su cuerpo, llevaba sus pasaportes americano y británico. Estaba preparada para un viaje, y tal vez no pensaba en matarse, eso dijo la doctora Warner, aunque nunca se sabe con las personas depresivas; son impulsivas, pueden tomar decisiones abruptas sin pensar en las consecuencias de sus actos.

Fue James quien llamó a la Policía y contactó a John Baxter, que estaba en San Antonio, para darle la noticia. Aun así, los ojos de River Heights se volvieron hacia él con suspicacia. ¿Por qué había salido en medio de la tormenta? ¿Tenían una cita? ¿El hijo de Nina Blaisdel era amante de Mrs. Baxter? James y su madre prestaron declaraciones a la Policía con MacCloud presente; ambos fijos a la misma versión: James salió al empezar la tormenta, para ver que no hubiera estragos en los campos; su madre permaneció en la casa, ocupada en preparar un recital de piano que iba a ser parte de un evento para recaudar fondos de la Junior League. Ninguno sabía que Laura Baxter tenía intenciones de viajar, ni que se dirigiera a Briar Rose. Igual se corrió la voz de que había algo turbio más allá de las aguas y fue cerrándose en círculos en torno a Baxter y Blaisdel. El primero se mantuvo ocupado, volviéndose ermitaño, mientras el segundo, de un día para otro se fue por tiempo indefinido a la costa este.

*

—Nunca dijeron nada en mi presencia, ni en la de James, pero lo noté en la cara de todo el mundo, hasta con la gente que trabajaba para nosotros; creían que Laura y él tenían algo más íntimo. Si no hubiera muerto, sería ridículo pensar que James escaparía con una mujer así, tan insignificante, y diez años mayor.

MacCloud dijo que Laura no le había parecido insignificante. De hecho, le parecía guapa. Y mucha gente del pueblo lo pensaba así.

—Habrán visto a muy pocas mujeres guapas en su vida si creen eso, Matthew.

—¿Tú crees que eso pasó, Nina? ¿Se metió deliberadamente al río?

—Pues ya que lo preguntas, quizá.

—¿Por qué?

—Matthew, para ser abogado, hijo y nieto de abogados, a veces eres muy ingenuo. Si una mujer se suicida o muere en circunstancias misteriosas, el marido queda en pésima posición y la gente empieza a cuestionar todo lo relacionado con la pareja en sus últimos momentos. Ahí tienes lo de Natalie Wood. Treinta y tantos años de que se ahogó, y todo el mundo se pregunta todavía qué pasó ahí, pero siguen hablando del marido. Ah, no. Los que quedamos mal fuimos nosotros, no John. Mandé a James lejos para que el escándalo se disipara, allá se encontró a Claudia y se casó con ella a

las tres semanas. —Nina apartó su plato, sin mirarlo—. ¡Tres semanas! No sé si fue peor. ¿Tienes un cigarrillo?

—No fumo, y aquí no se puede…

—Ya sé. Qué lata. En fin, lo único que puedo decir es que no deja de parecerme casi siniestro cómo es que la historia tiende a repetirse, aunque no quieras. Lo que me sorprendió cuando mi hijo llegó al rancho con esa chica, es que, aunque no se le parece en nada, había algo (la postura, la voz, qué sé yo) que hizo que Claudia me recordara tanto a Laura Baxter.

6

Después de comer, Cathy recibió una llamada de su madre («¡Al fin, fuck me gently with a chainsaw, caramba!», exclamó antes de contestar) y salió para darle al niño; ya para entonces, la conversación entre ambas había decaído a monosílabos y small talk, así que Claudia dijo que la vería en la corte, pagó la cuenta de ambas y salió a dar un paseo por la calle antes de volver.

Los escaparates adornados para la noche de brujas y Día de Muertos en los que se veía, distorsionada, la hicieron pensar en que todo lo que la rodeaba se sentía extraño; como si cada cosa que hubiera pasado desde que despertó esa mañana estuviera ocurriéndole a alguien más, y ella solo fuera una espectadora a la espera de que algo se rompiera —¿qué? ¿Una crisálida?— para, como dijo John en el auto, ser libre.

Su respuesta volvió a sus oídos. ¿Qué es ser libre?

Lo que sea, tiene que ser mejor que este último año.

En el escaparate de una tienda, una calavera de papel maché en colores fosforescentes le sonreía con desenfado. Claudia apretó el paso; algunos por la calle habían empezado a reconocerla, y la señalaban —era obvio—. Vio a Juan Martín en la plaza frente a la corte, abanicándose con su sombrero, y una expresión de pesar en la cara. Pobre. Lo estaba pasando mal. De hecho, en ese momento se sintió segura de que lo estaba pasando peor que cualquiera, más que ella, que supuestamente tendría que ser la doliente. Se levantó cuando vio que ella se acercaba, inclinando la cabeza.

—Juan Martín, ¿no fue a comer?

—No, señora. No tuve hambre.

—¿Y los demás?

—A Isabel y Pipe les gusta el Pollo Loco. Les di dinero. Me quedé a pensar. ¿Quiere sentarse?

—Gracias. —Claudia se preguntó si la banca sería de cemento por ser duradero o porque su incomodidad desalentaría a cualquiera de estar ahí mucho rato—. ¿Cómo está?, ¿cómo se siente?

—Algo cansado. ¿Dónde está Mrs. Blaisdel?

—Se fue con el abogado.

—Está enojada conmigo por lo que dije, ¿verdad? No, no me diga. Me doy cuenta. Pero estaba bajo juramento. ¿Qué esperaba? Tal vez que dijera alguna mentira. Como eso de que van a devolver la grandeza a la nación. Ella solo cree lo que quiere creer.

—No sea tan duro con ella, Juan Martín.

—¿Por qué no? Ella es cruel conmigo. Mala. Siempre fue así. ¿Qué tiene contra mí? Bien que me ocupé de hacer funcionar el rancho, verdad, cuando su hijo era demasiado pequeño y su marido demasiado… —Juan Martín retuvo bruscamente el aliento, como si se hubiera mordido la lengua.

—¿Demasiado qué?

—Está muerto, ya no importa.

—No entiendo.

—Pensé que a estas alturas ya lo sabría.

—Lo único que sé de mi suegro es que murió de un infarto.

—Eso fue lo que dijeron. Si uno anda buscándose los accidentes, ya no se les puede llamar así.

El «accidente» del señor Frank fue antes de las diez de la mañana y había bebido bastante bourbon como para tumbar un caballo. Tenía más de sesenta años; fue una suerte que viviera hasta entonces.

*

En opinión de Juan Martín, Nina Blaisdel fue tonta al tratar el síntoma, mas no la enfermedad, de su marido. Aunque viéndolo bien, ella estaba más preocupada por otras cosas que la salud de Frank.

Juan Martín no conoció a Lindsay Blaisdel, la primera esposa. Sabía que no tuvieron hijos, y que ella siempre había estado involucrada en el rancho y él había empezado a beber cuando murió en un accidente en 1977. Cuatro años después conoció a Nina y le propuso matrimonio de inmediato (qué curioso, pensó, que James hiciera lo mismo con la señora Claudia). El anillo de diamantes que le dio era el mismo que había dado a la otra. Ella tenía veinticinco años y él, cuarenta y cuatro.

Frank Blaisdel era un hombre bueno, más comparado con los otros rancheros con los que Juan Martín había trabajado los primeros meses después de cruzar la frontera. Pagaba salarios justos y no le importaba llenarse las manos de tierra; se levantaba

al alba y era el último en apagar la luz. Gonzalo, el capataz anterior, cuando Juan Martín recién había llegado a Briar Rose, le hablaba con admiración cuando lo veían hacer su último recorrido por la casa. Lo único que quería —de hecho, necesitaba—, le dijo Gonzalo mientras daba un trago a su cerveza de lata, era un hijo. De ahí en fuera, Frank Blaisdel era un hombre satisfecho y feliz. El ranchero más generoso del condado de Cameron. Su esposa…, bueno, esa era otra historia.

*

—¿Nina siempre fue así con usted?

—La señora siempre fue así con todos en el rancho; los trabajadores, el capataz anterior. Con Mercedes, mi mujer, cuando vivía. No grosera, pero… ¿Sabe cómo, señora? Déspota. Será su manera de ser. Pero su marido era muy diferente. Él era un hombre bueno. Y yo dije mala… y no debí. Ella también hizo algo por nosotros. Una vez.

Claudia esperó a que continuara, pero Juan Martín solo se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo era alcohólico Frank?

—No sé. A lo mejor desde que nació, verdad. Aunque cuentan que, desde que murió su primera mujer, fue que le dio por beber más y más todos los días. Yo no sé. Lo cierto, señora, es que yo no me di cuenta hasta mucho después, cuando trabajaba más de cerca con él, cuando Gonzalo se fue para estar con sus hijos en Dallas y el señor Blaisdel me nombró capataz. Para entonces ya había nacido James. Me parece que entre los dos se las ingeniaron muy bien para mantenerlo en secreto durante unos diez o doce años, y no se notaba, pero finalmente llegó a tal punto el problema con su manera de beber, verdad, que cuando se contrataba una nueva cuadrilla, yo me tenía que hacer cargo de todo, dar las órdenes, pagar. Como ahora; con el señor Frank ya no contaba porque siempre bebía.

—¿Por eso de niño James pasaba tanto tiempo con usted?

—Sí. Se venía a mi casa cuando las cosas se ponían mal en la casa grande, y comía con nosotros. Mercedes lo quería mucho, y lo trataba como… —Se volvió a poner el sombrero—. Se llevaba bien con los otros y era buen niño. Le decíamos Jaime. ¿Sabe? No iba a declarar nada de eso, pero la semana pasada el señor MacCloud me estuvo preguntando y tuve que decirle.

—Dijo usted que él necesitaba un hijo. ¿Por qué?

—Para heredar la tierra.

—No entiendo.

—El padre de Frank Blaisdel era muy obstinado; en su testamento, según supe, dejaba a su hijo el rancho y sus tierras, pero Frank tenía que tener un hijo varón antes de siete años después de su muerte. No una niña, un varón. Si no lo cumplía, el rancho pasaría a manos de otros parientes, en Galveston. Así que Frank necesitaba el hijo. Eso le preocupaba a Nina cuando se casaron.

Claudia pensó en su suegra recién casada, al llegar a Texas. Había visto una foto en el estudio de James varias veces —la puso con todo y su marco de plata, dentro de una de las cajas, junto con sus libros de Stephen King, Tolkien y la saga de Juego de tronos, sus discos de Linda Ronstadt, The Eagles, Fleetwood Mac, America y John Mayer—; una Nina joven de cabello largo y suelto, en pose casual, brazos cruzados, recargada en el dintel de la entrada y feliz en apariencia. La foto la tomó, supuso, el propio Frank. Entonces pensó que nunca había visto una sola imagen de su suegro. No podría reconocerlo si alguien lo señalara en la calle, si viviera todavía y pasara a su lado en alguna calle del pueblo. No tenía modo de saber si James se parecía a su padre, porque a su madre, salvo algunos gestos, en realidad no.

—¿Nina estaba tratando de quedar embarazada?

—Perdió varios bebés. Por eso tardó tanto en llegar Jaime.

Bebés. El del sueño. El bebé del sueño era Diego. Y también James.

—No sabía nada de esto.

—Y no tenía por qué, señora. Estoy peor que Isabel, verdad. Permiso.

—No tiene que…

Pero él ya se alejaba, camino de la corte, donde los mirones, los oficinistas y la gente que había estado en las declaraciones poco a poco se abrían paso para seguir el conjuro de un cadáver.

*

Juan Martín se acercó a donde había sombra, y vio pasar a la gente. Esperaba que Isabel y Pipe no tardaran. Claudia permaneció en la banca, mirándose los zapatos, como si pensara detenidamente en lo que le había dicho. No debió contarle esas cosas. Era ajena a

todo lo que había ocurrido en el rancho en aquella época en que Nina y Frank pensaban en salvarlo, y Mercedes y él pensaban en salvarse. Frank estaba muerto. Mercedes también. Ambos reposaban en tumbas en cementerios de River Heights; pero mientras la de los Blaisdel, en el episcopal, tenía una lápida de mármol con ángeles y querubines, con espacio para grabar los nombres de su viuda y su hijo, la de Mercy, en el cementerio de la Divina Providencia, solo era una modesta placa en el césped. «Mercedes Arcos Jiménez 1962-2008. Nos quiso mucho a todos.» No se le ocurrió qué más poner como epitafio; Pedro dijo que era suficiente por ser la verdad sobre su madre. Mercedes había querido a todos; hasta era amable con Nina.

Pensó en la última vez que vio a su mujer, recostada en su sillón, frente a la tele, doblando la ropa mientras veía una telenovela mexicana. Dos horas después, se le reventó un aneurisma, y se había quedado muerta como un gorrión, sin hacer ruido. Fue una buena mujer. Demasiado. Frank también, aun pese a su decadencia alcohólica. Cuando tuvieron papeles y lo ascendió a capataz, Juan Martín se propuso siempre proteger a su patrón, especialmente cuando estaba en peor forma; si Mr. Blaisdel estaba demasiado bebido para ir a trabajar, Juan Martín decía que le dolía la ciática. Lo mismo los trabajadores no le creían, pero ninguno se atrevió a hablar mal del patrón en su presencia.

Nina también guardaba el secreto de que Frank estaba cada vez peor, y se esmeraba en que nadie del rancho o sus amistades de Brownsville y River Heights lo notara. A Juan Martín, todo eso del encubrimiento le parecía idiota, mas no podía dejar de admirarla por la seriedad con que lo tomaba y las agallas que tenía, más que cualquier mujer casada con un borracho que él hubiera conocido.

*

Cuando James tenía unos once años, Nina tocaba el piano prácticamente todo el tiempo. Mercy se lo contaba por las noches, mientras se metía a la cama.

—Ahí está, en el salón casi todo el día. Solo toca el piano. Muy bonito, pero siento que lo hace enojada.

—¿Por qué?

—El lunes le dio cinco dólares a Pedro para que sacara las botellas y las fuera a tirar lejos. En cuanto se dio cuenta el patrón, llamó a la licorería e hizo que le trajeran el doble, para humillarla.

—¿Y Jaime? ¿Se da cuenta?

Mercy sabía que muchas discusiones que tenían a puerta cerrada los Blaisdel eran sobre él y cómo había que educarlo, con qué disciplina y todo eso. Pero aunque el chico no existiera habrían discutido igual.

—¿Tú qué crees? El otro día traté de explicárselo al niño. Le dije «Jaime, mi amor, tú no tienes la culpa y no puedes hacer nada más que aguantar. Ser bueno y valiente». Creo que lo entendió. De todos modos, fue a buscarte al establo. Mejor. No quiero que vea cómo se agarran como perros y gatos.

Un par de semanas después, Juan Martín volvía del campo cuando oyó que el piano sonaba muy fuerte. Rabioso. Mercedes apareció en el porche trasero, llamándolo a señas, y fue a ver qué pasaba. En el salón, Nina estaba al piano, el niño paralizado junto a ella, muy asustado. Frank estaba frente a la chimenea, con un vaso de bourbon en la mano. Una vena en su frente palpitaba de modo muy visible. Todo lo que se oía era el piano, tan fuerte y violento que la música lo intimidaba. Por instinto, Juan Martín quiso sacar al niño de ahí, pero no sabía cómo.

En ese momento, el piano paró y Mrs. Blaisdel se volvió hacia él, con una sonrisa que imaginó como la de un cocodrilo al encontrarse un cordero perdido en el pantano.

—¡Oh, Juan Martín!, ¿cómo le va? —Oír su voz en un tono tan dulce le erizó la piel—. ¿Qué le pareció nuestro recital? Es un concierto de Vivaldi. Para mandolina, aunque también puede tocarse en piano. ¿Qué tal, lo hice bien?

Juan Martín preguntó si el niño podía ir a ayudar a sus hijos con la tarea, y Frank dijo que sí, que de todos modos no creía que a Jaime le interesara mucho Vivaldi.

*

Para el 2000, Frank Blaisdel ya no era el primero en levantarse y último en apagar la luz; Juan Martín se ocupaba de todo: los días de pago, la siembra y la cosecha. En temporada, Mercedes cocinaba para los trabajadores y diariamente en la casa grande. Frank solo salía de vez en cuando a los campos, ocupándose de arar, o ir un rato al establo, pero podía verse que ya no quedaba nada del hombre que había sido antes.

Un día de mayo lo encontraron tirado en un campo, el tractor iba lejos y se había atascado. Frank yacía boca abajo, a varios metros.

Los hombres que lo encontraron le dijeron a Juan Martín que en una mano tenía aferrada una pequeña ánfora plateada de la que se había salido el licor, y en la otra, un retrato de su hijo cuando era pequeño. Juan Martín dio orden de que no movieran el cuerpo y fue a la casa para avisar. Encontró a Nina bajando la escalera; le respondió, cuando le dijo lo ocurrido, con mucha calma. Tenía que hacer unas llamadas: a Les MacCloud, el abogado, para que se ocupara de la dispensa de la autopsia, y al médico familiar, para el certificado de defunción. También a Patsy MacCloud para pedirle que recogiera a James de la escuela. En ningún momento, Nina vio el cuerpo de su marido, ni ellos volvieron a ver a James; al funeral no fueron requeridos, ni al servicio religioso. Nina ordenó a Mercy que empacara la ropa de su hijo; lo mandó a un campamento de verano en Maine y luego a la academia Lowood.

Cuando James volvió en 2004, ya tenía dieciocho años y era otra persona, aunque también ahí todo había cambiado; un par de años antes, les llegó Felipe de sorpresa, justo cuando Juan Martín y su mujer no esperaban tener más hijos —creían ya no estar en edad—, y ella dejó de trabajar, mientras que él mandó traer a Isabel para que se ocupara de ser ama de llaves del rancho.

*

Tal vez había hecho mal en contarle a la señora joven todo lo que le había dicho, pero nadie más se lo iba a contar y quizá debería saberlo. La vio ponerse de pie y caminar hacia la corte. Isabel y Felipe ya estaban acercándose. Claudia no era estúpida. Era una muchacha con mucho cerebro. Más incluso que él; y quizá quería saber más de lo que él querría contarle, especialmente ese día. Juan Martín vaciló, mesándose los cabellos, antes de ponerse el sombrero. No habría otra oportunidad de decírselo.

Claudia se le acercó antes de que abrieran la sala.

—Juan Martín…, ¿me permite un momento?

—Sí, señora. Cómo no.

—Pensé en lo que me dijo allá afuera… sobre heredar la tierra. Usted sabe que si declaramos

muerto a James, el rancho va a pasar a mis manos. Aunque yo no lo quiero.

Él asintió. Vio cómo Isabel detuvo a Pipe al otro lado del pasillo, sin escucharlos, tratando de ni siquiera mirar.

—Quería decirle que… no importa lo que pase, o lo que yo haga,

el rancho seguirá igual. Usted seguirá al frente. No pienso cambiar nada.

—Bueno, señora. Gracias por decirme.

El silencio entre los dos fue quebrado por los ruidos que los rodeaban: la gente que entraba, pasos sobre el mármol, conversaciones volviéndose cacofonías.

—Y perdóneme por decirle cosas que no quería saber.

—Tenía razón, Juan Martín. Necesito toda la información que pueda para poder pensar qué voy a hacer ahora. Gracias.

Claudia hizo un gesto para saludar a Isabel y Pipe y después se alejó, alzando la cabeza; su paso hacia la sala de audiencias un poco más lento, como si al retrasar su entrada pudiera también hacerlo con el proceso y la inevitabilidad del veredicto. No dudaba de cuál sería el fallo de la jueza Jackson. Tuvo esa certeza desde diciembre, en esa fea cama de hospital. James, que de pequeño había muerto un poco cada vez que su madre tocaba el piano para acallar los reclamos de su padre, esta vez por fin moriría del todo.

7

Shirley Jackson volvió a la sala desde su despacho, donde almorzó frugalmente un sándwich de ensalada de atún con mayonesa y lechuga traído de la misma cafetería donde Cathy había revelado su maldición a Claudia Blaisdel, acompañado por una lata de Diet Coke; luego tomó una siesta en el sofá y despertó muy inquieta.

Soñó esa media hora con lo que primero creyó eran hombres lobo; merodeaban un espacio estrecho (un cobertizo de paredes de tabla) donde ella se ocultaba, conteniendo la respiración, aunque apenas cupiera; antes de que la atraparan lograba huir, a tropezones, por un terraplén y corría hasta llegar a un descampado donde un grupo de personas —ahora veía que no eran monstruos, sino seres humanos, o algo parecido— encabezado por Geraldine, su madre, y Stanley, su marido, así como otras caras familiares que no podía nombrar; todos empezaban a apedrearla sin motivo aparente. Ella corría de un lado a otro, como un pato de latón, un blanco móvil de tiro al blanco, para esquivar las piedras, hasta que una pedrada alcanzó sus anteojos y los reventó igual que su frente, un estallido de sangre, entonces sonó su alarma, regresándola de golpe al gastado Chesterfield de cuero donde se había acomodado a duras penas.

Odiaba que esto pasara en su siesta de mediodía: acababa por sentirse muerta en vida el resto de la tarde, mientras trataba de asirse a la realidad. La toga le colgaba sobre el pecho como un agujero negro del que solo emergía su cabeza.; al ocupar su lugar lucía fatigada, el maquillaje que se había puesto en la mañana, disuelto por el calor, por lo que tuvo que retocarlo deprisa, sin ganas.

—Todos de pie —indicó el secretario—. La corte está en sesión.

*

El primer testigo de la tarde fue John Llewyn Baxter.

Oír en voz alta su nombre completo, incluyendo el de en medio —«Louis» en galés, una excentricidad de su padre para honrar

ancestros de una tierra a la que no fueron nunca de visita—, le pareció otro elemento surrealista que se sumaba a un día que casi se llevaba el premio gordo, aunque todavía no alcanzaba al 11 de febrero del año anterior como peor día de su vida hasta entonces, título que obtuvo por KO cuando James lo llamó para decirle que Laura estaba muerta.

La apatía con que se puso de pie y se acercó al estrado, así como la mirada de reojo que le dirigió a Claudia al pasar junto a ella, mostraban de modo fehaciente la protesta con que se presentaba ante el tribunal. Cuando respondió a las preguntas sobre su nombre, lo hizo en voz tan baja que el secretario tuvo que pedirle que hablara más alto.

—Por favor, repita, señor Baxter —le pidió la jueza.

—John Llewyn Baxter. Ya lo había dicho usted, señor MacCloud.

—Lugar y fecha de nacimiento, por favor.

—Nací en Lockport, Nueva York. Octubre 5 de 1975.

—¿Su dirección?

—Granja Garlands, Camino Real, River Heights.

—¿Usted es el propietario y se encarga de su explotación?

John miró a MacCloud. ¿En serio? El otro esperó la respuesta, que soltó como un bufido.

—Sí. Lo soy.

—¿En qué año llegó usted a la propiedad?

—Mi esposa y yo nos mudamos a Garlands en mayo de 2010. Antes, la casa había estado abandonada por mucho tiempo. La gente local decía que la habitaban fantasmas.

De nuevo risas apenas contenidas. La jueza frunció el ceño.

—¿Dónde está su propiedad en relación con Briar Rose?

—A una milla hacia el este y el suroeste.

—Usted y los Blaisdel son vecinos.

—Sí. Aunque nos separa un brazo del río.

Hubo un silencio. Supo que al menos la jueza y buena parte de los presentes tenían en ese momento una imagen en la cabeza: Laura, hinchada, su ropa enlodada pegada a su cuerpo, el cabello cubriéndole la cara, la foto que le había tomado la doctora Warner cuando la encontraron tantas horas después y que de algún modo acabó en los periódicos y el internet.

—Naturalmente, usted conocía a James Blaisdel desde varios años atrás.

—Sí. Usted lo sabe, abogado. Todo el pueblo lo sabe. Es evidente.

Vio a Claudia en su sitio. El asiento a su lado estaba vacío. Nina no había vuelto.

—Éramos vecinos. Usted lo acaba de decir.

—Pero ¿eran amigos…?

—No. Tengo que decir la verdad. No lo éramos.

—Señor Baxter, ¿quiere decir al tribunal cuándo y dónde le vio por última vez?

—La mañana del 23 de octubre de 2015…, en River Heights.

—¿En qué circunstancias se produjo el encuentro?

—Uno de mis trabajadores fue a verme y dijo que tenía mal estomacal. Lo llevé en mi auto a la clínica en River Heights. Por el camino vi el BMW de James en la calle principal. Él estaba en la acera, hablando con una joven.

—¿Usted no tocó la bocina, saludó, nada de eso?

—No. Yo llevaba un enfermo. Esa era mi prioridad, no ir por ahí saludando gente.

MacCloud sonrió, obsequioso. John pensó que le daban ganas de tumbarle la dentadura solo por el ostentoso cuidado que le prodigaba. Se frotó las manos, esperando el golpe bajo. Este tipo no era salaz, sino realmente sórdido, aún con su traje en tres piezas, de Brooks Brothers.

—Así y todo, lo natural hubiera sido detenerse un momento para saludar a un amigo.

—Ya le dije, solo éramos vecinos, no amigos. ¿Lo tengo que repetir, abogado?

La jueza le hizo una reconvención y John alzó las manos aceptándola. Segunda advertencia. A la tercera, lo mandarían a la celda por desacato, seguro.

—¿El que no fueran amigos, señor Baxter, tendría algo que ver con este caso?

—En absoluto. No.

MacCloud hizo ademán de consultar las hojas que tenía en la mesa delante de él, para tomarse el tiempo de decidir si seguía con el tema de la muerte de Laura Baxter o si sería más prudente omitirlo. Aventurarse demasiado por ese sendero podía ser un error táctico, y más aún con la mentalidad escéptica de la jueza Jackson, pese a ser una mujer excepcionalmente paciente.

Otro juez ya los hubiera mandado al carajo.

—Señor Baxter —prosiguió—, usted lleva toda la mañana en esta sala, ¿no es cierto?

—Sí. Aquí estuve. En la sexta fila, lado derecho, al fondo.

—Entonces oyó declarar al señor Jiménez que el 5 de octubre —su cumpleaños, por lo que recordaría la fecha— contrató a una cuadrilla de mexicanos para trabajar en Briar Rose y que la noche del 23 del mismo mes esos hombres se fueron sin dejar rastro, igual que el señor Blaisdel… Como agricultor, usted está familiarizado con la piratería en cuestión de cuadrillas de trabajadores, ¿no es así? De hecho, durante mayo de 2013, usted denunció que una cuadrilla contratada por usted para la cosecha de tomates desapareció durante la noche siguiente al día de pago.

—Sí. Hice el reporte pertinente.

—Ahora bien, aparentemente, lo que pasó con esa cuadrilla y lo que sucedió con la del señor Juan Martín es muy semejante. Sin embargo, hay una diferencia, ¿no es así?

—Sí. A mis hombres los localizaron al mediodía siguiente. Un agricultor de la zona de Pharr los convenció de que les pagaría mejor y se fueron con él. Pero a los hombres de Blaisdel no los encontraron. Es posible que cruzaran la frontera con México antes de que la Policía se enterara siquiera de que se había cometido un crimen.

—¿Cuándo se enteró de que se había cometido un crimen, señor Baxter?

—Más o menos a la una de la mañana me despertó un agente de la comisaría. Dijo que no encontraban a James y estaban registrando las propiedades cercanas buscando rastros de él.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me vestí y fui a Briar Rose, me ofrecí para ayudar en la búsqueda, pero el alguacil Rojo, que estaba al frente de todo, me dijo que mejor volviera a mi casa. Que muchas veces una búsqueda se echa a perder por culpa de los amateurs, y si de él dependía, no iba a pasar eso con su escena del crimen. Para entonces, habían encontrado sangre en el comedor.

—¿Vio usted a la señora Blaisdel en ese momento?

—No. Ella entonces estaba embarazada. Supuse que, ante lo ocurrido, estaría en reposo. Regresé a mi casa y seguí las noticias en los días que siguieron como todos los demás.

—La señora Blaisdel…, quiero decir, la señora Claudia Blaisdel, ¿es amiga suya?

John lo miró con la rabia con la que hubiera querido escupirle. Hijo de puta.

—¿Señor Baxter? Responda.

—Señoría, ¿tengo que contestar a esa pregunta? Es ofensiva.

—Está bajo juramento. Tiene que hacerlo.

John alzó su cara hacia la mujer, esta vez no con rabia, pero con desprecio.

—Sí. Claudia Castañeda es mi amiga.

MacCloud arqueó las cejas. John prosiguió, esta vez más rápido, sin mirar.

—Ella fue amable conmigo desde que llegó a vivir al rancho. Es una mujer decente y honrada. Solo tengo para ella la mayor de mis consideraciones, y, sinceramente (lo digo bajo juramento, abogado), espero que esta jodida pesadilla que ha vivido termine de una buena vez; y que ella se largue de este lugar y empiece a vivir, realmente a vivir, en cualquier otra parte.

—Entonces, está usted convencido de la muerte de James Franklin Blaisdel.

—No me cabe duda.

—Muy bien, gracias por su candor, señor Baxter. Puede retirarse.

8

MacCloud llamó a comparecer a Catalina Figueroa.

La joven de melena rubia y raíces oscuras —lo que últimamente se llamaba «mechas California»— se acercó a la parte delantera de la sala. En el aire seco y cálido, el vestido de lycra que llevaba puesto se le adhería al cuerpo. Si se sentía incómoda o nerviosa por ello, no lo demostró. Prestó juramento mientras masticaba discretamente un chicle; se identificó como Catalina Margarita Annette de los Ángeles Figueroa, de diecinueve años de edad.

—¿Es su apellido de casada o de soltera?

—De soltera. Estoy en trámite de divorcio, así que lo volví a usar.

—¿Dónde vive?

—Apartamentos La Villita. En Brownsville.

—¿Cuál es su ocupación?

—De momento estoy desempleada, y buscando.

—¿Conocía a James Blaisdel, señorita?

—Bueno, obviamente.

—Hace unos minutos el señor Baxter declaró que la mañana del 23 de octubre vio al señor Blaisdel hablando con una joven en afuera de un café, en River Heights. ¿Era usted?

Cathy siguió masticando, como si le costara pensar la respuesta.

—Sí.

—¿Quién inició la conversación?

—Él. Yo iba por la calle, haciendo lo mío, cuando se acercó y me dijo: «Oye, Cathy, quiero hablar contigo un momento, ven», y yo le dije que okay.

—¿De qué habló con el señor Blaisdel, señorita?

—De mis hermanos mayores. Ellos solían trabajar para él algunos veranos y el señor Blaisdel quería saber si querrían volver al rancho. Me dijo que la última cuadrilla que había contratado Juan Martín no servía para nada, que eran unos inútiles, y necesitaba que gente trabajadora como mis hermanos hicieran las cosas. Yo le dije que a mis hermanos ya no les interesaba hacer ese tipo de trabajo y que no tenían por qué volver a agacharse y ponerse

en cuclillas para él, si podían trabajar como gente civilizada en el Quick Lane, arreglando carros.

—¿El señor Blaisdel hizo alguna otra observación referente a esos trabajadores?

Mastica, mastica, mastica.

—No.

—¿No dio ningún indicio, por ejemplo, de que sospechara que pudieran haber entrado al país sin papeles, como ilegales?

—No sé. No creo. No.

—¿No usó las palabras mojado o ilegal?

—Ya le dije, que yo recuerde, no.

—¿De qué más hablaron?

—De cosas personales, entre él y yo. —Las largas uñas rojo escarlata de la chica recorrieron una y otra vez la barandilla del estrado de testigos. MacCloud pensó que, junto con su rumiar chicle, este era un claro signo de nerviosismo.

—¿Como qué cosas personales, señorita Figueroa?

Cathy se volvió al público, buscando a Claudia con la mirada.

—Me preguntó por el bebé que iba a tener. En ese momento todavía no se me notaba, pero en un pueblo como River Heights todo el mundo se entera de los asuntos de los demás, y ya le habían ido con el chisme. A lo mejor… —Miró a Isabel, a la que se le puso la cara roja—… En fin. Él sabía. También que me iba a casar. Me felicitó y dijo que Mrs. Claudia iba a tener un bebé en enero. A mí me parecía que lo de ser papá lo tenía inquieto. Igual era miedo de que el niño fuera a ser como él. Perdón, señora Claudia, pero qué bueno que no nació, de verdad.

De nuevo, un brote de murmullos en la sala, y para sorpresa de la audiencia confinada hubo una ausencia total de reacción por parte de Claudia Blaisdel, que solo miraba fijamente al centro, sin parpadear, las manos en su regazo. La jueza Jackson pidió orden, dando golpes con su mazo.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Miss Figueroa? —preguntó.

—Bueno, señoría, usted sabe que se habló mucho de él cuando Mrs. Baxter se ahogó en el río, ¿se acuerda? Yo pensé que a lo mejor había algo de cierto en eso que decían que…, bueno, usted sabe. O a lo mejor estaba maldito, como lo estoy yo. ¿Sabe? Me echaron una maldición y por eso soy experta en esas cosas.

—Miss Figueroa, por favor…

—What? ¡Es verdad! Si yo no hubiera ido al rancho Briar Rose ese día que llovió a llevar una nota de la Mrs. Baxter, ella no se

habría ahogado. Yo creo que lo que pasó es que Laura Baxter vino como fantasma por el señor James y se lo llevó, porque…

Shirley Jackson volvió a usar el mazo, con impaciencia, exigiendo orden ante el alboroto inaudito que la chica estaba causando en su sala.

—¡Miss Figueroa! ¡Si no guarda la compostura, este tribunal va a multarla por desacato!

—Pero, señoría, estoy diciendo la verdad. Yo creo en esas cosas, y creo que el señor Blaisdel fue víctima de una maldición porque causó… causamos la muerte de Mrs. B…

Los ojos de la jueza Jackson relampaguearon detrás de sus pesadas gafas. Su boca era un garabato en me-dio de una cara suave y pastosa. Cathy pensó que le recordaba a una versión tosca y malhumorada del muñequito ese que era mascota de una marca de harina y que siempre le había hecho gracia. Pero esta vez, y nada más de oírla, la mujer le metió el miedo en el cuerpo.

—Miss Figueroa, se lo advierto. Esta corte tiene que ocuparse de hechos reales, no de maldiciones, fantasmas y supersticiones, ¿me oye?

—¡Pasado mañana es Día de Muertos! ¡Usted sabe que…!

—¿Tiene algo de sustancia que pueda agregar la testigo? Si no es así, queda excusada…

Antes de bajar del estrado, Cathy alzó la vista hacia la mujer, armándose de valor para soltar un disparo más.

—Señora jueza. Con el debido respeto, ocúpese de sus hechos, porque yo sé lo que creo. Y tengo razón para creer lo que dije. No me retracto.

—Su testigo debe retirarse enseguida, abogado, o la haré encerrar.

Catalina salió en línea recta y abandonó la sala sin mirar a nadie, mientras la jueza volvía a exigir orden, al mismo tiempo que fulminaba a Matthew MacCloud con la mirada.?

9

Después del alboroto provocado por Cathy, la jueza ordenó receso de quince minutos y llamó a MacCloud a la barra. Desde su lugar, Claudia vio cómo la jueza murmuraba cosas de manera inaudible y cómo el abogado asentía, contrito, sin atreverse a enfrentarla. Fue un error de su parte interrogar a Cathy, o más bien, dejar que hablara de todas esas cosas en las que creía. Eso era a lo que se había referido antes, al decir que ella había causado la muerte de la esposa de John. Por llevar un mensaje. Pero qué idiota. ¿Cómo podía atribuirse la culpa de algo así? Laura había muerto. Fue por accidente o, como algunos habían dicho, quizá por su propia voluntad. No porque algún factor sobrenatural interviniera: una maldición. A Claudia le hizo gracia —salpicada de humor muy negro— que posiblemente la propia Laura Baxter no pudo imaginar lo que iba a ocurrir después de su muerte; que sería una sensación espectral, todo por fomentar irresponsablemente en alguien tan impresionable como Cathy los preceptos románticos y macabros de las novelas góticas.

La jueza terminó de reprender a MacCloud y, mientras salía un momento a su despacho, él se acercó a Claudia; su actitud casi petulante de hacía rato, ahora perdida.

—¿Dónde está tu suegra?

—No sé, Matthew. Fue contigo a almorzar, ¿no? Era algo privado.

—Sí, pero terminamos rápido: dijo que iba un momento a su casa a tomar una medicina y estaría aquí a las dos. Es mi siguiente testigo y no ha llegado.

Claudia miró hacia la puerta de la sala, por donde Cathy había salido, y sus ojos por un momento se cruzaron con los de John, sentado ahí.

—No tengo idea. Tal vez se retrasó…

—Son las tres. Es demasiado tiempo. ¿Puedes llamarla o mandarle mensaje?

—Nina no tiene móvil… No le gustan, dice que…

—Claudia, no me importa lo que a Nina le guste o no. No puede

retrasarse más. ¿Me entiendes? La jueza está muy molesta conmigo ahora y no puedo salir con una estupidez, como «mi siguiente testigo no quiso venir». Debí mandarle un citatorio, como a Catalina Figueroa.

—Puedo salir y llamar a su casa.

—Hazlo. Ahora. Tenemos cinco minutos.

*

Claudia salió de la sala y encontró que el largo corredor del edificio municipal estaba casi vacío. Solo vio, más allá de la hilera de cabinas telefónicas, a Rojo, el exalguacil, que hablaba con una mujer bajita y regordeta, que llevaba la carreola del bebé. Eran la madre y el hijo de Cathy.

Después de mostrarse formal y bien parecido por la mañana temprano, ahora Rojo empezaba a mostrar los efectos del calor y la tensión del día. Se había quitado el saco de su traje oscuro y aflojado el nudo de la corbata; hasta el bigote, que llevaba siempre perfecto, parecía de algún modo desprolijo. Cuando Claudia pasó, lo saludó con la cabeza, sin hablar. Entre ellos, todo lo que habían tenido que decirse se habló en la cocina de Briar Rose en enero, después de Diego, cuando se dio por cerrada la búsqueda de James, ya fuera vivo o muerto.

Rojo se había quitado el sombrero de alguacil, lo puso sobre la mesa y aceptó una taza de café ofrecida por Isabel, quien después de servirle, y que Claudia dijera que no quería nada, gracias, fue junto a la puerta del cuarto de lavado, anexo a la cocina, sin hacer ruido.

Claudia se sentó frente a él. Hacía poco de la cesárea y aún sentía dolor. Lo vio acariciarse el bigote, que esa mañana llevaba impecable, y luego de clavar su mirada por un momento en el mantel, anunció que daba por terminada la búsqueda de James.

—¿Por qué?

—Hice lo que pude, Mrs. Blaisdel. Recorrí los campos, dragué el estero, busqué de un lado a otro en el lecho del río. Pero hay cien campos más, y una docena de arroyos, y el lecho del río tiene kilómetros y kilómetros.

—¿No va a intentarlo otra vez?

—No servirá de nada. Creo que se lo llevaron a México.

—A México. ¿De verdad?

—Es muy posible. Narcos. Un secuestro.

—No han pedido rescate.

—A veces no lo piden. Puede ser algo más. No lo sé, Mrs. Blaisdel.

Claudia estudió al hombre ante ella. Rojo debía de tener unos treinta y cinco años. Nariz aguileña; ojos penetrantes. La placa de identificación en su solapa decía «L. A. Rojo». Ignoraba cuál era su nombre completo.

—¿Llamaron al FBI?

Rojo movió la cabeza, se llevó una mano a la nuca.

—Señora. Eso solo pasa cuando hay evidencia de que se cometió un delito federal; si se hubiera cruzado la frontera con otro estado…, pero no es así. No es como en las películas.

—Ya. Ya veo.

—O quizá lo arrojaron al mar y una marea alta lo devolverá.

*

Cien mareas subieron y bajaron antes de que Claudia dejara de esperar, pero su suegra esperaba todavía. Sabía que Nina a veces iba a Isla del Padre, Boca Chica, Port Isabel o Laguna Heights, que seguía paseándose por cualquier playa todas las semanas, atenta a cada mancha que se veía en el agua y que resultaba ser una boya, una gaviota o algún trozo de madera flotante. Un policía les dijo que en agua salada pueden pasar una o dos semanas hasta que se formen en los tejidos los gases que sacan un cuerpo a la superficie.

La primera semana pasó, luego la segunda y pasaron más. Al mes, Claudia dejó de acompañar a su suegra —una vez llegaron hasta Corpus Christi— y fue entonces cuando empezaron a hablar de la posibilidad de contratar un detective privado.

Cada marea llevaba a la costa del Golfo mil cosas flotantes y las extendía sobre la arena: madera, vidrio, medusas, peces muertos, aves con las plumas percudidas de petróleo, botellas de plástico, zapatos, prendas de vestir… Cada fragmento de tela y zapato había sido recogido y llevado al laboratorio del condado, para ser examinado por la forense Warner. Nada de lo hallado era de James. Nina finalmente contrató una agencia de detectives de Houston, cuyo equipo en seis meses —a costo muy elevado— recorrió otros puntos de Texas, hasta Cincinnati, Washington, Oklahoma y Oregon, pero tampoco encontraron rastro de él.

Rojo no volvió más; poco después dejó la Policía. Claudia se enteró porque un día a fines de abril la llamó por teléfono para

informarle que ya no trabajaba en la oficina del comisario y ahora estaba en una aseguradora de autos. Preguntó si requería de sus servicios, y ella, cortésmente, se negó. «Creo que se lo llevaron a México», había dicho. Ella estaba convencida de que no. Depositó un par de monedas y vio cómo se llevaba a la mujer y al niño hacia la salida —¿Por qué? Seguro los conoce. ¿Dónde está Cathy?—, entonces pensó que por un momento, tanto aquel día en su cocina, donde dejó la taza de café intacta, como ahora, Rojo le parecía un hombre derrotado.

*

Un timbrazo.

Podía imaginar cómo las extensiones —en la cocina, en el hall, una más en el dormitorio principal— sonaban en la casa que Nina había comprado por trescientos mil dólares, de un día para otro —«¡Una verdadera ganga, chicos!», les dijo la tarde que volvió de Brownsville, muy sonriente, para anunciar que se mudaba ese fin de semana a una casa nueva que en ese mismo momento le estaban pintando, dejándolos boquiabiertos. «¿Qué pasa? ¿No creerían que me iba a quedar aquí a estorbarles, no? ¡Así estaré más cerca de la Junior League!»—, en una tranquila calle arbolada en la zona de Río Viejo.

Dos timbrazos.

Las cortinas de su salón debían de estar corridas, para evitar la luz directa. En realidad, Claudia nunca había puesto un pie ahí. Solo sabía detalles, como la ubicación de los teléfonos, porque ella misma se lo había dicho. «Tengo uno en la cocina, que es el que contesta siempre Trini, cuando está en la casa. Hay otro en el hall, para cuando alguien que viene de visita necesita llamar, y uno en mi buró.»

Tres timbrazos.

Trini debió de salir. Era lunes. Quizá al supermercado o la tintorería. Era —le había dicho James, ella nunca la había visto— una mujer muy dinámica, diligente. Había trabajado con Patsy MacCloud por décadas, y tenía su propio coche, un Chevy que guardaba en el garaje junto a la camioneta de Nina; desde que la contrató, las cosas en esa casa eran muy distintas a como habían sido en Briar Rose, según le contó James, un domingo por la noche, cuando ya estaban acostados, después de ver Mad Men. Por ejemplo, su madre y Trini solían sostener conversaciones y

discusiones sobre cualquier tema, en la cocina, algo que no dejaba de asombrarlo, dado que antes nadie en su juicio se hubiera atrevido a cuestionar o rebatir a Nina Blaisdel.

—Creo que a mamá le conviene tener una doméstica que es independiente y no le tiene miedo, como Trini. Me da risa cuando pienso en la pobre Isabel, que vivía aterrada con ella aquí.

—¿Y antes de ella?

—Ah, estaba Mercy. Mercedes. La mujer de Juan Martín.

—¿Ella también vivía aterrada de tu madre?

—No. De hecho, mamá la respetaba, aunque creo que nunca las vi hablar mucho.

—¿Trabajaba en la casa cuando eras niño?

James asintió, haciendo zapping con el control remoto. Su perfil pétreo, de pronto.

—No la habías mencionado antes. ¿Cómo era contigo?

—¿Mercy? Buena. La verdad es que fue muy buena conmigo por muchos años.

—¿Y luego?

—Está muerta. Ya no pienso en ella, lo siento, mi amor.

Cuatro, cinco, seis.

Una medicina. ¿Estaba enferma? Hacía mucho que cuando Claudia preguntaba «¿cómo está, Nina?» la respuesta era siempre un «bien» esquivo, seco, cubierto de inmediato por preguntas para ella. Así era siempre. O hablaba de James, o cualquier otra cosa que se le ocurriera, excepto de sí misma. Era astuta.

Siete, ocho.

En su casa Nina podía llegar al teléfono en menos de diez timbrazos; en menos de cinco si se daba prisa. Y durante el último año, cuando cualquier llamada podía referirse a James, siempre se daba prisa y contestaba casi sin aliento. «¿Sí? ¿Diga? ¿James? ¿Hijo?»

Al décimo timbrazo, Claudia colgó y regresó a la sala, justo cuando estaban por cerrar la puerta y anunciar al siguiente testigo. MacCloud la miró desde la mesa y ella hizo un gesto. No contesta. El abogado asintió, tomó la lista en su mano, buscando otro nombre con fingido aplomo, para que no se notara su apuro, mientras Claudia fue y, ante el asombro general, se sentó al lado de John Baxter.

10

—Por favor, Miss Isabel Zapata.

Isabel oyó su nombre, aunque no respondió hasta que Felipe le dio un codazo.

—Te hablan.

—Ya oí.

—Pues vas.

Temblorosa como estaba, le costó salir al pasillo. Sentía las piernas dormidas, aunque toda vez poner un pie delante del otro, caminó tan rápido hacia el frente que parecía correr, y los zapatos de tacón grueso tampoco era que ayudaran demasiado. La verdad, a Isabel nunca le había gustado hablar en público, ni cuando estaba en la escuela —prefería la intimidad de una plática en la cocina del rancho, o en algún otro lugar lejos de los mirones del mundo—, pero se había prometido a sí misma no hacer quedar mal a la señora Claudia, y le iba a cumplir, porque era una mujer de palabra, qué caray. Así, se acomodó en el estrado, cuidándose de no rasgar las medias, y alzó su mano derecha para decir que sí juraba que su testimonio ante el tribunal sería la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios.

*

—Su nombre completo, por favor —pidió MacCloud.

—María Isabel Patricia Evelyn Zapata.

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—Soy de Zapata, Texas.

—¿En verdad?

—Sí. Es cerca de Laredo. Cincuenta millas.

—Muy bien. ¿Su fecha de nacimiento?

—Nací un 23 de octubre. Era miércoles.

MacCloud miró a la jueza Jackson. Ella hizo un gesto. Nada de tonterías, abogado.

—¿Y el año?

—Eh… prefiero no decir.

—Tiene que decirlo. La corte lo ordena, señorita.

Isabel suspiró, acorralada.

—Ouf… este… 1985.

—Entonces tiene treinta y un años.

—Sí, señor MacCloud.

—¿Soltera o casada?

—Ya sabe que soy soltera, señor. —La risa de algunos espectadores, que acompañó a la respuesta y se expandió por la sala, suscitó una neuva ráfaga de balas invisibles en los ojos de la jueza.

—¿Dónde vive usted actualmente, señorita Zapata?

—En el mismo lugar que todos los demás…, ya sabe, da Rose.

—¿Qué es lo que hace allí?

—Uh, muchas cosas.

—Me refiero a qué es lo que le pagan por hacer, señorita Zapata.

—Ah. Hauskipin.

—¿Desea especificar?

—Me ocupo de la cocina, de limpiar la casa, aunque tengo una muchacha que me ayuda dos veces por semana, pero yo cocino y lavo, también plancho y lo hago muy bien…

—Suficiente. ¿Cuánto hace que trabaja para los Blaisdel?

—Uh… como catorce años.

—¿Quién la contrató?

—La señora Nina. En ese momento no había nadie más que ella en la casa. El señor Frank se había muerto, y el señor James estaba en la Universidad de Texas en Dallas. Juan Martín, que es primo mío, me llamó a Laredo y me dijo que si ya no iba a volver al high school, mejor viniera a trabajar acá, porque Mercy, Mercy era su mujer, ella también ya se murió, ella había tenido un bebé y no podía con una casa tan grande. Entonces yo vine aquí y es…

McCloud alzó una mano, para indicar que se detuviera. Isabel buscó con la mirada a Claudia, para saber si lo estaba haciendo bien. No estaba en su sitio, sino junto al señor John. Ándale. Lo mismo Juan Martín podía tener razón después de todo.

—Miss Zapata, por favor, quiero que intente recordar, con el mayor detalle posible, los sucesos en Briar Rose del 23 de octubre del año pasado.

Los ojos de la joven se iluminaron en su rostro, como si la petición le hubiera dado una nueva responsabilidad. En la escuela no la trataban así.

—Me acuerdo muy bien, señor MacCloud. Ese día es mi cumpleaños, y pues una no cumple años todos los días, ¿se imagina?

¡Sería muy, muy vieja!… ¿En qué estaba? Ah, sí. Por lo general, cuando es mi cumpleaños, los señores Blaisdel me lo dan libre para celebrarlo y a veces me voy a McAllen con mis hermanos que viven allá. Pero ese día, aunque me lo ofrecieron, no salí; me quedé en el rancho a ayudar a la señora Claudia, que no podía hacer mucho por lo del bebé que estaba esperando…, ya sabe lo que pasó, pobrecita. Pero dije, «bueno, mañana sábado salgo un rato, aunque sea, con Cathy». Ella es mi prima que…

—La conocemos.

—Cathy se iba a casar, y pensé, boo, el sábado la veo; pero mientras, preparé la cena con la señora y ya luego, cuando vino el señor, la serví.

—¿Qué hora era entonces?

—Como siete y media, un poco más tarde que de costumbre porque el señor James había venido a la ciudad.

—¿Vio al señor Blaisdel después de cenar?

—Sí, señor. Entró a la cocina mientras lavaba los platos. Me cantó el Happy Birthday, y me dijo que se había olvidado de comprar mi regalo de cumpleaños, como le había dicho la señora. Entonces me preguntó si aceptaría cash en vez de un regalo, y le dije «Oh boy, you bet!».

—¿Qué le dio como regalo de cumpleaños, Miss Zapata?

—Ah, un billete de cien dólares. Nuevecito del banco.

—¿Lo sacó de la cartera en su presencia?

—Sí, señor. La sacó de su bolsillo y me llamó mucho la atención algo.

—¿Qué fue?

—La cartera del señor estaba llena de dinero. Eso hasta me preocupó. Es que los muchachos no ganan mucho, y una nunca sabe…

—¿Los muchachos?

—Ya sabe, los que van y vienen, para recoger la cosecha.

—¿Se refiere a los trabajadores temporales?

Isabel asintió, y miró a la jueza, que había formulado la última pregunta.

—Sí, señora. Los pickers. Para ellos sería una tentación si supieran cuánto dinero llevaba encima el señor James.

—¿Era una cantidad muy grande?

—Pues mire, no sé. Yo no digo que alguno de ellos lo haya hecho, que lo hayan matado por dinero. Lo único que digo es que es una tentación muy grande. Había muchos billetes de cien dólares. Y de

quinientos, también. A lot.

—¿Qué más pasó después?

—El señor me dijo que a los treinta yo ya era una big girl now, y pues me reí, porque él es hasta más chico que yo. Luego salió porque tenía que ver a alguien y dijo «goodnight», y se fue.

—Miss Zapata, además de ser ama de llaves del rancho, usted también tiene otra ocupación extra, cuando es temporada de siembra y recolección, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué es?

—Cocino las tres comidas para el estáf.

—¿El 23 de octubre también?

—Sí, señor. Pero esa noche no, porque era día de pago y todos se fueron a River Heights. Pero sí habían comido ahí y tenía que lavar trastes, ollas, y cazuelas y tirar la basura, y dejar las cosas listas para el desayuno. Entonces me fui al comedor. Ahí hay una tele y la veo mientras trabajo. Se me hace menos pesado, mientras lavo. Pongo la telenovela de la noche y me acompaña. Primero alcé la cocina de la casa, y luego me fui para allá.

—¿Qué más pasó?

—Como a las nueve, estaba terminando, cuando oí voces en el comedor, hablaban en inglés y español, fuerte y rápido. A veces pasa que los pickers se pelean entre ellos y yo prefiero hacer como que ni los veo ni los oigo, cuando pasa, pero mejor apagué la tele y la luz, para que no me vieran.

—¿Tuvo miedo?

Isabel vaciló. Su mirada se encontró con la de Juan Martín. Luego, con la de Claudia.

Fac.

—Dios. Sí.

*

Se movió silenciosamente en la oscuridad para comprobar qué pasaba afuera. Las voces seguían oyéndose y subían de tono. Se pegó a la pared, para que nadie viera que estaba dentro. No alcanzaba a reconocer ninguna de los voces. Hablaban demasiado rápido; a veces en inglés. Eran al menos dos y se estaban peleando. En otras ocasiones, un buen pleito la entusiasmaba —veía las peleas del Canelo en la televisión, con Juan Martín y sus hijos—, pero esta vez se sintió muy espantada, sobre todo cuando

empezaron a gritarse.

—¿Qué se decían?

—No quise oír. Solo quería irme en cuanto apagué la luz.

—Miss Zapata, ¿James Blaisdel hablaba español?

—Conmigo no, señor.

—Bueno, ¿alguna vez lo oyó hablar en español con los hombres?

—Dos o tres veces. Era Juan Martín el que se entendía con ellos.

—Pero ¿lo hablaba?

—Yo creo. La señora Claudia habla español muy bien porque ella sí es mexicana. Yo hablo español, pero menos, aunque seguro que lo hablo mejor que el señor James.

—¿No habría sido posible que reconociera la voz del señor Blaisdel aunque estuviera hablando otro idioma?

—¿Qué otro idioma?

—El español, Miss Zapata.

—No sé. No quiero complicar más las cosas.

—Me temo que las cosas de por sí ya están complicadas.

Isabel se mordió los labios. Buscó en el puño de su vestido el clínex que había usado hacía rato.

—Había más gente. Hombres. Al menos uno. El señor James no hablaba solo.

—Entonces, ¿reconoció la voz de James Blaisdel?

Claudia inclinó la cabeza y ella vio cómo le decía, solo moviendo la boca, «No temas».

—Sí, señor.

—Miss Zapata, tenemos razones para creer que esa noche, en el comedor, afuera de la cocina donde usted estaba, tuvo lugar una pelea que terminó con un asesinato. ¿Entiende?

—Ya le dije. Estaba lavando platos y viendo la tele, luego oí esas voces y apagué todo. Tuve miedo. Me salí por atrás de la cocina y regresé a la casa grande. Entré a mi cuarto y me dormí con la tele puesta, hasta que la señora Claudia me despertó. Pregunté qué pasaba y me dijo que no encontraban al señor James. Luego vino Juan Martín y llamó al 911 porque había mucha sangre en el establo que es el comedor.

—¿Qué hizo usted?

—Mientras Juan Martín hablaba por teléfono, hice café y me ocupé de ayudar a la señora. Luego, Juan Martín dijo que venía la Policía de River Heights y la señora Nina. Fui a la cocina y miré por la ventana arriba del fregadero.

—¿Y notó algo?

—Era raro. Vi luces por todo el rancho, en casa de Juan Martín, afuera del establo y del comedor, hasta de la barraca. Entonces vi que la camioneta de los hombres no estaba.

—¿A qué hora fue eso?

—No sé. No se me ocurrió mirar el reloj de la cocina. Yo estaba asustada también, pero no podía dejar sola a la señora Claudia, menos en ese momento. Necesitaba algo de aire fresco, así que salí un momento al porche de atrás, y vi a Juan Martín. Me dijo que volviera para dentro y me quedara allí porque la Policía iba a revisar todo, y cuando preguntaran si había visto algo en el comedor, era mejor que pudiera decirles que no vi nada.

Isabel miró a la jueza, como para pedirle permiso. Shirley Jackson parecía no poder quitarle los ojos de encima. Oufac. Ya empecé, ya no me paro. Miró a Juan Martín y a Felipe. A lo mejor se enojaban con ella. Si se enojan, shit, pues ni modo.

*

En la sala se hizo un silencio total. Isabel estaba impresionada; tanta gente, oyéndola a ella. Nunca lo hubiera creído. Cuando le tocaba hablar en clase, todo el mundo le hacía burla. Esa fue una de las razones por las que no volvió a la escuela para senior year. La jueza preguntó si sentía que podía seguir y ella asintió. Solo pidió un poco de agua, que MacCloud le sirvió en uno de los vasos que había sobre la mesa.

—¿Qué sucedió al llegar la Policía, señorita? —preguntó MacCloud, cuando Isabel terminó su vaso con agua.

—Mucho ajetreo, patrullas, portazos, gente que hablaba y gritaba. El alguacil Rojo vino a hacerme preguntas como las que me hizo usted: si vi algo, si oí algo, y sobre todo, preguntó por mis cuchillos.

—¿Cuchillos?

—De cocina: los uso para picar, pelar, trinchar…, siempre los tengo limpios y afilados. Le mostré que estaban todos en su gaveta.

—¿Alguna vez oyó hablar de una navaja de resorte?

—¿Cómo dijo? ¿Un deporte?

—No, Miss Zapata. Un cuchillo que salta con un resorte. También les dicen navajas. Blades.

—No. Aunque por aquí todos traen cuchillos. Una nunca sabe, señor.

MacCloud le dio las gracias y dijo que podía volver a su asiento,

al tiempo que llamaba a Felipe. Al sentarse, notó que Juan Martín la ignoraba. En otro momento eso la habría hecho enojar, pero ya no. Isabel terminó de secarse las lágrimas y se detuvo a pensar un instante.

Quizá debió decirle a la jueza o a MacCloud acerca de sus sueños; incluso lo que había soñado la noche del aniversario, hacía unos días: que James Blaisdel se levantaba de entre los muertos y volvía a pie, un día soleadito, a la casa de Briar Rose.

Pero nadie nunca creía que sus sueños se cumplían.

11

La jueza Jackson le parecía a Pipe una especie de anfibio humanoide con sus penetrantes ojos exagerados por las gafas, y su presencia le metía miedo. She's a handful, pensó. Como algunas de las profesoras veteranas en Porter High. Pero en realidad, ahora que estaba en el estrado, todo le metía miedo; por eso aunque había jurado decir la verdad en su declaración, al responder a la primera pregunta de MacCloud, lo que dijo fue una mentira que, además, se le salió sin vacilar.

Al preguntarle el abogado su nombre, dijo «Felipe Jiménez». Esto era porque en su escuela, los populares tenían un solo nombre como Jake, Alex, Patricio, Dylan o Derek, o a veces les llamaban por sus apellidos; Ruiz, Delgado, Keeton, Hardy. Esos eran los reyes de la preparatoria. Felipe no podía permitir que por cualquier razón descubrieran que se llamaba Luis Felipe Antonio Juan Martín Arcos Jiménez. Se oiría tan ridículo como le pareció cuando Isabel recitó su retahila de nombres. ¿En qué estarían pensando sus padres?

Por un momento se preguntó si se habrían dado cuenta de su mentira; y de haberlo hecho, ¿qué le harían? ¿Lo mandarían a una celda, por perjurio? ¿Mentiría otra vez?

—¿Qué edad tienes, Felipe?

—Cumplí catorce años el 15 de abril.

—¿Vives con tu familia en el rancho Briar Rose?

—Sí, señor.

—Háblanos de tu familia, Felipe.

—Eh… ¿qué quiere que le diga? —Pipe echó una mirada hacia donde estaban su padre e Isabel como si buscara su aprobación—. Es decir, somos una familia igual que todas, señor.

—¿Cuántos hermanos tienes? ¿Viven todos juntos?

—Tengo dos hermanos mayores que yo. Pedro vive y trabaja en el rancho y Daniel se fue a Portland el año pasado. En Navidad me mandó cien dólares y, luego, otros cien para mi cumpleaños. Dijo que podía gastarlos en lo que yo quisiera.

—Por lo que sé, cuando tus hermanos eran menores y vivían en

tu casa, todos tenían tareas en el rancho, ¿no es cierto? ¿Tú también?

—Sí, señor. Lo dijo mi papá. Ayudo después de la escuela y durante los fines de semana. Y me pagan.

—¿De verdad? ¡Qué bien! ¿Cuánto?

Felipe se encogió de hombros, pero el ceño fruncido de la jueza lo hizo elaborar más. ¿Qué iba a decir realmente si no conocía cuánto ganaba?

—Mi papá pone el dinero en el banco y dice que es para que vaya a la universidad, porque es lo que mi mamá quería. Me paga generalmente por hacer cosas que él necesita. Este año estuve ayudando en la cosecha. Otras veces ayudo en reparaciones de la casa.

—Bueno. Cuéntanos de lo que encontraste en el campo.

Felipe asintió.

—Encontré una navaja de resorte manchada de sangre.

—¿Dónde la encontraste?

—Cuando estaba caminando con Pinta (es mi perra), lo vi, cerca de la carretera que sale del rancho a Camino Real. Parecía como si alguien lo hubiera lanzado de un coche y se clavó en la tierra.

—Okay. Te voy a enseñar algo. Quiero que me digas si es lo que encontraste. —MacCloud sostuvo en alto una bolsa de plástico sellada, como las que usaba Isabel para darle su sándwich para la escuela: en ella estaba el cuchillo, ahora con un rótulo de identificación del departamento de Policía del condado de Cameron —. ¿Es este, Felipe? Míralo bien.

—No sé.

—Toma la bolsa y dime.

Felipe vaciló un momento. En mala hora se había encontrado ese cuchillo. Si no hubiera ido al campo esa mañana, no tendría ahora que estar ahí. Mejor que lo encontraran los hombres de Rojo. Así nadie le estaría haciendo preguntas, esperando una respuesta que podría comprometer a alguien. Sintió que era echarse demasiada responsabilidad encima, no podía mentir otra vez, no lo fueran a pescar. Tenía que hablar con cuidado.

—¿Es lo que encontraste?

—Creo que sí, señor.

*

MacCloud le habló directamente a la jueza.

—Señoría, quiero hacer constar que en el laboratorio de la Policía, la forense Warner realizó pruebas a las manchas de sangre en la hoja de este cuchillo para analizarlas; estas resultaron compatibles, al igual que las muestras de sangre del suelo del comedor, con el tipo de sangre AB negativo.

—Continúe, abogado.

—Gracias, señoría. Felipe, ¿el cuchillo, cuando lo encontraste, estaba abierto y con la hoja expuesta como ahora?

—Sí, señor.

—¿Antes de ese momento, alguna vez habías visto un cuchillo como este?

—Hay un par de muchachos que han detenido en la escuela por llevar navajas parecidas. El director dijo que es una falta grave. Pero sí, llegaron a enseñarlos en el baño y el estacionamiento.

—¿Qué ocurrió con esos cuchillos, Felipe?

—Los confiscó la dirección y a ellos les dieron castigo el resto del semestre.

MacCloud presentó el cuchillo como evidencia, y lo entregó al alguacil de guardia. En la sala se oyeron algunos murmullos, y algunos cuellos se estiraron, tratando de ver el arma cuando la retiraron, como si se tratara del mismo cuerpo de la víctima que podían estar imaginando en ese momento.

—Felipe, ¿alguna vez tu trabajo te llevó a estar en contacto con las distintas cuadrillas de trabajadores eventuales que vienen a las otras cosechas o siembras?

—No, señor. Como dijo mi papá, yo trabajo después de la escuela y los fines de semana. Él siempre me ordena mantenerme apartado del comedor y la barraca de los trabajadores. No le gusta que trate con ellos.

—¿Así que no conocías personalmente a ninguno de los hombres?

—No.

—Ahora, respecto de la cuadrilla que fue contratada a principios de octubre de 2015, ¿llegaste a conocer, aunque fuera de vista, a alguno de los hombres?

—No, señor. Solo vi la camioneta en la que vinieron. Era una Ford y ese es el tipo de camioneta que usó mi hermano Daniel para enseñarme a manejar. Standard. En mi escuela, para la clase de educación del conductor aprenden en automáticos. —Esto último, Felipe no pudo evitar decirlo con un poco de arrogancia. Sentía que, aunque nunca había sacado un vehículo del rancho, manejaba

mejor que cualquier muchacho de su edad, y ni siquiera tenía edad para sacar permiso.

—No tengo más preguntas, Felipe. Gracias.

El muchacho volvió a su sitio. Temía que el abogado cambiara de parecer, lo hiciera regresar y le hiciera más preguntas, pero la atención de MacCloud ya no estaba con él sino en el asiento de la banca que toda esa mañana había ocupado Nina Blaisdel y ahora estaba vacío.

12

—¿Ocurre algo, abogado?

—Mi siguiente testigo no se ha presentado, señoría.

—¿Quién es?

—Nina Hawkins Blaisdel. La madre.

Shirley Jackson suspiró —Señor, dame paciencia para…—. Esa mujer siempre le había parecido, aun con su elegante figura y exquisitos modales, muy antipática; la clase de mujer con la que Geraldine la comparaba desde sus años escolares, señalándoselas como ejemplos a seguir, lo que toda la vida le había causado aversión por ese tipo de gente.

—Ya veo. ¿Dónde está?

—Lo ignoro, señoría.

—Eso pensé. Le sugiero que lo averigüe de inmediato, señor MacCloud.

—Lo intentaré, señoría, aunque preciso un breve receso.

—¿Diez minutos?

—Media hora sería mejor, con su venia.

Matthew sintió un cólico al ver cómo se encendían los ojos de la jueza, como los de un colosal monstruo que pudiera arrancarle la cabeza de un mordisco. Su voz, entre dientes, pero perfectamente clara y tersa, le dio escalofríos.

—Señor MacCloud, escúcheme bien, porque esto que voy a decirle ahora mismo no lo voy a repetir. En algún lugar del condado de Cameron, hay en este momento por lo menos un contribuyente furioso al calcular cuánto le cuesta cada minuto desperdiciado en este asunto. Se da cuenta, ¿verdad? Y también que, como oficial de la corte, personalmente lo responsabilizo a usted de ello.

—Sí, su señoría.

La jueza dio un par de golpes de su mazo.

—El tribunal hace un receso de quince minutos.

*

Mientras la sala empezaba a vaciarse. MacCloud fue a donde estaba Claudia. Le habría gustado sentarse a su lado en vez de

inclinarse ante ella, aunque ese lugar ya lo ocupaba John Baxter, que lo veía con expresión circunspecta; el abogado sentía las piernas cansadas por las horas de pie y le dolían particularmente las rodillas, mismas que en su pubertad se había roto al mismo tiempo al caerse estúpidamente de un árbol, pasando todo el verano en tracción.

—¿Dónde demonios está tu suegra?

—No lo sé. Llamé a su casa como me lo pediste y nadie contestó.

—Entonces hay que ir a buscarla. Ahora vive en Río Viejo, ¿no?

—Tal vez deberías ir por ella tú.

—Ahora mismo soy su enemigo, y tú eres su nuera adorable.

—¿De veras eso crees?

—Sé que no, y que tal vez ahora mismo la señora odia a todo el mundo, incluso a su hijo bienamado por ponerla en boca de todos, pero hasta que terminemos no tienes opción.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que haga?

—Ve a su casa, averigua si se encuentra bien y tráela a declarar.

—¿Qué ganas con obligarla?

—No la obligo; todavía hace rato parecía perfectamente dispuesta a ser testigo.

—Te engañó. Nina no quiere admitir la muerte de James.

—Pues ya tuvo más de un año para acostumbrarse. Lo suyo es un berrinche de niña.

Claudia volvió a oír la voz de su suegra: qué cruel eres al destruir así las esperanzas de una madre.

—Qué cínico eres, Matthew.

—Lo lamento. Supongo que tendrás que ir en Uber, te lo pido…

Por primera vez, John intervino.

—Yo la llevo, Matthew.

*

El receso le vino bien a Luis Rojo, que aprovechó para salir a la plaza a fumar y estirar las piernas.

Había dejado el cigarro por varios años (ya no llevaba la cuenta, pero debieron de ser unos diez), pero desde que estuvo involucrado en el caso Blaisdel —que sería su último como alguacil, aunque en ese momento no podía saberse— lo fue retomando: primero de poco a poco, hasta pasar de uno o dos Marlboros por la noche a media cajetilla diaria. Al menos no había vuelto a su récord anterior, cuando estaba en la armada, que era la cajetilla completa.

Vio que otros habían hecho lo mismo que él o que salieron para llamar por teléfono. Hacía calor aún para ser Halloween. Ya no había estaciones. Esto estaba cada vez peor, y los republicanos (y los ignorantes, que para él eran prácticamente lo mismo) seguían creyendo esa estupidez de que era un chinese hoax. Mucha risa les iba a dar cuando terminaran ardiendo con el resto del mundo.

Al menos eso creía, porque él sí se reiría del mundo cuando se acabara. A eso había llegado, y lo pensaba, al sentir la palmada en su espalda: no amistosa, sino violenta; un ladrillo que atraviesa la ventana panorámica de una casa, una bofetada en la parte incorrecta del cuerpo.

—¿Qué carajos?

—Contigo quería hablar, you motherfucker.

La palabrota en boca de Catalina casi lo hizo soltar una carcajada. Pese a todos los arreglos que la chica se había hecho (que él había pagado, además), la sofisticación se le iba nada más con abrir la boca y volvía a ser la misma chica de ayer.

—¡Tú sabías que Daniel se fue a Portland!

Otra vez. Daniel Jiménez entre ellos. Unspoken. Undenied.

—Te juro que no estaba enterado de nada, hasta ahora, como tú.

—No te creo. Todo River Heights sabía, menos yo. Soy una pendeja.

La jocosidad abandonó a Rojo al notar que la rabia de la chica no era broma. Le temblaba el mentón, le brillaban los ojos maquilladísimos.

—Voy a ir al rancho a exigir que me digan dónde anda.

—¿Ahora? ¿Para qué? No te van a decir dónde está. Lo mismo no lo saben.

—Qué cabrón. Tú sabías y no quisiste decirme. Todos son unos mentirosos, mierdas.

—Cathy, hazme caso. Por tu propio bien, no vayas al rancho.

—Tú a mí no me mandas. No le tengo miedo a Juan Martín, ni a los Blaisdel. Ya verás cómo le hablo a mis hermanos para que vengan en chinga y le den una golpiza a cualquier idiota que se quiera pasar de listo conmigo.

—Catalina. Esto no es un juego. No te metas. Te lo advierto.

—Ja. Como si todavía fueras policía, pedazo de mierda.

—Me lleva. Lo único que he tenido desde que se me ocurrió ponerte los ojos encima son problemas. Tú solo causas problemas.

—¿Los ojos? Eso no fue todo lo que me pusiste encima, chicano.

El olor. Ahora le volvía, debajo de una capa de perfume barato y

aroma a goma de mascar; no un recuerdo, sino algo tangible; granos de pimienta, madera al rojo blanco. Esa sensación que lo había esclavizado antes pero ahora le resultaba onerosa.

—Tenemos que hablar del niño. Tu madre me lo trajo hace rato.

—¿Qué quieres con él? Ya sabes que no es tuyo.

—Estás casada conmigo. Mi nombre aparece en el regristro. Cliff es hijo mío.

Catalina escupió el chicle al suelo. A ver si me arrestas por ensuciar la ciudad, you prick. Luego, la mirada desafiante, el bluff de quien lleva las de perder pero no se doblega hasta que el crupier arroje la última carta.

—Qué pues.

—Quiero pasar más tiempo con él. Tú no quieres cuidarlo. Me lo dijo tu madre. Te estorba.

—¿Y eso a ti qué mierdas te importa, you fuck?

—Cathy…

—Ahora sí muy buen padre, ¿no? Daddy of the year.

—Siempre he estado pendiente y nunca te he negado dinero para él.

—Dinero. Ú-úh, don Vergas.

Se apretó las manos para no soltarle una lluvia de manotazos en esa cara que lo volvía loco, cubierta de sudor. El esfuerzo se le notó, porque Catalina moderó el tono y volvió a ponerse las gafas oscuras.

—Habla con mi madre, si tanto te importa. No te lo voy a quitar. No soy estúpida. Eres un mierda, pero serás un buen padre con él.

—Lo hablo contigo. Iré a verte.

—Whatever.

Rojo asintió, pero ella no lo vio hacerlo, alejándose de la corte, su cabeza obviamente en otra parte, aunque moviera las caderas con su estilo, y fuera derecho hacia el cruce de la esquina, a cada paso haciéndosele más y más extraña, como algo que había sido muy importante, casi vital, y ahora estaba a punto de olvidarlo.

La vio alejarse un poco más, arrojó la colilla al bote de basura, y al pasar por las columnas vio a Claudia Blaisdel. No la había visto en meses hasta ese día y por un momento le resultó parecida a una visión como las descritas en la iglesia, cuando era un niño. Como un ángel. Al acercarse abrió ligeramente la boca, como si pensara cómo enunciar una frase que no encontraba cómo decir. Cuando lo hizo fue con una voz completamente distinta de la usada para dirigirse a Cathy, suave y triste, casi contrita.

—Lo siento mucho, Mrs. Blaisdel.

Claudia se sobresaltó, casi dejando caer su bolso al suelo.

—Señor Rojo. ¿Cómo? ¿Lo siente…?

—Todo, la forma en que ocurrieron las cosas.

—Gracias.

—Quería decirle que esperaba que todo hubiera sido distinto y que el caso estuviera resuelto. Cuando me llamaron al rancho para buscar a su esposo, estaba seguro de que lo encontraríamos. A cada paso que daba, a cada puerta que abría, cada rincón que revisamos, esperaba encontrarlo…, tal vez golpeado, o puede que hasta herido. Pero vivo. Se recuperaría, y tal vez ahora estaría usted con él y con su bebé. —Los ojos del hombre brillaron por un instante y Claudia se percató, asombrada, de que le parecía sincero—. De verdad, créame, siento mucho que no fuera así.

—No es culpa suya. Estoy segura de que hizo todo lo posible. —En realidad, Claudia no estaba segura, ni lo estaría nunca, pero era demasiado tarde para decir cualquier otra cosa.

—Tal vez podría haber hecho algo más si me hubieran dado más dinero.

—¿Cómo dice?

—No más salario. Hablo de dinero extra.

—¿Dinero extra?

—No me vea así. Usted viene de México, ¿no? Sabe que todo tiene un precio; hasta la verdad. Si hubiera tenido dinero, habría encontrado a alguien que vio la Windstar en la frontera, o la carretera a Reynosa, o Monterrey o Saltillo. O hasta Torreón o Juárez; alguien que se hubiera fijado en los hombres que iban en ella. Quizá alguien haya visto cómo se deshacían del cuerpo.

Claudia sintió primero un escalofrío y, luego, cómo se le inflamaban las mejillas de humillación y rabia. Por un momento había sentido compasión por el hombre que le mostraba los dientes bajo el bigote fino, pero ahora le repugnaba, más fuerte que antes.

—¿Por qué no me dijo esto en diciembre cuando vino al rancho?

—Un policía americano no puede pedir dinero extra a un particular. No quedaría bien si saliera en los periódicos. En fin, ya es muy tarde para hacer cualquier cosa. Lo único que me queda ahora es decirle cuánto lo siento de verdad, señora Blaisdel.

*

Claudia lo vio darse vuelta, inclinar la cabeza y entrar a la sala de audiencias.

Se mantuvo de nuevo muy erguida para contrarrestar la náusea y espanto; la sensación de que de algún modo, aunque no la había tocado, Rojo le hubiera metido mano bruscamente en la blusa o bajo la falda, en contra de su voluntad. Alguien que hubiera visto la Windstar en la frontera…, quizá alguien haya visto cómo se deshacían del cuerpo.

Pensó en las muchas veces que había observado a los hombres inclinados sobre los campos, siempre lejanos, siempre anónimos. Recién llegada a Texas, pensó que le habría gustado conocerlos, hablar con ellos, preguntarles por su hogar y familias en México, conocer un poco de su experiencia, que había sido tan distinta a la suya, pero Juan Martín no se lo permitió; decía que interpretarían mal cualquier signo de amistad o interés de su parte. Era evidente que también los trabajadores habían recibido órdenes de ignorarla. Cuando pasaba por alguno de los campos, solían inclinarse más sobre la faena, rostros ocultos.

Quizá alguien haya visto cómo se deshacían del cuerpo. La gente volvía a la sala; Claudia sintió alivio al ver a John, con sus casi dos metros de humanidad, que se encorvaba un poco en los hombros, acercándose a ella y sonriéndole apenas, mientras la puerta se cerraba de golpe a sus espaldas, dejándolos fuera del desfile de testigos, de la exhibición del muerto como reliquias sagradas pero estériles.

13

John abrió la portezuela del Corolla que estacionó cerca del juzgado y ella subió sin hablarle. Ninguno dijo palabra desde que salieron del edificio. Pensó en contarle de su breve encuentro con Rojo, pero un miedo inexplicable se lo impidió.

Él puso el coche en marcha y encendió el aire acondicionado.

—Habrás notado que me he mantenido lejos de ti todo el día como lo pediste y voy a señalar que fuiste tú la que se sentó a mi lado después.

Por primera vez en mucho tiempo, vio que él sonreía.

—Te dije. Fue idea de Nina.

—Ojalá tuviera la gente algo de qué hablar… —La miró de reojo —. ¿Tienen?

Esta vez, Claudia no pudo evitar reírse.

—¡John! ¡No!

—¿No, como en «no es no» y punto, o todavía no?

La única respuesta de Claudia fue un pequeño gesto que podría significar cualquier cosa. Soltó el listón de su pelo y lo dejó suelto, agitándolo con las manos. No entendía aún por qué había sido tan pasiva y dejaba que Nina la vistiera para salir en público como si se tratara de una muñeca de papel. Se sentía más cómoda con jeans y una camisa de James. En el rancho nadie se fijaba en qué traía puesto.

—Me preocupo —dijo John.

—Por favor.

—Yo tampoco quiero, pero es así. ¿Comiste algo?

—Una hamburguesa, con Cathy.

—¡Ah, Cathy! Qué gran espectáculo. Una vez le dije a Laura que esa chica vivía para el melodrama. —Rio un poco y cambió de tono —. Pero una hamburguesa no basta, Claudia.

—No te preocupes por mí, John.

Mirándola de reojo mientras conducía, pensó de repente en tener once años de nuevo, ir con su padre y hermano de caza por el bosque cerca de la granja en Lockport: temporada de ciervo. Salieron cuando aún estaba oscuro y hacía frío. John (entonces

todavía Johnny, comedido, obediente, respetuoso, ya bueno para las matemáticas) llevaba su primer rifle de aire, que fue antes de Beans, su hermano mayor, que volvería de la guerra del Golfo en un féretro cubierto por la bandera de barras y estrellas cinco años más tarde, como el cabo Benjamin Byles Baxter, un corazón púrpura póstumo enviado a su familia en un estuche de terciopelo y una condolencia firmada por George Bush.

Pero esa mañana Beans estaba vivo y alerta, con su propio rifle con mirilla. A través de ella, fue que vio a la cierva a unos trescientos metros de ellos. Distraída. Perfectamente vulnerable. Recuerda cómo Beans tira del gatillo y la ven dejarse caer. Van los dos, rápidos, (ignoran la advertencia que les grita su padre: «¡Cuidado con el ciervo!»), hasta donde está el animal.

No son más de treinta segundos en los que corren, el viento en sus oídos, para acercarse a la presa; Beans se descuida, finalmente, es una hembra y tal vez ya esté muerta. Se acerca demasiado, cuando la cierva tira una coz que alcanza el hombro y lo disloca, mientras ella recupera el equilibrio, mira a John por un segundo y —«Es muy loco, los animales no tienen expresión en los ojos, ¿o sí, papá?» Su padre le dice, sentados en la sala de urgencias, que no es nada loco— alcanza a ver en la mirada algo semejante al enojo. No que planeara esto el animal, ¿cierto? Pero al levantarse tira otra coz hacia su hermano, que se retuerce de dolor, en lo que llega papá, que no la remata, la deja perderse a saltos entre los árboles.

«No hay un ciervo tan vulnerable», le explica su padre ahí sentados, antes de que den el alta a Beans. «Son engañosos; parecen mansos. Frágiles. Pero las hembras, especialmente, son peligrosas. Saben cómo defenderse cuando les gana el pánico.»

Los ojos de Claudia, viéndolos bien, se parecían a los de la cierva.

O casi.

—Okay. No me preocuparé. Prometido.

*

Pasaron frente al cuartel de campaña demócrata. La sonrisa expectante (¿desesperada?) de la candidata, que era ex First Lady, exsenadora y ex Madam Secretary, empapelaba todas las vitrinas que daban a la calle. John tomó la salida hacia la subdivisión de Rancho Viejo y los edificios poco a poco dieron paso a prados verdes y casas adornadas para la fiesta de brujas. Algunos niños con

disfraces habían comenzado a pedir dulces. A diferencia de su niñez, ahora en el ritual iban acompañados inevitablemente por adultos.

—¿Ya pensaste qué vas a hacer?

—¿Cuándo?

—Cuando todo esto termine. Serás una mujer rica. ¿Te quedas o te irás?

Claudia se quedó pensativa un momento.

—¿Rica?

—Según MacCloud, el patrimonio de James es de unos doce millones.

—No sabía. No pienso en ello.

—No es importante. No creo que te casaras con él por su dinero.?

John soltó una carcajada y ella se sumó enseguida. Cuando terminaron, ella sentía que había vencido a un repentino nudo en la garganta. Tuvieron una entrevista en Briar Rose después de la boda para saber si realmente era un matrimonio auténtico y no fingido. Les hicieron un largo cuestionario juntos y por separado, aunque ella tuviera doble nacionalidad. Ese día, James había estado muy orgulloso de mandar al agente de vuelta a su oficina, con todas las respuestas correctas. Lo recordaba como un momento de triunfo —efímero, pero triunfo al fin.

Al tomar Boca Chica Boulevard, Claudia indicó que diera vuelta en la calle Cenizo para salir a Jacaranda. El 145 era tres o cuatro manzanas hacia el norte.

—Sé donde es. Vine una vez antes. Ella me llamó y me pidió que lo hiciera.

—Creí que nunca se hablaban.

—Así era. Mejor dicho, así es. Desde lo de Laura no volvimos a hablarnos. Pero me llamó y no pude negarme a venir.

—¿Cuándo?

*

John dijo que un par de semanas antes, cuando fue oficial la fecha de la audiencia y se supo que lo convocaron a testificar, recibió una llamada tarde por la noche: una invitación a tomar café al día siguiente, que era viernes.

Al llegar, Nina, siendo Nina, asumió su rol de anfitriona suprema. Café, panqué, mermelada y toda la cosa. Después de un poco de small talk completamente anodino, dijo que quería apelar a

su buena voluntad y asegurarse de que en la audiencia de ninguna manera se tocaría la muerte de Laura. John le dijo que viéndola sintió algo que le pareció lástima. Después de todo lo ocurrido, ya no iba a patear a un perro atropellado.

—Le dije que por mi parte, no mencionaría el incidente, pero que no respondía si MacCloud lo sacaba a flote. No puedo estar seguro de qué se proponía: tú la conoces. Nina no siempre dice lo que quiere decir, y hay que oírla como quien lee entre líneas. Si lo que realmente quería era que el nombre de Laura se mantuviera fuera de todo esto, habría llamado directamente a Matthew y no a mí. Yo no soy más que un testigo, él es quien dirige este circo.

—Lo mismo también lo llamó, ¿no crees?

John concedió con un gesto, mientras giraba a la derecha el volante.

—Lo que yo creo es que quería asegurarse de que no fuera a decir algo en contra de su hijo. Tiene la obsesión de presentar a James ante el mundo como alguien perfecto. Aunque sus pies fueran de barro, como los de cualquiera.

Claudia suspiró, mientras veía por el espejo retovisor cómo dejaban atrás las casas estilo ranch house o colonial o entreguerras, que se extendían en prados arbolados al borde de la calle. Esta era una zona adinerada de Brownsville, nadie se imaginaría que se escondiera algo aberrante detrás de esas fachadas. Sería por eso que Nina había elegido mudarse a un lugar así: encajaba en el panorama perfectamente. Mímesis.

—No tiene nada de malo que quiera mostrarlo como perfecto. Para ella lo era…

—Enséñame a alguien perfecto y te contaré una historia de terror, Claudia.

Ella guardó silencio.

—¿A qué se refería con que podrías haber dicho algo?

—A nada que ahora haga alguna diferencia. Algo que terminó mucho antes de que tú misma supieras que James existía. Es más, lo que pasó ni siquiera fue culpa suya. Simplemente resultó que estaba en el lugar incorrecto en el momento equivocado. Y Laura…, ella era un alma buena, pero era muy infeliz conmigo. Y con el mundo en general. Nunca la has visto, ¿verdad?

—No. Nunca.

John encendió su teléfono, y buscó en la galería de fotos guardadas, hasta encontrar una, y le dio el aparato; Claudia la estudió un momento. El rostro de la mujer era nítido; sus facciones,

armoniosas y clásicas. Tenía el cabello largo, rojo acuarela, su piel lucía tan fina como porcelana. Ojos grises y profundos pese a una sonrisa bonita y modesta. Bella y trágica como Lara en Doctor Zhivago. ¿Por eso fue James esa noche al teatro? ¿Le debía todo esto que vivía ahora a una coincidencia?

—Así que era cierto. Eran amantes.

—Más o menos.

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Desde que James desapareció, pensé muchas veces en decirte, pero nunca pude hacerlo. Primero esperabas un bebé, y luego, cuando ya no, me pareció crueldad innecesaria. Pero ahora es necesario que lo sepas, sea cruel o no. No puedo permitir que creas completamente en la versión que da Nina de su hijo. Era un buen hombre, por supuesto, no creo que te casaras con él si no lo hubieras sentido: pero tenía defectos y cometió errores. Mi esposa resultó uno de los más grandes, aunque él no podía saberlo. Tú no conociste a Laura. Era dulce y sensible, y al mismo tiempo volátil. Antes de casarnos, intentó suicidarse; después también. Vinimos de Nueva York, porque yo estaba desesperado y encontré la granja en remate bancario. Gasté mis ahorros en ella y tenía que hacerla funcionar. Me hice a la idea, muy estúpida, de que así iba a mantenerla con vida. Y ella siguió viva, precariamente. Extrañaba el teatro, hacer escenografías, recorrer mercados de pulgas para encontrar elementos de atrezo para tal o cual producción. Yo no podía darle la vida de ciudad que anhelaba, porque eso la afectaba; sufría, se perdía en las calles, pensaba en atentar contra su vida. Se lastimaba. Cuando nos establecimos aquí, se estabilizó poco a poco y, los primeros años, todo parecía ir bien, mientras a Laura no le faltara qué leer, un libro tras otro. Nadie notaba su ansiedad, ni siquiera Cathy, que pasaba mucho tiempo con ella. El trabajo me absorbía, así que James fue el elemento que necesitaba. Me explico: para Laura vivir en Garlands era como existir en una novela de Daphne du Maurier, aunque en vez de una mansión en los páramos ingleses, era una granja de Texas. Después de su muerte encontré y leí su diario. Se veía a sí misma como heroína de una trama siniestra y oscura, y a James como su salvador. En realidad, él solo era un muchacho sin amigos (seguro te diste cuenta de que no tenía amigos, ¿verdad?), ni novia; todo gracias a su madre. Con el paso del tiempo he llegado a entender que Nina es una clase de monstruo. No me veas así, no es insulto: es su naturaleza. Nina tiene corazón caníbal. Primero se comió al marido, y hacía lo mismo

con su hijo. Laura, en cierta forma, era similar, pero sin malicia pasiva-agresiva. Así, James creyó que él era el caballero que rescataría al unicornio de este cuento, que resultó no ser más que un ama de casa frustrada, diez años mayor, con depresión crónica.

*

Claudia se mantuvo en silencio, tratando de imaginárselos juntos; a Laura, que veía en James una luz al otro lado del río, y a James, que veía en ella su posibilidad de ser algo más que el muchacho al que su madre no permitía crecer. ¿Realmente había sido un romance furtivo, con citas en secreto? Y de ser así, ¿dónde? ¿En alguno de los campos? ¿Entre los limoneros? ¿En el comedor de los trabajadores, cuando en el rancho no había cosecha o siembra? ¿En la casa grande, cuando Nina se iba a Charleston o Houston? No importaba dónde se encontraran, o lo que hubieran hecho; alguien debió de haberlos visto y se habría escandalizado o divertido o tal vez empatizado con ellos; tal vez Juan Martín o sus hijos, o Isabel, los trabajadores eventuales, hasta quizá la propia madre, antes de decidir cerrar los ojos a la realidad. Las ocasionales alusiones que hacía eran invariablemente condescendientes: «James era tan bondadoso y muy atento con la pobre Laura…». «Oh, es que en las fiestas de Labor Day era patético ver cómo se comportaba Laura Baxter, pero mi hijo fue siempre paciente y comprensivo con ella…»

—¿Se amaban?

Bondadoso, paciente, comprensivo, atento.

—No sé. Pienso que era más bien platónico. Emocional. Laura no era muy sexual; nunca lo fue.

Ella se describía más bien como una romántica incorregible.

—¿Cuándo empezó esto entre ellos?

—Quizá desde que llegamos a Garlands. Él se había graduado de la universidad hacía poco. Tenía menos de veinticinco años; cuando Nina nos invitó a su casa y lo conocimos, lo vi de lejos y pensé que era un niño, que no tendría ni diecisiete. Pero ya era un hombre, y Laura estaba muy sola. Era solo cuestión de tiempo.

*

Claudia pensó en cómo habría sido James antes de conocerlo, y cómo eso también —igual que el James niño— era un misterio que conocía por fragmentos. Había empezado a tener esta idea desde la desaparición. En los meses de su matrimonio, todo era tan

inmediato y se sentía tan real —real, se repetía, sobre todo por las noches: fue real fue real fue real— que, para ella, James existía únicamente a partir del primer momento que se vieron. La vida de él antes de eso —incluso la suya propia; el departamento en la colonia Del Valle, sus escuelas; la compleja relación con su padre como hija única al quedarse los dos solos en el departamento de Torres Adalid, cuando murió su madre— era algo que se había perdido en el tiempo y solo tenía como realidad el paseo en el parque, ir con Paula y Sofía a comprar un vestido blanco para casarse y luego la boda en miniatura en City Hall, una mañana lluviosa con sus compañeras por testigos; los dieciséis días de su luna de miel conduciendo por la costa. Cómo lo oyó llamar a su madre por teléfono «voy de regreso, mamá. No, manejando. Sí, tendré cuidado. Te llevo una sorpresa. No, no te puedo decir. ¡Ni te imaginas!» como una travesura, riéndose ambos en tanto veían el sol ponerse sobre la bahía de Chesapeake, o concibiendo lo que iba a ser un hijo, en la vieja habitación de un hotel en el cuartel francés en Nueva Orleans.

—Cuando nos casamos, pensé que en cierta forma James era como un niño.

—A los veintitantos ya no. Laura creía heroico intentar apartarlo de su madre.

—¿Cómo puedes decir con tanta tranquilidad algo tan horrible?

—Tal vez no sea tan horrible, ni yo esté tan tranquilo, Claudia —respondió John, pero su voz sonaba serena, y hasta lejana, mientras cambiaba velocidades.

—No entiendo… Si estabas al tanto de lo que ocurría, ¿por qué no lo impediste de algún modo? ¿No amabas a tu esposa?

—Amé a Laura profundamente por años; desde que la vi por primera vez hasta que ya no pude. Créeme, lo intenté. Al principio Laura le restó importancia. A lo mejor ella misma tampoco se había dado cuenta de lo profundo y estrecho del vínculo. Cuando se dio cuenta, si es que alguna vez lo hizo, ya era demasiado tarde para hacer nada, excepto esperar a que estallara lo inevitable en algún momento. Así que pasen cinco años.

*

El ambiente que se respiraba en Garlands cambió en algún punto desde que los Baxter se habían mudado ahí. No drásticamente, pero sí al paso del tiempo; meses, o incluso años,

aunque John salía temprano en la mañana y volvía tarde por la noche, exhausto, y no se había dado cuenta de inmediato, sino hasta que ya no había nada que hacer; esto no era una justificación, sino un hecho.

Laura pasaba sus días entre libros, con su diario o al cuidado de un elaborado jardín de flores que plantó en recuerdo del que su abuela había tenido en su cabaña de Inglaterra, donde ella pasó su infancia, el único tiempo en que —le dijo una vez, sin amargura— fue feliz de manera consistente, antes de irse a estudiar a la academia Central Saint Martin de Londres, donde tuvo su primera crisis nerviosa. Los últimos meses, accedió a tener una persona que trabajara en la casa y su única compañía constante fue Cathy, que, en parte por su juventud y apetito por vivir, le daba una sensación de maravilla con su entusiasmo con lo que para ella eran cosas ordinarias. Así se lo dijo una de las ocasiones en que coincidieron para sentarse a charlar en su patio, mientras veían la penumbra extenderse sobre su propiedad.

—Es formidable —dijo, su cabeza en el pecho de él—, no creerías cómo responde ante algo tan simple como ver florecer los rododendros que sembramos. O ayer puse algo de Eurythmics. Cathy nunca había oído a Annie Lennox cantar. ¡Sus ojos, John! Me hizo poner todos sus discos y estuvimos bailando toda la tarde. ¿Lo puedes creer? Como si fuéramos niñas.

—Bueno, Cathy es una niña, en realidad.

Laura respondió con una risa melodiosa que pocas veces sonaba en la casa.

John sonreía cuando ocurría esto; eran los momentos de su matrimonio en los que le parecía la de un principio, alegre y curiosa, no la criatura desvaída que había visto en la sala de urgencias de un hospital en Manhattan, desorientada, su estómago drenado de pastillas; entonces le parecía que todo lo anterior —dejar su puesto en Wall Street y jugarse todos los elementos de su futuro a una sola carta— había valido la pena. Eran esas noches tranquilas en las que Laura respiraba con tranquilidad y John se permitía escuchar el infinito, percibir el calor de su mujer y oler las rosas que con esmero ella cultivaba.

No sabría sino hasta revisar las cosas que Laura dejó en el coche —sus gafas con montura de carey, el ejemplar de Rebecca, que era su libro favorito, y el diario en el que escribía, no en secreto, pero sí en privado— que tenía una vida interior mucho más intrincada. Después que la incineraron, y esparció sus cenizas entre las flores,

John pasó una noche interminable leyendo las páginas escritas con pluma fuente y tinta sepia; así supo que Laura se veía a sí misma reflejada en un espejo oscuro, como los personajes de las novelas que había leído desde adolescente; la joven que llega a un lugar inhóspito a enfrentar un duelo con las tenebrosas sombras del pasado implacable. Así empezó a gestarse no un hijo —lo habían discutido muchas veces, desde que vivían en la ciudad, siempre llegaban a un callejón sin salida: él sí quería, ella no; el terror que le provocaba ser una madre monstruo «como nuestra vecina, John, no podría vivir si fuera como esa mujer» era suficiente para siquiera considerarlo—, sino el deseo de huir, el plan malogrado que la llevaría a su muerte por agua.

*

—Entonces ¿no iba a escaparse con James? ¿No había sido nada planeado?

—Creo que él sinceramente pensaba que sería un caballero andante al ayudarla a volver a Inglaterra y dejarme, aunque de lograrlo hubiera sido inútil. Laura no podía huir de quien ella era, y en Broxbourne, donde creció y estaba ese jardín que había tratado de replicar, ya no tenía familia.

Aun así, Claudia, no importa a dónde corriera, ella solo se encontraría cara a cara con el objeto de su miedo y el ciclo empezaría de nuevo, como una espiral sin fin. ¿Tú sabes cómo fue el día que murió?

Ella sacudió la cabeza, sus ojos fijándose en los de él, tratando de escudriñar la verdad de lo que él le estaba contando, mientras se acercaban a casa de su suegra.

*

—Después del funeral, Luis Rojo dijo que circulaban dos teorías sobre la muerte de Laura en River Heights; la primera en torno al hecho de que llovía a raudales. Esa era la razón por la que se llevó su coche. De no ser así, Laura pudo haber caminado con su maleta hasta Briar Rose para encontrarse con James. Ahora ya sabes que le había pedido que la viera, mandándole una nota con Cathy. La chica estaría fascinada de ser parte de lo que pensaba una intriga amorosa. No tuve entonces, ni tengo ahora, la maldad necesaria para decirle que en realidad no fue detonador de una tragedia, ni cosa por el estilo. En fin, Laura había decidido que tenía que

dejarme y dejar Texas, así que por internet, con su propia tarjeta, compró un boleto para salir de Brownsville a Dallas, y de ahí, a Londres. En realidad no sabía manejar muy bien, porque casi nunca tuvo necesidad de hacerlo, pero igual le enseñé y compré el coche, para que no estuviera limitada en caso de urgencia, y esta lo era. Cuando salió, se soltó la tormenta eléctrica y empezaron a subir las aguas. Supusieron que Laura pensó que aún podía tomar el atajo del río, en vez de subir por Camino Real, que es dar vuelta de una milla. El coche se atascó en el lecho del río y ella, sin pensamiento lógico —ten en cuenta, Claudia, que mi mujer ya estaba más allá de eso y nadie se había percatado, ni yo ni Cathy, de que de todos modos no habría sido capaz de entender qué pasaba —, decidió dejar el equipaje en el auto, tomar su bolso y seguir a pie. Esa tarde, James estuvo con Juan Martín, y según lo que declaró Nina, ella estaba en la casa, practicando para un recital de piano, y yo estuve todo el día en San Antonio, reunido con posibles clientes. Se fue la luz en toda el área y por la tormenta tampoco había señal de celular, así que nadie podía comunicarse con ella y viceversa; nadie supo la hora exacta en que se produjo la inundación, nadie vio que Laura intentara cruzar el brazo del río, ni cuando el agua la arrastró. Nadie la oyó gritar, nadie la vio morir. No se necesitaba mucha fuerza para que se la llevara la corriente. De hecho, en la silueta y algunos movimientos, veo que se parecen.

—Eso fue lo que dijo James cuando nos vimos por primera vez. Que le recordaba a una mujer llamada Laura. También que mucha gente creía que él la mató.

—Yo nunca lo pensé. La arrastró el río y su cuerpo fue encontrado a tres kilómetros de Briar Rose. Sin zapatos, la falda cubriéndole el rostro, bañada en lodo, los brazos y el cuello rotos. La forense Warner dijo que quizá, después del shock inicial, no sufrió. Ojalá.

Llegaron. John se estacionó detrás de la Navigator.

—Entonces, esa es una teoría que tenía Rojo.

—Sí, la de muerte accidental.

—Pero dijiste que eran dos. ¿Cuál era la otra?

Él se quitó el cinturón de seguridad y por un momento vaciló en desanudar su corbata.

—Que Laura se suicidó.

—¿Y tú, John? ¿Tú qué crees?

Él bajó para abrirle la portezuela, sin responder.

SEGUNDA PARTE

14

Matthew MacCloud miró al público reunido en la sala, que ocupaba todos los asientos disponibles, e incluso a los que estaban de pie contra la pared del fondo. Estudió en ellos la reacción causada por la presencia del testigo que llamó al estrado en lugar de la madre de Blaisdel; estupor y hasta miedo. No le resultaba inesperado, este era el punto de inflexión. Cerró los ojos, respiró como el clavadista que va a lanzarse al vacío, y se dirigió al tribunal.

—Señoría, la declaración de mi siguiente testigo presenta lo que diría son algunas dificultades. Como ya no es empleado del departamento del comisario del condado, no tiene acceso a los archivos del caso. Sin embargo, conseguí una autorización para que el señor Rojo confirmara sus recuerdos al cotejar los archivos en presencia de un oficial y tomando las notas necesarias para presentarse aquí. También conseguí que trajeran al tribunal ciertos informes y pruebas que me parecen fundamentales para esta audiencia.

—Esos informes y pruebas que menciona —puntualizó la jueza Jackson—, ¿se encuentran ahora mismo aquí?

—Sí, señoría.

—De acuerdo, prosiga, abogado.

*

El alguacil de guardia se acercó con la Biblia y Rojo prestó juramento.

—Su nombre, por favor —pidió MacCloud.

—Luis Alfonso Rojo.

—¿Lugar y fecha de nacimiento?

—10 de septiembre de 1973, en El Paso.

—¿Su domicilio actual?

—1417 Encantada Drive, River Heights.

—¿Su ocupación?

—Soy gerente regional de la American Auto Insurance Company.

—¿Cuánto hace que ocupa ese puesto?

—Seis meses.

—¿En qué trabajaba antes?

—Era alguacil, en River Heights, de la comisaría del condado de Cameron.

—¿Durante cuánto tiempo se desempeñó ahí?

—Desde que salí del Ejército en 2004, hace poco más de doce años.

—Describa brevemente cuál era la situación en la comisaría el 23 de octubre de 2015.

—Esa noche el comisario Truman estaba ausente, y yo estaba a cargo como interino.

—¿Qué pasó ese viernes, señor Rojo?

—A las doce menos cuarto hubo una llamada del rancho Briar Rose pidiendo ayuda para buscar al señor Blaisdel. Fui a buscar a mi compañero, David Medel, y nos dirigimos al rancho. Para entonces hacía una hora que buscaban al señor Blaisdel, el señor Jiménez, el capataz, y su hijo Pedro.

—¿Qué encontraron el agente Medel y usted?

—No localizaban al señor Blaisdel, pero en el comedor de los trabajadores Juan Martín Jiménez encontró una cantidad considerable de sangre. Llamé inmediatamente al cuartel de Brownsville para pedir refuerzos.

—¿Recogió usted muestras de sangre?

—No, señor. Eso corresponde al equipo de expertos forenses.

—¿Qué hicieron esos expertos con las muestras de sangre que recogieron?

—Se enviaron al laboratorio del condado de Cameron para analizarlas.

—¿Ese es el procedimiento habitual?

—Sí, señor. La forense en jefe es Melinda Warner.

—¿Posteriormente recibió usted un informe de ese análisis?

—Sí, señor. Recibí el reporte el 26 de octubre.

—Su señoría —dijo MacCloud, dirigiéndose hacia el tribunal—, presento aquí una copia del informe redactado por la forense Warner, para que usted pueda leerlo. Como es natural, es detallado y técnico, y para ahorrar tiempo, sin hablar del dinero de los contribuyentes, sugiero que se permita al señor Rojo exponer con sus propias palabras los hechos que son esenciales para esta audiencia.

Shirley Jackson asintió, mientras MacCloud le extendía un

expediente y daba otro al expolicía, que era por mucho el testigo más incómodo de entre todos los que habían desfilado ante ella ese día. El hombre lo aceptó de mala gana.

—Concedido.

—El informe de la forense Warner, del condado de Cameron —explicó MacCloud—, se ocupa de las muestras de sangre obtenidas en el suelo del establo y la navaja que Felipe Jiménez encontró en el campo. ¿Estoy en lo cierto, señor Rojo?

—Sí, señor.

—Vamos por el orden establecido, entonces, ¿cuál es?

—Primero, la sangre que había en el suelo era AB negativo, que solo se encuentra en un cinco por ciento de la población. En el mango de la navaja había una muy pequeña muestra de O positivo.

—La cantidad de sangre que se encontró, ¿le permitió llegar a alguna conclusión, señor Rojo?

—Sí, señor. Por la cantidad, pensamos que al menos dos personas intervinieron en una pelea. Una o dos de ellas resultaron gravemente heridas. De haber una tercera, perdió poca sangre.

MacCloud volvió a mostrar la navaja.

—¿Es este el mango al que se refiere usted?

—Sí, señor.

—La presento como prueba, su señoría.

Algunos de los espectadores se inclinaron hacia delante para ver mejor, pero el alguacil se llevó la prueba demasiado rápido.

—Ahora, señor Rojo, dígame qué hechos se pudieron establecer gracias al contenido de esta bolsa de plástico.

—La navaja pertenece a una de las miles de armas de resorte que se venden de manera ilegal en el mercado negro.

—¿Examinó usted mismo el arma en el momento que fue encontrada, señor Rojo?

—El examen oficial lo realizó la forense Warner en el laboratorio.

—¿Se descubrió alguna otra cosa significativa?

—Partículas de tierra arenosa y alcalina, del tipo que se encuentra en los sectores como el nuestro. La sangre tipo O positivo era escasa.

—¿Podría ser del atacante?

—Asumimos que son dos, porque la cantidad encontrada excedía tres litros. Se envió al laboratorio del condado un trozo del suelo porque con ese método el análisis es más preciso.

—¿A quién pertenecía la sanfre derramada?

El expolicía hizo un gesto, y tras una pausa, le habló a MacCloud sin tono alguno.

—Era AB, el tipo de sangre de James Blaisdel.

15

El 145 de Calle Jacaranda era una residencia estilo californiano; un château miniatura de una sola planta, esculpido en cantera rosa, semioculto detrás de los árboles, con una balaustrada que llegaba a un patio trasero, donde había una piscina ahora vacía. El patio adoquinado con piedras planas y adornado con setos de Boj. La puerta de entrada, bordeada en estuco, daba la impresión de no haber sido abierta nunca antes. Claudia, por un momento, sintió estar ante un mausoleo, mientras tocaba el timbre.

A su lado, John seguía sin hablar. Como si fuera su guardaespaldas espiritual.

—No sé qué pensar. ¿Para qué contarme todo eso?

—Cuando alguien, quien sea, muere, automáticamente tendemos a convertirlo en un ideal, en un santo. Él no era un santo, lo siento.

—No digas esas cosas aquí, John.

—¿Por qué?

—Te va a oír.

—Que lo haga. De todos modos, Nina Blaisdel solo cree lo que quiere creer.

Una ráfaga de viento atravesó el patio, arrastró hojas en un torbellino, la puerta se abrió un poco. Claudia lo miró, y entraron juntos, como Hansel y Gretel adentrándose en el bosque a oscuras.

*

En el salón se exhibían, como si de una galería se tratara, algunas de las pertenencias que Nina se había llevado de Briar Rose: el hermoso piano de superficie lustrosa; el escaparate de caoba con la colección de huevos enjoyados y, contra la pared, un antiguo secretàire en madera de cerezo, abiertos ambos, como si su dueña hubiera estado alternándose entre tocar algo al teclado y escribir una carta. Más allá, estaba el comedor Chippendale. El resto del mobiliario lo había comprado junto con la casa a los dueños anteriores, y encajaba ahí perfectamente con la comodidad que daban los años; había un par de sofás blancos estilo Cape Cod,

frente a frente a través de una mesa con cubierta de cristal sobre la que reposaban algunos libros de arte: en las paredes, los cuadros procedentes de la casa familiar de los Hawkins en Charleston; una acuarela de Marie Cassatt, un ensayo de Degas con bailarinas al pastel en tonos de azul-gris y oro.

—Muy Martha Stewart's Living —dijo John—. O más bien, Dying.

Claudia le dio con la mano en el brazo y se acercó al centro de la habitación. En uno de los sofás estaba el bolso de mano, la pañoleta de seda atada a una de sus asas. Sobre la alfombra, estaban sus zapatos de tacón alto, como si se los hubiera quitado sin mirar. Las llaves de la camioneta arrojadas sobre un catálogo del Museo de Arte de San Antonio.

—¿Nina?

Además del olor a perfume había algo más. Encierro. Soledad.

—Nina, soy Claudia. ¿Me oye?

Al inclinarse ante el escritorio, vio que había un desorden. Varias hojas de papel Bond, y que en todas había frases escritas con rotulador negro. Fragmentos de frases, palabras sueltas, algunas en inglés, algunas en español.

Recompensa. Cien mil dólares a cualquiera que proporcione información. El 23 de octubre de 2015 desapareció James F. Blaisdel, veintinueve años, 1.85 de altura, 77 kilos. ¿Ha visto usted a este hombre? —Había también un par de fotografías de James, aunque no tan recientes; en ninguna tenía barba—. ¡AUXILIO! Por favor, ayúdenme a encontrar a mi hijo.

Claudia se quedó con el papel en la mano, mientras John se movía por el comedor y la cocina, y pensó cómo iba a decirle que, después de todo, ese no iba a ser el último día de la pesadilla.

Todo iba a empezar de nuevo.

No hacía falta mucha imaginación para saber lo que iba a ocurrir si se salía con la suya; habría numerosas llamadas telefónicas y mensajes de personas que por morbo o codicia serían capaces de decir cualquier tipo de teoría, en su mayor parte absurdas, pero supuso que también habría algunas que sonarían lo bastante razonables como para despertar de nuevo esperanzas en su suegra y así reavivar su obsesión. Posiblemente, Nina aún tenía suficiente sentido común como para no tomar en serio a aquellos que le hablaran de abducciones extraterrestres o el reclutamiento de cultos extraños, aunque alguna atención había que prestar a los informes que lo describirían trabajando en un carguero, o a punto

de tomar un vuelo en el aeropuerto de Atlanta, o en un bar de Chicago. O a la posibilidad de que hubiera sido secuestrado por narcotraficantes.

Si Matthew le consentía este capricho, vería que todos los informes razonables fueran comprobados antes de que Nina escribiera un cheque o sacara el dinero del banco, pero no llegaría a ninguna parte. Era demasiada la sangre encontrada en el rancho. Por favor, ayúdenme a encontrar a mi hijo.

Claudia devolvió la hoja al escritorio con cuidado de que no pareciera que la había tocado, y sintió una oleada de piedad por la mujer.

Auxilio.

No. Ella ya no haría nada más.

*

En la cocina, todo estaba en orden, impecable. Como una patena.

—Nadie ha cocinado aquí en un par de días, por lo menos. No hay basura tampoco en el contenedor. Quizá su doméstica dejó todo así hoy, pero no lo creo.

Claudia miró el escurridor de trastes en el fregadero. Solo había ahí un cuchillo. Era un cuchillo común de cocina, pero a Claudia la hizo pensar en otro más letal, un recuerdo del que quería huir.

—Almorzó con Matthew. Le dijo que vendría a tomar una medicina antes de ir a declarar.

—No me pareció que estuviera enferma.

—A mí tampoco, pero no hay forma de saberlo.

John iba a decir algo más cuando llamaron al timbre.

—Yo voy.

Oyó sus pasos sobre el parquet hacia el hall, y entonces fue que vio la cocina impoluta. Era raro imaginarse a Nina planificar una vida cotidiana en esta casa; tomar una taza de café. Iba a abrir el refrigerador para revisarlo, sin poder evitar sentirse como una espía, cuando oyó el alboroto en la entrada de la casa; los agudos gritos como un estallido.

*

La persona en la puerta era insistente, antes de que John llegara ya habían tocado una segunda vez, y luego una tercera.

—¡Voy! —exclamó, y al abrir se encontró con las miradas de un zombi, una bailarina de ballet, y otras criaturas que no reconoció,

tal vez personajes de algún programa de televisión, vigilados lo suficientemente de cerca por un par de madres helicóptero en jeans y twinsets.

—¡Dulce o travesura!

—Esta es la casa de una bruja malvada. Aquí no hay dulces.

—¡Claro que no es de una bruja! —gritó desafiante el zombi, obviamente cabecilla de la unidad—. ¡Queremos dulces!

Los otros iban a hacer coro, cuando John levantó la mano.

—Es una bruja y yo soy un monstruo.

—¡No! ¡No eres!

—¿Ah, no? Esperen ahí. —Se pasó la mano por la cara y soltó un rugido, mientras sus ojos y boca se contraían en una mueca deforme. El rugido era exactamente la clase que, de poder hacerlo y tenerlo enfrente, lanzaría a la cara a James, antes de írsele encima a puñetazos hasta dejarlo con los dientes rotos. Los niños gritaron espantados y él aumentó los decibeles de su rugir de monstruo, siguiéndolos a zancadas hasta el borde de la acera, donde corrieron soltando alaridos hacia las madres, que le lanzaron miradas furibundas a Baxter. Él rugió y aulló varias veces hasta que se fueron y pasó entonces a las carcajadas mientras volvía a la puerta, donde Claudia esperaba, desconcertada.

—¿Qué pasa, qué hiciste?

—Nada. Unos niños.

—¡Me asustaste!

—Es noche de brujas. Todo el mundo tiene derecho a un buen susto.

John cerró la puerta y volvieron al salón.

—Es extraño que no pusiera el cerrojo.

—Más es que no esté. Dejó el coche y todo lo demás.

—¿Crees que hayan venido por ella? A lo mejor regresó a la corte… —Claudia lo guio al salón.

—No. Mira esto.

Le mostró el escritorio, todo su desorden. Los anuncios desesperados. Las fotos. Entre tanta revolución de papeles, un sobre abierto, maltratado, las letras JB escritas por una mano frenética.

—James Blaisdel…, ¿es la nota que le mandó Laura?

—Tal vez —dijo él—, es su letra.

—¿Quieres leerla?

—No. Ya descanso de mis muertos, Claudia.

—Ella no. Y con esto no va a dejar que yo…

—Matthew no le va a permitir siquiera intentarlo. Es echar dinero por el caño, y él será lo que sea, pero vela por los intereses de su cliente. A tu marido lo van a declarar muerto de todos modos y ella podrá intentar lo que quiera, pero mientras él se ocupe de las finanzas, no podrá hacer mucho más que estos letreros estúpidos. Vamos a buscarla a otra parte. ¿Dónde crees que son las recámaras…?

*

La casa estaba construida a manera de una T invertida; el frente daba a la calle y las habitaciones flanqueaban el patio trasero, todas con cara a la piscina vacía, a la que se podía acceder mediante los ventanales, ahora cerrados. En la primera, que Claudia supuso era la de invitados a la que Nina se refería, había una cama y tenía las paredes desnudas. Pese a estar completamente amueblada, la habitación tenía un aire de abandono. La puerta del clóset estaba a medio abrir y Claudia vio que de él asomaban algunas cajas de mudanza cuidadosamente apiladas; sobre cada una de ellas, en negro se leía «Goodwill». Era su propia letra y se dio cuenta de que eran las que había llenado con las cosas de James y había entregado a Nina.

Le había mentido, con todo el descaro y elegancia del mundo. ¿De veras me sorprende? Vio que algunas estaban abiertas, y revisadas. Con razón Nina tenía papeles de James en su escritorio; había estado fisgando, lo que ella misma se había resistido a hacer cuando vació el estudio. «Tu suegra no está bien», le había dicho John la noche anterior, cuando llamó para acordar que la llevaría al juzgado por la mañana. Ella misma lo sabía, pero no imaginaba que hubiera llegado a estos niveles de negación, de malicia, y si no era eso, de locura.

—Claudia.

John apareció en la puerta, su expresión grave, su voz un murmullo.

—Ven a la recámara del fondo.

Lo siguió, sintiéndose de nuevo —como tantas otras veces desde hacía un año— como si estuviera fuera de su cuerpo, solo fuera un ojo invisible que atravesaba puertas y paredes, para absorberlo todo, pero sin estar ahí realmente. La habitación al final era la más amplia, con espacio para una pequeña sala, y un vestidor. Sobre los muebles de la sala, vio extendidos varios vestidos y conjuntos en

distintos estampados y colores; era fácil imaginarse a Nina sacándolos y probándoselos uno tras otro antes de decidirse por lo que sería el atuendo adecuado para ir al tribunal. Al otro lado estaba colocado un tocador rococó con tres espejos, curiosamente desordenado. Y sobre la cama, desmadejada, inerte, con el pelo suelto y bocabajo, estaba Nina; de la mesilla de noche a su lado se había caído un frasco de pastillas, que yacían esparcidas en la alfombra, como pequeñas lágrimas blancas a sus pies.

16

Aunque en la sala no había quien de algún modo no hubiera imaginado o adivinado este detalle, la mención del nombre provocó reacción en las bancas: movimientos súbitos, susurros y cuchicheos.

En su sitio, Isabel Zapata se persignó y cerró los ojos, pensando en el señor Jim y cómo pudo estar ella ahí, apenas a unos metros de él al momento de morir, o que incluso podía haber muerto ella. A su lado, Juan Martín se tapó los ojos con las manos.

—Señor Rojo, ¿podría usted informar al tribunal por qué está tan seguro de que el hombre apuñalado es James Blaisdel?

—Por la cantidad de sangre de su tipo derramada en el suelo. Un ser humano adulto tiene en promedio cinco o seis litros de sangre; lo que representa un 7,7 % del peso corporal. El que hubiera más de esa cantidad en el suelo indica que fue herido ahí y perdió mucha sangre. Y que uno de los agresores era del mismo tipo sanguíneo.

—Pero este es muy raro, ¿cierto?

—Lo es, señor MacCloud. Pero este parece ser el caso.

—Sigamos. Al leer el informe del caso me sorprendió la poca atención que se presta a las huellas digitales. ¿Quiere explicármelo?

—Se tomaron gran cantidad de huellas de las puertas, paredes, mesas, bancos y demás, también de la cocina. Ese era el problema. Demasiada gente entraba y salía del comedor de empleados todos los días en temporada de cosecha. Había demasiadas huellas digitales en el edificio y sus alrededores para que fuera posible clasificarlas y compararlas en forma adecuada, sobre todo porque los trabajadores desaparecieron antes de que nosotros llegáramos al lugar.

—Ahora bien, señor Rojo, el 27 de noviembre, cuatro semanas después de la desaparición de James Blaisdel, arrestaron a un hombre llamado Alfredo Ruiseñor en un bar de Austin. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Cuáles fueron los cargos?

—Estaba ebrio y peleando.

—Cuando lo registraron, ¿se encontró algo vinculado con este

caso?

—Sí, señor.

—¿De qué se trataba?

—Una tarjeta de crédito emitida por American Express a nombre de James Blaisdel.

—¿Cómo llegó a poder de Ruiseñor?

—Dijo que la encontró en una gasolinera cercana a River Heights.

—¿Se puede interrogar a Alfredo Ruiseñor sobre este caso?

—No, señor. Regresó a México y no se tiene noticia de él.

—Salvo la tarjeta de crédito que se encontró en su poder, ¿hay alguna otra cosa que lo relacione con la desaparición de James Blaisdel?

—No, señor. El 23 de octubre, Ruiseñor estaba en San Antonio, hay testigos de ello.

—Señoría, presentamos como prueba la tarjeta de crédito American Express emitida a nombre de James Blaisdel.

La jueza Jackson había ido hundiéndose más y más en su asiento, mientras los brazos cruzados bajo el pecho daban a su toga negra el aspecto de una camisa de fuerza. Durante la mayor parte del tiempo mantenía los ojos cerrados. La luz de la sala de audiencias había sido hábilmente graduada por los expertos: era demasiado brillante para mirarla y demasiado tenue para poder leer.

—No hay jurisprudencia sobre este punto, señor MacCloud —anunció la jueza sin abrir los ojos—, pero cuando se trata de establecer la muerte de una persona ausente, es de práctica general incluir una orden de búsqueda diligente.

—A eso iba, su señoría.

—Muy bien. Adelante.

—Señor Rojo, ¿llevó usted a cabo una búsqueda diligente de James Blaisdel?

—Sí, señor.

—¿Qué tiempo abarcó?

—Desde que recibimos la llamada de Briar Rose, la noche del 23 de octubre de 2015, hasta la mañana del 14 de enero de 2016, en que presenté mi renuncia en comisaría.

—¿Y el área cubierta?

—¿Por mí personalmente, o por todos los que estuvieron relacionados con el caso? Los detalles están en mi informe. Pero puedo resumir diciendo que la búsqueda del señor Blaisdel y la

búsqueda de los trabajadpres desaparecidos terminaron por ser lo mismo. La investigación se extendió desde el rancho de los Blaisdel a todos los grandes centros agrícolas de Texas donde se trabaja con mano de obra temporal, llegando a zonas más lejanas como Nogales, El Paso, Hidalgo y Eagle Pass.

—¿Hubo alguna parte concreta de la investigación de la cual fuera usted personalmente responsable?

—Comprobé los nombres y direcciones que le habían dado al señor Jiménez los hombres que llegaron al rancho de los Blaisdel el 5 de octubre.

—¿Cuál fue el resultado de esa pesquisa? ¿Hubo algo en la lista que le llamara la atención desde el primer momento?

—Sí, señor. Viajaban juntos en un solo transporte y, sin embargo, venían de lugares tan alejados como Ciudad Juárez y Guadalajara, que están casi a mil doscientos kilómetros de distancia. Lo primero que pensé fue cómo había llegado a formarse un grupo tan heterogéneo y, además, cómo era posible que el camión en que viajaban recorriera semejantes distancias. Desde Ciudad Juárez al rancho de los Blaisdel, por ejemplo, hay cerca de mil kilómetros. Era absurdo. Normalmente un grupo así, de diez hombres, estaría formado por dos o tres familias, todas de la misma zona, y probablemente próximas a la frontera.

—Así que cuando usted pasó a México para encontrar a los hombres que habían desaparecido, ¿sospechaba que los nombres y direcciones que le habían dado al señor Jiménez eran falsos y que viajaban con documentación igualmente falsa?

—Sí, señor.

—Y pese a eso, ¿llevó a cabo una búsqueda diligente?

—Eso mismo. Cumplí con mi obligación.

—¿Sin encontrar rastros de James Blaisdel ni de los hombres que habían trabajado en el rancho de los Blaisdel?

—Absolutamente ninguno.

—Durante ese tiempo hubo otras comisarías de Policía del sudeste del país que se unieron a la búsqueda y se hicieron circular boletines por todo el territorio, ¿no es verdad?

—Sí, señor MacCloud.

—Tampoco tuvieron éxito para encontrarlo.

—No, señor. De hecho, ellos cerraron el caso desde antes que nosotros.

La jueza Jackson abrió sus ojos y los fijó en los de Rojo.

—Señor, lo que entiendo claramente es que, desde el 23 de

octubre, fecha de la desaparición de James Blaisdel, hasta el 14 de enero, se dedicó a tratar de localizarlo a él y los hombres supuestamente responsables de su desaparición.

—Sí, señoría.

—Aparentemente eso constituye una búsqueda diligente por su parte.

—Intervinieron muchas otras personas, y algunas siguen en eso. Un caso así nunca se cierra oficialmente, aunque a los agentes se les hayan asignado otras tareas, su señoría.

—Creo que es legítimo que le pregunte si su renuncia al departamento de Policía se debió en parte a la imposibilidad de localizar al señor Blaisdel y a los desaparecidos.

—No, señoría. Fue por motivos personales.

—Gracias, señor Rojo. —La jueza Jackson se recostó en su silla y volvió a cruzar los brazos sobre el pecho—. Puede continuar, señor MacCloud.

*

—La búsqueda diligente, ¿ha sido probada a satisfacción de su señoría?

Por un momento, MacCloud le pareció uno de esos niños que siempre buscan quedar bien con la maestra. Era insoportable, y ahora, además en ese momento justo, Shirley Jackson sentía un dolor de cabeza punzar y expandirse.

—Naturalmente, naturalmente.

—Gracias, señoría. —Se volvió al testigo—. Señor Rojo, durante los seis meses en que estuvo trabajando en el caso usted debió de llegar a alguna conclusión respecto de lo que pasó con los diez hombres que desaparecieron del rancho y si estaban vinculados con la desaparición de James F. Blaisdel.

—En mi opinión, no cabe duda de que cruzaron la frontera, probablemente antes de que se notara su ausencia en el rancho y antes de que la Policía fuera alertada al respecto de que se había cometido un crimen. Tenían un transporte y documentos. Una vez que hubieran vuelto a su país estaban a salvo.

—¿Se puede explicar?

—La frontera entre México y Estados Unidos es la que tiene más movimiento del mundo y la atraviesan unos treinta millones de personas al año. Eso da un promedio de sesenta mil al día, pero en realidad el tránsito de entre semana es mucho menor y el de los

fines de semana más intenso. Entre el viernes por la tarde y el domingo por la noche pasan unas trescientas mil personas o más. Ya de por sí, la cantidad representa un grave problema para los organismos que controlan la aplicación de las leyes, pero hay otros factores también. Las leyes de allá difieren de las nuestras, en muchas zonas su aplicación no es rigurosa, el soborno de funcionarios es práctica de todos los días, los policías son escasos y por lo general no están bien instruidos.

—¿Qué posibilidades calculó usted que tenía de localizar a los hombres desaparecidos una vez que hubieran cruzado la frontera para dirigirse a su país?

Rojo pensó en sus incursiones a los poblados de la franja fronteriza. Las miradas de soslayo, la sospecha que generaba su presencia si iba uniformado y cómo esta se acrecentaba si no lo estaba. —Cuando empecé la búsqueda, creí que tenía alguna posibilidad, pero a medida que el tiempo pasaba se fue haciendo evidente que no había ninguna. Ya le expliqué las razones: corrupción, exceso de viajeros y déficit de personal en la frontera, falta de instrucción, disciplina y moral entre los oficiales de Policía. Decirlo no me va a hacer muy popular entre cierta gente, pero los hechos son los hechos. No estoy inventando nada para justificar el hecho de que haya fracasado en este caso.

—Su sinceridad se agradece, señor Rojo.

—No todos los involucrados piensan lo mismo. —La sonrisa de Rojo apareció y se esfumó con tal rapidez que MacCloud no estaba seguro de haberla visto, y de ninguna manera seguro de que hubiera sido una sonrisa. Tal vez no había sido más que una mueca que anunciaba una punzada de asco en la boca del estómago, o un remordimiento de conciencia.

—Hay otro punto que me interesa, señor Rojo. Se habló mucho de la sangre que se encontró en el suelo del comedor de los peones. Entre el comedor y el cobertizo hay una superficie cubierta de hierba. ¿Se encontró sangre allí?

—No, señor.

—¿Y en las proximidades?

—No, tampoco.

—¿Y en la barraca?

Rojo describió el caos que habían encontrado al interior del dormitorio, el mismo que había sido abandonado de repente. Esto se podía apreciar en las fotografías tomadas por Medel para el archivo del caso; prendas descartadas, fotos de mujeres desnudas pegadas a

la pared, herramientas sueltas, literas destendidas, basura, pero nada de sangre.

—Al día siguiente se realizó una cuidadosa búsqueda en presencia del señor Juan Martín Jiménez y se descubrió que de una de las literas faltaban tres mantas. Nos pareció razonable suponer que el cuerpo del señor Blaisdel había sido envuelto en esas mismas mantas antes de que lo sacaran del comedor de los trabajadores.

—¿Y por qué tres mantas? ¿Por qué no dos, o una?

—Una o dos probablemente no habrían bastado —explicó Rojo —. Un hombre joven, de la talla y el peso del señor Blaisdel, tiene entre seis y medio y siete litros de sangre. Aunque encontramos cinco litros en el suelo del comedor.

—¿Es posible que dos hombres, los dos heridos y uno de ellos de bastante gravedad, hayan podido envolver en mantas el cuerpo del señor Blaisdel para transportarlo a un vehículo?

—No puedo darle una respuesta definitiva.

—Señor Rojo, en la jurisprudencia texana se sostiene que cuando la ausencia debida a cualquier otra causa que no sea la muerte es incompatible con la naturaleza del ausente, y los hechos señalan la razonable conclusión de que la muerte se ha producido, el tribunal está justificado al considerar la muerte como un hecho. Sin embargo, si en el momento en que se la vio por última vez, una persona está huyendo de la Justicia o se encuentra en bancarrota, o si por cualquier otra causa fuera improbable que se tuvieran noticias de ella aun cuando estuviera viva, entonces no se llegaría a la inferencia de la muerte. Está claro, ¿no es así?

—Sí, señor. Esa es la ley.

—Pues bien, como abogado del señor Blaisdel puedo atestiguar que no se encontraba en bancarrota. ¿Era un fugitivo de la Justicia, señor Rojo?

—En absoluto, señor.

—¿Había, que usted sepa, alguna otra causa o causas capaces de impedir que el señor Blaisdel se pusiera en contacto con sus familiares y amigos?

—No, señor. Hasta donde sé, no.

—¿Se le ocurre a usted alguna razón por la cual no se deba llegar a la inferencia de la muerte?

—No, señor. En mi opinión, y lo siento, pero creo que James Blaisdel está muerto, y posiblemente desde el 23 o 24 de octubre del año pasado.

—Gracias, señor Rojo. No tengo más preguntas que hacerle.

*

Mientras Rojo abandonaba lentamente el sitio de los testigos y volvía a su lugar, les pareció abatido, completamente exhausto, a Isabel, Felipe y Juan Martín, que, acostumbrados a su arrogancia habitual, sintieron una mezcla de pena y estupor; enseguida, el secretario del tribunal se puso de pie para anunciar el descanso vespertino de quince minutos. MacCloud pidió que se ampliara a veinte para darle tiempo a preparar su resumen, lo que le fue concedido por la jueza después de algunas reconvenciones. Shirley Jackson fue de vuelta a su despacho, casi cegada por la jaqueca y desesperada por un Excedrin con Coca-Cola fría, con la ominosa sensación de vacío que había tenido toda la mañana, desbordándose como un abismo a sus pies.

Un hombre tan joven. Qué desperdicio.

17

La principal atracción para los visitantes a la casa construida en 1840 por James Ellsworth Drayton en la calle Anson de Charleston, como regalo de bodas para su esposa Marie-Rupèrthe, era una ostentosa escalera de caracol, que iba desde la entrada, directamente del vestíbulo, hasta el último piso donde eran las habitaciones de las esclavas —y, posteriormente, las criadas— que servían en la residencia.

Por décadas, la escalera había sido la pièce-de-resistance de la casa Drayton, que siguió llamándose así, aun después que pasó por matrimonio a los Hawkins y, finalmente, a los Fuller. Todavía hoy, dos veces por semana entre la primavera y el invierno, Melanie Fuller recibía a turistas que, como parte del recorrido oficial del distrito histórico de la ciudad, pasaban por ahí, a tomar fotografías y extasiarse con la escalinata, cuyo pasamanos de ébano tallado seguía y seguía en espiral en el camino hacia el cielo —en este caso, un domo de vidrio emplomado que era obra de Tiffany—. Nina (a quien solo Melanie y algunos otros pocos familiares lejanos en Carolina seguían llamando Marie-Nina, aunque ese era el nombre impreso en su partida de nacimiento, fechada el 26 de mayo de 1956) detestaba esto; le parecía ignominioso que la casa familiar ahora fuera objeto de la admiración de gente obtusa, que no comprendía absolutamente nada; japoneses estúpidos con sus cámaras digitales y niños gordos con chocolate embarrado en la cara. Y negros, muchos negros, que miraban recelosos las habitaciones, ocultando su rencor con sonrisas mustias. Pero Melanie, que había heredado la casa, también había heredado las deudas tributarias y tenía que vivir de algo. Nadie creería, al verlas juntas, que la diferencia de edad entre ambas no excedía los seis años, aunque alguna vez alguien —un camarero en un restaurante, sí— había dicho, al servirles, «para usted, madame», y luego, volviéndose a Melanie, «y para su mamá». Nina sabía que su prima lo odiaba cuando (con mayor frecuencia) pasaba algo como esto, pero era demasiado bien educada como para decirlo. Además, no había motivo de queja. Solo quedaban dos descendientes directas de

James Ellsworth Drayton, y ella heredó la mansión. Nina tuvo que casarse con un viudo texano, y Melanie (ah, pobre Melanie) acabó con su único pretendiente, un académico judío de Wofford College, con el que no tuvo hijos. Cuando Melanie muriera, si la casa no pasaba al siguiente heredero —es decir, James—, sería propiedad de la Sociedad Histórica de la Ciudad y la convertirían en museo, con todas las antigüedades y la maldita escalera.

Nina estaba de pie en lo más alto, bajo el domo de cristal, miraba hacia abajo; esto ya lo había vivido antes. Miró sus manos; eran mucho más suaves. Las de una niña con un vestido de fiesta blanco con un lazo de satén azul celeste. Las voces, que volvían en eco a sus oídos —¡«Marie-Nina! ¡Marie-Nina!»—, y de pronto con ella ahí estaban los benévolos sirvientes, de ojos desorbitados —«¡Marie-Nina! ¿Estás bien, criatura?»—, tantos rostros abajo, al centro de la espiral, mirándola hacia arriba, a ella, una niña de nueve años; entre la gente también estaba Melanie, adolescente desgarbada. Todos preocupados, pobrecita, manos oscuras buscan taparle los ojos, murmuran ¿qué alcanzó a ver?

Casi de inmediato, el lamento amargo que reconoce —la fiesta era de compromiso, no el suyo, por supuesto, era demasiado joven, una niña, una niña no puede ser cap— es el de su padre, James Drayton Hawkins, que sostiene en brazos el cuerpo exangüe de Alma Mobley, la institutriz que le había robado el corazón —«Marie-Nina necesita una madre, y esa casa, desde que Marie-Louise murió, necesita alguien que se ocupe de todo, si James se casa con ella, es una buena elección, ella es de una familia de Baltimore, sabes, sobrina de…»— y con la que no llegará a casarse. Las flores blancas que se ordenaron para la capilla nupcial acabarán adornando un funeral, al que Marie-Nina no irá, es demasiado pequeña, e impresionable. Todos hablarán en los días y meses siguientes de Alma, tan disciplinada y noble, tan virginal y amable, tan dedicada a la niña, a la que enseña a tocar piano además de sus lecciones diarias; es natural que James se prendara de ella, ¿no es verdad?

Qué accidente tan horrible, murmuran.

Miren esa complexión sonrosada, esa cabellera que vuela en el aire y cubre el pánico en sus ojos, miren ese rostro angelical que se crispa de pronto y bajo el domo adquiere su tez todos los colores del vitral, mientras sus brazos se agitan en el aire, sus pies pierden equilibrio y gira en picado. Voló tan cerca del sol que se quemó las alas; se desploma sobre el mármol del hall principal de la casa

Drayton, su hermoso cráneo de proporciones exactas se revienta como un tomate maduro, entre los gritos de los congregados, su vestido de prometida arruinado por tanta y tanta sangre mientras papá grita y aúlla y Marie-Nina lo mira desde arriba, sus manos blancas, suaves, inocentes…

*

Nina tenía los brazos doblados contra la cabeza como si intentara protegerse de una lluvia repentina de recuerdos que volviera una y otra vez a caerle encima. Las dos ventanas de su recámara estaban herméticamente cerradas y en el aire inmóvil, además del perfume omnipresente y el fantasmal humo de cigarrillos, se percibía el olor débilmente fétido del pesar, de las omisiones y la represión, cosas íntimas que se pudren lentamente, año con año, en cajas y cajones.

—Nina —dijo Claudia, pero el nombre de pronto le sonaba raro, como si la mujer que yacía en la cama king size fuera una extraña que no tuviera derecho a usarlo—. Nina. Soy Claudia. ¿Se encuentra bien?

La mujer se movió un poco, una cortina rubia ocultaba sus facciones y su respiración era apenas un gemido. Papá. Papá. Claudia apoyó una rodilla en el colchón y se inclinó sobre ella para tocarle las sienes y le quitó de la muñeca el brazalete de perlas para tomar el pulso. Era lento, pero regular. John recogió de la alfombra el frasco de pastillas y su contenido, devolviéndolas una a una, para dárselo. Claudia leyó la etiqueta: Lorazepam, dos miligramos, recetado por un médico de River Heights.

—¿Me oye, Nina?

—Qué.

—Nina, ¿cuántas de estas pastillas se tomó?

—Mmmm.

—¿Cuántas tomó?

—Dos.

—¿Nada más? ¿Nada más dos?

—Tres.

—¿En qué momento se las tomó?

—Vete. Vete.

—¿Las tomó antes de las dos?

—Sí. Sí. Vete, Alma. Déjame.

—Claudia, soy Claudia.

—Alma. Déjame en paz.

John abrió las ventanas y a la habitación entró una ráfaga de aire fresco, agitando las cortinas. Nina Blaisdel se volteó de lado, con las rodillas encogidas y las manos sobre la cabeza, en posición fetal. Murmuraba algo que ninguno de los dos entendió.

—¿Quieres que llame a una ambulancia, Claudia?

—No. Si no es un error, no tomó más de seis miligramos. El efecto se le pasará en un rato. Me quedaré con ella hasta entonces.

—Me quedo contigo.

Claudia lo tocó en el hombro. Por un instante no supo qué haría si lo viera mirándola como se imaginaba que lo hacía en ese momento.

—Mejor no. Se va a poner muy irracional si despierta y te encuentra aquí. Hazme un favor, John.

—Jack. Solo los que no me conocen bien me dicen John.

—Jack. Por favor, vuelve a la corte y dile a Matthew lo que pasó. Que Nina está bien, pero que no va a poder prestar declaración, por lo menos hoy.

—¿Le digo lo de los letreros?

—No.

John Baxter extendió sus dedos para tocarla, tomarla de la mano, acercarse, aunque apenas alcanzó a rozarle el cabello.

*

—Cualquier cosa que sepa, te llamo.

Claudia asintió, viéndolo subir al coche y echarlo a andar.

John arrancó, alejándose de la curva. Entonces, por el rabillo del ojo, vio que se acercaba, algo dudosa, una mujer procedente de la casa al otro lado de la calle; era un poco mayor que Nina, con gesto afable, curioso, cabello oscuro y un suéter azul. Claudia esperó a que se acercara un poco más para hablarle.

—Buenas tardes.

—Hola, soy Helena Santamaría. Vivo enfrente… ¿Es familiar de la señora Blaisdel?

Le devolvió la sonrisa.

—Cómo está. Soy Claudia. Su nuera.

—Encantada, no la conocía. —Se estrecharon las manos—. ¿Ese era su hijo?

—No, era un amigo.

—Ah…, ya. Es que hace unos días, Nina…, Mrs. Blaisdel, quiero

decir…, mencionó que su hijo vendría a verla. Estaba tan contenta, sabe, que pensé, ay, qué bueno que ya apareció, y ahora, al asomarme, cuando la vi con él, pensé…

—Mi marido murió.

La señora Santamaría se llevó una mano a los labios y palideció en lugar de sonrojarse.

—Ay, qué pena. Perdóneme. No tenía idea. Conocí a su suegra el año pasado, cuando compró la casa y se mudó. Mi familia hace mucho que vive aquí, sabe, y conocemos a todo el vecindario. Yo daba clases en Saint Joseph, aquí a la vuelta —señaló hacia la intersección al final de la calle—, y mi esposo enseña en la universidad y…, en fin, nada…, me asomé ahora porque hace unos minutos vinieron unos niños con sus mamás a pedir dulces, y me dijeron que un hombre los había asustado justo en esta casa, y me pareció extraño, porque Nina vive sola y pues…

—No se preocupe. Fue una broma de… —sonrió—, ya sabe. Noche de brujas y todo eso.

La señora Santamaría rio y Claudia sintió alivio. Ya no llamaría al 911 apenas volver a su casa para denunciar una posible ladrona vestida como para un día en la corte.

—Vine a ver a mi suegra. Está indispuesta.

—Oh. La vi salir esta mañana en su camioneta y se veía bien, nos saludamos. ¿Necesita algo?

—No, muchas gracias. Estará bien. Supongo que le dio el día libre a su ama de llaves…

—¿Trini?

—Sí, ella.

—Pero hace meses que Trini no trabaja aquí…, ¿no sabía? Nina la despidió en agosto, creo. Quizá antes. Trini pasó a verme y me contó…, entonces le conseguí trabajo de entrada por salida, en casa de una de mis hijas en Quail Hollow. Hace mucho que Nina vive sola.

Claudia pestañeó. Un escalofrío que ahora le resultaba familiar la recorrió rápidamente, aunque se cuidó de que la vecina no lo notase.

—Ah, no sabía. Vaya. Son esas cosas que…

La mujer asintió, quizá tan desconcertada como ella.

—Sí. A veces lo que menos quiere una es molestar a los hij… los demás. En fin, si necesita algo, cualquier cosa, solo toque el timbre.

Claudia le agradeció y la vio alejarse, cruzar la calle y subir los escalones de su porche adornado con macetas con hortensias y

begonias. Desde ahí la mujer agitó una mano antes de entrar a su casa; luego ella miró a la puerta abierta del 145.

Su hijo vendría a verla.

Limpiar el cuarto de visitas.

Las cajas.

Los letreros.

Auxilio. Ayúdenme a encontrar a mi hijo.

Vendría a verla.

Con el corazón acelerado y paso lento, Claudia cruzó el umbral; después cerró la puerta como una reja de prisión detrás de sí.

18

Para cerrar el día, MacCloud decidió descartar el testimonio de Nina Blaisdel y emprender su alegato final con lo ya presentado. El rictus en la cara de la jueza era indicador de que no tenía caso extender las declaraciones; ya había visto y oído lo que necesitaba y el tiempo que precisaba para emitir su veredicto se estaba desperdiciando en lo que podría resultar repetitivo. Mejor no tentar a la suerte.

—Con la venia de su señoría, quisiera resumir los hechos que indujeron a Claudia Castañeda Blaisdel a presentar la declaración en que sostiene que su marido, James Franklin Blaisdel, encontró la muerte durante la noche del 23 de octubre de 2015, y solicitar al tribunal que declare oficialmente la muerte. Se han presentado suficientes testigos y su testimonio nos ha ofrecido un cuadro bastante completo de James Blaisdel como un residente de River Heights, de veintinueve años, felizmente casado, sano y en excelente disposición de ánimo, que hacía planes para el futuro; para un futuro tan próximo como esa mañana, o para un largo plazo, pues sabemos que su esposa esperaba un hijo. Era el único propietario de un rancho próspero y con intereses en otras propiedades…

*

La jueza Jackson oía la voz del abogado como si se tratara de un presentador de concursos en televisión. La imagen que trataba de formar —James Blaisdel, ciudadano ejemplar— no acababa de quedarle clara, y sentía que había algo que faltaba en la descripción de su carácter. O faltaba, o no encajaba. ¿Cómo reconciliar al hombre que describió la esposa joven con aquel del que habló el capataz? ¿O el ama de llaves? Por un momento, mientras la voz de MacCloud se perdía en un túnel y ella entrecerraba los ojos —la luz directa la taladraba y los dos Excedrin que tomó durante el receso aún no hacían efecto, si lo llegaban a hacer—, le pareció que ya no lo oía a él, sino a su madre, Geraldine, que aún vivía en California, hilvanada a través del monólogo: ¿Líder en las niñas exploradoras,

Shirley? No me explico cómo una niña tan gorda y torpe como tú llegó a ser líder de algo. ¿Jueza de la corte del condado de Cameron, Shirley? Nunca pensé que en ese hoyo infecto de Texas estuvieran tan desesperados como para…

—… a las nueve de la noche, cuando Juan Martín Jiménez se preparaba para acostarse, lo oyó volver. Lo reconoció por el peculiar chirrido de los frenos y porque aparcó junto a la barraca. La familia del señor Jiménez, como quedó asentado, se ajusta a horarios estrictos y poco después de las nueve estaban dormidos: él y sus dos hijos que todavía comparten la casa, Pedro y Felipe. Tenemos razones para creer que dormían mientras se cometía un asesinato. La víctima, James Blaisdel, había vuelto a Briar Rose a eso de las siete y media; entró en su casa, donde cenó con su esposa. Según el testimonio de ella, fue una cena agradable que se prolongó durante una hora más o menos. Aproximadamente a las ocho y media, James Blaisdel dijo que tenía una reunión, «que ver a alguien»; entró a la cocina para ver a la señorita Isabel Zapata, a la que felicitó por su cumpleaños y le dio dinero como regalo. Sacó de su cartera un billete de cien dólares y la señorita observó que llevaba encima mucho efectivo…

Shirley Jackson pudo ver, al cerrar los ojos por un instante, a Blaisdel, con la misma cara que en las fotos del Herald; el joven que le habían presentado unos años atrás, en una premiación del West Brownsville Garden Club, a la que él había ido acompañando a su madre; solo que esta vez James Blaisdel tenía todo el frente de su camisa a cuadros bañado en sangre.

—… pasó demasiado tiempo. La esposa empezó a inquietarse, por más que sabía que él había nacido en el rancho y conocía todos sus rincones, por lo que…

¿Está muerto este hombre?, pensó Jackson. La sangre, que salpica hasta sus facciones, sus pestañas, su frente. Tiene la edad de mis hijos. Podría ser uno de mis hijos, Laurence o Barry.

—… descubrieron gran cantidad de sangre en el suelo del comedor de los trabajadores y llamaron a Brownsville pidiendo refuerzos…

Hay algo más, pensó la jueza, aunquen abrir los ojos, el vestido bajo la toga pegándose a su forma, la transpiración como hormigas que pasean por su cuero cabelludo; James Blaisdel estuvo involucrado, hacía algún tiempo, en un caso, ¿qué era? Ah, la muerte de la esposa de John Baxter, el vecino. Ese lo había llevado Rufo Almanza, otro de los jueces del distrito, mayor que ella. Fue su

último caso antes de la jubilación. Los diarios dieron cobertura varias semanas, dado lo sensacional del asunto: la mujer (había rumores de adulterio, ¿no? Algunas de sus amistades habían murmurado eso durante sobremesas en reuniones a las que ella y Stan habían acudido el año pasado), una pelirroja de aspecto delicado y aparentemente casi una reclusa en su propiedad, había muerto repentinamente en una tormenta; las aguas del brazo del río que separaban su casa de Briar Rose habían subido de pronto y ella se había ahogado, algo así. Muerte accidental. Pero aquí el veredicto no estaba tan claro; ni siquiera había un cadáver para establecer una autopsia.

—… de la empuñadura del cuchillo se encontró sangre del tipo O, y AB en el suelo. Así, empieza a surgir una imagen de los acontecimientos que se sucedieron esa noche en el rancho y de los hombres que participaron en ellos. Hubo al menos tres hombres, de los cuales solo uno era Blaisdel…

Declarar muerto a un hombre es una responsabilidad muy grande, Shirley, dice Geraldine, la emperatriz de San Francisco, desde el tapiz en brocado de su sofá Luis XV, los rizos de su permanente apretados como serpientes de Medusa enrolladas, a punto de saltarle encima y morderla. Si declaras muerto a este pobre infeliz sin estar cien por ciento segura de que sea un cadáver que se hayan comido los gusanos, en una tumba al ras de la tierra, ¿te imaginas lo que pasaría, Shirley, lo que diría la gente si lo declararas muerto y resulta ser que vive? Qué ridículo, qué humillación. Pero viéndolo bien, desde que eras una niña, tú solo existes para humi…

—… mientras el vehículo se dirigía a la carretera principal arrojaron el arma en el campo por el que pasó Felipe Jiménez y arrojaron en un bote de basura el contenido de la cartera de James Blaisdel, o tal vez la cartera misma, sin el dinero. Una tarjeta de crédito se encontró posteriormente. Si los hombres hubieran sido ladrones ordinarios, la habrían tratado de usar…

¿Qué, señor MacCloud? Shirley Jackson sentía cómo su cabeza se convertía poco a poco en un cascarón quebrado, apenas contenido por una membrana, antes de reventarse. Se llevó la mano a la sien, mientras el abogado seguía su speech interminable, hablándole demasiado alto, como si ella escuchara desde el fondo de un pozo.

*

Mientras MacCloud hablaba acerca de la búsqueda posterior a la desaparición y los hallazgos, Rojo pensó en qué clase de ventaja podría sacar el abogado por declarar muerto a Blaisdel; ¿cuántos dólares le pagaría la viudita? ¿No le ofrecería más la madre? De reojo vio, en otra fila, a John Baxter. No le quitaba la vista de encima a la jueza. ¿Estaba pensando lo mismo? Cómo MacCloud había evitado toda mención de aquel asunto con Mrs. Baxter, aunque se había hablado mucho de ella y James cuando murió. Juan Martín declaró entonces que James había estado toda la tarde con él, cuidando que la tormenta no hiciera daños a la propiedad. Por alguna razón, algo que aún no le quedaba claro, Rojo no le había creído del todo, aunque lo habían clasificado como un accidente. El abogado, cuyo argumento no parecía tener fin —«… cuando un hombre desaparece de la vista y quedan tras él pruebas de violencia, pero no su cuerpo, es inevitable que se plantee una serie de preguntas. ¿La desaparición fue voluntaria y las pruebas fingidas? ¿La presunción de la muerte beneficiaría al hombre o a quienes le sobrevivieran?»—, podría saber algo más de lo que decía. O tal vez la madre le habría pagado un poco extra para que no hubiera mención. Por eso Baxter se veía tan tenso, seguro. Algo aquí falta, hay algo que no vimos. Y si James Blaisdel aún vive, ¿dónde está y por qué se iría?

—… un hombre que no tenía problemas con la ley, ni con su familia, tenía todos los motivos para vivir. Tenía una esposa a la que amaba, una madre afectuosa, un hijo en camino, era dueño de un rancho productivo, su salud era buena, y sus finanzas también. Terminaré este resumen con las palabras de la propia Claudia Blaisdel. Al prestar testimonio esta mañana, declaró: «Estaba segura de que mi marido había muerto. Hace mucho tiempo que estoy segura de eso. Nada impediría que James se pusiera en contacto conmigo si estuviera vivo». Señoría, con su venia, y la evidencia presentada, solicitamos se declare oficialmente muerto a James Franklin Blaisdel, para que todos los involucrados en este trágico caso puedan seguir con sus vidas.

19

Como bestia observada por un cazador, que en la quietud del bosque de pronto percibiera el peligro, Nina Blaisdel despertó de golpe. Al abrirse, sus ojos estaban alertas y dispuestos a enfrentarse al enemigo, su voz clara y desafiante.

—¿Qué haces aquí?

Claudia pasó el resto de la tarde recorriendo la casa como alma en pena, en silencio, sin saber muy bien qué buscaba —la decoración en todas las habitaciones, en efecto, parecía salida de una revista de interiorismo, pero era completamente impersonal; ni una sola fotografía de James o su padre, y aunque Nina llevaba tanto tiempo sin doméstica, estaba todo impecable. Lo que le inquietaba era la ausencia de recuerdos familiares; qué diferencia del piso de sus padres en Ciudad de México, donde en casi todas las paredes había registros de cada etapa de su crecimiento, y donde aún después de la muerte de su madre, cuando ella tenía diecisiete años, siguieron ahí como testimoniales de días felices, hasta que desmontó la casa antes de irse a la maestría. ¿En Briar Rose no hubo momentos felices? No se atrevería a preguntar—; finalmente volvió a la habitación de su suegra y llevaba más de una hora sin poder pasar del mismo párrafo de una entrevista con Cate Blanchett en Marie Claire, sobresaltándose al oírla.

—Como no contestaba el teléfono —explicó—, vine a ver qué ocurría. La puerta estaba abierta y entré.

—A vigilarme.

—No…

—Como si fuera una vieja. Una vieja decrépita.

—No. Matthew me pidió que viniera a ver por qué no fue al tribunal. Pensó que había quedado claro que tenía que prestar declaración.

Nina se sentó al borde de la cama, apartando el cabello de su rostro, pasándose los dedos por sus facciones, como una ciega que volviera a familiarizarse con ellas entre penumbras permanentes.

—Ya. No quise ir. No siempre hago lo que esperan que haga, sobre todo cuando no me da la gana. No podía impedir la audiencia,

pero por lo menos podía no intervenir en ella.

—¿Y le parece que sirve de algo?

—Es lo único que puedo hacer por el momento, para evitar que mates a mi hijo.

—Nadie… nadie quiere matar a James —dijo Claudia—. Él ya murió.

La mujer se puso de pie, empezó a quitarse el vestido gris.

—Ayúdame. ¿Me pasas ese kimono que está junto al tocador? Gracias. —Claudia la vio en ropa interior al quitarse el slip, mientras le extendía la prenda de seda; su cuerpo todavía era el de una mujer joven, la piel firme, el vientre plano. Por un momento el recuerdo de algo parpadeó en su mente, pero antes de poder asirlo se le escapó—. Ya te lo dije. Yo siento que James vive y no pienso darme por vencida.

—¿Va a ofrecer una recompensa?

—Así que también revisaste mi escritorio. Vaya, saliste más astuta de lo que pensé. Toda una Nancy Drew. Una detective mejor que esos greasers de River Heights. —Nina tomó de la mesilla de noche una cajetilla de Virginia Slims y se llevó uno a la boca. Claudia nunca la había visto fumar—. Bueno, de todos modos te iba a decir, Claudia, corazón. —Se ató el kimono y fue ante los espejos, cepillándose vigorosamente—. Aunque, claro, tú no estás de acuerdo. No me importa, francamente. El primer anuncio saldrá en el Herald.

—Me parece un gesto inútil.

—Cien mil dólares no son solo un gesto; son una realidad bastante sólida, darling.

—Únicamente si compran algo, y no hay nada que comprar, Nina.

La mujer dejó escapar una risa aguda y breve, como de adolescente sarcástica.

—Ordenaré que el perímetro de distribución de los anuncios de la recompensa sea mucho más amplio que el cubierto por los detectives que contraté, ¿te acuerdas? Imprimiré muchos, para que vayan a todas partes; la redacción será muy sencilla y directa para que la entiendan hasta en los pueblos más pequeños de México, donde casi nadie sabe leer. Iré a Belice, Guatemala, hasta Tierra del Fuego…

—Nina…

—Mi hijo vive y vendrá a verme. Estoy harta de permitir que los demás tomen las decisiones. Yo soy su madre. —Hizo una pausa,

alzó las cejas y suspiró, como si se desinflara un poco—. Dios. Necesito una copa. Acompáñame.

*

Sin esperar respuesta, Nina salió de la habitación y, después de vacilar un momento, Claudia la siguió a la sala. La vio servir ginebra en un par de vasos, agregar hielo, y agua tónica, dejando tras de sí una estela de humo y tarareando una melodía que le sonaba familiar (¿Mozart? ¿Bach?); quizá algo que Nina tocaba en el piano del que le había hablado Juan Martín al mediodía: «Le juro que a veces todavía oigo el sonido de ese piano, aunque sé que no está allí. Yo mismo ayudé a los de la mudanza a sacarlo de la casa». El tarareo se detuvo y Nina Blaisdel, con el ceño fruncido, se apartó del mueble bar y apartó con la mano una cortina.

—¿Cómo viniste?

—Me trajo John.

—Ah. Ya veo.

—No le costó encontrar la casa. Ya había estado aquí antes.

—Sí. Hace dos o tres semanas le pedí que viniera para hablar de un asunto personal.

—De Laura.

La sonrisa de Nina al volverse, antes de llevar su vaso a los labios, era un tajo anguloso en su boca.

—Entonces te contó. Probablemente repitió esa horrible historia que circula en el pueblo acerca de Laura y James.

—Me contó lo que todos pensaban, pero él…

—Espero, por tu bien, darling, que no le creyeras ni una palabra. ¿Te imaginas que semejante cosa pudiera ser verdad? ¿Un affair? James pudo tener a cualquier chica. En la universidad y en todas partes lo buscaban. Es guapo. Chicas ricas y bonitas, debutantes, herederas. Bellezas de todo Texas. Buenas chicas americanas. ¿A quién se le ocurre que se enredara con Laura? No tiene sentido, ¿cierto?

—No, claro que no —dijo Claudia, porque eso era lo que esperaba de ella. Ya no sabía qué creer, ni qué era lo que tenía sentido o dejaba de tenerlo. Cada pieza nueva que aparecía enturbiaba todo; la imagen que tenía de James iba disolviéndose en esas tinieblas y los meses que habían pasado juntos, desde ese primer día en Nueva York hasta el momento en que la besó en la mejilla antes de entrar a la cocina a felicitar a Isabel, perdían sus

contornos y cambiaban de forma siniestra, como las nubes que presagian la tormenta.

*

—Insisto: ni lo conoces —dijo Sofía mientras ella y Paula la ayudaban a ponerse su vestido corto en crêpe de chine marfil (encontrado de rebaja en un outlet de la avenida Lexington), la mañana de su boda—. ¿Cómo sabes que de veras quieres casarte con él? ¿Cómo sabes que no tiene una esposa en alguna otra parte, o si no es un, no sé, asesino en serie o… o… un Trumpista? Todavía puedes…

—Ya, déjala —dijo Paula, arreglándole las mangas del traje—, igual tú estás loca, pero feliz, ¿no, Claudia?

Ella asintió, mirándose al espejo, y sonrió; se había peinado más temprano; un sencillo moño a la francesa, adornado con botones de gardenia.

—Mis padres se casaron a los cuatro meses de conocerse, ¿se lo conté?; de hecho, mi papá se iba a casar con alguien más cuando se conocieron. Mi mamá era secretaria de un muy amigo suyo y por eso la veía, cuando iba a visitarlo a su oficina, pero nunca pasaban del saludo, buenas tardes y eso. Se hablaban de usted. Cuando mi papá por fin se iba a casar con la novia esta que tenía, que vivía no sé si en Culiacán o en Torreón, pero era en el norte, pasó a despedirse de su amigo y de ella. Mi mamá le preguntó si ya no volvería por ahí. Él dijo: «Señorita, yo solo volvería a esta ciudad para casarme con usted». Ella se rio, y le dijo: «¡Qué cosas dice, ingeniero!», y como por arte de magia, cuando mi papá fue hasta esa otra ciudad, para ver a la que era su novia en vísperas de la boda, ella le dijo que no quería casarse, sino darle otra oportunidad a su ex. Mi papá le dijo que perfecto, que recuperara los depósitos de la boda y le mandara su mitad. Luego tomó su coche, manejó casi dos días en carretera y al llegar a la ciudad fue directamente a buscarla a su oficina, subió corriendo tres pisos y en cuanto la vio le dijo que había vuelto para casarse con ella. Así, sin más.

—Obvio, tu madre dijo que sí.

Ella asintió mientras terminaba de pintarse los labios.

Paula sonrió.

—Qué romántico.

Sofía se asomó al espejo, sobre el hombro de Claudia.

—Sí, muy. Como de película. Pero, Claudia, sigo pensando que

luego, no digo mañana, pero algún otro día, puedes darte cuenta de que todo esto es un impulso: No sabes quién es el hombre con el que te casaste.

Iba a protestar; ya estaba de por sí bastante nerviosa, pero no pudo. Mina llamó por el interfón desde la calle para avisar que ya estaba el Uber para llevarlas al ayuntamiento; Claudia tomó el asiento delantero, ramo en mano, y durante el trayecto hasta el centro de Manhattan no se permitió pensar en nada de eso, bloqueándolo con la misma eficiencia que había aplicado a otras cosas —quedarse huérfana por fin ya adulta, la incertidumbre del futuro, las dudas sobre sí misma— hasta mucho después.

No sabes quién es el hombre con el que te casaste.

No sabes…

*

—No sabes el infierno que fue, cuando Laura murió —dijo Nina, terminándose la ginebra, el resto de los hielos agitándose en el vaso —. Y, además, en nuestra propiedad. El colmo, si me preguntas. Un infierno, Claudia. No exagero. Desde que sucedió, empezó a salir en los periódicos. No solo en los de Brownsville; en todo Texas. Hasta en los nacionales, pero los más amarillos, como el New York Post. Todos eran unos buitres, querían hacer leña del árbol caído; criminalizar a la víctima. Es verdad que Laura no era mi amiga, ni me caía bien, pero no entiendo esa necesidad de culparla de su propia muerte; ella era una criatura patética y terriblemente necesitada, pero no tenían que decir que buscaba la compañía de otro hombre, reducirla a eso. ¿Y sabes qué era peor? Que los chismes no eran sobre John, porque fuera desconsiderado con su mujer, se las tomaron con James. Se ensañaron con él porque era joven y vulnerable. Donde fuéramos, había murmuraciones, incluso antes del funeral, al que le prohibí que se presentara. De pronto sonaba el teléfono, descolgábamos y no respondía nadie, solo se oía respirar.

Nina miró al vaso como si buscara un sorbo más.

—Llegaban anónimos al buzón, aunque nunca se los enseñé. Terminé por mandarlo de viaje y llamé a la oficina del comisario Truman, que mandó a Rojo al rancho para discutir lo que pasaba. Hablamos, pero no pudimos entendernos. Él también tenía la idea de que James era de algún modo responsable, aunque fuera indirectamente, y no hubo manera de hacerlo cambiar de parecer.

Desde el primer momento que vino a tomar declaración tuvo prejuicios en contra de James y por eso realmente nunca trató de encontrarlo, ¿entiendes? No lo buscó bien porque no le dio la gana hacerlo. Claro que hizo todo un show, con sus viajes a Matamoros y Juárez. Durante cierto tiempo le pudo ver la cara a sus superiores, pero al final se dieron cuenta y por eso lo echaron de la Policía.

—Oí que había sido por motivos personales…, creo que a su esposa no le gustaba que trabajara en la Policía y, cuando terminó el caso, renunció.

La mujer la miró de reojo, con desdén.

—Qué estupidez. Alguien como ese hombre, que es un tipo tan arrogante, jamás, ¿me entiendes?, jamás hubiera abandonado la autoridad que da semejante puesto, por no hablar de su pensión, por el capricho de una ramera.

—¿Cómo sabe que su esposa es una…?

—Las cosas se saben, darling. A Rojo lo despidieron.

—Cuando hablé con él esta tarde, se disculpó por cómo habían sido las cosas y parecía muy sincero. No puedo creer que no haya hecho todo lo posible por encontrar a James.

—¿No puedes…? Claudia. Por favor. ¿Qué más te dijo? Porque estoy segura de que Rojo no se acercó a hablarte nada más para ofrecer una disculpa. Esa gente jamás se disculpa sinceramente. Su ego se lo impide. Y, créeme, si Luis Rojo quiere un día suicidarse, solo necesita trepar hasta la cima de su ego y dejarse caer en picada.

—Dijo que el caso ha terminado. Es decir, que yo…, que usted y yo no deberíamos seguir teniendo esperanzas de que pueda volver, que él cree que James murió esa noche, en el comedor. Isabel declaró bajo juramento que oyó el pleito y ahí había tanta sangre…

Nina encendió otro cigarro, exhalando con impaciencia. No me dejas ser buena contigo, Claudia, aunque lo intente. Eres imposible.

—Ya sé, ya sé. Matthew me dijo que leyó todo eso en el reporte forense de la chica Warner (conocí a Melinda hace muchos años, su madre estaba en mi grupo de canasta, la primera mujer negra en la Junior League de Brownsville, ¿sabes? Nosotros, pese a lo que se dice, no somos racistas). Pero aunque la conozco, no creo nada. Tú nunca has tenido esperanzas y yo no pienso dejar de tenerlas. A veces creo que tú no querías a mi hijo. Qué ironía que fuera por la muerte de Laura (que a su modo lo quería, no lo puedo negar) que tú lo encontraras. Sabrá Dios qué razón tendrías para casarte con él, pero estoy convencida de que amor no fue.

*

La cola de la oración fue el golpe de un fuete que Claudia no pudo evitar sentir. Se casó por amor, solo por eso podía una casarse con un hombre que conoce de tres semanas. Como su madre antes que ella, se había enamorado como una idiota y se dejó llevar por el momento. Esa mañana en Nueva York, en el City Hall con sus tres compañeras y su profesora Carmen Boullosa como testigos —después de la ceremonia civil, Carmen, alegre y generosa, los invitó a su casa en Brooklyn donde ofreció una comida para celebrar, el menú cocinado por ella misma; mole poblano con pollo y un arroz blanco perfumado con piel de naranja, plato que, explicó la anfitriona mientras servía con un cucharón de madera la especiada y aromática salsa con gusto a chocolate, salpicada de semillas de sésamo, es el gran platillo tradicional en las bodas mexicanas—, Claudia pensó que esto demostraba que cosas así, amores fulminantes, no solo le ocurrían a personajes de libros como Jane Eyre o Natasha Rostova, que existían en la vida real, aunque, al cabo de todo, la realidad se volvía tan horrible como este momento.

—Nina…, vi las cajas.

—¿Qué jodidas cajas?

—Las que están en el cuarto de visitas. Las que me dijo que iba a entregar a Goodwill.

—Ah, no, no, no. En ningún momento dije que haría eso, darling. Me las llevé de Briar Rose porque no tenía la mínima intención de discutir contigo, además, ya que estabas tan ansiosa por deshacerte de ellas, de todo lo relacionado con mi hijo, me pareció lógico traérmelas aquí en vez de dárselas a extraños. En esas cajas había cosas muy personales. Sus libros, sus discos, sus gafas… —Por un momento, Claudia oyó un quiebre en la voz de su suegra—. Claudia, por el amor de Dios, ¿cómo pudiste hacer eso…, intentar deshacerte de sus gafas? Sabes muy bien que James no puede ver a medio metro sin ellas.

—Pero podrían haberle servido a alguien, y James habría estado de acuerdo.

—No. No, no. Me dio pavor el solo pensar que alguien pudiera usar sus gafas. No lo pude soportar y las guardé para que nadie más que él las use.

—¿Y qué es lo que va a hacer con el resto de las cosas, Nina?

La mujer la miró de arriba abajo, como si la viera por primera vez.

—Voy a arreglar el cuarto que ya viste. Será su habitación. Vivirá conmigo de ahora en adelante. Tú puedes hacer lo que quieras. No te deseo ningún mal, Claudia, pero después de esto no quiero volverte a ver. Nunca. Lo único bueno de todo esto será que James se dará cuenta de la clase de persona que eres, lo diste por muerto sin que te importara nada. Solo el dinero. Porque no creas que Matthew no me dijo lo del testamento; que iba a partes iguales, todo para ti y para el hijo que ibas a tener, si le pasaba algo a él. —Hizo una pausa y dio otra calada al cigarrillo, agitando el humo—. O si tenían más hijos…, porque, aunque yo no me lo explico, quería tener más hijos contigo, no te hagas que no lo sabes, corazón, se dividiría en partes iguales entre el número de hijos y la madre. Al no haber nacido mi nieto, ahora todo pasa a ti. Pero está bien, quédate el rancho y el dinero. No hace falta. Luché mucho para salvarlo. Hice todo, todo, prácticamente, para que no se perdiera. No voy a pelearte nada por ahora. Pero cuando mi hijo vuelva, prepárate. Tú no sabes cómo es James cuando está furioso.

No sabes quién es el hombre con el que te casaste.

Claudia iba a responder, a preguntar por qué le había dicho lo mismo, prácticamente, a su vecina, y qué le daba esa certeza a ultranza, cuando la distrajo la llegada de un mensaje al celular. Era John: «Estoy afuera. Vámonos».

—Tengo que irme.

—Sí.

Claudia tomó su chaqueta y bolso del mueble donde los había dejado al llegar, y caminó hacia el hall. Antes de salir, volvió a ver el perfil de Nina, la cabeza erguida en el claroscuro formado por la puesta del sol en su melena como reflejos de una cascada de oro.

—Baxter vino por ti. Eres una tonta estúpida por caer directamente en sus manos. Solo va detrás de lo que pueda sacarte, no te hagas ilusiones, aunque seas tan joven y tan bonita, en el fondo, y ahora lo veo claro, eres igual de patética que Laura. Cortadas por la misma tijera. Dios, qué asco.

Ahí estaba el dardo envenenado, la puntería perfecta.

A esto se refería John. El corazón caníbal. El odio desenmascarado en la mirada de su suegra. Claudia tuvo que bajar la vista para evitar que siguiera traspasándola, la volviera de piedra.

Nina le dio la espalda; una colonia de mariposas escarlata sobre el fondo de seda negra de su kimono, ahora brillantes en la última luz de la tarde.

—Yo…
—Tú no existes.

20

Durante el camino de vuelta a Briar Rose, exhausta por tanta revelación —todo había resultado mucho más retorcido que cualquier episodio de La indomable, la telenovela que seguía fielmente esa temporada— y por su inesperado éxito como testigo ante la jueza, Isabel se quedó dormida, tratando de no soñar.

El día tuvo un efecto opuesto en Felipe, que se sentía inquieto y excitado. En su cara se veían aparecer y desaparecer, como señales de advertencia que se encendieran y apagaran continuamente, las luces de la autopista. Cuando se encontraba entre su familia y sus amigos, solía aparentar indiferencia a todo y limitar sus reacciones a una mirada fija e inexpresiva, o a encogerse de hombros o a veces algún movimiento de cabeza apenas perceptible. Ahora, repentinamente, necesitaba hablar, hablar mucho y con cualquiera que quisiera oírlo, pero no había nadie más que Isabel, que roncaba suavemente en el asiento junto a él, apoyada contra la ventanilla.

Adelante, su padre conducía en silencio, con el ceño fruncido, sin mirarlo.

*

Un asesinato. Era exactamente lo que había pensado Felipe tantas veces desde que vio la navaja abandonada, y ahora estaba ahí, dicho en todas sus letras. Como en las películas. Y, además, había ocurrido a unos metros de su casa.

—¡Pude haber muerto yo también! —dijo Isabel mientras caminaban desde la corte hasta el estacionamiento donde Juan Martín dejó la camioneta. Mientras él pagaba, su prima lo tomó del brazo con la mano izquierda, llevándose la derecha como un puño al pecho—. ¡Pude haber muerto como el señor Jim!

—No seas loca. ¿A ti para qué iban a matarte?

—Boo. Para que no dijera quiénes eran.

—Ni los viste.

—¡Pero pude, Pipe! ¡Pude!

Tal vez Isabel tenía razón. La muerte llegaba de repente y siempre nos ronda.

Él mismo había estado jugando en el porche cuando su madre había muerto; era muy pequeño como para recordarla, pero de ese día le quedaba clara la imagen de Mercedes dándole de comer en la mesa de la cocina, mientras él veía Sesame Street, y luego dándole un beso en su esquiva mejilla antes de que él saliera a jugar, mientras la lavadora terminaba su ciclo y ella cambiaba el canal. No sabía que era la última vez que la veía; pero nadie nunca realmente sabe cuándo es la última vez que ve a alguien más. ¿Sabría la señora Claudia que no iba a volver a ver a su esposo? Felipe pensó que, para alguien de su edad, ya conocía a bastante gente que había muerto: no solo estaba su madre; también la señora Laura, que fue amable y nada condescendiente con él las veces que la había visto en el rancho o en el pueblo. Le dio pena enterarse de su muerte, y más que hubiera sido tan horrible, que dijeran que se había matado, que estaba loca. Y ahora, el señor Jim, que era seco pero justo y que nunca se había portado mal con él —aunque su papá no pudiera decir lo mismo—. Pensó en Pinta, que crecía siete años por cada uno que él pasaba.

Fuck it. Hasta los perros se mueren.

Felipe pensó —no era la primera vez que lo hacía— que a él también le gustaría irse de Briar Rose, como Daniel su hermano. Así, nada más. O como James, cuando pensaban que se había ido, no que lo hubieran matado. Solo irse. Hacer autoestop en la carretera, hasta llegar a Chicago, tal vez (nunca había estado en Chicago, no conocía a nadie ahí. Por eso le gustaba la idea), o quizá a Oregon, con Daniel. O a lo mejor irse a Nueva Orleans. A donde fuera. No conocía otra cosa que no fuera el rancho, o River Heights y Brownsville, pero ahí todo era siempre igual. Por eso cuando oyó a Daniel discutir con Juan Martín el verano pasado, en secreto le dio la razón.

—… es que tú no me entiendes, papá.

—¿Entender qué? No sé por qué quieres irte, y más cuando te vamos a necesitar aquí, Daniel.

—Tú tienes a Pedro. Que él te ayude.

—No es suficiente.

—Para Pedro sí, papá. Yo no voy a ser esclavo de Jaime como él.

—Nadie es escla…

Avergonzado de escuchar a escondidas, Felipe se puso los audífonos y siguió navegando en su laptop, aunque no podía dejar de pensar que él tampoco quería quedarse para siempre ahí. No veía futuro en quedarse a sembrar y cosechar calabazas. Isabel le

dijo más de una vez que él iría a la universidad porque «es lo que tu mamá quería. Cuando naciste, Mercy dijo que tú ibas a tener estudios, que ibas a ser alguien, que por eso se habían sacrificado tanto». Pero Daniel no tenía estudios mas allá del junior year y era alguien, tenía un buen trabajo en una armadora de aeropartes en Portland. Y Pedro también era alguien, aunque siempre estuviera de un humor raro, y fuera tan callado. Siempre podía irse a Chicago y empezar algo ahí; había consultado todas las páginas sobre la ciudad y sabía dónde podía ir a buscar trabajo, dónde podía vivir. Estudiar. Ser alguien lejos de esa tierra plana y del río medio seco, de la gente que siempre le preguntaba por la escuela, de los días largos y aburridos.

Lejos de tanta muerte.

*

Cuando llegaron a la casa, era de noche en todo el valle.

La señora Claudia no estaba aún de vuelta, y tal vez llegaría más tarde (podría estar con el señor John), así que Isabel, alerta después de dormir en la carretera, ofreció hacer enchiladas verdes para que cenaran todos en casa de Juan Martín.

—Seguro Pedro no ha comido, y así vamos poniéndolo al corriente del día.

Juan Martín pensó que en realidad lo que su prima, poco propensa a ir a su casa, quería hacer era revivir su gran momento en el estrado y darse importancia; en otras circunstancias le habría dicho que no, que se quedara en la casa grande a esperar a la patrona, pero accedió. Estaba tan cansado que no tenía energía ni para freír un huevo. Mientras manejaba de regreso, aprovechó en silencio en la pickup para pensar. Aún sentía que su declaración lo incomodaba. De algún modo, lo dicho bajo juramento esa mañana lo perseguía. Pensó en Mercedes y lo que ella podía haber dicho si hubiera estado en el tribunal.

—Hice lo que tuve que hacer, mujer.

—Nadie te lo reclama.

—Tú me estás reclamando. Aunque no me lo digas.

De estar sentada con él, Mercedes tendría la vista en el camino, las líneas blancas sucediéndose mientras la camioneta avanzaba.

—No, Juan Martín. Solo cuidado cuando hablas. Recuerda lo que prometimos.

—No tiene nada que ver.

—Lo hicimos por nuestros hijos, Juan Martín.

Mercedes siempre había sido así: serena, valerosa bajo una capa de silencio. Hasta cuando habían cruzado la frontera, entonces era una muchacha apenas, se habían casado y al día siguiente salieron de Tacámbaro rumbo a la frontera. La recordó tendida a su lado, en la plancha del camión, cubiertos por una lona, tomados de la mano, al cruzar por Laredo. Iban temerosos en ese momento, pero no tanto como lo estarían después, cuando viniera Pedro en camino y ellos iban a salto de mata. La veía de perfil, sus ojos cerrados, conteniendo la respiración mientras pasaban el puente. Treinta y cinco años y todavía el peso en su corazón y en su estómago, mientras tomaba la salida de River Heights y luego el camino hacia Briar Rose.

Nuestros hijos, Juan Martín.

Mercedes habría hecho cualquier cosa por sus hijos. Era muy escaso consuelo pensarlo en ese momento, pero ella sabría, de algún modo, que él también tuvo que hacer lo mismo.

*

—… Y ahora solo hay que esperar a ver qué decide la jueza Jackson.

Pedro, sentado en la mesa de la cocina, hizo un gesto mientras daba un trago a su cerveza. Isabel los veía desde la estufa, mientras freía salsa para enchiladas, atenta a todo lo que decía Juan Martín.

—¿Crees que tarde mucho en decidirse?

—Yo creo que ya lo hizo. Mañana o pasado los manda llamar y dará su veredicto.

—Pero si era tan simple, ¿por qué no lo dijo cuando estaban todos en la corte?

Juan Martín se encogió de hombros. En vez de cerveza, se había servido un tequila derecho.

—Porque así se hace. Se supone que va a revisar todos los testimonios y estudiar informes del laboratorio antes de tomar una decisión. No es tan fácil declarar una muerte, verdad. Toma su tiempo.

Pedro estaba molesto, y su padre podía notarlo. Cuando se enojaba, aun desde niño, se expresaba con mucha precisión.

—Yo creo que el abogado MacCloud trató de culpar a los viseros de matar al señor James. Acusar a hombres que no están presentes para defenderse es muy de la justicia de aquí. Y más ahora con ese

comemierda que quiere ser presidente. No se cansa de repetirlo. Qué conveniente que no estaban, ¿no?

—No estaban porque no pudieron encontrarlos. Si los hubieran encontrado les habrían hecho un juicio justo, hijo.

—¿Juicio justo? Right Now? C'mon, pá.

Isabel intervino, sin dejar de remover la salsa en la sartén.

—Boo. Además, los hombres que son inocentes no se esfuman así nomás. They ran away. Poof! Como humareda.

Juan Martín estuvo de acuerdo.

—Estos lo hicieron.

—Así y todo, pá, no me parece bien que los acusen en el tribunal. Suponte que a ti te hicieran lo mismo y no te hubieran dado la oportunidad de decir: «Soy inocente». Esto es lo que han estado diciendo en televisión. Que los que vienen de México son bad hombres, son violadores, asesinos…

—¡Es que sí son bad hombres! No dieron sus nombres verdaderos, ¿no entiendes? Me mintieron, Pedro. Llegaron aquí con mentiras. ¡Me vieron la cara!

—No importa. Por unos, pagan todos. Y ahora con la elección es lo que quieren que crean, que somos criminales. Y tú les diste cuerda para que nos ahorquen.

—No es cierto. Yo no.

—Tú y MacCloud culparon a hombres que no pueden defenderse, solo por…

—Enough! ¡Chole! Si no te parece bien la forma en que el señor MacCloud llevó las cosas, verdad, llámale para decírselo, pero no me metas en nada. A ver qué te dice.

—Ya estás metido —dijo Isabel—. Tú diste los nombres y el registro desde el año pasado.

—¡Tuve que hacerlo porque me lo ordenaron!

—Eso dice todo el mundo —dijo Isabel, desmenuzando pollo para rellenar las enchiladas—. Lo ves en la tele: I was following orders y ya. I killed these guys porque my orders.

—Es la ley.

—Ah, claro, tú habrías llevado el caso mucho mejor que Luis Rojo, pá.

—Pues a lo mejor sí… Bueno, ya te dije. Haz una lista y se la mandas, pero no pierdas el tiempo diciéndomelo a mí. Yo no…

—Y encima —dijo Isabel, bajando la flama— no sé cómo se les ocurrió llamar a Catalina para que fuera a declarar, con el pelo pintado y vestida como una… una…, you know. Boo, al menos yo

me puse medias.

Pedro abrió más los ojos.

—¿Qué Catalina? ¿Cathy?

Isabel sacó una cebolla del refrigerador y empezó a pelarla. Nunca le lloraban los ojos cuando la rebanaba.

—La misma. Fresca como la mañana. Y con un baby. Creí que se había ido lejos. Y de repente vuelve a aparecer, en el tribunal, ¿viste al bebé, Juan Martín?

—Sí.

—¿No crees que se parecía a…?

—Era un bebé. Como cualquiera.

Pedro miró a Felipe.

—¿Tú también lo viste, Peeps?

—Yup. Cathy lo traía en brazos.

Juan Martín se frotó los ojos, como si fuera él a quien lo hiciera llorar la cebolla.

—Fue una pendejada traerla a la casa.

Isabel siguió con lo suyo, dándole la espalda.

—Felipe, saca la crema y las tortillas del refrigerador. ¿Pendejada? Yo no la traje. Fuiste tú.

—Fue idea tuya que se viniera para acá después de que murió su patrona.

—Mr. Baxter ya no la necesitaba y ella estaba mal de los nervios. Es pariente. No la íbamos a dejar sola así nomás, Juan Martín.

Él pudo ver cómo el enojo de Pedro se tornaba furia; las venas palpitándole en las seines, los ojos inyectados.

—¿Un niño, papá? ¿Catalina tuvo un hijo? ¿Daniel lo sabe?

Isabel bañó las tortillas de salsa con una sonrisa.

—No sabe, ¿verdad? No le dijiste, pá.

—No.

—Mejor así —Isabel le hizo una seña a Felipe para que se sentara—, Daniel no era él único con el que Cathy se revolcaba en River Heights. Tenía ideas muy locas en la cabeza, yo creo que por leer todos esos libros raros que le dio Mrs. Laura, que Dios me perdone, pero también ella estaba reteloca, pobrecita. Cathy hacía cosas muy raras. Igual ese niño no es tu nieto, Juan. Okey, esto ya está y tiene muy buen aspecto. ¿A quién le sirvo primero?

TERCERA PARTE

21

El éxodo de automovilistas procedentes del centro de Brownsville hacia la zona conurbada comenzó como todos los días laborables a las cinco de la tarde. Para cuando John Baxter salió de la subdivisión de Río Viejo a la autopista, los accesos estaban repletos de hileras de automóviles que esperaban su turno para incorporarse. Con las ventanillas abiertas, como a John le gustaba conducir, era imposible hablar. Por encima del estrépito del tránsito solo se habrían podido oír ruidos muy fuertes, gritos de cólera, de angustia o de terror.

Claudia agradecía no tener que abrir la boca en ese momento; fue un día extraño desde el principio —aún recordaba la horrible sensación de su sueño; seguida por el pesar que se había ceñido a ella en la corte desde su declaración—. Ahora, tras esa última discusión con Nina, no sentía más que una especie de pena gris y silenciosa. Las lágrimas que se le acumulaban en los ojos se secaban con el viento y le dejaban las pestañas húmedas, sin que ella hiciera algo por enjugárselas. ¿Por quién lloraba, exactamente? ¿James? ¿Diego? ¿Por ella? ¿Por lo que no fue? Eran muchas cosas dándole vueltas en la cabeza, pero prefería el silencio, únicamente roto por la música en la radio (Kate Bush, luego Pat Benatar), que John había encendido y servía para aislarlos de lo que pendía entre ellos. Mientras veían el tráfico, intercambiaron las primeras palabras del recorrido.

*

—¿Quieres que paremos a comer algo, Claudia?

—Si quieres…

—Ahora puedes tomar tus propias decisiones.

Lo miró por un momento. John sonreía.

—Tienes razón. Sí. Tengo hambre.

—¿Ves qué fácil?

Claudia asintió, sin decirle que su decisión no tenía nada que ver con comer ni tampoco con estar a solas con él. Lo único que quería era asegurarse de que no volvería a una casa vacía, de que

Isabel tendría tiempo suficiente para llegar antes que ella, que habría luces encendidas para recibirla, dar la ilusión de que era una casa habitada por algo más que fantasmas.

Se detuvieron en Vermillion, un restaurante decorado como plató de una película de los sesenta, o un cómic de Archie. La anfitriona los condujo a un gabinete junto a la ventana. Nos va a ver todo el mundo, pensó Claudia mientras revisaba el menú, consciente de la gente que pasaba por fuera, y que seguramente la verían sentada frente a John. Ahora sí tendrán algo más de qué hablar.

—Me gusta aquí. Es el lugar clásico para las primeras citas.

—Esta no es una cita, Jack.

—Te acordaste.

—¿Así te decía Laura?

John apretó un poco los labios, como sin darse cuenta.

—A veces. Pero era raro que usara mi nombre. ¿A ti cómo te decía James? ¿Tenían algún apodo?

—No. No estuvimos casados tanto tiempo…

Claudia siguió leyendo la carta. Su apetito de repente se había tornado voraz, espoleado por el olor proveniente de la cocina.

—¿Qué son los nachos irlandeses?

—¡Ah! Son especialidad de aquí. Como los nachos pero hechos con patatas y tocino en lugar de jalapeño y tortilla chips. Son mucho para un estómago como el tuyo —dijo John, sonriente, mientras señalaba a la camarera.

—Entonces eso voy a pedir.

—¿Segura?

—Estoy decidiendo por mí misma, Jack.

Pidieron la orden, él cerveza y ella té helado; John se quitó la corbata.

—Supongo que de chico James debió de tener alguna novia y traerla aquí.

—No creo. Estuvo poco en el rancho cuando creció, y no tenía amigos. Ni novia.

—¿Él te lo dijo?

Claudia se encogió de hombros.

—Algo comentó cuando volvimos de Nueva York, en coche. Tuvo algunas amigas esporádicas. Ninguna duraba mucho, y menos aún después de conocer a Nina. De eso me di cuenta después. Isabel también me contó algún detalle, pero creo que no dijo todo. ¿Tú tuviste muchas novias?

—¿Yo?

Claudia abrió más los ojos. Sí.

La camarera trajo sus bebidas.

—Algunas, pero nada serio hasta la universidad… Viví con una chica un par de años cuando estaba en el posgrado, luego rompimos y después, cuando entré a Goldman Sachs y me mandaron a Londres, conocí a Laura.

—Cuéntame.

Él dio un sorbo a su Heineken.

—¿De veras quieres saber?

—Tengo curiosidad y, ahora que los dos se han ido, no veo por qué no recordarlos como los vimos la primera vez.

*

John tenía poco de haber llegado a Londres en la primavera de 2002, cuando uno de sus compañeros rompió el protocolo de glacial cortesía en la oficina, asomándose a la puerta de su despacho en el noveno piso del edificio en Fleet Street.

—Oye, tú no tienes amigos aquí, ¿o sí?

John no supo qué responder. ¿Tanto se notaba que básicamente llevaba dos semanas comiendo solo en la cafetería del edificio o en restaurantes cercanos?

—Algunos.

—Mentiroso.

El intruso, alto y rubio, dijo ser Arthur Holmwood, igualmente en el área de fondos de inversión. Se estrecharon las manos.

—¿Quieres venir a tomar algo? Vamos a Covent Garden.

—Bueno, en realidad tengo…

—Otra mentira. Mientes muy mal, viejo. Mira, no es nada formal, solo quitarnos de encima el puto trabajo, pasarlo bien con algunas chicas… ehm… ¿Te gustan las chicas?

John empezó a reírse mientras asentía. No era una broma, pero eso le dio más risa. Holmwood le devolvió una sonrisa socarrona.

—Súper. Porque si te gustan los chicos no hay problema. Podemos presentarte algunos también.

—Dime dónde.

—Paso por ti a las siete. Prepárate, viejo. Esto no va a ser lo que esperas que sea.

The Crush Room, el pub frecuentado por Holmwood y sus amigos, casi todos ellos empleados en The City, estaba anexo a la

ópera, adornado con candelabros del siglo XVIII, espejos y cuadros antiguos en las paredes. John ordenó escocés y se acomodó en la larga mesa que su nuevo amigo comandaba, aceptando su rol como la novedad entre el grupo. «¿De dónde eres?» «¿Dónde estudiaste?» «¿Dónde vives?» «¿Te estás acostumbrando?» Algunos encontraron pintoresco que hubiera subarrendado un estudio en Bloomsbury, a la vuelta del Museo Británico —te gustan las momias, ¿eh?—, y que hubiera crecido en una granja en un área rural del estado de Nueva York. Más les sorprendió que pese a su origen provincial captara el humor que manejaban y que pronto estuviera cómodo, aunque definitivamente no eran su tipo de gente.

—Aunque no sé a quién engaño, Claudia. La verdad es que estaba tan enfocado en estudiar, primero, y después en mi trabajo, que no pude sostener una relación con la que fue mi novia, mucho menos buscar un «tipo de gente» con la que salir.

Laura apareció un poco más tarde esa noche, con la gente que recién salía de la función de La sonnambula, y si hubiera estado sentado de espaldas a ella, seguramente no la hubiera visto entre la multitud bien vestida que empezó a entrar, guareciéndose de la lluvia repentina.

Lo primero que vio fue el reflejo del cabello rojizo que le llegaba suelto hasta la espalda, al pasar cerca de la mesa, capturado en el espejo que iba de pared a pared, salpicado de flecos dorados. Llevaba una capa —eso la diferenciaba de las demás mujeres en otras mesas— y guantes largos; su grupo parecía mucho más bohemio (y menos adinerado) que el de Holmwood y tuvieron que acomodarse en torno a la barra. Bajo la capa, que se quitó un poco después, llevaba un vestido largo, en marfil y oro. Parecía más una mujer salida de uno de los cuadros prerafaelitas que había visto su primer fin de semana en la Tate Gallery, que una de las muchas muchachas paseándose por la ciudad.

Aunque se mantenía atento a la conversación en la mesa —puntos porcentuales, boletos para conciertos, weekends en el campo, el costo de los Porsche comparados con otros autos, ¿es mejor el Pinot Noir que el Merlot?—, sus ojos volvían siempre a la pelirroja, a unos metros de él. Sus zapatos, por ejemplo, parecían diferentes a las plataformas que llevaban otras chicas. Su maquillaje también.

—Laura era como de otra época. Al menos esa noche se veía así, ¿sabes? No se parecía nada a ninguna otra mujer que hubiera visto antes, Claudia.

—James me dijo, cuando nos conocimos, que de algún modo yo se la recordaba.

John la miró de frente, entrecerrando los ojos. La camarera trajo sus primeros platos.

—Sí. Tal vez. Lo había pensado también. Quizá la manera de mover las manos. O los ojos; la manera de sentarte y cuando hablas. Hay algo. Pero no necesitas ser idéntica a alguien para parecértele.

—Supongo que no. Sigue.

*

Vio a Laura jugar con hebras de su cabello, echar la cabeza atrás para reírse, quitarse los guantes que le llegaban al codo —tiempo después ella le diría que los llevaba esa noche porque, después de todo, eran guantes para la ópera—, inclinarse para escuchar un secreteo por parte de una de sus acompañantes. Cada movimiento era exacto, anticiparlo se volvió un pasatiempo; era como observar una jirafa en libertad, o un ave con mucha gracia.

Al cabo de una hora, los amigos de Holmwood empezaron a inquietarse y a hablar de irse a bailar a un club; apuraron sus tragos, aunque Holmwood, que había sido un Virgilio excelente, no parecía muy dispuesto a levantarse de su sitio.

—¿Tú quieres ir a bailar, viejo?

—No, no creo.

—Bien. Váyanse ustedes. Yo me quedo con el novato.

Pidieron otra ronda, ahora rodeados de sillas vacías.

—Te gusta esa chica.

—¿Cuál?

—Te digo, viejo. Mientes muy mal. La de dorado, que está con toda esa gente rara. Son gente de teatro, seguro.

—¿No te gusta la ópera?

—Tengo «odio la ópera» tatuado en el pecho, viejo.

Se rieron. Holmwood bebió un poco más.

—Es guapa. Háblale.

—No.

—¿Le hablo yo?

—¡No!

—Su amiga no está mal. Podría llevármela a casa.

—No hablas en serio.

—¿Por qué no? Había oído que algunos americanos eran puritanos, pero esto es absurdo. ¡Tienes pito entre las piernas!

¡Úsalo!

—No quiero… eso.

—Ah. Entonces te gusta para algo más. Tratarla como una dama. Esas cosas.

John le echó una mirada a Holmwood.

—No creas que soy un puerco. Si la chica te interesa, igual, háblale. Di «Hola, cómo te va». No te vas a morir por eso, y ella no te va a abofetear.

—¿A ti te han abofeteado mucho?

Holmwood le señaló una pequeña cicatriz, casi imperceptible, entre la nariz y su ojo derecho.

—Cherchez la femme; un diamante de dos quilates. Me dio con el revés de la mano. Y además se quedó con el anillo. Son cosas que pasan. Uno aprende. Y lo que te dije de llevarme a su amiga y de que usaras el pito, viejo, créeme, estaba bromeando. Bueno…, a la amiga me la llevaría. —Rio y luego, de pronto, se puso serio—. No te quedes con las ganas de decir «Hola». El arrepentimiento que te dan estas cosas luego es una lata.

John pensó un momento en las posibilidades; ¿qué podía decirle? ¿No? ¿O lo vería por encima del hombro para después ignorarlo? Daba igual. Pero si se quedaba ahí, sin hablarle, Holmwood tendría razón y pasaría la mañana del sábado pensando en que se había acobardado y en sus guantes. Al volverse, la vio dirigiéndose a la puerta, poniéndose la capa. Holmwood le dio un puntapié en el tobillo.

—¡Ve!

—Pero la cuen…

—No seas idiota. El lunes me pagas. ¡Ve, viejo, ve!

*

—Salí, y no la veía. Pensé que la había perdido, pero caminé unos pasos y la encontré bajo uno de los estandartes rojos de la Royal Opera House; por alguna razón se le había desarmado el bolso, que era una antigüedad y no muy confiable, así que estaba en cuclillas, con la famosa capa, tratando de recoger monedas, su cartera, el teléfono, de la acera mojada. Era un desastre. Me acuclillé junto a ella y empecé a ayudarla. Ahora lo pienso, y siento que éramos otras personas. O que yo era otra persona, aunque Laura fuera la misma siempre, de un modo o de otro. Para empezar, yo no me parecía nada a como me veo ahora. No tenía esta barba,

por ejemplo. Los dos éramos más o menos como de tu edad ahora; ¿tú cuántos años tenías en 2002, Claudia?

—Depende de la fecha. Doce o trece.

—Era marzo.

—Entonces, doce.

—Una niñita.

—No te hubiera caído bien entonces. Era una niña muy odiosa.

John rio, y cortó otro trozo de su filete.

—¿Ella te dejó que la ayudaras?

Él arqueó las cejas como Groucho Marx y Claudia no pudo evitar que se le escapara la risa.

—¿Tú qué crees?

*

Se arrodilló junto a ella y Laura lo miró con extrañeza, mientras le alcanzaba el teléfono celular y algunas monedas salpicadas de lluvia.

—Gracias.

—Cómo te va.

—¿Es broma?

John pensó que ahí se acababa todo. Se levantó. Volvería a la mesa, a sentarse en la silla de terciopelo rojo, para que Arthur Holmwood se burlara de él hasta ponerse morado. Luego pedirían otra ronda y se emborracharían totalmente, para vomitar luego en alguna alcantarilla. Eso.

—Lo siento.

—No sientas culpa, este bolso es viejo. ¿Te vas a quedar ahí? ¿Quieres ayudar a levantarme, al menos?

Ella le tendió su mano enguantada y él la tomó. De pie y de cerca, era tan alta como él, uno ochenta.

—Soy Laura DeMille.

—John Baxter. ¿Eres actriz?

—Dios, ¡no! Soy maestra del disfraz. Es otro arte diferente.

Él asintió, no muy seguro de que estuviera tomándole el pelo. Su voz era grave, educada.

—¿Qué vas a hacer ahora, John Baxter?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Podemos pensarlo mientras caminamos. ¿Qué te parece?

*

Ella le contó que era parte de uno de los equipos de escenógrafos contratados por la compañía de ópera; se había graduado de la Royal Saint Martin's hacía unos años y venía del norte. Él le dijo que eso sonaba más interesante que lo que él pudiera contarle, y Laura casi le dio un coscorrón.

Caminaron hacia el South Bank, mirando el Támesis iluminado por el enorme ojo del milenio; ella le dijo que la función fue la última de la temporada, y después vendría Carmen, en cuya producción no había participado.

—Pero sí en Madame Butterfly, Tristan e Isolda y La vuelta de tuerca. Esa es mi favorita hasta ahora; ahí también colaboré con vestuario.

—Nunca la he visto.

—¿No? ¿No vas a la ópera?

—Sí, alguna vez. Pero la verdad no me he hecho el tiempo. Es algo que debería buscar.

—Si tú quieres, hazlo.

Le preguntó por su trabajo y su interés parecía genuino; no se le ponían los ojos vidriosos al oírlo hablar de finanzas como le pasaba con algunas chicas en Nueva York. Dijo que le parecía interesante, básicamente porque era algo que a él parecía gustarle, y todo lo que hacía que una persona quisiera dedicarse a eso era algo que debía ser digno de interés para los demás. Al menos si la persona en cuestión era interesante también.

—No creo ser tan interesante, Laura.

—Te vi mirándome todo el tiempo que estuve ahí. Por supuesto que eres interesante. Me preguntaba qué serías.

—¿Y qué pensabas?

—No tenía idea. Con esas manos pareces hombre de campo. Leñador, o un granjero.

La primera vez que oyó a Laura reírse con él —una risa muy distinta a su risa en público, más baja, más cómplice— fue cuando él le confirmó que, de hecho, había crecido en una granja lechera, ordeñando vacas.

—¡Bingo!

*

—Después seguimos viéndonos cada vez con más frecuencia; ella

me llevaba a ver producciones en las que colaboraba freelance, haciendo vestuario; de hecho, su vestido, la capa y los guantes, hasta los zapatos, los había comprado como vestuario para una obra de Noël Coward, por eso parecía de otra época. Cuando estábamos en Londres, muy al principio de todo, a veces le gustaba disfrazarse. Una vez vino a mi estudio con un mono de cuero negro y botas, como Mrs. Peel, de Los Vengadores, no sé si sabes de qué hablo… —Claudia asintió—. Bueno. A veces íbamos de fin de semana a algún hotelito en el campo, otras nos quedábamos en mi casa o la suya a ver películas viejas en DVD. Me contó de sus lecturas favoritas. La que más le gustaba de toda la vida era una novela que se llama Rebecca, tal vez la hayas oído…

—Anoche soñé que volvía a Manderley.

—Exacto. De niña la obsesionaba y seguía leyéndola un par de veces al año, por gusto. Decía que si tuviera algún talento musical escribiría una ópera basada en ese libro. Hablábamos mucho. Laura tenía muchos talentos. No sé qué te han contado acerca de ella, pero la verdad es que, pese a sus problemas, era una mujer muy inteligente y muy sensible.

—Cathy me dijo algunas cosas. Era buena con ella, le daba libros.

—Ah, sí. Fue su «compañera» un largo tiempo. Su proyecto. Yo le decía que era como el profesor Higgins, pero no haría una duquesa de una muchacha como ella. Eso también la hacía reír. Al menos al principio. Pero creo que, a la larga, Cathy fue buena alumna. Como te dije, estoy seguro de que al menos un poco del espectáculo que montó en la corte hoy fue por cosas que aprendió de ella.

—¿Cómo fue que llegaron a Texas?

John respiró hondo, robándole una patata de la orilla del plato.

—Nos casamos en 2004. Holmwood fue nuestro padrino. Insistió en que fuera una boda a la inglesa. Como en la película esa, ¿te acuerdas? La de las cuatro bodas; hubo flores blancas y yo llevaba sombrero de copa y un ministro anglicano nos leyó el Cantar de los Cantares. Laura estuvo feliz ese día, con un vestido de novia victoriano que le reconstruyeron sus amigas del teatro. La fiesta fue intimidante y estupenda; el padre de Arthur tenía una mansión —una verdadera mansión, cuarenta habitaciones y todo— en Kent y nos la ofrecieron. Yo me burlaba antes, siempre, diciendo que en Inglaterra todo el mundo decía que era hijo de un lord, y resultó ser que sí, mi amigo era hijo de lord Godalming y heredaría el título, la casa y toda la cosa. Para entonces, ya estaba él con Lucy, la amiga

de Laura que también trabajaba en la ópera, y pasábamos mucho tiempo juntos. Hace mucho que no sé de ellos. Espero que estén donde estén, se sientan felices.

—James y yo éramos felices.

—Perdón. Pero ustedes no tuvieron tiempo de saber qué eran, Claudia.

*

Cuando le ofrecieron volver a Nueva York, ahora con una vicepresidencia en J. P. Morgan, con mejor sueldo y prestaciones, John le dijo a Laura que era la oportunidad para hacer lo que quisieran: tener la tranquilidad económica para empezar una familia, que ella pudiera diseñar o escribir, sin ninguna preocupación.

—¿Para qué me consultas si quiero ir, cuando es obvio que ya aceptaste, Jack?

—No he aceptado. Pero creo que debería. Es por nosotros, Laurie.

—Nosotros.

Nosotros.

Sabía que ella padecía depresión crónica. Se lo había explicado cuidadosamente, al principio de todo; le habló del trastorno distímico, cómo se manifestaba, de los medicamentos que ahora tomaba. De su primer intento de suicidio, y cómo la habían pegado, con cinta adhesiva y terapia de grupo.

—Sé que todo esto suena muy Sylvia Plath, pero quería que lo supieras antes de que vayamos más en serio, John.

—Jack.

—Quería que supieras que a veces llegar al final del día es una proeza para mí. Y otras veces estoy bien. No soy bipolar, mi diagnóstico es diferente. A veces tengo brotes de angustia, de miedo, de tristeza, y tengo que luchar con ellos. Y no quiero que me veas como una carga, porque no lo soy. He sido independiente por años, y funcional. Pero también siento que debo ser honesta contigo. —La pausa fue larga, mientras se buscaban los ojos, la sonrisa trémula, pero real, antes de besarla—. Jack.?

*

—Al principio, para Laura fue difícil ajustarse a vivir en Estados Unidos, pero más aún en Manhattan, que, tú lo sabes, es

un país diferente. Le dio shock cultural, no podía concentrarse y no conectaba con la gente. Yo trataba de ser empático, pero mis horarios eran terribles y empeoraron a los pocos meses. Pasaron un par de años, y nos hicimos expertos en fingir que todo estaba bien. Resolvíamos juntos el crucigrama del Times los domingos, jugábamos tenis o paseábamos por el parque. No nos faltaba nada; Laura tomó un examen y se hizo voluntaria del Museo de Arte Moderno para hacer visitas guiadas. El status quo era ese. No hablábamos de nada que nos diera miedo, nos inquietara, nos entristeciera. Ni siquiera seguíamos tratando de tener un bebé. Si llegaba sería magnífico, pero ella misma decía que no era de vida o muerte tenerlo. Nos teníamos a nosotros mismos, ¿no? Eso era bueno. Eso me decía y yo lo creí siempre, porque se volvió experta en esconder los síntomas y yo en no percibirlos.

»Un día me llamaron de un hospital. La llevaron de urgencia. Había intentado matarse y la encontraron por accidente, porque la señora que limpiaba nuestro departamento regresó, antes de la hora prevista, de hacer la compra. No tengo que entrar en detalles, porque ya no importa. Pero puedo decirte que Laura se veía tan frágil en esa cama, sus labios azules, como si fuera de cera. Entonces me consumieron toda clase de culpas, remordimientos, miedos. Nadie es tan ciego, Claudia, como el que no quiere ver lo que tiene enfrente. Así que negocié mi despido, me liquidaron, removí casi todos mis ahorros de los fondos en que estaban y compré Garlands. Es cierto que siempre había querido volver a la vida de campo, que había sido un niño feliz en la granja de Lockport y que podía empezar de nuevo, o creía que podía empezar de nuevo ahí. Con ella. Volé un par de veces, mientras estaba internada en recuperación, para ver la propiedad y firmé la hipoteca, que era barata porque estaba casi totalmente abandonada. Cuando vine a verla, unos peones de tu rancho preguntaron si iba a comprarla, y dijeron que tenía fantasmas. En realidad, los fantasmas éramos Laura y yo.

*

—¿Así fue como ella conoció a James?

—En esa época. Últimamente he estado pensando mucho en nuestros años en Garlands, recordando cosas, algunas importantes, otras triviales. La depresión acabó por impregnar toda nuestra vida. Laura hacía esfuerzos y por eso contraté a Cathy, para que no

estuviera sola tanto tiempo. Fue con ella que se interesó por la jardinería, y por otras cosas. Y luego estaba James.

—¿Y Nina?

—La veíamos de vez en cuando, como relaciones entre vecinos; o en River Heights. Pero no era frecuente. El trato entre Laura y James, sí. Ella nos invitaba en Cuatro de Julio, en Labor Day o en Día de Gracias. Amable, pero…

—Fría.

—Sí. Y creo que esa frialdad suya era deliberada para con Laura.

Claudia vio cómo se encendían las luces del alumbrado público, la noche extendiéndose como una mancha de sangre sobre el horizonte.

—Estoy segura de que sería así con cualquier mujer que compitiera por la atención de su hijo. Lo mismo Laura le habría caído bien, y en otras circunstancias habrían sido amigas, pero si estaba demasiado cerca, como yo…

—Su corazón caníbal. Me como lo que amo, antes de que alguien más lo ame y me lo quite.

Sin pensar hizo un gesto; la sonrisa más lacerante que John había visto.

—Tal vez no eran más que buenos amigos.

—¿Como nosotros, Claudia?

Claudia soltó el tenedor y apuró el último trago de su vaso sin mirarlo.

—Llévame a casa, por favor.

—De acuerdo.

Baxter pidió la cuenta, mientras ella lo veía reflejado en la ventana. Había sido un hombre bueno. Generoso. James también. Y seguramente Laura habría sido una mujer encantadora y triste, pero también capaz de amar. En la superficie del cristal, conforme se extendía el crepúsculo todo se veía pardo, distorsionado. Pensó entonces en lo azaroso que era todo, aunque la realidad parecía siempre tan precisa para todo; en que las cosas horribles y trágicas, cuando ocurren, no distinguen a quién van a sucederle. Todo varía de un minuto a otro; lo peor del mundo también puede caer como cualquier rojo o negro en una ruleta.

Le pasa a cualquiera, no solo a otra gente.

Ahí estaban ellos, prueba irrefutable de la crueldad indiferente de un destino ciego.

22

En La indomable, Valentina, la protagonista, luchaba capítulo a capítulo desde el muy anunciado estreno en agosto, para no ser una mujer atrapada por su pasado (tan fácil, pensaba Isabel, que sería ordenarle: «¡Suéltame, pasado!»), y se defendía, aunque enfrentaba constantes golpes de la adversidad. El más reciente era que el amor de su vida, Luis Alberto, cayó en la cama con otra mujer que era ni más ni menos que la media hermana de Valentina, la pérfida Nora, que sí, era muy bonita, pero esa hembra era mala y se pasaba de cascos ligeros. Para pronto, ni a cascos llegaba y no tenía freno tampoco. Girl, that's just wrong!, pensó mientras ponía en orden la cocina, sin despegar los ojos de la pantalla.

Desde luego, como leal espectadora, Isabel sabía que el guapo Luis Alberto fue drogado con un rufi en su refresco y que mientras hacía el nasty con la tal Nora había alucinado que estaba con la mujer que realmente amaba; eso era para que ella, como público, no se enojara aunque Valentina, que los había pescado en la maroma, seguro estaría herida y celosa y faken angry por varios capítulos hasta saber la verdad, y entonces sí, que se cuidara la tal Norita, porque aquella le iba a arrancar las extensiones a jalones mientras la otra gritaba: «¡Ay, ay, deténganla, a esta mujer se le ha metido el diablo!». Pero seguro habría una solución y todo se resolvería hasta que llegara el siguiente golpe dramático que pondría a los espectadores al borde del asiento.

Es más, pensó Isabel, mientras doblaba las toallas olorosas a lavanda que había dejado en la secadora antes de salir para la corte esa mañana, esa era la constante que la reconfortaba y por eso las veía: en las telenovelas —a diferencia de series como Law & Order, o Los Soprano, que a todo el mundo le gustaban y que ella misma había tratado de ver pero no las entendía— todo siempre se arreglaba, tarde que temprano. No era como ese momento, volver a casa y sentir que algo estaba roto irremediablemente, aunque no fuera a decírselo a la señora Claudia, que de todos modos ya se habría dado cuenta por sí misma.

Aunque pasaba también en telenovelas como en Paraíso Maldito

—esa la había visto con Cathy, que se quejaba de lo malas que eran, no como los libros que le había regalado Mrs. Baxter—, que no había una certeza de la muerte de alguien si no había un cuerpo para demostrar que de verdad la persona había muerto o no: en esa telenovela la protagonista, Natalia de Jesús, creía que su galán, Carlos Augusto, murió en un accidente de avioneta y que se había calcinado en la selva del trópico, pero todo era un ruin engaño por parte de la odiosa doña Rafaela, la madre de este, para separarlos, porque you know, that woman, she evil. Recordó cómo Catalina la vio de reojo y echó un bufido: «Evil? That woman ain't no evil, Isabelita. Cómo se nota que no conoces a Mrs. Danvers». Y ella dijo: «¿A Mrs. Who?», pero Cathy se encogió de hombros, con cara de para qué quieres saber eso, y ya no explicó de qué evil hablaba, porque terminó el comercial.

El caso es que no había un cuerpo, por eso ella sabía que tarde o temprano Carlos Augusto volvería, porque esa era la regla: tenía que demostrar que no estaba muerto. Y aunque no lo dijo en la corte ni se lo había dicho a Claudia, Isabel sabía que aún podía suceder, porque lo había soñado.

También había soñado antes que Cathy se mudaba a vivir al rancho: fue unos días antes de la tormenta; soñó que Cathy salía del baño de la habitación principal, donde ya no dormía nadie, con una toalla alrededor de la cabeza, un cigarrillo colgándole de los labios y una nube de vapor.

—¿Qué haces aquí, Catalina Figueroa? Where's Mrs. B.?

—Oh, she dead now. She much better now.

Y a los tres días ahí estaba, ¿verdad? Como dice Juan Martín. Verdad, verdad.

Isabel terminó de doblar la ropa y estaba comiéndose un Hostess Fruit Pie con una taza de café, cuando oyó el coche llegar a la entrada. Ese sería Mr. B. que volvía con la señora Claudia; a lo mejor ella tendría hambre. Coincidía con la escena final del capítulo de La indomable: Valentina le gritaba a Luis Alberto, entre lágrimas: «¡Te odio, te odio!», y lo apartaba de ella a cachetadas, mientras oía la portezuela abrirse y cerrarse.

De casa de Juan Martín trajo un tupperware con salsa para hacerle enchiladas si quería cenar algo: después de todo, oye, fue un día largo y a saber si había comido algo la pobrecita. Cuando oyó las voces lejanas recordó su sueño: Mr. Jim entraba a la cocina tal como había salido hacía un año, sonriente, aunque tanta sangre no se le iba a quitar a la camisa que traía ni dejándola un día entero

remojar en Vanish, pero estaba tan contento, repuesto de la muerte, feliz de volver: «It's so good to be back home again, Isabel», y ella, encantada de ver esa sonrisa que extrañaba tanto: «Oh, boy, you bet!».

Pensó en contárselo a Claudia por la mañana, sobre todo porque no había olvidado ningún detalle y eso solo pasaba cuando el sueño iba a cumplírsele, como el de Cathy, pero ¿y si no? ¿Para qué darle ilusiones, si ella ya no tenía esperanzas? Eso sería cruel, como lo que le hacían a las chicas en las telenovelas para hacerlas llorar. Mejor esperar que se hiciera realidad y ver cómo reaccionaba la señora. Quizá estaría feliz.

La oyó despedirse afuera, y se levantó a apagar el televisor y verificar que hubiera más agua en la cafetera. Seguro que estaría feliz de que todo fuera un error y volviera su esposo a Briar Rose.

O no.

*

Luego que se despidieran con un educado apretón de manos antes de que ella bajara del auto, sin mirarlo, Claudia dudó en entrar a la casa. ¿Para qué me quedo aquí? Después de este día en la corte, esta no es mi casa. Por un momento pensó en volverse, hacerle una seña a John y pedirle que la llevara con él a Garlands, y quedarse ahí a esperar el veredicto.

Estuvo a punto, pero un sobresalto inexplicable le impidió actuar.

La puerta estaba abierta. La casa quieta. Solo había luz en la cocina, donde la esperaba Isabel, atenta, como un gato que no quiere perder de vista al pájaro que recién se posó afuera.

—¿Quiere que le haga algo de cenar, señora?

—No, gracias. Ya cené. Ve a descansar. Fue un día muy pesado.

—¿Segura no tiene hambre? Hoy no desayunó…

—Sí. Segura. Estoy bien, Isabel.

Isabel se acercó un poco más. Claudia sintió una oleada de ternura al recordar su llanto en el estrado; le había parecido sincera su pena por James.

—Señora…, le iba a preguntar algo. ¿Puedo?

—Claro, dime.

La señora Claudia ahora tenía el pelo suelto y ya no tenía maquillaje. Pero se veía guapa, aun bajo la luz de la cocina, que era muy fuerte.

Se sentaron a la mesa.

—Qué pasó.

—¿Cómo está la señora Nina? ¿La fue a ver?

—Sí. No está bien.

—¿Cree que ahora sí ya se volvió loca?

Vio cómo Claudia pensaba su respuesta; no iba a ser tan simple como sí o no. Igual Isabel sabía que Nina ya no estaba cuerda, y tal vez no lo estuviera desde antes de que su hijo se perdiera. Todo el año pasado, aún antes de irse a vivir a la casa nueva en Brownsville, había estado rara, a veces hablando sola cuando tocaba el piano, pero se había quedado callada porque en su casa le enseñaron que si alguien estaba mal de la cabeza, mejor era tenerle compasión y no acercarse; la locura podía ser contagiosa, como la gripa o los hongos en los pies.

—No sé, Isabel.

—Dios tenga piedad de ella.

Claudia inclinó la cabeza. A lo mejor no pensaba lo mismo. Y tendría razones para ello también, por qué no. La señora Nina no había sido exactamente la mejor persona del mundo cuando nació muerto el bebé, aunque tratara de portarse bien con su nuera.

—También le iba a preguntar qué va a pasar ahora.

—¿Con qué?

—Con todo, señora. El rancho. Con nosotros.?

Ahora podría decirle: «Puede que una mañana Mr. James regrese a casa. Aunque sea bañado en sangre».

Claudia hizo un gesto que Isabel no pudo descifrar, pero parecía más auténtico que cualquier otro que hubiera hecho: como si declarar en el juzgado la hiciera transformarse en alguien parecida pero a la vez diferente: no podía explicarlo, pero no le parecía mal tampoco.

—No lo sé. Todavía no lo declaran muerto.

—No, verdad, pero si eso pasa, ¿qué va a hacer?

—No lo he pensado. Quizá vuelva a México.

—¿Ya no le gusta aquí?, ¿ya no nos quiere, señora?

—Sí me gusta este rancho. —Sonrió afable, y le dio un apretón en el antebrazo, la única manera que se le ocurría para reconfortarla—. Pero no tengo a qué quedarme si mi marido ya no existe.

—Eso le iba yo a decir ahora, pero antes no me atrevía.

—¿Qué cosa?

Isabel oyó su voz interna, que a veces le sonaba parecida a la de

Mercy, la difunta mujer de Juan Martín. Now or never, pues.

—Ya le dije, cuando tengo un sueño, muchas veces se hace realidad. Se lo juro —Isabel hizo la señal de la cruz y la besó—, por esta.

—Me dijiste. ¿Y qué?

—Que soñé a Mr. Jim.

Claudia la miró, como en el tribunal, sin parpadear.

—Soñé que volvía. Que estaba muerto, pero que también vive. Y venía a Briar Rose.

—Y qué más.

—Que usted no estaba aquí, señora Claudia.

—¿No?

El resto del sueño volvió a Isabel claramente, como una escena en televisión, solo que ni ella ni James estaban ahí, todo era como si lo viera en la pantalla: algo de lo que ya no formaba parte, algo que ocurría fuera de su mundo. Algo que no vería de otro modo que no fuera soñado.

—Usted estaba con un vestido verde, y una maleta, en una ciudad muy grande. Eso soñé. Por eso le pregunto qué va a pasar. Con nosotros. Con usted. Porque nadie nunca me cree, pero siempre sueño cosas que se cumplen.

Claudia miró un segundo a Isabel, con qué vehemencia creía lo que acababa de decirle, los ojos ingenuos que brillaban de verdad. Creía lo mismo que Nina, solo que en vez de cegarse en ira y fe ciega lo desdoblaba a una explicación esotérica de sueños y premoniciones, la base de todas las creencias, finalmente. Ahí estaba, como una niña en su camisón blanco, el cabello trenzado, mirada limpia, inquieta por saber algo que ella misma desconocía.

—Vete a dormir. Descansa.

—¿Y si vuelve, señora?

—Solo que fuera como un fantasma, Isabel.

—Por eso lo digo, señora.

Podía haberle hecho reconvenciones, decirle que era una adulta y no tenía por qué creer esas supersticiones, muy pintorescas, pero imposibles. Que James había muerto desangrado en el comedor y estaba convencida de ello aunque no hubiera visto su cadáver (que tal vez hubiera sido mejor que no viera su cadáver); que en caso de que su fantasma viniera a tocar la puerta cuando estuviera ocupada en algo, lo que debía hacer era ignorarlo, o mandarlo lejos, con viento fresco.

Pero no hizo nada de eso.

Claudia solo se levantó, dando por terminada la charla, y cuando Isabel la imitó, le dio un abrazo sin hablar. La estrechó fuerte por un momento y vio que tenía los ojos aguados cuando se soltaron. De momento, Claudia sintió un arrebato de ternura. No solo su vida se había fragmentado: la de esta mujer también se venía abajo. Y la de Juan Martín, y hasta la de Pipe, de algún modo.

Y Cathy.

O John.

Nadie iba a salir ileso de esta.

—Que descanse, señora.

*

Subió a ducharse y después salió a caminar, en la noche tranquila y fresca; el clima aún no se tornaba frío, como sucedía más o menos a mediados de noviembre. Caminó hasta donde estaban los bancos de madera donde había conversado con Cathy hacía tanto, que se sentía como cien años.

Se sentó y oyó un par de pájaros —¿cuervos? ¿Estorninos?— pasar por encima de su cabeza y perderse entre las penumbras. Reparó en el agua del estero, con la que había soñado apenas anoche —Diego, Diego, que solo tuvo un nombre pero no un color de ojos, ni una voz—, que de día era fangosa y apenas parecía servir para el riego, brillaba bajo la luz de la luna como un espejo convexo del firmamento. Oyó grillos y ranas.

Todos aquí soñamos, Isabel, pensó. Nuestros sueños también se hacen reales, de otras formas: son pesadillas que vivimos despiertos.

Recordó también la enorme pala que le había revelado el cadáver de su hijo.

Mientras miraba fijamente el agua, Claudia pensó en el niño muerto y en Rojo, que se lo había llevado; la angustiosa sensación de esa mañana le volvió con fuerza, cuando de pronto, al otro lado del estero vio el resplandor de un encendedor y momentos más tarde le llegó el olor a tabaco. Se levantó y empezó a andar silenciosamente por el sendero que bordeaba el estero, con cuidado de no resbalar.

—¿Pipe?

—Buenas noches, señora Claudia.

Bajo la luna, el rostro del muchacho tenía palidez fantasmal. Lo vio aspirar profundamente el humo del cigarrillo, dejándolo escapar

por la boca, una espiral en torno de su cabeza como una aureola. Le impactó verlo fumar, tanto o más como ver a su suegra hacer lo mismo horas antes.

—¿No le va a decir a mi papá?

—No, pero se va a dar cuenta.

—Hoy no. Se fue hace rato.

—¿Adónde?

—No dijo. Pedro ya está dormido, porque le toca levantarse muy temprano. Le hablaron por teléfono y nada más se fue. Pedro estaba muy enojado con él.

Claudia se acercó un poco más, hasta que se encontraron frente a frente.

—¿Por…?

Felipe volvió a exhalar el humo.

—Se enojó porque mi papá le echó la culpa de… de lo de su esposo, a los pickers. Pedro dice que no fueron ellos y que por eso les va a causar problemas a otros migrantes que vengan. Que de por sí todo es una mierda con las elecciones y lo que va a pasar si…, bueno, ya sabe. Si gana ese hombre. You know. Pedro dijo que papá hizo mal, porque si alguien mató al señor Jim, no fueron ellos. No tenían motivo. Y Pedro dijo que mi papá lo sabía.

Claudia sintió que no debería estar sola en la oscuridad con un chico de catorce años; pero no hizo nada por apartarse de él ni por cambiar de conversación. Era la primera vez, en realidad, que oía hablar a Felipe. Tenía un aire frío y racional, como el de un hombre mucho mayor.

Dijo que mi papá lo sabía.

—¿Qué más dijo Pedro?

—Nada. Empezaron a pelearse también por Cathy.

—¿Tu prima?

Por como sonó la voz de Felipe al responder, supuso que se sonrojaba, aunque no podía verlo.

—Ella no es mi prima, es más así como mi tía, creo, I dunno. Pedro se enojó harto también cuando supo que Cathy fue a la corte con un hijo.

—¿Por qué?

Felipe se encogió de hombros.

—No sé. Algo tenía que ver mi hermano Daniel. Pero luego los dos se enojaron con Isabel, porque habló de usted y el señor Baxter. Mi papá tiene miedo de que el señor Baxter llegue a ser el patrón del rancho. Quiero decir, si se casa con usted…

—Suena como esas cosas que Isabel sueña.

La risa de Felipe aún era la de un niño.

—¿Ya le dijo eso de sus sueños? Yo creo que está loca. Cree en esas cosas y también que la casa está maldita o embrujada o algo así. Haunted.

—¿Tú crees en eso también?

—No, señora, pero Cathy sí. También es una loca. —Remató el cigarro y lo tiró al agua—. A veces creo que a todo el mundo menos yo le falta un tornillo.

—¿Como es eso de las maldiciones?

—Pues dicen que si uno, es decir, alguien, es malvado, o hace algo terrible o contribuye a hacer algo malo, le puede caer una maldición como castigo.

—Como lo que dijo Cathy hoy en la corte.

—Right, como ella. También la mencionaron mucho. Discutieron sobre quién la había traído a la casa para trabajar el año pasado. Usted sabe que había trabajado con los Baxter y, cuando pasó todo eso, mi padre dijo que era pariente y por eso se vino con nosotros, y que le había pagado mal.

—¿Cómo mal?

—She got in trouble cuando estuvo en mi casa.

*

Felipe pensó que no debía decirlo, sino ser como Juan Martín y callarse la boca, pero era demasiado tarde, ya había empezado.

Le contó a Claudia lo que había oído esa noche, que desde que Cathy llegó al rancho, después del funeral de Laura Baxter, le había coqueteado de todas las formas posibles a sus dos hermanos. Que Pedro no le había hecho ni caso.

—Es que él solo piensa en trabajar, sabe. No dice nada, pero creo que no le gustan…, no le gustan las chicas. But that's not my business, pero que, en cambio, Daniel se había picado en serio, aunque Isabel luego dijo que lo mismo el niño no era suyo, porque también se veía con otros muchachos del pueblo y que además andaba con el policía también.

—¿Policía? ¿Qué policía?

—El alguacil Rojo. Yo no sabía, pero cuando Isabel dijo, puse dos y dos juntos, y pues creo que tenía razón. Él la conoció cuando investigaban todo lo de cuando se ahogó Mrs. Baxter, porque los policías fueron a Garlands y ahí la vio la primera vez; luego

buscaba excusas para venir a casa y hablar con ella, primero para hacerle preguntas acerca de la señora y luego, cuando dijeron que fue accidente y cerraron el caso, venía disque a hablar con mi papá de cosas como el problema de los ilegales, pero la verdad es que venía a verla a ella, y luego… —Pipe bajó la voz— hasta le daba dinero para que se comprara ropa y fuera al salón de belleza y todo eso. A veces se veían en la reja, junto al buzón… —Claudia recordó sus encuentros en las mañanas o las tardes, siempre fugaces, y cómo la muchacha se quedaba rezagada, viendo la pantalla de su teléfono. Ahora entendía—, pero se veían a escondidas, porque los hermanos de Cathy, los Figueroa, son muy bravos y le habían prohibido que se metiera con nadie de aquí. Dicen que cuando la toman con uno, son malos…, hasta Daniel sabía que tenía que mantener su distancia de ellos, y eso que es muy bueno para defenderse en peleas. De todas maneras, a finales del verano se fue. Le dijo a mi pá que no quería (ser el esclavo de Jaime)…, no quería pasarse el resto de su vida ensuciándose, así que se fue a buscar trabajo en otra parte. Lejos, ¿sabe?

Esa era la historia que Isabel había contado a Claudia y a James, aunque en ese momento ella no estaba muy segura de a quién se refería; ni siquiera estaba segura de haber visto a Daniel en más de una ocasión; no podía recordar su cara claramente, mucho menos su voz.

Felipe no podía ver la expresión de Claudia, pero se sintió avergonzado y culpable y deseó que Daniel no hubiera salido a colación. Era como si la noche, la presencia amable de la mujer, el agua del estero que reflejaba la luna, los ecos de la discusión de hacía rato en la cocina, lo hubieran hecho perder la compostura. Bruscamente, se puso muy erguido.

—Daniel no tuvo nada que ver con los viseros que cometieron el crimen. Se fue antes de que los contrataran. De todas maneras, Pedro dice que no fueron los viseros, y que es fácil acusar a la gente cuando no puede defenderse.

Sí, es fácil, pensó Claudia.

—Ya me voy, señora, no quiero que mi pá vuelva y se enoje conmigo.

—Sí. Descansa.

—Gracias, señora Claudia.

Lo detuvo, sin tocarlo.

—Hazme un favor. Quiero ponerme en contacto con Cathy y no tengo su teléfono. ¿Tú lo tienes?

—No, señora. —Después de vacilar un momento, agregó—: Si Isabel no se lo sabe, a lo mejor el señor Rojo lo tiene.

—Le preguntaré a él. Gracias, Pipe.

—De nada. —Con la mirada en el suelo, empezó a caminar hacia su vivienda. Se detuvo solo un momento—. ¿Señora? ¿De veras no se va a casar con el señor Baxter?

Claudia sonrió en la oscuridad. Lo único que él alcanzó a ver fue la blanca simetría de sus dientes, como si flotaran en la nada.

—No sé qué voy a hacer. Cualquier cosa, le digo a tu padre.

—Okey.

—Cuídate, Pipe. Nunca dejes de crecer.

Él dudó. No entendía lo que le dijo, pero el tono en el que habló le indicó que, fuera lo que fuera, era algo bueno. Inclinó la cabeza como despedida, y la dejó con los pájaros nocturnos ocultos entre los sauces.

23

En cuanto Juan Martín detuvo la pickup en el sendero de la entrada, se encendieron las luces exteriores de la fachada de la casa en Calle Jacaranda, como si Nina Blaisdel hubiera estado esperándolo en la oscuridad, con la paciencia implacable de un animal de presa; vio su silueta recortada en ese momento por la luz en el umbral.

—Gracias por venir, Juan Martín.

—Estoy a sus órdenes, señora.

—No era una orden. Por favor, entre.

*

Al entrar y verla bien, le pareció que la señora iba a una fiesta elegante, o esperaba invitados a una recepción; aunque al seguirla, Juan Martín no sintió que la ocasión fuera festiva. Todo lo hacía sentirse incómodo; parecía que al entrar a esa casa se perdiera del resto del mundo, que esa habitación luminosa con tantos cuadros, muebles y el piano de los cojones era en realidad una cámara de torturas donde nadie podría oírlo gritar.

Por primera vez en treinta años, Juan Martín tuvo miedo de estar a solas con ella.

—Usted me mandó llamar. Dígame qué necesita.

—Necesita. —Nina sonrió—. Esta vez no necesito nada, Juan Martín. Pensé que era hora de tener una conversación cordial, que podría ser la última entre usted y yo después de tantos años. Usted sabe que pasan cosas… La gente se va, se muere, como le pasó a la pobre Mercy. O a Frank. Otras veces se convierten en alguien diferente. Alguien más. ¿Quiere tomar algo? ¿Qué bebe, Juan Martín? Tengo ginebra y whisky…

—No tomo, señora.

Nina fue a acomodarse en uno de los sillones blancos, cruzó los tobillos, indicándole a Juan Martín que ocupara el otro, frente a ella.

—Lo veo nervioso, Juan Martín. ¿Se siente mal por algo? ¿Le remuerde la conciencia?

—No, señora.

—Ya veo. Esta mañana, cuando prestó declaración ante la jueza, hizo algunas referencias un tanto… crueles para referirse a mi persona, y a mi hijo. A mí no me importa, me han dicho cosas peores, pero me pareció terrible que usted diera a la gente una impresión equivocada de James. Más aún estando él ausente.

—No fue mi intención. Quería dar la impresión más cierta.

A ella se le escapó la ironía, o hizo como que no la entendía.

—No importa cuáles hayan sido sus intenciones, el efecto fue el mismo; que mi hijo era un hombre racista, con prejuicios, que no se llevaba bien con su capataz ni los trabajadores migrantes. Ahora todo eso consta en acta y no hay más que una forma de anularlo.

—¿Cómo?

—Toda la audiencia quedaría invalidada si James aparece vivo.

Juan Martín recordó la sangre, la misma que se colaba entre las rendijas que separaban las tablas del suelo del establo y empapaba la madera quedándose estancada; su penetrante olor, la nube de moscas que atrajo en los días siguientes. Pedro y él habían tenido que reemplazar esa madera cuando la investigación terminó.

—Mrs. Blaisdel, James no va a…

—Sssh. ¿Usted qué sabe?

—Nada —respondió Juan Martín, deseando que eso fuera cierto —. Yo no sé nada, señora.

*

Claudia volvió a ver la hora en la pantalla de su teléfono, mientras el GPS la llevaba a Encantada Drive, una calle de tres manzanas al oriente de River Heights, un vecindario de clase media, con prados grandes al exterior, aún adornados para Halloween. Casi todos menos la casa que era de Rojo.

Eran casi las once. Tal vez ya era demasiado tarde para llamar. O quizá Rojo, como ella, no podría conciliar el sueño esa noche. El hombre atendió al tercer timbre, su voz lejana, pastosa, detrás de la puerta.

—Señor Rojo, soy Claudia Blaisdel. Perdone que lo despierte.

Oyó las vueltas al cerrojo y sintió un escalofrío.

Tal vez no debí venir.

Rojo vestía una camiseta de los Astros y pantalón de pijama. Tenía los ojos irritados, pero no parecía molesto por la visita.

—Mrs. Blaisdel. No dormía. ¿Sabe que después de cierta hora

toda la programación en la TV se vuelve mierda? No importa que tenga un servicio premium de cable. Cientos de canales, y todo, absolutamente todo son anuncios y mierda.

¿Está borracho?

—En realidad, quería preguntarle por Catalina…

—Cathy. Usted busca a Cathy.

—Sí. La vi hoy, y lo vi a usted hablando con su madre y…

—¿Ya sabía usted que Cathy es mi esposa?

Mi esposa. Felipe no lo sabía. ¿O sí?

—No tenía idea.

—Todavía hoy es mi esposa, señora.

—Y el bebé…

—Antonio Heathcliff. Le decimos Cliff. Es mi hijo. —Otra pausa, no tan larga, mientras Claudia trataba de reconstruir esos momentos en la cafetería del centro, la rara mezcla de atención y desapego hacia él por parte de Catalina, como si llevara en brazos un cachorro y no un niño de pocos meses—. No pienso dejar que nadie venga a decirme lo contrario. Usted entiende.

—Sí.

—¿Para qué quería hablar con ella, señora?

—Quería hacerle una pregunta… de lo que le dijo James ese día…

—Pero ella ya lo dijo todo en la corte, ¿se acuerda, señora?

Claudia miró la sala: una pantalla mostraba un infomercial del canal Home Shopping. Caja de pizza, un par de latas de cerveza, quizá vacías. Sintió deseos de salir de ahí, buscar ella misma a Cathy, encontrarla haciéndose la difícil, o quizá dispuesta a hablar más, decirle todo lo que recordaba de James de ese día en octubre, ¿a qué olía? ¿Cómo sonaba su voz?

Cathy, estoy olvidando el sonido de la voz de James; eso me asusta. Si olvido cómo sonaba James, luego olvidaré cómo olía y cómo se veía, sus ojos y sus manos, y lo olvidaré por completo y no quiero, Cathy, no quiero olvid…

—Sí, pero… quisiera verla. Hablar con ella.

—Ya le dije: no sé dónde está, señora. No puedo ayudarla.

*

Nina encendió un cigarrillo.

—Voy a ofrecer una recompensa. Me ocuparé yo de los detalles, sin ningún intermediario, como MacCloud. Muchas veces se me

ocurrió hacerlo, ahora no tengo nada que perder. Ofrezco cien mil dólares por cualquier información referente a mi hijo desde que salió de casa esa noche.

—Señora…

La mujer se levantó, fue a la ventana y se quedó de pie frente a ella, aunque las cortinas estaban corridas y no se podía ver hacia afuera. Los niños que pidieron dulces esa tarde por el vecindario hacía horas que estarían en sus camas.

—Teníamos un acuerdo, Juan Martín. Usted, Frank, Mercy y yo.

—Y lo he cumplido, señora.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

Juan Martín sintió de nuevo la presencia de Mercedes materializarse cerca de él, como en la carretera; ahora estaría en el sofá, a su lado. Si volteo la voy a ver, y ella va a enojarse conmigo. No había manera de que se le olvidara el mentado acuerdo; los últimos treinta años, aunque fuera solo un segundo o dos durante el día, volvía como los ecos que se alojaban en su mente; Mercedes, que arrullaba a Daniel con una canción que había aprendido de niña —Señora Santa Ana, ¿por qué llora el niño? Por una manzana que se le ha perdido…—; Frank Blaisdel mostrándole orgulloso los limoneros por primera vez, cuando estaba recién llegado al rancho; Jaime (no, no Jaime, James) sentado en su primer poni, que se llamaba Rocket. Los veinte mil dólares en cash sobre la mesa de su cocina esa noche. En su memoria volvió a aparecer la figura triste de Frank Blaisdel, de pie, recargado contra la pared, como si tuviera vergüenza de estar ahí, en su sala, mientras Nina hablaba con detalle, su voz clara y serena, explicándoles como si fuera una maestra lo que había pensado, de cuando en cuando mirándolos a Mercedes y a él con ojos claros y directos; no tendrían que temer nada, podrían olvidarse de que cada coche que entraba al rancho pudiera ser de oficiales de la migra. «Todos ganan», dijo Nina, extendiendo los billetes uno tras otro sobre la mesa. «Si lo piensan, esto es por el bien de todos.» Luego Juan Martín recordó la soleada tarde de septiembre que los vio llegar a Briar Rose y bajarse del auto, con un canastillo forrado en blanco y azul celeste. Cómo Mercedes le puso a Daniel en los brazos cuando Nina la llamó a señas para que la ayudara a meter al otro recién nacido a la casa.

Desde ese momento, en que sus miradas se cruzaron un segundo, Frank no volvería a ver a su capataz directamente a los ojos nunca más.

—También perdí un hijo esa noche, señora.

—¿Lo dice por Daniel?

—Tengo que irme. Con permiso.

Nina sonreía, aunque de pronto, con un escalofrío, se dio cuenta de que la sonrisa tan deslumbrante como feroz era para alguien más, cuya presencia solo ella podía percibir; volvió a verle los ojos y sintió miedo de ser destrozado nada más por la mirada.

*

Juan Martín condujo en silencio por la carretera un rato. A esa hora la ciudad estaba vacía, recogida ya para la noche. Pasó frente a las canchas de baloncesto de la escuela de Felipe, que estaban desiertas, frente a las farmacias CVS de veinticuatro horas, las gasolineras, luego, la carretera negra, que se lo tragó. Fue hasta llegar a la salida de River Heights, sin ver el auto de Claudia pasar a su lado, de vuelta al rancho, que detuvo la camioneta a la orilla del camino y solo entonces, sin nadie cerca que lo viera o lo interrumpiera, en el lúgubre tránsito de la noche a la madrugada, fue que se permitió llorar.

24

El apartamento al que se había mudado Cathy cuando decidió que estar casada ya no le acomodaba, llevándose a Cliff y un par de bolsas grandes de Dillard's con su ropa y zapatos, estaba en una de las zonas de Brownsville donde Rojo no había estado nunca, ni como policía. El edificio era de estilo geométrico, deteriorado a causa de la negligencia de los ocupantes y del —al parecer inexistente— personal de mantenimiento.

Las escaleras olían a basura y desperdicio; la pintura se descascarillaba. Al fondo del segundo piso, el apartamento número 9 tenía el nombre de Catalina escrito sobre un trozo de cartulina pegado en la puerta. «C. Figueroa», garabateado con marcador rosa neón. Ya había estado ahí la noche anterior después de irse Claudia Blaisdel, desencajada, y había esperado lo que tardó en fumar seis cigarrillos, con intervalos de diez minutos entre cada uno. Aún no eran las diez de la mañana cuando apretó el timbre. No estaba seguro de si sonó en el interior del apartamento porque era demasiado alboroto que llegaba desde abajo; alguien había puesto un radio a todo volumen y sonaba reguetón. Hasta Cathy había demostrado un ápice de gusto al renegar de ese ruido insolente.

Golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Catalina? ¿Estás en casa, Catalina? ¿Cathy? ¡Ábreme!

*

Fue de esas cosas que, cuando las había oído contadas por otras personas, siempre comentaba «Ah, qué pendejo» cuando terminaban la anécdota. Hombre maduro que pierde la cabeza, literalmente, por una muchacha y luego no solo pierde la cabeza sino todo lo demás.

Todo habría sido distinto si, mientras estaba en Irak, Terry no se hubiera ido sin tomarse la molestia de consultarlo con nadie, y sin avisar, con otro hombre —un plomero, nada menos. Las burlas soterradas que lo siguieron por meses habían sido doblemente humillantes, pero Luis Alfonso Rojo las había aguantado estoico—, sin dejar nada concreto a qué volver cuando terminó su segunda gira de servicio y había vuelto a El Paso.

Encontró la casa vacía, donde la tubería del único baño (lo que había llevado a que el caballero andante que acabó por levantarse a su mujer entrara a su domicilio conyugal en primer lugar) aún tenía fugas. Pasó las primeras semanas, después de una monosilábica conversación telefónica con sus padres, plena de reclamos —«Terry estaba aburrida. Te fuiste mucho tiempo, hijo»—, echado en un sofá, tratando de ver televisión y haciéndose cada vez más adicto al zapping —habían pasado años de esto, y seguía; anoche, antes de llegar la señora Blaisdel, pasó casi setenta canales de ida y vuelta—, dejándose crecer, al principio por desidia, el bigote que posteriormente sería su principal seña particular al entrar al departamento de Policía de River Heights.

En los años que estuvo en el servicio, llevaba la cabeza casi al rape, y la cara con afeitado al ras. Pero este nuevo Luis Alfonso Rojo, que había perdido la costumbre de los rituales cotidianos de la vida civil, desorientado, desencantado (Terry ni siquiera fue a reuniones con los abogados) y con actitud distante, había buscado una metamorfosis casi banal, que lo acercara a una imagen más apegada a una idea tomada del cine que había visto por televisión al crecer en casa de sus abuelos cuando era un niño y lo alejara del hombre que había sido antes.

Así, se dejó crecer el cabello oscuro y ahora lo llevaba bien cortado en un estilo clásico, el bigote simétrico e impecable. Era la imagen adoptada por Pedro Infante, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz; hombres de verdad, a los que ninguna Terry iba a botar como una lata de cerveza vacía, para irse a encamar con un plomero que a su vez dejaría una esposa y no sabía cuántos niños.

Solo una vez había coincidido con esa mujer y ella había tratado de hacerle reproches, echarle la culpa —«¿Quién va a ver por mis hijos ahora? ¡La puta de tu mujer…!»—; la ignoró. No tenía obligación de oírla o resarcirla de cualquier modo. Moralmente para él, la mujer no era más que un bicho estrellado en el parabrisas. Pero lo mismo no quería seguir en El Paso ni tenía a qué quedarse. Podría vivir de su pensión, pero tenía treinta años, y había pasado ocho con Terry. Mejor irse a buscar la vida en otro lado. Por eso sintió empatía en cierta forma con James Blaisdel cuando tomó el caso, aunque la diferencia entre ellos era que (estaba bien seguro) Claudia nunca le habría hecho algo parecido a él, y que, donde voluntariamente Luis Alfonso había buscado otro lugar donde empezar, Blaisdel había sido sacado de su vida a empellones.

*

River Heights quedaba lo suficientemente cerca de Brownsville como para ser una bedroom community principalmente de clase media, cuya población se trasladaba todos los días a la ciudad a trabajar. La vida ahí iba a ser sencilla, relajada.

—Lo que necesitas, después de todo lo que has visto, hombre —le dijo el sheriff Truman al contratarlo—. Aquí casi no tenemos crimen. Muchachos vándalos, algunos borrachos de fin de semana. Algunos que le pegan a la mujer y hay que encerrar. No hay putas y muy poca droga. Ni un asesinato desde 2002. Me preocupa que te vayas a morir del tedio con nosotros.

Pero encontró que le gustaba. Un año después de vivir ahí, vendió la casa de El Paso y compró la de Encantada Drive, una calle arbolada como todas las demás, líneas rectas, techos de aluminio, o teja. Vivió solo, comía de pie en la cocina para ahorrar tiempo, hacía zapping y metiéndole miedo a los muchachos pendejos de las preparatorias que buscaban bronca afuera del Bang-Bang, que a veces funcionaba como bar para maricones y algunos vagos, donde iba de vez en cuando a echar un ojo, o La Cantina, donde las cervezas eran más caras y tocaban a Chente Fernández todo el día. En la estación se llevaba bien con Truman y Medel, con Sandra, la única mujer en el departamento, que casi siempre se ocupaba del dispatch. Todo era una rutina plácida y mecánica que no le importaba seguir, como ir cada dos semanas al barbero para un corte de pelo o recortarse el bigote frente al espejo del baño con tijeras cada mañana. Así por años, hasta que Laura Baxter apareció ahogada en un lodazal dentro de la propiedad de los Blaisdel, uno de los pocos ranchos a las afueras de River Heights.

Y todo se había ido al carajo bien rápido, en cuanto se ocupó del caso.

*

La puerta del apartamento contiguo se abrió y salió una mujer negra con un guardapolvos de Walmart, envuelto en plástico.

—No —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Que no está. ¿Es de servicios sociales?

—No.

—Cathy se fue con un tipo muy temprano. No sé qué hizo con el

niño… ¿Seguro no es usted de servicios?

—Soy su marido.

La mujer ni pestañeó.

—Da Cop.

—Sí. —Iba a aclararle que ya no lo era, pero pensó que fingirse agente todavía, en este caso, podría darle algunas respuestas—. Ese mismo.

—Anoche la oí que se movía y cantaba, como si estuviera contenta, luego vino y me dio las cosas de su refrigerador porque dijo se iba de vacaciones.

—¿Le dijo adónde?

—Sí, pero no me acuerdo. Al norte.

—¿Recuerda el nombre de la ciudad, o el estado?

La mujer vaciló; parecía que de pronto le apremiaran muchas cosas al mismo tiempo; llegar puntual a su trabajo y tal vez ir al baño.

—Y si lo oyera de nuevo, ¿se acordaría?

—Tal vez.

—Seattle. Nueva York.

—¿Seattle es la de Grey's Anatomy? Me acordaría. Y de Nueva York. Olivia Benson.

—Okey. ¿Chicago? ¿Boston? ¿Detroit?… ¿Oregon?

—Oregon —repitió la mujer, pasándose los dedos por la boca como si quisiera tocar la forma de la palabra—. ¿Eso es al norte?

—Pacífico noroeste. ¿Portland?

—Puede que fuera eso.

—¿Vio a Catalina cuando se iba?

La mujer titubeó un momento. Sabía que era mejor no mentirle.

—Sí.

*

Apareció ante él por primera vez bañada en lágrimas.

Estaban en casa de John Baxter; Sandra, a quien el sheriff envió con él, le dio la noticia de que Laura estaba muerta. Cathy hizo una escena, pero Rojo pudo ver que no fingía; realmente le pegó como bola de demolición enterarse. Se acercó a ella mientras Sandy trataba de calmarla («Estuve a punto de darle una bofetada, Lou. Estaba completamente histérica. Creerías que había sido su madre y no su empleadora la que murió»), ella lloraba y se daba con los puños en el pecho, en la frente, el mentón.

—¡Es mi culpa! ¡Es mi culpa! ¡Estoy maldita! ¡Mrs. Baxter se murió por mi culpa!

Rojo se sentó a su lado en el sofá, la tomó de las manos para que dejara de golpearse y tiró de sus brazos, no sin brusquedad, para que lo viera a los ojos. Las patrullas y la ambulancia del condado estaban en el área limítrofe de las dos propiedades, donde James Blaisdel había encontrado el automóvil abandonado; el cadáver de la mujer había sido arrastrado bastante lejos, y allá habían ido el sheriff, Medel y parte del equipo forense de Melinda Warner.

Cathy sollozaba y se sorbía los mocos, como una niña, pero no la soltó.

—Explícame por qué es tu culpa.

—Yo la ayudé a que se fuera de aquí.

—¿A Mrs. Baxter?

—Sí. Se iba a ir con él.

—¿James Blaisdel? —Rojo indicó con un gesto que Sandra tomara nota de todo.

—Sí. Yo le llevé la nota que ella me pidió, para que nadie supiera.

—¿Nota?

—Se iban a ver en Briar Rose y ella se iba a ir de aquí, con él.

—¿Ella te lo dijo?

Cathy vaciló antes de contestar.

—¿Te lo dijo?

—Yo sé de amores prohibidos.

*

La muchacha negra se veía más y más incómoda por momentos. Rojo aprovechó eso para seguir interrogándola de modo terso. El reguetón había cesado y en su lugar habían puesto a Jenni Rivera, su voz proveniente de ultratumba en una balada triste.

—¿El hombre con el que se fue estaba con ella?

Ella se encogió de hombros otra vez.

—Supongo, sí.

—¿Supones?

—No. Sí estaba ahí.

—¿No lo habías visto antes?

—No. Ni al coche ni al hombre, pero me pareció, por la forma en que ambos se trataban, que era más que un amigo, o un conocido. Le dio un beso en la boca. —Pareció avergonzada de revelar esto

último, como si se hubiera dado cuenta de pronto de lo que significaba el anillo que Rojo aún llevaba en su mano izquierda.

—¿Cathy te dijo algo más?

—Le pregunté por el niño. Su bebé. Me dijo que estaba con su mamá y que ella lo pondría en mejores manos que ella. Que podía quedarme con lo que había dejado en el departamento, si lo quería. Iba a entrar esta noche a ver…, pero no soy ladrona. Lo juro.

—¿Lo que dejó?

—Creo que no va a volver.

*

Quiso verla de nuevo. Mientras seguían el caso Baxter, fue varias veces a Garlands. Le parecía extrañamente guapa; con esas cejas tan marcadas, el cabello tan negro. No podía entender que a ella no le gustara el color de su cabello. Le habló de los hermanos que tenía; de hecho, Rojo los había visto en más de una ocasión. Gente brava, que no le sacaba a una trifulca: los había tenido alguna noche arrestados por broncas afuera de los bares. Pero no le parecían criminales, solo gente violenta, pero no necesariamente mala.

—¿Mala?

—Ya sabes. Gente que quiere hacer daño a los demás, por el placer de hacerlo.

—¿Eso es la maldad para ti, Rojo?

—La maldad tiene muchas facetas. A veces lo más inofensivo puede ocultar algo. Cuando estaba en Irak, me contaron la historia de una mujer de la localidad en la que estábamos. Una anciana. Todos creían que era muy buena, muy generosa. Después que llegamos, la llegué a ver un par de veces por ahí, vestía de negro. Era una viuda. Trataba de hacerse invisible durante la ocupación, sabes. Lo había pasado mal, decían. Como toda la gente de ahí.

Cathy asintió, mirándolo. Con una mano le recorrió el brazo, erizándole los vellos.

—Siempre que la veíamos iba rodeada de perros callejeros. Les daba pan para comer. Así iba siempre, con una jauría de perros mansos. Hasta que un día empezaron a aparecer esos mismos perros muertos. No uno, sino varios, cada vez. Luego supimos que los envenenaba con el pan. Les ponía veneno en cada pedazo, un poco a la vez, y de todos modos le pedían porque era su único sustento.

—¿Qué pasó con la vieja?

—No supe. Me trasladaron después. Por lo que sé, quizá aún siga ahí.

—Y tú crees que mis hermanos no son gente mala.

—No.

—Y no creías que esa vieja era mala.

—Tampoco.

Cathy rio en su oído.

—You don't know evil, mi amor.

*

Estaban juntos en un motel de Isla del Padre. Era su primer fin de semana juntos. Se habían ido sin que los vieran y por separado. Para entonces, Cathy vivía en el rancho. Aunque el veredicto sobre la muerte de Laura Baxter se dio como accidente, James Blaisdel estaba en Nueva York.

Según Cathy, su prima Isabel le dijo que Nina lo mandó allá para para evitar que la gente hablara.

—Todo el mundo cree que él la mató. Hasta en Briar Rose hay quien lo cree.

—¿En su propia casa?

—Dicen que si no fue él quien la mató, entonces ¿para qué lo mandaría la señora Blaisdel tan lejos? El señor John se quedó aquí, ¿por qué él no? A lo mejor es cierto. A lo mejor no.

—¿Quién lo dice?

Cathy frunció la nariz y se levantó de la cama. Su cabello ahora era liso, y le llegaba casi a la mitad de la espalda. Él había pagado a un estilista para que la arreglara. Era una belleza distinta. Más mexicana: como Dolores del Río, aunque cuando le había hablado de ella, Cathy no tenía idea de a quién se refería, y cuando le mostró una foto por Google, reaccionó con indiferencia. «No nos parecemos nada, tú estás loco, chicano.»

—No sé. Dicen. Pero yo no creo que la haya matado.

—Decías que había sido tu culpa.

—Lo creo, Rojo. Una cosa no quita la otra. Aunque a veces me siento mal por alegrarme de que la señora Laura se muriera así.

—¿Alegrarte?

—Porque —se inclinó ante él. Sus narices casi tocándose. Quiso besarla de nuevo— si ella no se hubiera muerto, tú y yo no estaríamos cogiendo.

*

La mujer trajo las llaves. De todos modos iba a llegar tarde a su trabajo, farfulló. Abrió y se hizo a un lado para que entrara él. El lugar era estrecho, con paredes blancas, sin cuadros ni adornos. Catalina solo lo había ocupado unas semanas. Había un sofá que venía incluido, y una mesa de formica. Un estéreo que se había llevado de la casa de Encantada, y una cuna portátil de lona. Algunos juguetes de Cliff aún estaban ahí.

—La recámara está ahí, creo. Nunca entré.

—Okey.

—¿De verdad el bebé va a estar bien?

Le mandó un mensaje de WhatsApp a principios de noviembre, cuando aún el rancho era una escena del crimen. Ayúdame. La vio en el merendero de veinticuatro horas cerca de la carretera; era de madrugada y estaba casi vacío a esa hora.

—Si mis hermanos se enteran, me matan.

—¿De cuánto estás?

—No sé. Como tres meses.

—¿Y no te habías dado cuenta?

Cathy puso los ojos en blanco, impaciente.

—Sí. Pero el plan era otro. Ahora estoy sola.

—Y estás segura de que no es mío.

—Segura, lo que se dice segura, no. La verdad, no creo. Hace tres meses, tú y yo no…, ¿o sí? —Era verdad. El ir y venir se había vuelto más que tenso, tedioso. Rojo había cerrado el caso Baxter y ese verano había tratado de tener algo más con ella. Pero en julio y agosto ella se había alejado y para septiembre la veía sola, de lejos, en el rancho. A veces platicando con la mujer de Blaisdel, otra muchacha bonita, casi tan joven.

—¿Es de Blaisdel?

Cathy se rio.

—No. El señor James y yo nada qué ver. Su esposa es a nice girl. Va a tener un hijo.

—¿De quién es el tuyo?

—Óyeme bien, chicano. No tengo que darte explicaciones. Si no me ayudas, I'm gone.

—Okey. Nos casamos.

—Seriously?

—Catalina. No juegues conmigo. Estoy hecho un idiota. No te puedo dejar, ni queriendo…

—Aunque no sea tuyo.

—Es mío.

*

—Es mío —dijo mientras revisaba la escasa ropa que había dejado colgada en el clóset de la recámara, angosta, sin ventanas al exterior. Una celda, casi—, mío…

—¿Perdón?

Miró a la vecina. ¿Le había dicho todo lo que sabía? No, pero tampoco importaba. No creía que ella supiera más que él, en todo caso.

—Nada. El bebé es mi hijo. Va a estar muy bien.

—Oiga, tengo que ir al trabajo.

—Sí.

—Ella dijo…

—Está bien. —No creía que le fuera a quedar la ropa, pero igual, la señaló con un gesto—. Todo para ti.

—¿No quiere quedarse con alguna cosa?

Rojo cerró los ojos un momento. Lo que tenía era suficiente. De verdad, si hubiera oído que esto le pasaba a otro, se habría reído. Tal vez se había ido con quien él creía («Daniel», le había dicho una única vez, mientras la penetraba, sin darse cuenta, ella mordiéndose los labios, el calor abrasándolos, y él la había metido más duro, más y más hasta hacerla llorar) o con otro. Se había ido a buscar ese amor romántico y atormentado, mal correspondido y siniestro, que le había infectado Laura Baxter durante los meses que le había dado a leer tantas novelas, hablándose de maldiciones, fantasmas del pasado, de amores extraños; pero para Cathy eso no eran cuentos. Era la realidad que quería y que se había ido a buscar. ¿No quiere quedarse con alguna cosa?

Se miró las manos. Se quitó el anillo. Tenía un hijo.

No necesitaba, no quería, más que eso.

—Nada —dijo, y puso la argolla de oro sobre la cama antes de salir.

25

Linda MacCloud tenía el tipo de alguien que fue popular en el bachillerato. De hecho, así fue; cuando todavía era Linda Cruz, fue votada Homecoming Queen en la academia St. Joseph en 1990 y salió segunda finalista del concurso Miss Texas unos años más tarde. Claudia supuso que esa, si bien no era la razón fundamental —tenía un carácter noble; cuando James desapareció y después de la cesárea de Diego, fue de las pocas personas que genuinamente parecía preocupada por ella y se encargó de demostrarlo siendo servicial y gentil, aunque no habían cultivado una amistad, propiamente—, sí era uno de los síntomas para que Matthew se hubiera casado con ella.

—¡Hola, Claudia! ¡Pasa, pasa!

Cuatro niños —la mayor de diecisiete y el más pequeño de seis— habían dejado una huella en su cuerpo, mas parecía no importarle en absoluto; a diferencia de alguien como Nina, la mujer de MacCloud optaba por un aspecto más natural dentro de su estatus conservador; cara lavada con un poco de brillo en los labios, perlas de río al cuello y melena ceniza con una banda apartándola de la frente que no había sido tocada por el bótox, como las de otras contemporáneas suyas que Claudia había visto en eventos de la Junior League a los que acompañaba a su suegra sin entender muy bien por qué, aun después de todo lo ocurrido el año pasado.

—Es lindo verte. Dice Matt que ayer fue un día muy pesado para ti.

—Lo fue. Pero necesario.

—Mmm. ¿Quieres café? ¿Té verde? Matt te verá en un momento, está en una llamada.

Aceptó el café y dejó que la llevara a una terraza desde donde podía ver el campo de golf de Rancho Viejo, no lejos de la casa de Nina. Esa mañana, después que llamara a Matthew para decirle que necesitaba contarle de lo que había hablado con Rojo, pensó en pasar frente a la casa, quizá llamar, ver si Nina seguía igual. O si tal vez había tomado más pastillas o…

—Aquí tienes.

—Gracias.

Hicieron conversación cordial —small talk: el clima, los niños y su escuela, los disfraces que se habían puesto para Halloween; alguna serie en la televisión, cualquier cosa excepto hablar de James, la audiencia o la inminencia de las elecciones; sabía que Linda era demócrata, pero su esposo votaba según conviniera a su cartera— hasta que vieron a Matthew venir, en camisa y sin corbata, a través de la ancha ventana que daba a la terraza.

—Buenos días, Claudia —la saludó—. Ahora sí, dime, ¿qué es lo que necesitas decirme de Catalina Figueroa y el alguacil Rojo?

—Será mejor que me vaya —dijo Linda—, y los deje hablar.

—No, está bien. De todos modos tenía que hacerle unas preguntas que me hizo la jueza Jackson y que tal vez Claudia pueda responder. Puedes quedarte, si quieres.

Linda tomó su taza y plato.

—No, no. Pero creo que Claudia debería venir más seguido. ¿Cena, la semana que viene? Podemos invitar a quien tú quieras. Ven. Por favor.

Claudia miró rápido a MacCloud (¿se refiere a John?) y luego a Linda. Sonrió con la práctica adquirida, para salir del paso sin ofender.

—Claro. ¿Me llamas en la semana y lo arreglamos?

—Seguro. —Linda se levantó y besó a su marido en la coronilla —. Si necesitan algo, solo llamen. Estaré cerca.

*

—Bueno, ahora sí, dime. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Tú sabías que Cathy estaba casada con Luis Rojo?

MacCloud asintió.

—Y que le pidió el divorcio también.

Claudia parpadeó.

—Si sabías desde antes, ¿por qué no me dijiste?

MacCloud se sirvió una taza de café y encendió una tableta que había sacado consigo.

—Tenía esa información porque podría ser útil al caso, pero no necesariamente había que compartirla contigo, Claudia. ¿Cómo te enteraste?

Le contó que había visitado a Rojo la noche anterior y que él no sabía nada de Cathy, que ella también había desaparecido.

—Pensé que tendría algo que ver con lo de James…, le dejó al

niño a su madre, eso era lo que Rojo sabía, y simplemente se fue. Y yo creo que sé con quién.

MacCloud la miró frunciendo el ceño.

—Sigue.

—Creo que se fue con Daniel, el otro hijo de Juan Martín Jiménez.

—¿Quién te lo dijo?

—Ayer Cathy me lo trató de dar a entender. Y Felipe, anoche. Dijo que durante el verano que ella vivió con su familia, trató de seducir a los hermanos. Pedro no le hizo caso, pero Daniel…

MacCloud asintió mientras buscaba un archivo paseando los dedos por la pantalla; aparatos que todavía le parecían a Claudia elementos de una película de ciencia ficción.

—Daniel Jiménez se fue del rancho, y de Texas, hace más de un año. Después que Cathy se supo embarazada, ¿no?

—Supongo. Aparentemente, durante un tiempo ella intentó ponerse en contacto con Daniel sin que nadie quisiera darle ninguna información.

—¿Eso también te lo contó Felipe?

—No. Ayer oí por casualidad una conversación afuera de la corte. Eran Cathy y Rojo. Él dijo algo como que no había sabido nada de eso hasta hacía unos minutos. Pero ella sostenía que le estaba mintiendo como le habían mentido en el rancho. Él le advirtió que se mantuviera lejos de ahí y Cathy, que estaba furiosa, le dijo que no tenía miedo a nadie, porque tenía a sus hermanos para que la protegieran.

—¿Y cómo llegaste a la conclusión de que se referían a Daniel?

—Es algo que estuve pensando toda la noche, pero no sé muy bien por qué. Siento que es algo que debería saber o que ya sabía y luego se me olvidó…, ¿me entiendes? Colgué con Rojo y estuve despierta: Cathy tuvo algo que ver con Daniel y lo más posible es que él sea el padre del niño. Es obvio que ella se enoje si se entera de que sabían dónde estaba él y se negaron a decírselo.

—¿Y tú crees que ahora ha descubierto dónde está, y lo busque?

—Sí. Puede ser.

—Mira, te voy a leer lo que tengo aquí sobre ella; la información que reunimos antes de citarla: Catalina Figueroa se casó el 15 de noviembre de 2015 en Brownsville con Luis Alfonso Rojo. El 30 de marzo de 2016 tuvo un varón registrado como Antonio Heathcliff Rojo.

—Ayer lo vi, ella le dice Cliff. Es muy bonito.

McCloud continuó, como si no la hubiera escuchado.

—El 13 de septiembre pidió el divorcio en la corte de lo familiar en Brownsville, y se mudó a Old Port Isabel Road. El niño —explicó — puede ser o no ser de Rojo. Ahora bien, según dicta la ley, se supone que el hijo de una mujer casada es de su marido, a menos que se pruebe lo contrario. Nadie ha intentado probar lo contrario y quizá no haya nada que probar en contra. —Apagó la tableta—. Si la muchacha se fue con Daniel, o con otro hombre, eso no necesariamente significa algo.

—Daniel estuvo ausente cuando James se…, cuando eso. Pero hay algo que recuerdo. Cuando Daniel se fue, en agosto o algo así, antes de Labor Day, tuvo una discusión con James. Tal vez fuera por esto, pero si James habló con Cathy el día de su desaparición…, algo no me acaba de hacer sentido…

—Claudia, hay muchas cosas que no tienen sentido. Como este mismo caso, si tú quieres.

—Estoy preocupada por Cathy. Es muy joven y muy volátil…, es fantasiosa y…

—También es una mujer casada con un hijo, no una adolescente fugitiva a la que se puede detener y entregar al juez de Menores por su propio bien. Además, no tengo razones para creer que Rojo signifique una amenaza para ella, ni para nadie. Por lo que sé, sus antecedentes durante los años que trabajó en el departamento del comisario son impecables.

—Nina dice que era incompetente.

—Ella piensa que todo el mundo lo es, incluyéndome a mí. Cuando Rojo dejó la comisaría circularon varias historias por los tribunales. La historia oficial era que renunció para trabajar en una aseguradora, donde gana más, lo que, hasta donde sé, es cierto. Por lo bajo se comentaba que bebía demasiado, y su matrimonio no mejoró las cosas. La familia Figueroa, los hermanos de Cathy, suelen meterse en problemas, y la vinculación de Rojo con ellos no podía menos que causarle roces en el departamento del sheriff. — MacCloud miró al campo de golf; una pareja mayor jugaba a lo lejos —. La verdad es que su vida con Cathy no me interesa.

—¿En serio? Me hiciste bastantes preguntas personales respecto a mi vida con James.

—Únicamente porque tenía que prestarle a la jueza la imagen de James como un joven con un matrimonio feliz. Creo haber demostrado a satisfacción del tribunal que James así fue, del mismo modo en que demostré que está muerto. Aunque no podemos estar

seguros mientras Jackson no anuncie su decisión en la audiencia.

—¿Y cuándo será eso?

—Aún no lo sé. De eso quería hablarte. Cuando llamaste, hablé con ella poco antes; por eso hay un par de preguntas que quiere que te haga. Pensé que fijaría fecha y hora para una audiencia, pero en cambio me hizo algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Primero, sobre la camioneta a que se refirió Felipe, al prestar declaración ayer por la tarde. Como aparentemente lo que dijo Felipe no era más que una observación de pasada, no le presté mucha atención, pero la jueza Jackson es quisquillosa para los detalles, y me leyó por teléfono esa parte de la transcripción: «No, señor. Solo vi la camioneta en la que vinieron. Era una Ford y ese es el tipo de camioneta que usó mi hermano Daniel para enseñarme a conducir. El señor Blaisdel tenía una que se usaba para transportar trabajadores a la garita. Pero mi papá la vendió hace mucho, porque ya se le estropeaba la caja de velocidades. Daniel me enseñó a manejar estándar, y en mi escuela, para la clase de educación del conductor aprenden en automáticos».

—Bueno —asintió Claudia—, pero ¿por qué es importante?

—La jueza Jackson quiere saber qué pasó con la camioneta y dónde está ahora.

—Habría que preguntárselo a Juan Martín. Él es el responsable de los vehículos que se usan en el rancho. Estoy segura de que hay una explicación perfectamente lógica y de que la camioneta no tuvo nada que ver con la muerte de James.

—¿Y en ese asunto va a aceptar la palabra de Juan Martín?

—¿Por qué no?

MacCloud la observó atentamente, buscando en su rostro algún signo de duda. Después de un momento prosiguió.

—La jueza Jackson también está intrigada con el arma. Y yo también. Se tomaron muchísimo trabajo para deshacerse del cuerpo, y podrían haberse deshecho del cuchillo al mismo tiempo y en el mismo sitio. En cambio, lo tiraron al campo.

—¿Crees que lo que querían era que se encontrara el cuchillo?

—La jueza dijo otra cosa: ningún peón se deshace de un cuchillo. Lo lava bien y lo guarda, no importa para qué lo haya usado. Es como una joya. Son caros. La verdadera cuestión es por qué el cuchillo, si estaba destinado a que lo encontraran, no comprometió a nadie. Jamás se comprobó a quién pertenecía, y eso indica que alguien encubrió algo.

—¿Encubrir? Pero ¿quién haría algo así?

—Rojo estaba a cargo del caso. Supongamos que supiera quién era el dueño del cuchillo o tenía acceso a él, pero se lo hubiera callado, por alguna razón.

—¿Tenemos que esperar a que lo haga, para que la jueza Jackson tome su decisión?

—En realidad, no. Extraoficialmente, ya la tomó; está convencida de la muerte de tu marido, y estos puntos no modificarán su convicción. Pero ha presidido una gran cantidad de procesos por asesinato, y si la audiencia de ayer hubiera sido un proceso, habría que tener muy en cuenta cualquier pregunta referente al cuchillo y la camioneta.

Claudia sintió frío, aun pese a estar al rayo del sol. A través de la ventana, vio a Linda hablar por teléfono, con una sonrisa. Siempre una sonrisa. Como Nina. Como había empezado a hacer ella misma nada más llegar a Briar Rose.

—¿Esos fueron los únicos puntos que planteó?

—Los únicos en el sentido material —contestó MacCloud—. El otro era psicológico y se refería a la declaración de Juan Martín. ¿Te acuerdas que le pregunté cuánto tiempo hacía que conocía a James?; dijo que lo conoció desde que nació, que pasaba mucho tiempo en su casa y le decían Jaime. Que esa relación se mantuvo hasta que a James lo mandaron a un internado después de la muerte del padre. Cuando volvió al rancho, se produjo en él un cambio notable. Ya no iba a casa de Juan Martín, evitaba a sus hijos y su relación con el propio Juan Martín y su esposa se redujo a lo estrictamente laboral. La jueza Jackson tiene curiosidad por saber la verdadera razón de ese cambio, y yo también. La cuestión es si Juan Martín está convencido de su testimonio o si mintió. Tal vez puedas preguntárselo.

—Matthew, si Juan Martín no dijo la verdad en el tribunal, estando bajo juramento, ¿qué te hace pensar que me la va a decir a mí?

—Es probable que no te la diga. Pero su reacción puede ser interesante… No sé si mañana nos reciba la jueza, pero es probable. ¿Estás preparada para lo que va a decir?

Claudia asintió. Lo estaba desde diciembre y había pasado estos meses percatándose poco a poco, sintiéndolo más palpable.

—Mañana. Vaya.

—¿Por? ¿Qué tiene mañana?

—Es Día de Muertos.

26

Terminado el café —a Claudia no se le ocurrió de qué más hablar con MacCloud; ya estaba al tanto de la recompensa y había tenido una discusión con Nina al respecto; quizá podría retener los fondos indefinidamente para evitar estafas, al menos de los más torpes, «pero tú ya conoces a tu suegra, sabes cómo es, y lo que hará de todos modos»—, se despidieron y Linda la acompañó al coche, con la promesa de que volvería para cenar la próxima semana, sin excusas, sí o sí.

El sol la deslumbró un momento al ponerse tras el volante; buscó sus gafas de sol en el bolso y, al alejarse, la vio agitando la mano en despedida como toda una reina, dos giros cortos y uno largo; dos cortos y uno largo.

*

Claudia condujo por Río Viejo y no resistió asomarse por Calle Jacaranda. La camioneta de Nina no aparecía afuera de su casa —no necesariamente significaba algo; lo mismo podía haberla guardado en el garaje que haber salido a otra parte, quizá a buscarla a Briar Rose. Esa idea la hizo decidirse a no regresar para la hora del almuerzo—; al otro lado de la calle alcanzó a ver a la vecina que le había hablado, la señora Santamaría, ocupada en regar los tiestos de begonias en su porche. Cuando me dijo que su hijo vendría a verla… ¿De verdad había quién creyera en eso? Como Isabel y sus sueños.

Imaginó a Nina, quizá tendida en la misma cama en la que la había encontrado ayer, el largo cabello suelto como almohada de su ansiedad; supuso que podía estar así en ese momento, delirante, oyendo piezas del piano que ya no tocaba, tal vez reviviendo la infancia de James. ¿Había sido partícipe de esa etapa o solo lo había visto crecer de lejos, endilgándolo a Mercedes, que al fin y al cabo ya estaba ocupada en criar niños? ¿Era verdad que prácticamente lo habría criado Juan Martín? Claudia se sorprendió al percatarse de que había aprendido más acerca de la vida de su esposo en la corte que en el tiempo que habían estado juntos.

No sabes quién es el hombre con el que te casaste.

Ella sí le había contado acerca de cómo creció en México; sobre cómo sus padres habían sido amorosos con ella, la única hija que tuvieron siendo ya mayores («Otro poco, y hubiéramos tenido nietos en vez de hijos», solía decir su padre entre risas), y cómo la muerte de ambos le había revelado una independencia que desconocía, que acabó por encontrar tan natural como aprender a andar en bicicleta, aun pese al duelo que la acompañaba.

*

—¿Qué edad tenías cuando murió tu mamá? —preguntó James en la cama, mientras hacía espirales en su espalda desnuda.

—Diecisiete. Recién los cumplí. Se fue muy rápido, ¿sabes? Aun así, trató de dejarme una guía de cosas que hacer…, como si todos los consejos que pensó que iba a darme con tiempo solo me los hubiera podido dar en ese momento; desde que le diagnosticaron la enfermedad hasta su muerte… fueron unos meses nada más. Pero ella se mantuvo entera y llenaba estos cuadernos con anotaciones, ideas, consejos. Los llamaba los Cuadernos de Claudia.

James se apoyó en un codo para mirarla, de perfil, en el calor de Nueva Orleans. Sacando cuentas más tarde, Claudia calculó que esa noche concibieron a Diego.

—¿Aún los tienes?

—Claro. Están en una de las cajas que vienen en la cajuela.

James se rio después de un momento de silencio solemne.

—¿Qué clase de consejos?

—De todo. Cosas domésticas. Recetas. Las cosas que mi papá iba a necesitar que yo hiciera por él, como el nudo de la corbata o ponerle las mancuernillas. También anécdotas de mi infancia, que yo no podía recordar pero ella sí: me llevaron al cine a ver Bambi, la de Walt Disney, ¿sabes cuál? Y me tuvieron que sacar cargando, a media película, porque yo no paraba de llorar. Para que no le tuviera yo miedo al cine, mi mamá insistió en llevarme a la semana siguiente a ver otra cosa; y esa vez ya me gustó. Luego nos hicimos aficionadas. Íbamos juntas. Escribió todo ahí, ¿sabes? Desde cómo se conocieron…, esa historia tengo que contártela, es casi como la nuestra…

—¿De verdad?

Claudia asintió, dándole vuelta a la almohada para encontrar el lado más fresco.

—Tengo tanto que contarte, James.

Tengo tanto qué contarte.

En ese momento tenía veinticinco años todavía, tenía un marido. Iba a tener un hijo.

Ahora tengo veintisiete, tuve un marido y tuve un hijo. Pero ya no tengo nada.

Padres tampoco.

Nada.

Soy libre.

—Libre.

La palabra le dio vértigo, dicha en voz alta. Pensó en John y lo que dijo. Podría seguir derecho por la autopista, cruzar el puente internacional y perderse en México, nunca volver atrás.

Podía hacer cualquier cosa.

*

—¡Ay, señora Claudia, se cortó el pelo!

El cabello oscuro se curvaba en su mandíbula, dando ilusión óptica de largo, mientras que más de veinte centímetros habían acabado en el suelo del salón. Fue un impulso, lo primero que se había atrevido a hacer con su libertad nuevecita, recién descubierta, y aunque era un cambio algo drástico, no garantizaba la reacción de Isabel, que se llevó las manos a la boca, como quien presencia algo insólito.

—No es para tanto, Isabel.

—¡Nunca la había visto con el pelo tan corto! ¡Parece otra!

Claudia subió a cambiarse de ropa. Mientras lo hacía se miró en el espejo. ¿De verdad parezco otra persona? Se pasó las manos por la cabeza y luego se vio de cuerpo entero. Se sentía como otra persona. No era cosa instantánea; más bien le parecía como parte de un proceso que le había tomado tiempo; quizá desde lo de Diego había empezado a gestarse en ella, una vez expulsada la placenta, esa transformación, la reacción lenta pero natural al alumbramiento de un bebé no nacido.

*

Claudia fue a ver a Juan Martín a última hora de la tarde.

Estaba en la cocina ayudando a Isabel a preparar la cena —espagueti, pechugas de pollo— cuando, al mirar por la ventana, lo vio acercarse a su casa caminando lento, como si llevara a cuestas

algo pesado, aunque iba con las manos vacías.

Se ve envejecido. O no me había dado cuenta, hasta ahora.

Tan pronto como Claudia salió por la puerta trasera, se sintió atrapada entre el calor del sol y el vapor que se levantaba de la tierra. Dos ráfagas de fuego simultáneas la atacaron desde arriba y desde abajo, por un momento se quedó inmóvil, con el corazón atravesado en la garganta. Después de un momento, caminó hacia la casa del capataz, donde nunca antes había puesto un pie, protegiéndose los ojos con la mano.

Juan Martín la vio acercarse desde su porche y, quitándose el sombrero, la esperó.

—Buenas noches. ¿Tuvo un buen día?

—Sí, señora Claudia.

La vio incómoda, pasándose el peso de una pierna a otra.

—¿Quiere pasar?

Ella sonrió y él vio que era la misma sonrisa amable de antes, aunque sus ojos tenían un reflejo de miedo. Cuando ella asintió, él abrió la puerta.

—¿Le puedo ofrecer algo de tomar? ¿Quiere una cerveza o una coca? ¿Cafecito?

—No, gracias, Juan Martín.

—Pasó algo, ¿verdad, señora?

—No. Solo quería hacerle una pregunta.

—¿Sobre qué?

—Uno de los autos del rancho.

Claudia apartó la vista de él un momento y miró lo que había en la modesta sala: una pantalla plana, varios controles remotos. Muebles bien cuidados. Sobre el trinchador había un portarretratos; en él, la foto de una mujer joven, de profundos ojos oscuros, sonrisa suave, que le pareció por un momento familiar, aunque no sabía dónde pudo verla antes.

—¿Su esposa, Juan Martín?

El hombre asintió, indicándole el sofá para que se sentara.

—Mercedes. Mercy. Murió hace mucho, señora.

La miró de nuevo solo por un momento. No había manera de haberla conocido, aunque…

—Dígame, señora ¿Cuál de los coches?

—La camioneta que mencionó Felipe ayer al declarar. Dijo que ya no está aquí.

—No, señora.

—¿Qué fue de ella?

—Pues… no sé, señora. Se descompuso y la cambiamos. Hace tiempo.

—¿La usaba alguno de sus hijos, Juan Martín?

—No sé. A lo mejor. No sería raro, señora, verdad.

—Todos los vehículos que hay en Briar Rose tienen seguro, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Entonces se da parte cuando alguno sufre una avería o un siniestro?

—Claro.

—¿Queda constancia de eso con la aseguradora?

—Claro que sí, señora. Yo llevo los archivos. Perdone, pero ahora el curioso soy yo: ¿por qué me hace todas esas preguntas?

Claudia explicó las dudas de la jueza Jackson expuestas a MacCloud y lo que este había consultado en la transcripción de las declaraciones previas.

—Oh, ya. Mire, señora, la camioneta esa… era una Windstar, verdad. Pero no tuvo nada que ver con la desaparición del señor Blaisdel. De hecho, verdad, desapareció de aquí mucho antes que él.

Ella sintió un brote de impaciencia que la sorprendió. Una cosa era que Juan Martín fuera vago en sus respuestas o que soltara medias verdades, pero otra era que deliberadamente le mintiera. Eso acabaría en que ella tuviera que darle la razón a Nina, y la idea de tener que hacerlo la puso de malas.

—A ver, Juan Martín. Piénselo bien. No hace ni dos minutos estaba como si supiera muy poco del paradero de esa Windstar, o lo que sea que fuera la camioneta. ¿Cómo puede estar tan seguro ahora, y cómo espera que yo le crea?

—Estoy seguro, señora. Si no me cree, pues ni modo, verdad.

Juan Martín solo se había sentido así, vulnerado e impotente en su propia casa, en otra ocasión; y esa vez, treinta años atrás también había sido ante una mujer casada con un Blaisdel.

—La camioneta, señora, se la llevó mi hijo Daniel cuando se fue del rancho. Tenía que irse rápidamente porque lo andaban persiguiendo.

—¿Quiénes?

—Los Figueroa. La muchacha, Catalina, estaba preñada y le echó la culpa a Daniel. No hacía más que amenazarlo con que si no se casaba con ella iba a mandar a sus hermanos a que le dieran una madriza hasta matarlo. Aunque es nuestra parienta, es una muchacha mala, señora. ¿Sabe lo que quiero decir? Yo no podía

permitir que obligaran a mi hijo a casarse con ella cuando lo más posible era que no tuviera nada que ver con el niño. Le dije que se llevara la camioneta y se fuera muy rápido. Era una camioneta vieja y de muy poco valor. No pensé que la echaran de menos. Eso fue todo.

El cielo se puso completamente oscuro fuera y no había estrellas que pudieran verse. Tal vez llovería en algún momento de la noche. Juan Martín buscó los ojos de Claudia y los sostuvo, como retándola a que lo llamara mentiroso o ladrón. Esta vez no iba a bajarlos.

—Si quiere acusarlo de robársela, señora…

—No, Juan Martín. Claro que no.

—Puede decirle a la jueza que yo me la robé y no Daniel. Yo hubiera robado mucho más que una camioneta para librarlo de esa muchacha, señora Claudia. Ella es mala. Mala hija, mala madre.

—Creo que Cathy se fue a Oregon con él o que fue a buscarlo.

—No lo encontrará.

—¿Por qué?

—Eso no importa. Daniel no está en Oregon, ni ha estado ahí nunca. De vez en cuando yo inventaba las cartas, por Pipe, y le pedía a un amigo camionero que las mandara, como el dinero… Catalina no lo va a encontrar nunca.

—¿Y si ahora se fue con él?

—Se pudo ir con el primero que se le atravesara, señora. Pero no con Daniel.

En la voz del capataz Claudia oyó un eco de tristeza, casi como si deseara que su hijo se hubiera quedado en Briar Rose, se hubiera casado con Cathy, mal que le pese, y viviera sin la zozobra de la persecución. Le puso la mano en el hombro —sintió cómo él se tensaba cuando lo hizo y retiró los dedos de inmediato— y le dijo que se ocuparía de que McCloud le explicase a la jueza. Juan Martín asintió y vio que había algo como resentimiento que pasaba por sus facciones. Se había hecho un cisma y tal vez no tendría remedio. Tal vez.

Claudia le pidió que se sentara y habló con él unos minutos, sin alterarse, soltando lo que había pensado esa tarde mientras la estilista tijereteaba su cabello; le habló rápido y claramente, para que él entendiera todo lo que tenía que decirle. Le habló sin tomar aliento y, al terminar, se sintió de nuevo vertiginosamente liberada. Juan Martín hizo solo un par de preguntas y accedió.

Se despidieron y ella volvió a la casa, donde Isabel ya debía de tener lista la cena para las dos. De lejos vio a Felipe y a Pedro y

agitó la mano en saludo, aunque no supo si la reconocieron o no.

Fue antes de entrar a la cocina que lo supo; no conocía —era imposible— a Mercedes, la esposa de Juan Martín, pero se había visto a sí misma reflejada en esos ojos antes, muchas veces, no hacía más de un año.

27

El bar Bang-Bang, con su viejo letrero de neón instalado en los noventa, estaba en una calle paralela a la avenida principal de River Heights. Guillermo Chávez, el propietario, llevaba desde el principio al frente; fue el primero en servir mezcal en la región, mucho antes de que se pusiera de moda, y servía una gama de cervezas mexicanas. Los parroquianos lo llamaban Billy, y le gustaba poner discos de vinilo en lugar de tener una pantalla proyectando videoclips, como otros establecimientos.

No había nunca demasiada gente, pero todos los que entraban, tarde o temprano, acababan por ser sus conocidos. Billy oía todo y nunca olvidaba un rostro.

*

Cuando Juan Martín llegó, el lugar estaba vacío, salvo por el propio Billy, tres hombres en un extremo de la barra y una pareja de muchachos que compartían una cerveza. Juan Martín se sentó al otro extremo, moviéndose lentamente como si sospechara que el lugar estuviera lleno de trampas, o que todos los ojos estuvieran puestos en él. Que fuera, junto con el dueño, la persona de más edad en el local no ayudaba a disipar la sensación.

—¿Qué va a ser? —preguntó Billy, sin moverse de su sitio junto a la registradora.

—¿Tiene café?

—Para esa mierda, vaya al Starbucks. Aquí hay cerveza, tequila o mezcal. No más.

Pidió una Dos Equis, que llegó con un bol de cacahuates salados.

—Oiga. Busco a Luis Rojo. Alguien me dijo que viene aquí.

—¿El alguacil? A veces, aunque, lástima, no es nuestro tipo de cliente. Pero hoy no.

—Quería verlo por una póliza de seguros.

Billy se frotó la barba.

—No sé cuándo vendrá. A lo mejor al rato. O no.

La música siguió sonando —era Juan Gabriel, para su sorpresa —. Él siguió bebiéndose a sorbos la cerveza. El dueño lo miraba a

veces. Entró un poco más de gente; todos hombres más jóvenes.

—Usted me resulta conocido —dijo por fin Billy, inclinándose por encima del mostrador—. Pero no ha venido aquí antes, ¿eh? Not our kinda guy.

—No creo. Me llamo Juan Martín Jiménez.

—Unos muchachos de apellido Jiménez solían venir bastante por aquí hasta hace como un año; trabajaban en el rancho Blaisdel. ¿Son algo de usted?

—Mis hijos.

—Ah, vaya. —Billy lo pensó un momento y después agregó—: Son buenos morros.

—Sí.

—Uno medio serio. Medio mamón. No habla mucho. Real cute.

—Ese es Pedro.

—Y hay otro, que es más guapo. Más aventado. Se peleaba mucho allá afuera.

—Daniel.

—Eso. Dani. Guapito. Con bigotito. In shape. Medio descarado. Le gustaba darse sus agarrones con los hermanos Figueroa. Bad boys, mind you. Iban a la parte de atrás y se daban en la madre. Todo era risas y diversión, hasta que Fernando Figueroa empezó a usar cuchillo. Entonces la cosa se puso pretty ugly.

—¿Qué clase de cuchillo?

—Uno de esos que venden los chinos. Les dicen cuchillo de resorte. Se lo conté a Rojo una vez que vino, todavía era alguacil, que los Figueroa un día van a matar a alguien porque se les pase la mano. Nada más me dijo que no me metiera en eso, así que me olvidé. En un negocio como este uno aprende a olvidarse y recordar cuando hace falta, sabe.

Juan Martín dio un trago a la cerveza y se echó un puño de cacahuates a la boca; los sintió ásperos entre los dientes como si estuvieran convirtiéndose en cenizas.

—Y fíjese —continuó Billy, limpiando unos vasos con parsimonia —, que ahora es un buen momento para recordar. El caso Blaisdel ha estado todos los días en el Herald. Ora, pienso que lo mismo se me aclarará la cabeza, ¿me entiende, amigo?, no es que haya tenido nunca información importante sobre el caso Blaisdel, apenas algunas cositas. Por ejemplo, la noche que desapareció Blaisdel, Fernando Figueroa estuvo aquí, y llevaba un cuchillo igualito como el que le digo. Igual y eso no significa que fuera el cuchillo. Y aunque fuera…, bueno, alguien pudo habérselo quitado. Era

viernes, y el viernes es una noche importante en River Heights. Aquí hubo montones de gente, entre ellos su hijo Daniel.

—No. Daniel no.

—Cómo no, amigo.

—Daniel ni siquiera estaba cerca de aquí en ese momento. Hacía semanas que se había ido del rancho.

—Ah, pues entonces se fue y volvió.

—No. Se fue a Oregon. Pregúnteselo a cualquiera de mi familia.

Billy se rio.

—Estaba aquí, tan seguro como lo veo a usted en este momento. ¿Para qué me miente, amigo? Dijo que estaba sin dinero y que iba al rancho. No sé qué sucedió después.

—Nada —reiteró Juan Martín—. Nada.

—Mire, todo lo que sé es que pasó Fer y, cuando miró a Daniel sentado aquí, entró y empezó a pelearse con él por su hermana, una morrilla que le dicen Cathy. Más fácil que sumar uno más uno. Se hicieron de palabras y a Fernando le sangraba la nariz cuando saqué a los dos, poniéndolos de patitas en la calle. Este es un antro y me gusta como está. Pero a darse madrazos y decirse madres, a la calle. Conmigo, no.

*

Juan Martín miró la botella de Dos Equis, ahora vacía. No podía recordar que la hubiera bebido o comiera cacahuates, pero habían desaparecido y en la boca del estómago se le formaba una ola de náusea. A Fernando le sangraba la nariz. Ahora sabía de dónde había salido la sangre del grupo O que encontró la forense y que en opinión de MacCloud indicaba la presencia de un tercer hombre. Esa noche no hubo tres hombres en el comedor.

Solo estaban Jaime y Daniel.

Él llegó más tarde.

—No es que tenga ninguna importancia tampoco —prosiguió Billy, que se le antojaba a Juan Martín, viéndolo ahora de cerca con su barba rojiza y ojos verdes, su cara de niño, como otro de los muchos demonios que andaban sueltos por el pueblo—, ya que el caso Blaisdel se va a cerrar y Rojo no sigue en la Policía. Me imagino que, si sucedió, pudo ser entonces. Aunque es una teoría, digo yo.

—¿Qué?

—Durante la bronca, Fer sacó el cuchillo, y Daniel se lo quitó.

—No —dijo Juan Martín—. No.

Pero estaba seguro de que era cierto y que Rojo no dijo una palabra del cuchillo porque creía que estaba protegiendo al hermano de Catalina, pero no. Protegía a Daniel. Cuando Rojo volvió y descubrió la verdad, habría enloquecido de celos. Seguro buscaría a Daniel y lo iba a encontrar, con o sin Cathy. Por algo fue policía; conocía todas las esquinas, los rincones, los escondrijos…, los bares y las callejuelas de McAllen hasta Dallas, los burdeles escondidos de El Paso. Hasta Los Angeles, San Francisco, Nueva Orleans. No había ningún lugar donde Daniel pudiera estar seguro.

Y él no podía hablar. Como si Nina Blaisdel, desde el principio, tantos años atrás, le hubiera cortado la lengua de tajo; le hubiera atado las manos, y todavía le doliera.

Juan Martín dejó un billete de diez en la barra y se fue.

Billy Chávez tomó el dinero, lo llevó a la caja, sin apartar sus ojos del hombre que salía balbuceando para sí mismo, su perfil enrojecido por las letras parpadeantes del anuncio.

28

La mañana del Día de Muertos, Claudia Blaisdel —tardaría un par de años más en volver a pensar en sí misma como Claudia Castañeda— despertó sin recordar nada de lo que pudo soñar durante la noche. La tranquilizó su antiguo hábito. Se asomó a la ventana, anticipando el calor húmedo que traería el día. Vio cómo el cielo iba pasando del rosa de la aurora al blanco nublado. También vio parte de la granja de John.

Tengo que llamarlo.

Después de ducharse, bajó para encontrar a Isabel en la cocina, friendo huevos.

—¡Señora! Habló el señor MacCloud.

—¿Qué dijo?

—Que tiene que estar en la corte a las once para saber la decisión de la jueza. Ah, y que vea el periódico de hoy.

*

Abrió el Herald y revisó la primera plana; la nota principal, como desde meses atrás, era sobre la carrera presidencial y la inminencia de la elección; también algo relacionado con el aeropuerto de South Padre Island, y en una esquina de la primera plana, una foto de James. Al verlo sin barba, por un segundo le pareció un desconocido.

MADRE CONTINÚA BÚSQUEDA.

La nota era básicamente un anuncio de Nina para ofrecer la recompensa de cien mil dólares por información respecto al paradero de James F. Blaisdel, visto por última vez en las inmediaciones de River Heights, en el valle del Río Grande, South Texas, el 23 de octubre de 2015. Se guardaría reserva sobre toda respuesta recibida y ninguna de ellas sería utilizada para presentar ningún tipo de demanda. Incluía los datos de contacto y un breve sumario acerca del procedimiento de los días anteriores, acerca de la solicitud de la esposa para declararlo muerto, haciendo hincapié

en la oposición de la suegra.

—¿Qué dice, señora?

—Nina insiste con eso de que su hijo está vivo y ofrece una recompensa. Cien mil dólares.

—¡Ay, madre santa! —Isabel se persignó—. Pero ¿y si el señor vuelve…?

—Isabel…

—I'm sorry, señora, pero ya le dije que lo soñé.

Miró los ojos, tan serios esta vez. ¿Por qué no lo soñaste hace un año?

—Pues si vuelve, qué pena, le dices que too late.

*

No llamó a casa de John hasta las nueve, cuando sabía que regresaba del campo para bañarse y desayunar. Por la voz, parecía cansado. No sabía nada del anuncio de la madre de James ni de la hora fijada para escuchar la decisión de la jueza Jackson.

—¿Quieres que pase por ti, Claudia?

—¿Puedes?

—Por supuesto.

*

Juan Martín salió al campo temprano, y mientras Pedro daba instrucciones a los trabajadores, se quedó en la camioneta leyendo el Herald. El rostro sonriente de Jaime en la fotografía le dio una punzada en el estómago y el aire acondicionado le heló la cara. No lo había visto en mucho tiempo, y ahora su presencia y el anuncio de la recompensa lo hacían real de nuevo.

—Pá, ayúdame.

Daniel, salpicado de sangre, en la penumbra, afuera de la casa. Un murmullo apenas, mientras lo seguía al comedor.

—No quise, pá, te lo juro por esta, que yo no quise. Él me atacó. No fue culpa mía, nada fue culpa mía.

Le dijo que únicamente había vuelto esa noche para pedirle dinero prestado, pero que estaba cabreado por una pelea que había tenido en River Heights con Fernando Figueroa, por el asunto ese de Cathy. Antes de pasar por la casa se asomó al comedor, le dijo, para ver si estaban sus hermanos…

—No me inventes cosas. Dime lo que pasó, nomás.

—Jaim…

—La verdad, Daniel.

La cara se deshizo. Ya no estaba envalentonado.

—La verdad es que hoy me vio el señor Blaisdel en el pueblo. Yo estaba con Cathy y nos vio y me fui, pero le dejó recado a Cathy…

—¿Te has estado viendo con ella?

—Es mi hijo, pá.

—Es el hijo de Luis Rojo. Él es el padre.

Daniel hizo un aspaviento con los brazos, igual que hacía de niño cuando no le salían las cosas y se ofuscaba.

—Le dijo a Cathy que tenía que hablar conmigo y que lo viera a las ocho y media en el mess hall. Que si necesitaba plata habría, pero que primero habláramos. Yo llegué y le dije que te iba a pedir a ti, él me enseñó que traía la cartera gorda y me dijo que no tenía que molestarte, ni pedirte dinero, y le contesté que para qué chingados se metía en lo que no le importaba, y al final empezamos a discutir los dos.

—¿Le pediste dinero a James?

—Solo algo que me debía, pá.

—¿James te pidió dinero prestado? No es cierto.

—No, pero me lo debía por mi lealtad. Nunca dije a nadie una palabra de que lo vi volver del campo, justo después de cuando se mató la señora Laura…, la de aquí junto, ¿te acuerdas? Yo a veces los veía cuando se encontraban. No fue un accidente, como dijo la Policía… Bueno, nunca le dije nada a nadie, y me imaginé que me debía algo por mi lealtad.

—Eres un puto chantajista, Daniel.

—No, pá. Nada más quería que me pagara una deuda, para poder irme con Cathy. No sé cómo pasó, pero nos empezamos a pegar, cuando le dije… le dije… le dije «Yo sé que tú mataste a la señora Baxter y me tienes que dar algo para que no hable con Rojo». Él me pegó primero, papá, te lo juro, y yo traía aquí el cuchillo que le quité a Fernando, no pensé, apenas me acuerdo de la pelea, te lo juro, pero de repente Jaime se cayó y estaba todo lleno de sangre. Sabía que estaba muerto. No supe qué hacer, salí corriendo. Por favor, por favor, papá, ayúdame.

*

Dobló el periódico, pensando en cómo habían envuelto el cuerpo en las tres cobijas, cómo la manga de Jaime se atoró en el clavo junto a la puerta y tuvieron que tirar con fuerza del brazo; cómo

manejó la Windstar hasta Boca Chica y Daniel tiró el cuchillo por la ventanilla. El peso que llevaron ambos cargando, Daniel de los tobillos y él de las axilas, esforzándose por no imaginar el rostro bajo las mantas, mientras contaba los pasos que daba en reversa: contarlos le daba una sensación de realidad.

Pá, ayúdame.

Le llenaron los bolsillos del pantalón de piedras y lo ataron con cuerda, de tobillos y muñecas. Por un momento, Juan Martín cometió el error de ver los ojos entreabiertos de James. No había luz ni reflejo en las pupilas dilatadas. Los mismos ojos que Mercedes dijo que la habían buscado al abrirse por primera vez.

—La señora Nina dijo que le pidiera a Dios que no fueran idénticos —le dijo ella la noche que volvieron las dos desde Missouri, donde pasaron los meses del embarazo, escondidas de los ojos ajenos—, si fueran idénticos no podría yo volver con uno de ellos. Escogió al que tenía la piel más clara. Estuvo observándolos por horas, Juan Martín. Oyéndolos respirar. Como cuando vas a ver una camada de cachorros y escojes el que más te gusta.

Pá, ayúdame.

El asco lo sacudió ahí sentado, como esa noche, mientras el cuerpo se iba alejando de la orilla y las luces de Boca Chica se hacían cada vez más distantes. Un asco viejo y pesado, que había sentido por años, acostumbrándose al regusto escondido bajo su lengua. Asco por él y Daniel, que se tapaba la cara con las manos, sin llorar. Las lágrimas que había visto eran las de un niño espantado, pero ahora, con la seguridad, estaba tranquilo. No jadeaba. Simplemente no tenía cara para verlo.

Veinte mil dólares. Y los documentos, la tranquilidad para Pedro, para Daniel, para Felipe.

El bien de todos.

Mercedes tomándolo de la mano.

Juan Martín sacó su cartera y tomó lo que tenía en efectivo. Cuatrocientos y cambio.

—Toma. Te quedaste con lo que traía, ¿verdad?

—Pá…

—¿Cuánto?

—Eran como diez mil, en cash. No vi bien, solo…

—Saca el dinero y dame la cartera.

Daniel obedeció, aún sin atreverse a mirarlo.

—Vete. Que nadie te vea. Que nadie te oiga.

—Pero…

Juan Martín se subió a la camioneta, y echó a andar el motor. Vio por el retrovisor cómo su hijo se hacía cada metro más invisible mientras se alejaba, hasta que desapareció.

*

Pedro se acercó a la ventanilla abierta, al verlo tan pálido.

—¿Qué pasó?

Le entregó el periódico con la sonrisa de James en primera plana.

—Tengo que contarte algo.

Pedro lo miró de reojo.

—Pero no puedo hacerlo aquí. Deja a todos trabajando y ven conmigo.

Desde la ventana de su cocina, acompañado por Pinta, Felipe vio a su padre y hermano pasar con la pickup. Algo le pasó al viejo. Esta mañana mientras desayunaba lo notó más claro que nunca antes. Como si hubiera envejecido cien años de golpe.

Felipe pensó nuevamente que no iba a quedarse más en Briar Rose. Terminaría el high school y después se iría. A la universidad, y si no conseguía hacerlo, al Ejército o la Marina. Donde fuera. La tierra estaba enferma.

Envenenada.

Maldita, como dijo Cathy.

Mochila al hombro, pasó a la sala. En una fotografía al centro de todo, estaba su madre, Mercedes. Recordaba su voz. Tan suave, su rostro a media luz, inclinándose hacia él.

Eres todavía muy pequeño, mijo, pero sabes guardar secretos, ¿verdad? Ven. Te voy a contar algo que no le puedes repetir a nadie, Pipe. Ni a tu papá, aunque él lo sepa. Esto que te voy a contar debes recordarlo cada vez que pienses que tu papá no te quiere. O que no quiere a Pedro, o a Daniel, o a mí. Cada vez que pienses que tu papá es cruel con ustedes, hay algo que quiero que te acuerdes. Se llama sacrificio. Tus hermanos no lo saben. Ninguno de los tres. Sí. Te voy a contar. Hace muchos años, Pipe, muchos antes de que nacieras, tu papá y yo vinimos de México en un camión de carga. No teníamos nada entonces y solo queríamos algo mejor para nosotros, por eso fue que vinimos y cuando…

29

Tal como predijo MacCloud, su breve reaparición ante la jueza Jackson no era más que una formalidad, un trámite, y el momento por el que Claudia había sentido una creciente aversión durante semanas llegó y pasó tan rápidamente, como la extracción de una muela. Y fue, para su sorpresa, casi tan indoloro. Estaba nerviosa, y lo había estado desde que empezó el trayecto durante el cual John y ella no cruzaron palabra, dejando que un playlist los acompañara.

—Cuando estoy nervioso y necesito concentrarme, suelo poner a Enya. No me creas ridículo.

Ella solo sonrió sin alzar la vista, mientras comenzaban los acordes de Orinoco Flow.

John siguió la ruta familiar sin apartar los ojos del camino. La espera para entrar a la sala no fue larga, y esta vez no vio a la prensa por ahí, ni a los curiosos. Solo eran ella, John y Matthew, los tres mirándose los zapatos, mientras desfilaban otras vidas delante de ellos. Cuando entraron, apenas si llegó a entender las palabras de la jueza, que parecía triste de tener que leer ante ella.

—Respecto de la solicitud de Claudia Castañeda Blaisdel para llevar a cabo la validación del testamento de James Franklin Blaisdel, se concede dicha solicitud y, a partir de esta fecha, noviembre 2 de 2016, se designa a Claudia Castañeda Blaisdel heredera universal de la propiedad y todos los capitales y bienes que el testamento presentado conlleva… —Después hubo una pausa, la jueza Jackson inclinó su rostro hacia ella. No necesito su compasión, no necesito su compasión, no necesito…— y, algo más, Mrs. Blaisdel.

—Señoría.

—Esto es poco frecuente, pero quería extenderle mis condolencias. Lo siento de verdad.

Claudia miró a la jueza, y detrás de sus gruesas gafas vio que el sentimiento era genuino. Eso la impresionó. Le pesa. No es un formulismo. Está afectada por esto. Siente.

—Puede irse.

*

Mientras avanzaba por el pasillo hacia la salida de la corte, Claudia notó cómo en sus ojos se acumulaban las lágrimas que desde ayer había anticipado. No quiso dejarlas asomar delante de los dos hombres que la flanqueaban, así que mantuvo la vista fija en sus pasos hasta que no las sintió.

—Esto es todo por ahora, Claudia —dijo MacCloud, tocándole ligeramente el hombro—. Habrá que firmar papeles. Cuando estén listos, te los haré llegar…, y alguien tiene que hablar con Nina y comunicarle la decisión del tribunal.

Claudia sintió la mano izquierda de John posarse muy suavemente en su espalda.

—No va a querer que se la digan.

—Pero hay que decírsela. Ese anuncio en el periódico, Claudia, la pone en una posición muy vulnerable. Si sabe que se ha declarado oficialmente la muerte de James, no es tan probable que pague cien mil dólares por falsa información a algún estafador.

—Tú vas a seguir administrando su dinero, ¿verdad?

MacCloud se aflojó el nudo de la corbata.

—Sí, su fortuna personal es separada…, digo, supongo, tal vez haga otro testamento, el que hizo hace años beneficia a James, obviamente…, pero eso no creo que tenga que ver contigo por ahora.

—Entonces ella puede hacer con los cien mil dólares lo que quiera.

—Sí. Por así decirlo.

—Y cuando Nina compra algo, siempre obtiene exactamente lo que paga.

—Como debe ser.

Claudia sintió de nuevo la mano de John en su espalda. No era presión. No la empujaba. El hilo tenso que había llevado todo el día por dentro, apretándole la mandíbula, los puños, los tendones, de pronto se disolvió. Estaba ante el umbral abierto, era solo que no lo había visto. Ahí estaba James, en el teatro, James en el parque, James levantándose de la mesa. James volviéndose un recuerdo, y en los días que vinieran sería un recuerdo menos frecuente. Tal vez un día, en algún momento en el futuro, si había un futuro, recordaría esa butaca en el teatro, mientras Yuri le prometía a Lara que la amaría siempre, y él ya no estaría ahí. Ya era libre ahora, y entonces, cuando lo olvidara, lo sería más. Si lo olvidaba.

—Entonces llámala tú.

*

—Claudia.

La voz de John sonaba como si dijera su nombre por segunda o tercera vez.

—Sí, perdón. Dime.

¿Qué es ser libre?

—Estos últimos días, cada vez que tú y yo hablamos, es sobre otras personas, no de nosotros.

Habían vuelto a Vermillion, que ahora estaba bastante lleno a la hora del almuerzo. Ordenaron copas de vino tinto.

—Es mejor que sigamos así, Jack.

—No. Hace mucho que espero para decirte esto, pero el momento adecuado nunca llega y tal vez nunca llegue, así que voy a decírtelo ahora.

Lo miró. Esos ojos que ahora encontraba distintos. Más cálidos. Más fijos en ella. La sensación de la mano en su espalda. No la empujaba. La protegía.

—Hay algo que debes saber antes. —Tal vez ahora sí podría llorar. Sentía el llanto desanudarse muy despacio en torno a su garganta. Diego. Mas no lo hizo. ¿Qué es ser libre? Tomar tus propias decisiones, dijo él—, estuve pensando en lo que hablamos. En las elecciones y el rancho. No voy a quedarme aquí.

—¿Qué quieres decir con aquí? ¿Aquí Texas? ¿Aquí Estados Unidos?

—Tan pronto como pueda, cuando haya firmado los papeles, voy a dejar Briar Rose en manos de Juan Martín Jiménez. Estoy empezando a sentir lo que sentía Cathy, sabes. Que este lugar está maldito. Yo no quiero sentirme así. Tengo que irme.

—Pero volverás, ¿no?

—No me necesita. Le dije que se quedaría al frente del rancho. Es más suyo que mío, de todos modos. Y para Nina estoy muerta por matar a su hijo. Por hacer que sea real el hecho de que esté muerto. Además, ¿para qué quedarme en un país donde me odian?

—Espera. No es un hecho todavía que gane ese caraculo naranja. —La mirada que ella le lanzó, apenas conteniendo risa y llanto simultáneos, lo contagió—. Bueno. Sí. Que yo no vote por él, no quiere decir que otros no lo hagan, ¿verdad?… Está bien. ¿Adónde quieres irte?

—Quiero volver a mi casa.

Pensó en la ciudad. En los años que llevaba fuera. En las calles en las que creció. Allá tal vez olvidaría el sonido de su voz, finalmente. Si Cathy o Nina querían tener sus fantasmas estaba

bien por ella. Ahora ella y John eran libres.

Lo imaginó de pronto, alto y barbado, con una expresión de sorpresa al contemplar la cúpula del Palacio de Bellas Artes por primera vez, o la columna del Ángel de la Independencia, la estatua dorada al sol del poniente, cuando en verano arde la tarde en México.

Tomar tus propias decisiones.

Claudia extendió una mano sobre la mesa y colocó la otra en su regazo, tan pálida y desnuda sobre la tela verde del vestido que se puso por la mañana. Lo eligió casi sin pensar, no tenía que fingir ser la princesa de nadie. Su emancipación era, se daba cuenta ahora que tenía la atención de Baxter en ella, completa.

—Allá sabrás dónde encontrarme, Jack. Si quieres encontrarme.

Él miró la mano de Claudia por un instante, antes de acercar la suya, más despacio.

30

Nina Hawkins Blaisdel decidió que compraría las flores ella misma.

Pasó todo el Día de Muertos preparando cada detalle de la casa y su persona. Planeó el menú con cuidado, cada ingrediente en una lista. Esto fue antes de que Matthew llamara, impertinente y sin tacto.

—Nina, de verdad lo siento, pero sabías que ese iba a ser el resultado.

—Declarar muerto a mi hijo.

—Nina…

—Dejar que esa stupid girl, esa mexicana, lo matara en la corte.

—… por favor, no ayuda a nadie que te pongas así. El anuncio de hoy…

Cortó la llamada enseguida. No tenía caso seguir oyéndolo. Patsy hizo un muy mal trabajo con la educación de ese muchacho. Sí, era abogado y todo, pero también era un patán, un necio imbécil. Nina odiaba la barbarie y el salvajismo. En su propia casa, más todavía.

Él no llegaría antes del anochecer. Seguro tenía miedo de andar por la ciudad a la luz del día; mejor moverse en la oscuridad para que nadie lo reconociera.

Ahora estaba a salvo: el caso se había cerrado.

Flores. Gladiolas. Rosas. ¿Qué otras flores le gustaban a su hijo? Y la casa. ¿Le gustaría esta casa? ¿Se sentiría cómodo en ella? ¿Sería feliz al fin? Nina se alegró de comprarla. El estilo se adecuaba a sus propósitos; sus paredes de hormigón con más de medio metro de espesor, y lo más importante, las rejas de hierro que protegían las ventanas para que nadie pudiera entrar.

O salir.

*

Volvió hacia el dormitorio para seguir acondicionándolo. Casi todas las cajas donde se leía «Goodwill», con la letra de Claudia, estaban vacías. La ropa de James colgaba en el clóset; sus anteojos

lo esperaban sobre el escritorio, los cristales minuciosamente limpios, y en la mesilla de noche algunos de sus libros. James sería feliz en esta habitación.

Se acompañó el resto de la tarde de la Ronstadt, poniendo Long Long Time una y otra vez, como un dulce lamento filtrándose en cada habitación.

Por la tarde fue al mercado y compró las flores. No había muchas opciones, pero logró hacer un arreglo decente. Ahora, el aroma del plato favorito de James venía de la cocina. De tan ocupada, se olvidó de comer, y sintió un ligero mareo, pero así y todo no tenía hambre. Encendió un cigarrillo y se miró en el espejo. Se había puesto el Balenciaga de fiesta que era su preferido y aún le quedaba perfectamente treinta y cinco años después de comprarlo. La seda es una tela noble si se sabe cuidarla. Después de ir al salón esa mañana, su cabello relucía; su sonrisa era natural, sin necesidad de ensayarla. Acercó el pincel a sus labios y siguió coloreándolos, cuidadosa de no salirse de la línea. Así la había enseñado Alma Mobley, con aquellos libros tan bonitos, que ahora recordaba. Y esos lápices de cera en colores tan vivos.

Alma.

La pobre Alma.

O pobre Frank. Él no sufrió. No sintió ni miedo ni odio. Empujarlo del tractor fue un acto de piedad, dejarlo libre de las responsabilidades y la enfermedad que lo convirtieron en un zombi.

Laura, en cambio…

Era distinto, pensó, en tanto aplicaba gotas de Chanel No. 5 a sus muñecas, frotándolas para acercarlas a su nariz. El aroma era reconfortante.

Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

Cualquier madre.

Si pudiera preguntarles a otras mujeres como ella, le dirían que puestas en la situación actuarían igual, para salvar a sus hijos. Cualquiera, cualquiera. Laura en su coche, bajo la lluvia. Laura, como loca, el pelo mojado. Laura arrastrada por la corriente.

Cualquier madre habría hecho lo mismo por un hijo.

Y James era suyo.

Su hijo.

«Cuando compras algo, es tuyo», le dijo su padre alguna vez, en Charleston, cuando ella lloraba por la muerte —que todos creyeron accidental— de un gatito. «Y si algo es tuyo siempre vuelve a ti.»

Mi hijo.

*

Llegado el crepúsculo sobre las subdivisiones de Rancho Viejo, Nina fue por cada habitación de la casa y encendió las luces para que, en caso de que estuviera esperando una señal suya, él viera que estaba sola y que podía entrar cuando quisiera.

Eran casi las nueve cuando oyó golpear en el aldabón. Solo tenía que empujar la puerta y entrar. Se daría cuenta en un momento de que estaba abierto.

Siguió en el sofá blanco, un vaso de ginebra y tónica, un cigarrillo nuevo humeaba.

Esta vida será nueva para nosotros. Seremos otras personas ahora. Sin secretos.

Sin ocultarnos nada, mi vida, mi cielo.

Oyó sus pasos lentos en el hall.

La sombra crecía en la pared.

Los brazos extendiéndose hacia ella, para abrazarla por fin.

Todo está perdonado, pensó, mientras se levantaba poco a poco, aún dándole la espalda, antes de volverse a él, extender sus manos, tocar su rostro, acercarlo a ella para que la pudiera ver bien, la reconociera. Lo primero que hará es decirle que se bañe para quitarse la sangre seca, la tierra, que se afeite esa barba y se ponga ropa limpia; luego servirá la comida, y se sentarán juntos.

Faltan unos instantes para volverse, besar su mejilla, mirarlo a los ojos, esos ojos oscuros tan hermosos que la buscaban desde una cuna.

Todo está perdonado.

La sombra cubre toda la pared. Ahora él podrá distinguir que ahí está ella, su madre, a punto de verlo por primera vez en tanto tiempo, desde su muerte.

—Cuánto te he echado de menos, sweetheart, sweetheart.

*

Unas horas antes de que amanezca el 3 de noviembre, Isabel Zapata despierta de repente.

Parpadea.

No sabe qué cortaría su sueño profundo (soñó que nadaba con osos polares), pero ahora está alerta. Se persigna, enciende su luz de noche y deja la cama; busca a tientas la bata acolchada que se pone al empezar la época de frío. Atraviesa la cocina y se asoma a la

escalera principal.

Nada.

Isabel sube despacio los escalones que llevan a la planta alta. La habitación que iba a ser del bebé, donde ahora duerme la señora, está entreabierta.

Se acerca, sigilosa, asomándose apenas para ver a la mujer que duerme más hondamente que ella misma, respiración acompasada, la relajación que alcanza quien no tiene que pensar en levantarse por algo que le angustia, la duermevela inquieta y sin descanso que tuvo tanto tiempo.

Al dormir, Claudia se quitó de encima el cobertor, como haría una niña, con los pies. Isabel lo recoge y la cubre de nuevo, como haría una madre; refrescará más tarde, cuando se pinte de grises el alba.

Duerma, señora.

*

Pasa de nuevo por la cocina, no abre la nevera por un snack o un vaso de leche como acostumbra; solo da una última mirada alrededor antes de volver a su cama, en la que, arrullada por la bella melodía que hacen las criaturas de la noche, Isabel vuelve a soñar con alguien cuyo rostro no alcanza a distinguir todavía, alguien que camina muy despacio por la sombra de las hojas y la tierra blanca bajo un sol de invierno. Así, con la sensación de que un día —no hoy, no mañana— esto se realizará, sueña Isabel con alguien que regresa para ocupar su sitio entre los malditos habitantes de Briar Rose.

PLENA GRATIARUM

Aunque escribir es, de hábito, un oficio en solitario y estrictamente personal, un libro nunca se escribe realmente solo. Hay quienes aportan, por mínimo que sea, un detalle que da a la narrativa el tono y las aristas que conforman una obra.

Así gradezco cariñosamente a Eugenia Turrent (de incógnito en estas páginas), Manuel Alcocer y sus hijas, Eugenia y Beatriz, así como Grant Peters y Juan Andrés Rodríguez, quienes me instaron a escribir esta narración, llevándome a conocer aspectos de la vida en esa ciudad fronteriza y la corte del condado de Cameron. Asimismo a la extinta Margaret Ellis Sturm, que fue mi inspiración y modelo, siendo este parcial retelling un mínimo homenaje a su legado; como al de Shirley Jackson y la voz de Lady Daphne.

Laura Figueroa, Claudia López-Meurinne, Fernanda Melchor, Martha Bátiz Zuk, Consuelo Sáizar de la Fuente, Tania Carrillo Parra, Paloma Zubieta López y María de Álvaro, como euménides, fueron bondadosas e implacables lectoras de este relato fronterizo en sus diversas formas iniciales. Del mismo modo, Germán del Rincón, Francisco Escalante, Mauro Azúa Humara y Jorge Vázquez Ángeles estuvieron (y están) a cada paso.

Por su atención a los detalles, agradezco a Roberto Cavazos y Luis Melgar, que escucharon distintos escenarios, dándoles coherencia, mientras que en su lectura, David Razú ayudó con un elemento clave de la narración y Martín Felipe Castagnet, en astucia, me dio otra vuelta de tuerca; gracias a Lucía Gómez-Robledo (Godzilla) y Marcelo Córdobas y Salvador Ramos Carmona (Sal), que generosamente prestaron voz y efigie a los personajes de Claudia, John y James, mientras que la magistral Laura Linney [con su cameo en Nocturnal Animals] sopló vida a Nina Blaisdel de cuerpo completo.

Con su EP Murallas, el formidable Munman (E/E) me dio la mejor banda sonora para la recta final (búsquenlo en Spotify); junto con Linda Ronstadt y otros grandes, también me dio música para soñar (la banda sonora está disponible en este libro).

Vayan diez docenas de rosas amarillas de Texas para Tanya Huntington, cuya cuidadosa lectura e inspiradas sugerencias

permitieron que esta versión alcanzara la forma que hoy ostenta.

La fundación Amaury A. Boscio para las Artes Narrativas contribuyó a mi sustento con su apoyo sin tasa durante el periodo de creación de esta obra. Por ello, mi gratitud inmensa a Amaury Boscio y Signora Giulietta Boldrini, fundador y directora, respectivamente.

Pensando en Mónica Pulido y Rafael Andrade, Rafa y Juan Pablo, por estar siempre, como Ernesto, mi padre, y (siempre) en sus padres. En Ángela Franco Alonso y Emma De Neymet, con amor.

Gracias infinitas a Mercedes Castro por su afecto y voluntad a toda prueba; a Gregori Dolz Kerrigan y Roger Clanchet Torra por invitarme a la mesa en Alrevés; a Elia Barceló por su entrañable lectura; a Sara Morante, por la hermosa cubierta creada para esta historia.

Todos ellos, brujos.

MIGUEL CANE
Ciudad de México, mayo de 2023

El autor ha creado una playlist en Spotify con la banda sonora de esta novela.

Se puede escuchar a través de este código QR:

Asimismo, existe una ficha de lectura a su disposición, tanto para clubs de lectura físicos como online. Para adquirirla, contacten con nosotros a info@alreveseditorial.com.